Margaret Atwood

Un día es un día

Lectulandia

Un día es un día no corresponde a ningún título publicado originalmente en inglés, sino a la intención de los editores de reflejar el recorrido vital de una mujer a lo largo de los años a través una serie de sus relatos. La autora nos ha acompañado en la selección de los cuentos y ha escrito un prólogo especialmente pensado para esta edición.

Lectulandia

Margaret Atwood

Un día es un día

ePub r1.0
Titivillus 01-11-2017

Significant Moments in the Life of My Mother (1983), *Betty* (1982), *True Trash* (1991), *Hurricane Hazel* (1983), *Bluebeard's Egg* (1983), *Lives of the Poets* (1977), *The Salt Garden* (1983), *The Grave of the Famous Poet* (1977), *Wilderness Tips* (1991), *Weight* (1991), *Isis in Darkness* (1991), *Unearthing Suite* (1983)

Margaret Atwood, 2013 (prólogo)

Traducción de *Momentos significativos de la vida de mi madre, El huracán Hazel, El huevo de Barba Azul, El jardín de sal* y *Un hallazgo extraordinario*: Eduardo Murillo, 1990
Traducción de *Betty, Vidas de poetas* y *La tumba del famoso poeta*: Víctor Pozanco, 1998
Traducción del prólogo y de *Auténtica basura, Consejos para sobrevivir en la naturaleza, El peso* e *Isis en la oscuridad*: Alejandro Palomas, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Empecé a escribir relatos a mediados de la década de 1950, mucho antes de cumplir los veinte años. En esa época yo todavía iba a eso que los canadienses llaman *high school*. Aunque en el instituto no escribíamos poesía ni relatos de ficción, los estudiábamos a fondo y los comentábamos por escrito. Tuve además la fortuna de pertenecer a una familia que adoraba leer y contar historias, y siempre había libros en casa.

Al comenzar a escribir me dediqué a los géneros que todavía practico: poesía, narrativa y ensayo. No intenté pergeñar una novela hasta los veintitrés años, pero escribí muchos relatos con anterioridad y los publiqué en revistas universitarias y después en revistas literarias. Mi primer contacto con un editor fue a raíz de un relato publicado en una revista llamada *Alphabet*. Otros de mis relatos se difundieron a través de la radio, en un programa crucial llamado *Anthology*.

¡Qué emocionantes fueron esas primeras publicaciones! ¡Y qué laboriosa la escritura de los relatos! Escribía a mano y después mecanografiaba el texto con una máquina de escribir mecánica tecleando con cuatro dedos. Como no era una buena mecanógrafa, corregía mis frecuentes errores con una sustancia blanca que aplicaba en la página con un pequeño pincel. La fotocopiadora no era todavía de uso común, de modo que sacaba copias con papel carbón. Luego revisaba y volvía a revisar. Después enviaba los relatos, junto con un sobre franqueado en el que figuraba mi nombre y mi dirección, y me ponía a esperar…

En esa época, la llegada del correo era una experiencia que desataba la adrenalina. ¿Sí o no? Si era que sí, me alegraba. Si era que no, me lamentaba. Luego enviaba el relato a otro sitio.

¿De dónde sacaba las ideas para mis relatos y a qué debían parecerse? Las sacaba de otros escritores. A algunos los había leído en el colegio, a otros en recopilaciones de relatos de distintos autores —incluso había un canadiense, una rareza en la época — y a otros en recopilaciones de relatos de un solo autor. Hemingway era lo suficientemente importante para tener un libro así. Katherine Mansfield. Somerset Maugham. Robert Louis Stevenson. Maupassant. Ray Bradbury. Conan Doyle. Mis lecturas no se limitaban a un género en particular, sino que engullía felizmente todo lo que caía en mis manos, y sigo haciéndolo todavía.

Repasando los relatos aquí reunidos, observo que todos datan de un período muy posterior a la década de 1950 e incluso de la de 1960. Fueron publicados en los años setenta y ochenta. Aunque solo podemos escribir sobre el pasado, sea ese un pasado remoto o el pasado más inmediato, los períodos de tiempo en los que están ambientados estos relatos son a menudo muy anteriores.

«Betty» está básicamente ambientado en la década de 1940 y «El huracán Hazel»,

a mediados de los años cincuenta, cuando el huracán de ese nombre —poco habitual en la época— barrió la ciudad de Toronto. «Auténtica basura» data de finales de los años cincuenta, «Isis en la oscuridad», de principios de los sesenta, la era de las canciones folk y las lecturas poéticas en las cafeterías, y «La tumba del famoso poeta» de principios de los años setenta. La mayor parte de los restantes relatos son más tardíos, aunque no mucho. Todos son anteriores a la aparición del ordenador, cuando la comunicación se realizaba por carta o por teléfono —ni siquiera por fax— y cuando las relaciones a larga distancia podían verse interrumpidas por largos períodos de silencio.

En sendos extremos de esta colección hay dos relatos sobre mis padres, mis padres auténticos, o al menos todo lo auténtico que se puede llegar a ser en la ficción. En «Momentos significativos de la vida de mi madre» ella continúa haciendo lo que hacía a menudo: contar historias que tenían que ver con su vida y la de la gente que conocía. Era una persona audaz y muy canadiense: adoraba la naturaleza y las actividades físicas como el piragüismo, y detestaba el confinamiento y cosas como las reuniones para tomar el té. «Un hallazgo extraordinario» habla de mis padres en su propio entorno: mientras les fue posible, siguieron yendo al norte de Canadá, y este relato está ambientado en una época en que todavía podían seguir con gran parte de su vida habitual.

La temática de estos relatos es sobre todo doméstica. Tratan de la gente y de sus relaciones en momentos determinados, de niveles sociales específicos y de lugares determinados. La cara más salvaje de mi escritura no está representada aquí. No hay guerras, salvo entre bastidores; no existen los asesinatos como tales; no hay hombres lobo ni insectos hablantes. No hay futuros distópicos. Pero sí hay personas, y al fin y al cabo de eso hablan todas mis historias: de seres humanos que hacen cosas que hacen los seres humanos. Todos pertenecemos a algún lugar, todos queremos a alguien. Y con el tiempo, quizá, amemos a otra persona. Y todos tenemos guardadas distintas versiones de nuestras vidas, aunque nos las contemos solo a nosotros mismos, en silencio. Y las corregimos a medida que avanzamos.

En lo que a mí respecta, sigo escribiendo, aunque ahora con un portátil.

La palabra escrita es el mecanismo más asombroso para viajar por el tiempo. Heme aquí, dirigiéndome a ustedes desde estas páginas, en este momento. Aunque cuando lean estas líneas, quién sabe dónde y cuándo estaré.

MARGARET ATWOOD,
Ámsterdam, diciembre de 2012

Infancia

Momentos significativos de la vida de mi madre

Cuando mi madre era muy pequeña, alguien le regaló por Pascua una cesta de polluelos. Todos murieron.

«No sabía que no podía sacarlos —dice mi madre—. Pobres animalitos. Los puse en fila sobre una tabla, con las patitas tiesas como palos, y lloré por ellos. Los quería a muerte».

Es posible que mi madre mencione esta historia para ilustrar su propia estupidez, y también su sentimentalismo. Debemos entender que ahora no haría nada semejante.

Es posible que se trate de un comentario sobre la naturaleza del amor, aunque, conociendo a mi madre, es improbable.

El padre de mi madre era médico rural. Antes de la aparición de los automóviles, recorría su territorio en una calesa tirada por caballos, y antes de la aparición de las quitanieves, iba en un trineo tirado por caballos, entre ventiscas y tormentas y en mitad de la noche, para llegar a casas iluminadas con lámparas de aceite, donde el agua hervía en la cocina de leña y había sábanas de franela calentándose en el escurreplatos, para ayudar a traer al mundo a niños que luego recibirían su nombre. Tenía el consultorio en casa, y mi madre, de niña, veía a los pacientes llegar a la puerta de la consulta, a la que se accedía por el porche delantero, aferrados a partes de su cuerpo —dedos de las manos o los pies, orejas, narices— que se habían cortado por accidente, presionando esas partes seccionadas contra muñones en carne viva como si pudieran soldarse como masa de pan, con la esperanza generalmente vana de que mi abuelo fuera capaz de cosérselas, de sanar las mutilaciones producidas por hachas, sierras, cuchillos y el destino.

Mi madre y su hermana menor remoloneaban junto a la puerta cerrada del consultorio hasta que eran expulsadas. Detrás de la hoja de madera se oían gemidos, gritos ahogados y peticiones de socorro. Para mi madre, los hospitales no han sido nunca lugares agradables y la enfermedad no concede tregua ni respiro. «Nunca enfermes», dice, y lo dice en serio. Ella casi nunca enferma.

Una vez, sin embargo, estuvo a punto de morir. Fue cuando sufrió una apendicitis aguda. Mi abuelo tuvo que operarla. Más tarde él mismo confesó que no había sido la persona más adecuada para hacerlo: las manos le temblaban demasiado. Es uno de los escasos reconocimientos de debilidad por su parte que mi madre ha mencionado. Casi siempre se le atribuye un carácter severo y un gran sentido de la responsabilidad. «Y, sin embargo, lo respetábamos —dice mi madre—. Era respetado por todos». (Esta

palabra ha perdido cierto valor desde que mi madre era joven. Entonces aventajaba a la palabra «amor»).

Alguien me contó la historia de la granja de ratas almizcleras de mi abuelo: él y un tío de mi madre cercaron el pantano que se extendía detrás de su propiedad e invirtieron los ahorros de la tía soltera de mi madre en ratas almizcleras. La idea consistía en que las ratas se multiplicaran para con el tiempo emplearlas en la confección de abrigos, pero un cultivador de manzanas vecino lavó los útiles de sulfatar en el río y el veneno mató a las ratas, que quedaron tiesas como clavos. Ocurrió durante la Depresión y no se lo tomaron a la ligera.

Cuando eran jóvenes —período que actualmente lo abarca casi todo, pero yo lo situaría hacia los siete u ocho años—, mi madre y su hermana tenían una cabaña en un árbol, en la que pasaban algunos ratos jugando a las muñecas y cosas por el estilo. Un día encontraron una caja llena de preciosas botellitas junto a la puerta del consultorio de mi abuelo. Eran botellas para tirar, y mi madre (que siempre aborreció el desperdicio) se las quedó para utilizarlas en su casa de muñecas. Las botellitas contenían un líquido amarillento, que no vaciaron porque les pareció muy bonito. Resultó que eran muestras de orina.

«Nos cayó una buena reprimenda —dice mi madre—, pero ¿qué íbamos a saber nosotras?».

La familia de mi madre vivía en una gran casa blanca cercana a un manzanar, en Nueva Escocia. Había un granero y una cochera, y una despensa en la cocina. Mi madre todavía recuerda los tiempos en que no había panaderías, cuando la harina llegaba en barriles y el pan se elaboraba en casa. Recuerda la primera vez que oyó la radio, una canción publicitaria sobre calcetines.

Había muchas habitaciones en aquella casa. Aunque he estado allí, aunque la he visto con mis propios ojos, no sé cuántas había. Tenía partes clausuradas, o al menos así lo parecía, y había escalera de servicio. Los pasillos conducían a otro lugar. En ella vivían cinco niños, los padres y dos sirvientes —un hombre y una mujer— cuyos nombres y rostros cambiaban continuamente. La estructura de la casa era jerárquica, con mi abuelo a la cabeza, pero su vida oculta —la vida de las bases de pastel, las sábanas limpias, la caja de paños en el armario de la ropa blanca, las hogazas de pan en el horno— era femenina. La casa, y todos los objetos que contenía, crepitaba de electricidad estática; la atravesaban corrientes subterráneas, el ambiente estaba saturado de cosas conocidas pero de las que no se hablaba. Como un tronco hueco, un tambor o una iglesia, amplificaba los sonidos, de modo que todavía se puede oír algo de conversaciones susurradas hace sesenta años.

En aquella casa no podías levantarte de la mesa hasta que dejabas el plato vacío. «“Piensa en los armenios que se mueren de hambre”, decía mi madre —dice la mía —. Nunca entendí de qué les iba a servir a ellos que me comiera hasta el último

mendrugo».

Fue en aquella casa donde vi por primera vez tallos de avena en un jarrón, cada uno envuelto en el precioso papel de plata rescatado con sumo cuidado de una caja de bombones. Pensé que era lo más extraordinario que había visto en la vida y empecé a guardar papel de plata. Sin embargo, nunca llegué a envolver en él tallos de avena, lo que, de todos modos, tampoco habría sabido hacer. Al igual que otras formas artísticas de civilizaciones desaparecidas, esta técnica se ha perdido y es imposible recuperarla.

«Teníamos naranjas por Navidad —dice mi madre—. Las enviaban de Florida; eran muy caras. Ese era el mejor regalo: encontrar una naranja en el fondo del calcetín. Es curioso recordar ahora lo bien que sabían».

Cuando tenía dieciséis años, mi madre llevaba el cabello tan largo que podía sentarse sobre él. Las mujeres se cortaban el cabello a lo chico en aquel entonces; llegaban los años veinte. El pelo era motivo de quebraderos de cabeza para mi madre, pero mi abuelo, muy estricto, le prohibía cortárselo. Esperó hasta un sábado en que su padre tenía hora con el dentista.

«En aquellos tiempos no había anestesia —dice mi madre—, y el torno se accionaba con un pedal y hacía un ruido espantoso. Incluso el dentista tenía los dientes amarillentos; mascaba tabaco y escupía en una escupidera mientras trabajaba en tus dientes».

Mi madre, buena imitadora, se detiene en este punto para imitar el sonido del torno y de los salivazos: «¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Ffff! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Rrrr! ¡Ffff! Era una auténtica agonía —dice—. El gas que te adormecía fue como una bendición del cielo».

Mi madre entró en la consulta del dentista, donde mi abuelo aguardaba sentado en la silla, pálido por el dolor. Le preguntó si podía cortarse el pelo. Él respondió que hiciese lo que quisiera, con tal de que saliera de allí y dejara de molestarle.

«Así que salí corriendo y fui a cortármelo —dice mi madre con desenfado—. Luego se enfureció, pero ya no había nada que hacer. Me había dado permiso».

Mi cabello está guardado en una caja de cartón que hay en un baúl en el sótano de la casa de mi madre, donde lo imagino más deslustrado y quebradizo con cada año que pasa, y tal vez apolillado; a estas alturas se parecerá a las marchitas coronas de pelo de la joyería funeraria victoriana. O tal vez haya producido moho seco; en su envoltorio de papel de seda, resplandece débilmente en la oscuridad del baúl. Sospecho que mi madre no recuerda que está ahí. Me lo cortaron, con gran alivio por mi parte, cuando tenía doce años y acababa de nacer mi hermana. Hasta entonces, me caía en largos rizos. «De lo contrario —dice mi madre—, se te habría enredado mucho». Mi madre me peinaba arrollando el pelo alrededor del dedo índice, pero mientras estuvo en el hospital mi padre fue incapaz de hacerlo. «No podía enrollarlo

en esos dedos rechonchos», dice mi madre. Mi padre se mira los dedos. Son muy anchos comparados con los de mi madre, largos y elegantes, que ella califica de huesudos. Mi padre esboza una sonrisa de gatito.

Así que me corté el pelo. Me senté en la butaca de mi primer salón de belleza y contemplé cómo caía, puñados de telarañas que se posaban sobre mis hombros. De su interior empezaron a surgir mi cabeza, más pequeña, más densa, y mi rostro, más anguloso. Envejecí cinco años en quince minutos. Supe que podía volver a casa y ver cómo me sentaba el lápiz de labios.

«Tu padre se disgustó», dice mi madre con cierto aire de connivencia. No lo dice cuando mi padre está presente. Las extrañas reacciones de los hombres con respecto al pelo de las mujeres nos hacen sonreír.

Yo pensaba que mi madre, en sus primeros años, había llevado una vida de alegría continua y aventuras excitantes. (Esto era antes de que me diese cuenta de que nunca mencionaba los largos períodos carentes de acontecimientos señalados que habrán constituido la mayor parte de su vida; las anécdotas no eran sino los jalones). Los caballos se escapaban con ella, los hombres le hacían proposiciones, cada dos por tres se caía de árboles o de caballetes de graneros, o las mareas desenfrenadas casi se la llevaban; por si eso fuera poco, padecía de vergüenza aguda en circunstancias difíciles.

Las iglesias eran especialmente peligrosas. «Un domingo invitaron a un predicador —dice—. Teníamos que ir a la iglesia todos los domingos, claro está. Imagínatelo allí, embalado, hablando del fuego del infierno y la condena —señala un púlpito invisible—, y, de repente, la dentadura postiza sale disparada de su boca, ¡fop! Bueno, pues no perdió la compostura ni por un momento. Alargó la mano, cogió la dentadura, se la encajó en la boca y siguió su perorata, condenándonos a todos a tormentos eternos. ¡Nuestro banco temblaba! Las lágrimas nos corrían por la cara, y lo peor es que estábamos en primera fila y el predicador nos miraba fijamente. No podíamos reírnos, claro, porque papá nos habría regañado severamente».

Las reuniones sociales en casas ajenas se transformaban en trampas mortales para ella. Las cremalleras de los vestidos se le rompían en lugares estratégicos, los sombreros no eran de fiar. La escasez de cinta elástica durante la guerra exigía una atención constante; entonces la ropa interior llevaba botones y era un tema mucho más tabú y por lo tanto más importante que ahora. «Ibas por la calle —dice—, y antes de que te dieras cuenta te encontrabas con las bragas colgando sobre las botas de agua. La mejor manera de salir del paso consistía en sacar un pie, darles una patada con el otro y meterlas en el bolso. Yo tenía buena práctica».

Esta historia en concreto la cuenta a muy poca gente, pero hay otras para el consumo general. Cuando las narra, la cara de mi madre parece de goma. Interpreta todos los papeles, incorpora efectos sonoros y gesticula. Le centellean los ojos, a

veces con cierta malicia, pues, aunque mi madre es apacible, anciana y toda una señora, trata por todos los medios de no ser una apacible señora anciana. Cuando alguien está tentado de tomarla por tal, lo sorprende con una frase inesperada; se niega a que la juzguen de entrada.

Pero no hay forma de obligar a mi madre a contar historias cuando no quiere. Si se la azuza, se muestra cohibida y no dice nada. O se ríe, se va a la cocina, y no tarda en oírse el zumbido de la batidora. Hace mucho tiempo que dejé de animarla a bromear en las fiestas. En compañía de desconocidos, se limita a escuchar con gran atención, la cabeza un tanto ladeada y una sonrisa de fría cordialidad en los labios. El secreto consiste en esperar a ver qué dirá después.

A los diecisiete años mi madre entró en la Escuela Normal de Truro. Este nombre —«Escuela Normal»— encerraba cierta magia para mí. Pensaba que tenía algo que ver con aprender a ser normal, lo que quizá sea cierto, porque allí se iba para aprender a ser maestra. Con posterioridad, mi madre dio clases en un colegio de una sola aula no muy alejado de su casa. Todos los días iba y venía del colegio a caballo. Ahorraba el dinero que ganaba y así se costeó la universidad. Mi abuelo no quería que fuese a la universidad: decía que mamá era demasiado frívola. En su opinión, le gustaba demasiado patinar sobre hielo y bailar.

Cuando estudiaba en la Escuela Normal, mi madre se alojaba en casa de una familia que tenía varios hijos de edades similares a las de las chicas que hospedaban. Comían todos juntos en una enorme mesa (que yo imaginaba de madera oscura, con macizas patas labradas, cubierta siempre con un mantel de lino blanco), presidida por el padre en un extremo y la madre en el otro. Yo me imaginaba a los dos corpulentos, sonrosados y sonrientes.

«Los chicos eran muy bromistas —dice mi madre—. Siempre estaban tramando algo». Era lo que se esperaba de los chicos, que fueran muy bromistas, que siempre estuvieran tramando algo. Mi madre añade una frase clave: «Nos divertíamos mucho».

Divertirse siempre ha ocupado un lugar destacado en el orden del día de mi madre. Se lo pasa en grande, pero lo que quiere dar a entender con esta frase solo puede comprenderse mediante un reajuste, dado el enorme abismo que la frase ha de salvar antes de llegar a nosotros. Viene de otro mundo, un mundo que, como las estrellas que emitieron la luz que vemos titilar en el cielo por las noches, tal vez ya no exista. Se pueden reconstruir los detalles de ese mundo —los muebles, la ropa, los adornos de la repisa de la chimenea, las jarras, las vasijas, incluso los orinales de los dormitorios—, pero no las emociones, o al menos no con la misma exactitud. Mucho de lo que ahora conocemos y sentimos debe ser excluido.

Era un mundo en el que la coquetería inocente era posible, porque había muchas cosas que las chicas decentes no hacían, y entonces había más chicas decentes. Perder

la decencia no equivalía únicamente a perder la gracia: los deslices sexuales, para todas las chicas sin distinción, acarreaban consecuencias económicas. Entonces la vida era más alegre e inocente, y al mismo tiempo estaba impregnada de culpa y de terror, o como mínimo de ocasiones para ello, en el ámbito más cotidiano. Era como el haikú japonés: una forma limitada, de perímetros rígidos, en cuyo interior era posible la más asombrosa libertad.

Hay fotografías de mi madre en aquel tiempo, en compañía de tres o cuatro chicas, con los brazos entrelazados o alrededor del cuello de las otras, en actitud festiva. Tras ellas, más allá del mar, las colinas o lo que haya de fondo, existe un mundo que ya se precipita hacia la destrucción, sin que ellas lo sepan: se ha enunciado la teoría de la relatividad, el ácido se está acumulando en las raíces de los árboles, las ranas toro están condenadas. Sin embargo, sonríen con algo que desde esta distancia podría calificarse de gallardía, la pierna derecha adelantada en una parodia de las coristas.

Una de las diversiones favoritas de las chicas que se hospedaban en la casa y de los hijos de la familia era el teatro de aficionados. Los jóvenes —se los llamaba así, «los jóvenes»— actuaban en obras que se representaban en el sótano de la iglesia. Mi madre era una de las actrices habituales. (En algún lugar guardo un montón de libretos, opúsculos amarillentos con los diálogos de mi madre subrayados a lápiz. Son todo comedias, todas impenetrables). «Entonces no había televisión —dice mi madre —. Teníamos que inventarnos nuestras propias diversiones».

Para una de estas obras hacía falta un gato, y mi madre y uno de los hijos cogieron el gato de la familia. Lo metieron en una bolsa de lona y fueron al ensayo en coche (entonces ya había coches). Mi madre llevaba la bolsa en el regazo. El gato, probablemente asustado, se orinó; se orinó tanto que el líquido traspasó la lona y mojó la falda de mi madre. Al mismo tiempo, produjo un hedor espantoso.

«Quería que me tragara la tierra —dice mi madre—, pero ¿qué podía hacer? En aquellos tiempos estas cosas —se refiere al pipí de gato, o a cualquier clase de pipí— no se mencionaban». Se refiere a que no se mencionaban ante un miembro del sexo opuesto.

Me imagino a mi madre cabalgando la noche en aquel coche, con la falda empapada, muerta de vergüenza, y al joven sentado a su lado con la mirada fija al frente, fingiendo no haberse dado cuenta de nada. Ambos tienen la sensación de que no es el gato el que ha cometido este innombrable acto de micción, sino mi madre. Y así continúan adelante, siguiendo una línea recta que les conduce por encima del Atlántico hasta superar la curvatura de la tierra, más allá de la órbita de la luna, hasta hundirse en la infinita oscuridad.

Mientras tanto, de nuevo en la tierra, mi madre dice: «Tuve que tirar la falda. Era estupenda, pero no hubo forma de quitarle el mal olor».

«Solo una vez oí jurar a tu padre —dice mi madre, que nunca profiere juramentos. Cuando llega a un punto de la historia que requiere un taco, dice “maldita sea” o “jolines”—. Fue el día que se aplastó el pulgar al perforar el pozo para extraer agua».

Sé que esta anécdota sucedió antes de que yo naciera, en el norte, donde debajo de los árboles y de las hojas que cubren el suelo no hay sino arena y roca. El pozo era para una bomba manual, que a su vez era para la primera de las numerosas cabañas y casas que mis padres construyeron juntos. Puesto que más tarde observé cómo se perforaban los pozos y se instalaban las bombas manuales, sé cómo se hace. Hay un tubo que acaba en punta por un extremo. Se hinca en la tierra con una almádena y, a medida que se hunde, se van introduciendo más tubos, hasta que se alcanza el agua potable. Para que el extremo superior no se estropee, se coloca un taco de madera entre la almádena y el tubo. Lo mejor es que otra persona lo sostenga. Así se aplastó mi padre el pulgar: sostenía el taco al mismo tiempo que golpeaba con la almádena.

«Se le hinchó como un rábano —dice mi madre—. Tuvo que hacerse un agujero en la uña con la navaja para aliviar la presión. La sangre salió disparada, como las pepitas de un limón. Más tarde toda la uña se puso morada, luego negra, y finalmente se cayó. Por suerte, le creció otra. Dicen que solo tenemos dos oportunidades. Cuando se golpeó, sus juramentos atronaron el aire en yardas a la redonda. Yo ni siquiera sabía que conociese aquellas palabras. Ignoro dónde las aprendió». Habla de esas palabras como si fueran una enfermedad contagiosa benigna, como la varicela.

En este punto, mi padre baja la mirada hacia el plato con discreción. Para él, hay dos mundos: uno habitado por mujeres, en el que no se utilizan determinadas expresiones, y otro —que se compone de explotaciones forestales y de otros lugares que frecuentó en su juventud, y de reuniones de hombres aceptables— en el que sí. Introducir verbalmente el mundo de los hombres en el de las mujeres indicaría tosquedad y mala educación, pero traspasar el mundo de las mujeres al de los hombres podría acarrear a quien lo hiciera la fama de melindroso, tal vez incluso de maricón. Esta es la palabra apropiada. Todo esto ambos lo tienen muy claro.

Esta anécdota ilustra varias cosas: que mi padre no es maricón, para empezar, y que mi madre se comportó con absoluta corrección al escandalizarse. Sin embargo, los ojos de mi madre brillan de placer cuando cuenta esta historia. En su fuero interno, encuentra divertido que mi padre fuera pillado en falta, al menos una vez. No deja de ser significativo que la uña desprendida cayera en el olvido hace mucho tiempo.

Hay ciertas historias que mi madre no relata en presencia de hombres: nunca a la hora de cenar, nunca en las fiestas. Solo las cuenta a mujeres, por lo común en la cocina, cuando ellas o nosotras estamos ayudando a guisar o a pelar guisantes, cortando las

puntas de las judías o despinochando mazorcas de maíz. Las cuenta en voz baja, sin gesticular y sin acompañamiento de efectos sonoros. Son historias de traiciones amorosas, embarazos no deseados, enfermedades espantosas, infidelidades matrimoniales, crisis nerviosas, trágicos suicidios, agonías atrozmente prolongadas. No abundan en detalles ni se adornan con incidentes: son austeras y concisas. Las mujeres, que mueven las manos entre los platos sucios o los restos de verduras, asienten con solemnidad.

Algunas de estas historias —se da por entendido— no deben llegar a oídos de mi padre, porque le disgustarían. Es bien sabido que las mujeres se las arreglan mejor que los hombres con esta clase de temas. A los hombres es mejor no contarles nada que consideren demasiado doloroso; las profundidades secretas de la naturaleza humana, ciertos sórdidos aspectos físicos, podrían trastornarlos o hacerles daño. Por ejemplo, a menudo los hombres se desmayan al ver su propia sangre, a la que no están acostumbrados. Por esta razón nunca has de ponerte detrás de un hombre en la cola para donar sangre a la Cruz Roja. Por algún misterioso motivo, los hombres encuentran la vida más difícil que las mujeres. (Mi madre así lo cree, pese a los cuerpos femeninos apresados, enfermos, desaparecidos o abandonados que pueblan sus historias). Se debe permitir a los hombres jugar en su patio de recreo favorito, tan alegremente como puedan, sin molestarles; de lo contrario, se ponen de mal humor y no cenan. Hay muchas cosas que los hombres no están preparados para comprender, de modo que no tiene sentido esperar que las comprendan. No todo el mundo comparte este parecer acerca de los hombres; no obstante, tiene su utilidad.

«Ella arrancó todos los arbustos que rodeaban la casa —dice mi madre. Está contando la historia de un matrimonio destrozado: un asunto muy serio. Mi madre abre los ojos de par en par. Las demás mujeres se inclinan hacia delante—. Lo único que le dejó a él fueron las cortinas de la ducha», añade. Hay un suspiro colectivo, una exhalación de aliento contenido. Mi padre entra en la cocina y pregunta cuándo estará preparado el té, las mujeres cierran filas y vuelven hacia él sus rostros sonrientes, engañosamente inexpresivos. Al poco, mi madre sale de la cocina con la tetera, que deposita sobre la mesa en el sitio de siempre.

«Recuerdo la vez que estuvimos a punto de morir», dice mi madre. Muchas de sus historias empiezan así. Cuando está de determinado humor, da a entender que solo una serie de coincidencias asombrosas y golpes de suerte nos han permitido conservar la vida; de lo contrario, la familia entera, de uno en uno o todos juntos, estaría tiesa como un palo. Estas historias, además de hacernos secretar adrenalina, sirven para reforzar nuestro sentimiento de gratitud. Está aquella vez en que, navegando en canoa, entre la niebla, estuvimos a punto de precipitarnos por una catarata; la vez en que casi quedamos atrapados en un incendio forestal; la vez en que mi padre casi perece aplastado, ante los ojos de mi madre, por una parhilera que

estaba colocando; la vez en que a mi hermano casi lo fulmina un rayo, que cayó tan cerca de él que lo tiró al suelo. «Lo oímos chisporrotear», dice mi madre.

Esta es la historia del carro de heno: «Tu padre conducía —dice mi madre— a la velocidad acostumbrada. —Todos interpretamos: demasiado rápido—. Los niños ibais en la parte de atrás». Recuerdo aquel día, la edad que tenía yo, la edad que tenía mi hermano. Éramos lo bastante mayores para que nos pareciera divertido irritar a mi padre cantando canciones populares que no le gustaban, como «Mockingbird Hill»; o bien imitábamos el sonido de la gaita tapándonos la nariz y canturreando al tiempo que nos golpeábamos la nuez de Adán con el canto de la otra mano. Cuando nos poníamos muy pesados mi padre decía: «Cerrad el pico». No éramos aún lo bastante mayores para saber que su enfado podía ser auténtico; pensábamos que formaba parte del juego.

«Bajábamos por una colina empinada —prosigue mi madre—, cuando vemos que un carro cargado de heno se atraviesa en la carretera. Vuestro padre frenó, pero no ocurrió nada. ¡Los frenos no funcionaban! Pensé que había llegado nuestra hora». Por suerte, el carro prosiguió su camino y pasamos rozándolo. «Yo tenía el corazón en la garganta», dice mi madre.

Hasta pasado un tiempo no me enteré de lo que había sucedido. Yo estaba en el asiento de atrás, imitando el sonido de la gaita, abstraída. El paisaje era el habitual de los viajes en coche: las nucas de mis padres por encima de los respaldos de los asientos delanteros. Mi padre llevaba el sombrero puesto, el que utilizaba para impedir que las cosas que caían de los árboles se le enredaran en el pelo. La mano de mi madre estaba posada plácidamente sobre su cuello.

«Tenías un olfato muy fino cuando eras más joven», dice mi madre.

Ahora entramos en terreno peligroso: una cosa es la niñez de mi madre, y otra muy distinta la mía. Este es el momento en que empiezo a remover la cucharilla de plata o pido otra taza de té. «Tenías la costumbre de entrar en las casas ajenas y preguntar en voz alta: “¿Qué es este olor tan raro?”». Si hay invitados, se apartan un poco de mí, conscientes de sus propios efluvios, y tratan de no mirar mi nariz.

«Eso me incomodaba mucho —agrega mi madre, como ausente. Luego cambia de tema—. Eras una niña muy dócil. Te levantabas a las seis de la mañana y te ponías a jugar sola en el cuarto de los juguetes, cantando… —Hace una pausa. Una voz lejana, la mía, aguda y argentina, flota en el espacio que nos separa—. Hablabas por los codos, como una cotorra, desde que te despertabas hasta que te acostabas». Mi madre suspira imperceptiblemente, como si se preguntara por qué me he vuelto tan silenciosa, y se levanta para atizar el fuego.

Pregunto si estamos ya en la época de la recolección del azafrán con el propósito de cambiar de tema, pero no hay forma de distraerla. «Nunca tuve que zurrarte —continúa—. Con avisarte era suficiente. —Me mira de soslayo; no está segura de en

qué me he convertido, o cómo—. Solo ocurrió un par de veces. Una, cuando tuve que salir y dejaros al cuidado de vuestro padre. —Tal vez esa es la clave de la historia: la incapacidad de los hombres para responsabilizarse de niños de corta edad—. Volví a casa y os sorprendí a ti y a tu hermano tirando bolas de barro a un anciano desde la ventana de arriba».

Ambas sabemos de quién partió la idea. Para mi madre, mi hermano era un demonio y yo, su sombra, «muy influenciable», como dice ella.

«Hacía lo que quería contigo. Estaba claro que debía castigaros a los dos por igual», concluye. Estaba claro. Le dedico una sonrisa indulgente. La verdad es que yo era más escurridiza que mi hermano, y me pillaban con menos frecuencia. No me dedicaba a atacar a pecho descubierto los nidos de ametralladoras del enemigo si podía evitarlo. Mis actos de maldad en solitario eran tortuosos y los ocultaba muy bien; solo dejaba a un lado las precauciones cuando me confabulaba con mi hermano.

«Te manejaba con un dedo —dice mi madre—. Vuestro padre os construyó una caja a cada uno para guardar los juguetes, y la regla era —mi madre es especialista en urdir reglas— que no podíais sacar nada de la caja del otro sin permiso, pues en ese caso os quedaríais sin juguetes. Pero él te los quitaba, acuérdate. Te convencía de que jugarais a papás y mamás y él hacía de bebé. Luego hacía que lloraba y, cuando le preguntabas qué quería, te pedía cualquier cosa que tuvieras fuera de la caja y que le hiciera gracia en aquel momento. Siempre se lo dabas».

No me acuerdo de eso, pero sí de haber jugado a la Segunda Guerra Mundial en el suelo de la sala de estar, con ejércitos formados por ositos y conejos de felpa; pero es obvio que se establecieron algunas conductas primarias. Aquellas primeras experiencias con la caja de juguetes —y el mismo concepto «caja de juguetes» encierra no pocas implicaciones—, ¿me habrán hecho desconfiar de los hombres que despiertan sentimientos maternales y, al mismo tiempo, ser sensible a ellos? ¿Me habrán condicionado a creer que si no soy solícita, si no soy afable, si no soy el sempiterno cuerno de la abundancia proveedor de placeres y diversiones, cogerán su colección de tapones de botellas y sus raídos ositos de una sola oreja y se escaparán al bosque para jugar a francotiradores? Es probable. Lo que mi madre considera gracioso quizá haya sido letal.

Pero esta no es su única historia acerca de mi credulidad e ingenuidad. Falta el *coup de grâce*, el cuento de las galletas en forma de conejito.

«Sucedió en Ottawa. Me habían invitado a un té que ofrecía el gobierno —dice mi madre, y este hecho por sí solo introduce un elemento terrorífico: mi madre odiaba las recepciones oficiales, a las que, sin embargo, se veía obligada a asistir por ser esposa de un funcionario—. Os tuvimos que llevar; en aquel tiempo no podíamos permitirnos el lujo de pagar canguros». La anfitriona había preparado una bandeja de galletas para los niños, y mi madre procede a describirlas: maravillosas galletitas en forma de conejo, con la cara y el traje de azúcar coloreado, falditas para las conejitas, pantaloncitos para los conejitos.

«Tú elegiste una —dice mi madre—. Te fuiste sola a un rincón. La señora X reparó en ti y se acercó. "¿No te vas a comer la galletita?", preguntó. "Oh, no, voy a sentarme aquí para hablar con ella", respondiste. Y allí te sentaste, más contenta que unas pascuas. Pero alguien cometió el error de dejar la bandeja al alcance de tu hermano. Cuando volvieron a mirar, no quedaba ni una sola galleta. Se las había comido todas. Te aseguro que aquella noche se encontró muy mal».

Algunas historias de mi madre escapan a todo análisis. ¿Cuál es la moraleja de esta última? Que yo era idiota queda bastante claro, pero mi hermano tuvo dolor de estómago. ¿Qué es mejor: comer lo que se tiene a mano, en un sentido estrictamente materialista, y tanto como se pueda, o refugiarse en un rincón y hablar con la comida? Era uno de los interrogantes favoritos de mi madre antes de que me casara, cuando llevaba a cenar a casa a los que mi padre denominaba «pretendientes». A los postres salía a colación la historia de la galleta en forma de conejito, y yo me encogía y toqueteaba la cuchara mientras mi madre contaba alegremente la historia. ¿Qué se esperaba que pensaran los pretendientes? ¿Se ponía al descubierto mi benevolente feminidad para que la examinaran? ¿Se les decía de forma sibilina que yo era inofensiva, que me limitaría a hablar con ellos sin devorarles? ¿O acaso mi madre, en cierto modo, los ahuyentaba? Porque hay algo un tanto demencial en lo que respecta a mi comportamiento, una característica propia de las personas a las que se espera ver levantarse de la mesa de un salto y gritar: «¡No os comáis eso, está vivo!».

Con todo, hay una diferencia entre simbolismo y anécdota. A veces lo recuerdo cuando escucho a mi madre.

«En mi próxima reencarnación —dijo mi madre en una ocasión— seré arqueóloga y me dedicaré a desenterrar cosas». Estábamos sentadas en la cama que había sido de mi hermano, luego mía y después de mi hermana, examinando el contenido de los baúles para decidir qué íbamos a tirar y qué íbamos a regalar. Mi madre cree que lo que salvamos del pasado es, antes que nada, una cuestión de elección.

En aquella época, algo le sucedía a la familia; algún miembro no era feliz. Mi madre estaba taciturna, no mostraba su alegría habitual.

Su afirmación me dejó estupefacta. Era la primera vez que oía a mi madre decir que habría preferido ser algo distinto de lo que era. Yo tendría unos treinta y cinco años por entonces, pero me resultó chocante y un tanto ofensivo saber que mi madre no estaba del todo satisfecha con el papel que el destino le había deparado: el de ser mi madre. Qué infantiles somos todos en lo que concierne a las madres.

Poco tiempo después me convertí en madre, y ese acontecimiento me cambió por completo.

Mientras peinaba mi cabello poco menos que indomable, arrollándolo alrededor de su

largo dedo índice, en lucha con los enredos, mi madre solía leerme cuentos. Casi todos ellos siguen en casa, pero uno ha desaparecido. Tal vez se tratara de un libro de la biblioteca. Narraba la historia de una niña tan pobre que solo tenía una patata para cenar, y, mientras la estaba asando, la patata dio un brinco y huyó a toda prisa. Se produjo entonces la habitual persecución, pero no consigo recordar cómo terminaba el cuento: un lapsus muy significativo.

«Era uno de tus cuentos favoritos», dice mi madre. Es probable que aún tenga la impresión de que yo me identificaba con la niña, su hambre y su sensación de pérdida; en realidad me identificaba con la patata.

Las primeras influencias son importantes. Esta tardó bastante en emerger, seguramente hasta después de que fuera a la universidad y empezara a usar medias negras, a hacerme moño y a tener pretensiones. Se instaló la melancolía. Nuestra vecina, a la que le interesaba el vestuario, abordó a mi madre. «"Si se preocupara de su aspecto —cita mi madre—, podría resultar muy atractiva". Siempre estabas ocupada, muy ocupada —agrega con benevolencia, refiriéndose a aquella época—. Siempre estabas cocinando algo, madurando algún proyecto».

Forma parte de la mitología de mi madre que soy tan alegre y productiva como ella, aunque admite que oculto estas cualidades ocasional y temporalmente. No se me permitía deambular angustiada por la casa. Tenía que desahogarme en el sótano, adonde mi madre no iría a molestarme y a aconsejarme que diese un paseo para mejorar la circulación sanguínea. Era su respuesta a cualquier indicio, por débil que fuera, de profundo abatimiento. No había nada que una rápida caminata entre las hojas muertas, el viento ululante o la cellisca no pudieran curar.

Yo sabía que me estaba afectando el *Zeitgeist*, el espíritu de los tiempos, y que tales remedios eran ineficaces. Flotaba en los días de mi madre como una niebla tóxica, la oscuridad se extendía a mi alrededor. Leía poesía moderna y relatos sobre las atrocidades de los nazis, y me dio por beber café. Mi madre, desde muy lejos, pasaba el aspirador en torno a mis pies mientras yo estudiaba sentada en sillas, arrebujada en una manta gruesa, porque siempre tenía frío.

Mi madre cuenta pocas historias sobre esa época, de la que yo recuerdo muy bien la extraña mirada que a veces captaba en sus ojos. Pensé, por primera vez en la vida, que tal vez mi madre me tenía miedo. Ni siquiera podía tranquilizarla, pues solo era vagamente consciente de la naturaleza de su angustia, pero debía de haber algo en mí que se hallaba fuera de su alcance: en cualquier momento podía abrir la boca y hablar en un idioma desconocido para ella. Me había convertido en un visitante del espacio exterior, un viajero del tiempo que regresaba del futuro para anunciar un gran desastre.

Betty

Cuando yo tenía siete años nos mudamos otra vez, a una casa de madera a orillas del Saint Marys, a pocas millas de Sault Sainte Marie, que estaba río abajo. En realidad, solo la alquilamos para el verano, pero de momento era nuestra casa, puesto que no teníamos otra. Era oscura, olía a ratones y estaba atestada de trastos de la antigua vivienda que no dejamos en el guardamuebles. De modo que mi hermana y yo preferíamos pasar casi todo el tiempo fuera.

Había una pequeña playa, tras la cual las casas, con molduras de colores —blanco sobre verde, granate sobre azul, marrón sobre amarillo—, se alineaban como cajas de zapatos, cada una con su retrete detrás, a una distancia insalubre. Teníamos prohibido nadar en el río a causa de la fuerte corriente. Se contaban casos de niños arrastrados por las aguas hacia los rápidos y las esclusas, hacia los fuegos de los altos hornos de las fundiciones de Algoma, que a veces veíamos desde la ventana de nuestro dormitorio en las noches nubladas, un resplandor rojizo bajo las nubes. Nos dejaban vadearlo, siempre y cuando el agua no nos llegase por encima de la rodilla. Con los tobillos enredados en los flecos de las algas, saludábamos con la mano a los cargueros que pasaban, tan cerca que no solo veíamos las banderas y las gaviotas a popa, sino también las manos de los marineros y los óvalos de sus rostros al devolvernos el saludo. Cuando el oleaje que producían nos mojaba los muslos y llegaba hasta la cintura de nuestros floreados y fruncidos trajes de baño con faldita, chillábamos alborozadas.

Nuestra madre, que solía estar en la orilla leyendo o hablando con alguien, aunque no exactamente vigilándonos, interpretaba los chillidos como señal de que nos estábamos ahogando. Y luego decía: «Os habéis metido hasta más arriba de la rodilla». Mi hermana le explicaba que solo había sido el oleaje producido por el barco. Entonces mi madre me miraba para ver si decía la verdad, porque, a diferencia de mi hermana, yo mentía muy mal.

Los cargueros eran armatostes enormes, con los escobenes de las anclas oxidados y chimeneas gigantescas de las que salían chorros de humo gris. Cuando hacían sonar las sirenas, como siempre que se acercaban a las esclusas, temblaban las ventanas de la casa. Para nosotras eran mágicos. A veces caían cosas, o las tiraban, y nosotras observábamos con avidez los objetos flotantes y corríamos por la orilla para ver dónde estaban y vadeábamos el río para cogerlos. Por lo general tales tesoros no eran más que cajas de cartón vacías o latas de aceite agujereadas que rezumaban una grasa de color pardusco y que no servían para nada. A veces eran cajas de naranjas, que utilizábamos como alacenas o taburetes en nuestros escondrijos.

En parte nos gustaba la casa porque teníamos espacio para esos escondrijos. No lo habíamos tenido antes, pues siempre habíamos vivido en ciudades. Antes de ir allí,

vivimos en Ottawa, en los bajos de un edificio de apartamentos de tres plantas y ladrillo visto. En el piso de arriba vivían unos recién casados. Ella era inglesa y protestante y él, católico y francés. Como él era piloto de las fuerzas aéreas, pasaba largas temporadas fuera. Y cuando volvía de permiso la emprendía a golpes con su esposa. Ocurría siempre hacia las once de la noche. Ella corría escaleras abajo, en busca de la protección de mi madre, y se sentaban las dos en la cocina a tomar té. La mujer lloraba quedamente, para no despertarnos —mi madre se lo rogaba, porque era partidaria de que los niños durmieran doce horas—, le mostraba el ojo a la funerala o el pómulo amoratado, y murmuraba que su marido bebía mucho. Más o menos una hora después llamaban discretamente a la puerta y el aviador, de uniforme, le pedía con amabilidad a mi madre que le devolviese a su esposa, porque su sitio estaba arriba. Decía que habían discutido por cuestiones religiosas y que, además, le había dado quince dólares para la compra y ella le había puesto jamón frito para cenar. Después de estar un mes fuera de casa, un hombre esperaba un buen asado de cerdo o de ternera.

—¿No cree usted, señora?

—Yo…, ver, oír y callar —contestaba mi madre, que nunca tuvo la impresión de que estuviese demasiado borracho, aunque con la gente educada nunca se sabía a qué atenerse.

Yo no debía enterarme de todo esto, bien porque se me considerara demasiado pequeña o demasiado discreta, pero a mi hermana, que era cuatro años mayor que yo, se lo dejaban entrever, y ella me transmitía la información con el aderezo que creyese conveniente. Vi a la mujer muchas veces desde la puerta de mi casa, subiendo o bajando las escaleras, y ciertamente en una ocasión llevaba un ojo a la funerala. A él nunca lo vi, pero cuando dejamos Ottawa estaba convencida de que era un asesino.

Esa debía de ser la razón de la advertencia de mi padre cuando mi madre le dijo que acababa de conocer al joven matrimonio que vivía al lado. «Procura no tener demasiado contacto —le dijo—. No quiero que esa mujer aparezca por aquí a cualquier hora de la noche». Mi padre tenía poca paciencia con la inclinación de mi madre a ser paño de lágrimas de los demás. «¿No te escucho a ti, cariño?», le decía ella, risueña. Según él, mi madre atraía a lo que él llamaba «esponjas»; pero la preocupación de mi padre no parecía estar justificada. Aquel matrimonio era muy distinto al de Ottawa. Fred y Betty insistieron desde el primer momento en que los llamasen así: Fred y Betty. Mi hermana y yo, pese a que nos habían enseñado que antepusiésemos al nombre de todo el mundo el señor y la señora, tuvimos que llamarlos también Fred y Betty, y podíamos ir a su casa siempre que quisiéramos. «No quiero que os lo toméis al pie de la letra», nos decía nuestra madre. Los tiempos eran difíciles, pero mi madre había sido bien educada y nosotras íbamos por el mismo camino. Sin embargo, al principio íbamos a casa de Fred y de Betty muy a menudo.

Su casa era tan pequeña como la nuestra, pero como no tenían tantos muebles parecía más grande. La nuestra tenía las habitaciones separadas por tabiques de

cartón piedra pintados de color verde lima, con rectángulos de tono más claro allí donde otros inquilinos habían tenido cuadros colgados. Betty sustituyó esos tabiques por otros de contrachapado pintados de amarillo vivo, hizo unas cortinas blancas y amarillas para la cocina, estampadas con dibujos de polluelos saliendo del cascarón, y con el retal que le sobró se hizo un delantal. Mi madre decía que eso estaba muy bien porque su casa era de propiedad, pero que en la nuestra no merecía la pena hacer nada porque era de alquiler.

Betty llamaba a su cocina «cocinita». En un rincón tenía una mesa redonda de hierro forjado, igual que las sillas, pintadas de blanco; una para ella y otra para Fred. Betty llamaba a aquel rincón su «nidito del desayuno».

En casa de Fred y Betty había más cosas divertidas que en la nuestra. Tenían un pájaro de vidrio hueco y coloreado posado en el borde de una jarra de agua, el cual se balanceaba hacia delante y hacia atrás hasta que terminaba por sumergir la cabeza y echar un trago. En la puerta principal tenían una aldaba en forma de pájaro carpintero, y si tirabas de un cordel llamaba a la puerta. También tenían un silbato en forma de pájaro que podías llenar de agua y, si soplabas por él, trinaba «como un canario», decía Betty. Siempre traían el tebeo que regalaban los sábados con el periódico. Nuestros padres no, porque no les gustaba que leyésemos bobadas, como decían ellos. Pero, como Fred y Betty eran tan simpáticos y amables con nosotras, ¿qué iban a hacer?, como decía mi madre.

Aparte de todas estas atracciones, estaba Fred, de quien ambas nos enamoramos. Mi hermana se le sentaba en las rodillas, decía que era su novio y que se casaría con él cuando fuese mayor. Luego le pedía que le leyera el tebeo y le gastaba bromas: trataba de quitarle la pipa de la boca o le ataba los cordones de un zapato a los del otro. Yo sentía lo mismo, pero comprendía que no me convenía decirlo. Mi hermana ya había dejado claras sus pretensiones. Y si ella decía que iba a hacer algo, solía hacerlo. Además, detestaba que fuese lo que ella llamaba un mono de imitación. De modo que yo me sentaba en el nidito del desayuno, en una de las sillas de hierro forjado, mientras Betty preparaba el café, y observaba a mi hermana y a Fred en el sofá.

Fred tenía magnetismo. Mi madre, que no era una mujer dada a coquetear —lo que le interesaba era el saber—, se mostraba más alegre cuando él estaba presente. Incluso a mi padre le caía bien, y a veces tomaba una cerveza con él al regresar de la ciudad, sentados los dos en los sillones de mimbre de la casa de Fred, espantando a los mosquitos y charlando de béisbol. Como rara vez hablaban del trabajo, no estoy muy segura de a qué se dedicaba Fred, pero trabajaba en una oficina. Mi padre en el «empapelado», decía mi madre, aunque nunca comprendí muy bien qué quería decir con eso. Era más interesante oírlos hablar de la guerra. Los problemas que mi padre tenía en la espalda le libraron de ir, muy a su pesar, pero Fred estuvo en la armada. Nunca hablaba demasiado de ello, aunque mi padre siempre lo animaba. Sabíamos por Betty que se prometieron poco antes de que él marchase al frente y se casaron

inmediatamente después de que regresara. Betty le escribía todas las noches y le enviaba las cartas una vez por semana. No decía con qué frecuencia le escribía Fred. A mi padre no le caía bien demasiada gente, pero de Fred decía que no era un tonto.

Fred no se esforzaba en caer bien a los demás. Ni siquiera creo que fuese especialmente guapo. Digo que no lo creo porque, mientras que a Betty la recuerdo con pelos y señales, de él solo recuerdo que era moreno y que fumaba en pipa. Si nos poníamos muy pesadas, nos cantaba «Sioux City Sue»: «Tu pelo es rojo, tus ojos azules. Por ti daría mi perro y mi caballo…». O le cantaba «Beautiful Brown Eyes» a mi hermana, que tenía los ojos marrones y no azul claro como yo. Esto hería mis sentimientos, ya que en una estrofa decía «nunca volveré a amar unos ojos azules». Resultaba demasiado terminante, una vida entera sin ser amada por Fred. En una ocasión lloré, con el agravante de no poder contarle a nadie qué me pasaba; y tuve que sufrir la humillación de la preocupación burlona de Fred y del desdén de mi hermana. Pero más humillante aún fue que Betty me consolara en la cocinita. Era una humillación, porque incluso a mí me parecía obvio que Betty no acababa de entenderlo. «No le hagas caso», me dijo, al adivinar que mis lágrimas tenían algo que ver con él, aunque ese fuese precisamente el único consejo que yo no podía seguir.

Al igual que los gatos, Fred era de los que no daban un paso por nadie, como comentaría mi madre posteriormente. De modo que era injusto que todo el mundo lo quisiera y que, sin embargo, nadie se encariñase con Betty, pese a toda su amabilidad. Era Betty quien siempre nos saludaba desde la puerta, nos invitaba a entrar y hablaba con nosotras, mientras Fred leía el periódico, repantigado en el sofá. Betty nos daba galletas, nos preparaba batidos de leche y nos dejaba lamer los cuencos cuando hacía pasteles. Era una persona amable; todo el mundo lo decía. En cambio, nadie hubiese dicho lo mismo de Fred, que rara vez reía y solo sonreía cuando hacía algún comentario grosero, casi siempre dirigido a mi hermana. «Qué, ¿pintarrajeándote otra vez?», le decía. O: «Eh, tú, culona». Betty nunca decía esas cosas y siempre reía o sonreía.

Se partía de risa cuando Fred la llamaba Betty Grable, algo que hacía por lo menos una vez al día. Yo no le veía la gracia, aunque suponía que debía de tomarlo como un cumplido. Betty Grable era una famosa estrella de cine; había una fotografía suya sujeta con chinchetas en la pared del retrete de su casa. Mi hermana y yo preferíamos el retrete de Fred y Betty. Tenía una cortinilla en la ventana, a diferencia del nuestro, y una cajita de madera con una escobilla para la lejía. En cambio, nosotros solo teníamos una caja de cartón y un viejo palustre.

La verdad es que Betty no se parecía a Betty Grable, que era rubia y no tan rellenita como nuestra Betty. Pero yo pensaba que ambas eran bonitas. Tardé en comprender que era una comparación cruel, ya que Betty Grable era famosa por sus piernas, mientras que Betty las tenía rectas como palos. Aunque por entonces a mí me parecían unas piernas corrientes. Sentada en la cocinita, se las veía muy bien, ya que llevaba camisetas con la espalda al aire y pantalones cortos, con el delantal amarillo

por encima. Y no sé por qué razón Betty no lograba nunca broncearlas, a pesar de las muchas horas que pasaba haciendo ganchillo en el sillón de mimbre, de cintura para arriba a la sombra del porche, pero con las piernas estiradas para que les diese el sol.

Mi padre decía que Betty no tenía sentido del humor. Y yo no entendía por qué, pues si le contabas un chiste siempre reía, aunque te hicieses un lío, y también ella contaba chistes. A veces escribía la palabra «CA**M**A», con la **M** más pequeña y oscura que la A y la C. «¿Qué es? Es la mulatita en CA**M**A», me decía con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba ver todos los dientes. Nunca habíamos cruzado a Estados Unidos, aunque podíamos ver el país vecino, que empezaba al otro lado del río, a partir de una arboleda que se perdía por el oeste hacia el azul del lago Superior, y las únicas personas de color que yo había visto eran personajes de tebeo: los africanos de *Tarzán* y Lotario de *Mandrake el mago*, que llevaba una piel de león. No comprendía qué relación tenía ninguno de ellos con la palabra «cama».

Mi padre decía también que Betty no tenía *sex appeal,* algo que a mi madre no le parecía nada preocupante. «Es muy maja», replicaba ella complacida, o «Tiene muy buen color». Mi madre y Betty no tardaron en ayudarse a preparar las conservas. La mayoría de las familias tenían lo que dieron en llamar «huertos de la victoria», pese a que la guerra ya se había terminado. Los meses de julio y agosto había que pasarlos llenando cuantos tarros de fruta y verduras se pudiese. Al huerto de mi madre le faltaba entusiasmo, como a casi todas las labores domésticas que hacía. Era una parcela pequeña junto al retrete, donde las calabaceras de San Juan trepaban por una fronda de tomateras recrecidas, entre surcos irregulares sembrados de zanahorias y remolachas. Mi madre solía decir que para lo que ella servía era para tratar con las personas. Betty y Fred no tenían huerto. Fred no lo habría querido trabajar, y cuando ahora pienso en Betty comprendo que un huerto la habría desbordado. Pero cada vez que Fred iba a la ciudad le hacía comprar cestas de fresas, melocotones, judías, tomates y uvas. Y convenció a mi madre de que se olvidase del huerto y colaborase con ella en sus maratonianas sesiones de envasado de conservas.

Como la cocina económica de mi madre desprendía un insufrible calor para esa operación y el hornillo eléctrico de Betty resultaba demasiado pequeño, Betty consiguió que «los mozos», como llamaba a Fred y a mi padre, arreglasen la desvencijada cocina económica que había estado oxidándose detrás de su retrete. La instalaron en nuestro patio trasero, y mi madre y Betty se sentaban a nuestra mesa de cocina, que sacaron al patio, a pelar y trocear frutas y verduras mientras charlaban; Betty con los carrillos más rojos de lo normal a causa del calor, y mi madre con un viejo pañuelo de colores en la cabeza, que le daba aspecto de gitana. Detrás de ellas burbujeaban y humeaban las cacerolas con los botes de conserva y, en un lado de la mesa, encima de varias capas de periódicos, crecían las hileras de tarros boca abajo, que al enfriarse a veces rezumaban o se resquebrajaban. Mi hermana y yo merodeábamos en derredor de la mesa, aunque sin dejarnos ver mucho para que no nos invitaran a colaborar, impacientes por apoderarnos de las cestas vacías.

Pensábamos que podían servirnos en nuestro escondite. No estábamos seguras de para qué, pero cabrían en las cajas de naranjas.

Me enteré de muchas cosas sobre Fred durante las sesiones de envasado de conservas de Betty: lo mucho que le gustaban los huevos; qué talla de calcetines usaba (Betty era muy aficionada al punto y se los hacía); lo bien que le iba en la oficina, y lo que no le gustaba para cenar. Porque Fred era melindroso con la comida, decía Betty risueña. Betty no tenía prácticamente nada más de que hablar, e incluso mi madre, veterana de tantas confidencias, empezó a hablar menos y a fumar más de lo normal cuando estaba con ella. Le resultaba más fácil escuchar a quienes le contaban desgracias que la cascabelera e insustancial verborrea de Betty. Empecé a pensar que quizá no me gustase nada casarme con Fred, que, en boca de Betty, parecía una larga tira de papel de periódico ensalivado sin más información que la meteorológica. Ni a mi hermana ni a mí nos interesaba saber qué talla de calcetines gastaba Fred, y los nimios detalles que Betty contaba sin venir a cuento lo disminuían a nuestros ojos. De modo que empezamos a ir menos a jugar a casa de Fred y Betty, y más a nuestro escondrijo, que estaba en el chaparral de un solar junto a la orilla. Allí nos entreteníamos con complicados juegos de *Mandrake el mago* y su fiel criado Lotario, en los que nuestros muñecos hacían el papel de villanos a los que era fácil hipnotizar. Mi hermana era el mago. Cuando nos cansábamos de jugar a eso, nos poníamos el traje de baño e íbamos a caminar por la orilla del río, a ver pasar los cargueros y a tirar bellotas al agua, para ver cuánto tardaba en llevárselas la corriente.

En una de esas excursiones fluviales conocimos a Nan, que vivía diez parcelas más abajo, en una casita blanca con el porche, la puerta y los postigos rojos. A diferencia de muchas de las otras casitas, la de Nan tenía enfrente un embarcadero, que se adentraba en el río sobre pilares afirmados por rocas amontonadas en derredor. Y en el embarcadero estaba sentada la primera vez que la vimos, mascando chicle y mirando un montón de cromos de aviones, de los que salían en los paquetes de cigarrillos Wings. Todo el mundo sabía que solo los chicos los coleccionaban. Tenía la piel morena, el pelo castaño claro y el cutis terso y lustroso como flan de caramelo.

—¿Qué haces con eso? —le preguntó mi hermana, así por las buenas.

Nan se limitó a sonreír.

Aquella misma tarde admitimos a Nan en nuestro escondrijo y, después de jugar un ratito a *Mandrake el mago*, durante el que me vi reducida al humilde papel de Narda, ellas se sentaron en nuestros taburetes y empezaron a hacer lo que a mí me parecieron lánguidos e irrelevantes comentarios.

—¿No vais nunca a la tienda? —preguntó Nan.

Nunca íbamos. Nan volvió a sonreír. Ella tenía doce años y mi hermana solo once y nueve meses.

—A la tienda van chicos muy guapos —dijo Nan, que llevaba una blusa con volantes y cuello elástico que se podía bajar hasta los hombros. Nan se guardó los cromos en un bolsillo de los pantalones cortos y fuimos a preguntarle a mi madre si

podíamos ir a la tienda. A partir de entonces mi hermana y Nan fueron casi cada tarde.

La tienda estaba a una milla y media de nuestra casa, una buena caminata a lo largo de la orilla, junto a la hilera de casitas, donde madres orondas tomaban el sol y otros niños, posiblemente hostiles, chapoteaban en el agua; junto a botes de remo varados en la arena a lo largo de embarcaderos de cemento; a través de franjas de playa cubierta de maleza que te hería los tobillos y de arvejas silvestres, duras y amargas. En algunos puntos del camino se olían los retretes. Poco antes de llegar a la tienda, había una explanada con hiedra venenosa y teníamos que vadear el río para evitarla.

La tienda no tenía nombre; era solo «la tienda», la única a la que se podía ir a pie desde las casitas de la urbanización.

Me dejaron ir con mi hermana y con Nan o, más exactamente, mi madre insistió en que fuese con ellas. Aunque yo no le había dicho nada, ella notó mi tristeza. No me entristecía tanto la deserción de mi hermana, como su alegre despreocupación, porque bien que le gustaba jugar conmigo cuando no estaba Nan.

A veces, cuando me sentía demasiado desgraciada viendo a mi hermana y a Nan conspirar a pocos pasos de mí, daba media vuelta e iba casa de Fred y Betty. Me sentaba al revés en una silla de la cocina, con los brazos extendidos e inmóviles, sosteniendo una madeja de lana azul celeste mientras Betty la devanaba. O, bajo la dirección de Betty, hacía a ganchillo, despacito, vestiditos desproporcionados de color rosa o amarillo para las muñecas, unas muñecas con las que, de pronto, mi hermana era demasiado mayor para jugar.

Si hacía buen tiempo, me acercaba hasta la tienda. No era bonita ni limpia, pero estábamos tan acostumbrados a la dejadez y a la mugre de la época de la guerra que ni reparábamos en ello. Era un edificio de dos plantas de madera sin pintar, que la intemperie había vuelto gris. Algunas partes estaban remendadas con tela asfáltica. Tenía coloridos letreros metálicos en la fachada y en los escaparates: Coca-Cola, 7-Up, Salada Tea. El interior desprendía ese olor dulce y tristón de las tiendas en las que se vende de todo, mezcla del aroma de los cucuruchos de helado, las galletas Oreo, los caramelos duros y las barritas de regaliz que se exponían en el mostrador, y ese otro olor, almizcleño y penetrante, a sudor y a rancio. Las botellas de refrescos se guardaban en una nevera metálica que tenía una pesada puerta y estaba llena de agua fría y de pedazos de hielo que, al fundirse, quedaban tan suaves como los trozos de vidrio pulidos por la arena que a veces encontrábamos en la playa.

El dueño de la tienda y su esposa vivían en el piso de arriba, pero casi nunca los veíamos. La tienda la llevaban sus dos hijas, que se turnaban detrás del mostrador. Las dos eran morenas y vestían pantalones cortos y blusas de topos con la espalda al aire, pero una era simpática y la otra, más delgada y más joven, no. Cogía nuestros centavos y los guardaba en la caja registradora sin decir palabra, mirando por encima de nuestras cabezas hacia el escaparate delantero, con sus tiras atrapamoscas llenas de

racimos de insectos, como si fuese totalmente ajena a los movimientos de sus manos. No le caíamos bien; no nos veía. Llevaba el pelo largo y peinado con una especie de bucle por delante y los labios pintados de color púrpura.

La primera vez que fuimos a la tienda descubrimos por qué coleccionaba Nan cromos de aviones. Había dos chicos sentados en los agrietados y grises escalones de la entrada, con los brazos cruzados sobre las rodillas. Mi hermana me había dicho que lo que había que hacer con los chicos era ignorarlos, porque, de lo contrario, no te dejaban tranquila. Pero aquellos chicos conocían a Nan y hablaban con ella, no para dirigirle las habituales pullas, sino con respeto.

—¿Tienes alguno nuevo? —preguntó uno.

Nan sonrió, se echó el pelo hacia atrás y encogió ligeramente los hombros bajo la blusa. Luego sacó los cromos de aviones que llevaba en un bolsillo de los pantalones cortos y empezó a buscar.

—¿Y tú no tienes? —le preguntó el otro chico a mi hermana.

Por una vez mi hermana se sintió humillada. Después de aquello convenció a mi madre de que cambiase de marca de cigarrillos y empezó a coleccionarlos ella también. La vi mirándose en el espejo una semana después, ensayando la seductora prestidigitación, sacando los cromos del bolsillo como si de la serpiente de un mago se tratase.

Cuando yo iba a la tienda, siempre tenía que llevarle a mi madre pan de molde y, a veces, si había, una bolsa de masa Jiffy para pasteles. Mi hermana nunca tenía que comprar nada: ya había descubierto las ventajas de ser poco de fiar. Como pago y, estoy segura, compensación por mi infelicidad, mi madre me daba un centavo por viaje. Cuando hube ahorrado cinco centavos, me compré mi primer polo. Mi madre nunca había querido comprárnoslos, aunque sí transigía con los cucuruchos de helado. Decía que los polos tenían algo perjudicial, y cuando me senté en los escalones de la entrada de la tienda y lo lamí hasta el palito de madera, lo miré y remiré en busca del elemento nocivo. Lo imaginaba como una especie de pepita, como la parte blanca en forma de uña de los granos de maíz, pero no encontré nada.

Mi hermana y Nan estaban sentadas a mi lado en los escalones de la entrada. Como aquel día no había chicos en la tienda, no tenían nada más que hacer. El calor era más intenso que de costumbre y no corría una gota de aire; el río reverberaba y los cargueros nos saludaban al pasar. Mi polo se fundía casi sin darme tiempo a comérmelo. Le había dado a mi hermana la mitad y ella la había aceptado sin el agradecimiento que yo esperaba; lo compartía con Nan.

Fred apareció por la esquina del edificio y fue hacia la puerta. No nos extrañó, porque lo habíamos visto muchas veces en la tienda.

—Hola, preciosa —le dijo a mi hermana.

Deslizamos el trasero por el escalón para dejarlo pasar.

Al cabo de un buen rato salió con una hogaza de pan. Nos preguntó si queríamos que nos llevara en coche; nos dijo que acababa de llegar de la ciudad. Como es

natural, dijimos que sí; aquello no tenía nada de insólito, pero una de las hijas del dueño, la más delgada, la purpúrea, salió a la entrada y se quedó mirando mientras nosotros nos alejábamos en el coche. Cruzó los brazos sobre el pecho, con esa pose de hombros caídos de las mujeres que se pasan las horas muertas a la puerta de sus casas; no sonreía. Yo creía que había salido a ver el carguero de la Canada Steaming Lines, que pasaba en aquellos momentos, pero reparé en que miraba a Fred; más que mirarlo, lo fulminaba con la mirada.

Fred no pareció advertirlo y estuvo canturreando durante el breve trayecto hasta casa. Cantaba «Katy, oh, linda Katy», guiñándole el ojo a mi hermana, a la que a veces llamaba Katy porque se llamaba Catherine. Llevaba las ventanillas abiertas y nos entraba el polvo del camino de gravilla lleno de baches. Entraba tanto que nos blanqueaba las cejas y encanecía a Fred. Mi hermana y Nan chillaban alborozadas con el traqueteo, y al cabo de unos momentos olvidé mi disgusto por saberme relegada y empecé a chillar yo también.

Parecía que hiciese mucho tiempo que vivíamos en la casita, aunque solo llevábamos allí aquel verano. En agosto apenas me acordaba ya del apartamento de Ottawa y del hombre que pegaba a su esposa. Era como si hubiese sucedido en otra vida, más feliz, a pesar del sol, del río y del aire libre de que ahora disfrutaba. Antes, los frecuentes cambios de domicilio y de colegio obligaban a mi hermana a valorarme más. Yo era cuatro años menor, pero era leal y siempre estaba a su lado. Ahora aquellos años eran como un abismo entre nosotras, una franja vacía, como una playa a lo largo de la cual podía verla desaparecer delante de mí. Ansiaba ser como ella, aunque ya no supiera decir cómo era.

La tercera semana de agosto las hojas de los árboles empezaron a cambiar de color, no todas a la vez, sino que fueron moteando las ramas con tonos rojizos, como una advertencia. Eso significaba que pronto empezaría el colegio y una nueva mudanza. Ni siquiera sabíamos dónde íbamos a vivir esta vez, y cuando Nan nos preguntó a qué colegio íbamos contestamos con evasivas.

—Hemos ido a ocho colegios distintos —dijo mi hermana con orgullo.

Como yo era mucho más pequeña, solo había ido a dos. Nan, que había ido al mismo colegio toda su vida, se bajó la blusa por los hombros hasta los codos para mostrarnos cómo le habían crecido los pechos. Las aréolas habían empezado a abultársele, pero, por lo demás, seguía tan lisa como mi hermana.

—¿Y qué? —dijo mi hermana subiéndose el jersey.

Aquella era una competición en la que yo no podía participar. Se trataba del cambio, y el cambio me aterraba cada vez más. Volví por la orilla hasta la casa de Betty, donde me aguardaba mi último pedazo de desmañado ganchillo y donde todo era siempre igual.

Llamé con los nudillos a la puerta de tela metálica y la abrí. Iba a decir «¿Puedo entrar?», como siempre, pero no lo hice. Betty estaba sentada ante la mesa de hierro de su nidito del desayuno. Llevaba sus pantalones cortos y una blusa marinera azul

marino y blanca con un pequeño broche en forma de ancla, y el delantal con los polluelos amarillos saliendo del cascarón. Por una vez no hacía nada ni tomaba café. Estaba lívida y perpleja, como si alguien le hubiese pegado sin razón. Al verme, no me invitó a entrar ni me sonrió.

—¿Qué voy a hacer yo ahora? —dijo.

Miré la cocina. Todo estaba en su sitio. La cafetera relucía en el hornillo. El pájaro de cristal agachaba lentamente la cabeza. No había platos rotos ni agua en el suelo. ¿Qué habría pasado?

—¿Estás enferma? —le pregunté.

—No puedo hacer nada —dijo Betty.

Estaba tan rara que me asusté. Salí corriendo de la cocina y crucé el montículo cubierto de hierba hasta casa, para decírselo a mi madre, que siempre sabía qué había que hacer.

—A Betty le pasa algo.

Mi madre amasaba algo en un cuenco. Se frotó las manos para desprenderse la masa y se las limpió en el delantal. No pareció sorprenderse ni me preguntó de qué se trataba.

—Tú quédate aquí —me dijo. Cogió su paquete de cigarrillos y salió.

Aquella noche tuvimos que acostarnos más temprano porque mi madre quería hablar con mi padre. Pero, como es natural, aguzamos el oído. Era fácil con aquellos tabiques de cartón piedra.

—Me lo veía venir —dijo mi madre—. A la legua.

—¿Y quién es la otra? —preguntó mi padre.

—No lo sabe —contestó mi madre—. Alguna chica de la ciudad.

—Betty es tonta —dijo mi padre—. Siempre lo ha sido.

Tiempo después, cuando menudearon las separaciones de matrimonios, solía decir lo mismo. Con independencia de quién hubiese dejado a quién, siempre decía que la mujer era la tonta. El mayor cumplido que le hacía a mi madre era decir que no era ninguna tonta.

—Podría ser —convino mi madre—. Pero dudo que encuentre nunca una chica mejor. Se desvivía por él.

Mi hermana y yo comentamos el asunto con voz susurrante. La teoría de mi hermana era que Fred había dejado a Betty por otra mujer. Yo no me lo podía creer: nunca había oído que sucediesen semejantes cosas. Me afectó tanto que no pude dormir, y durante bastante tiempo sentía una gran ansiedad siempre que mi padre pasaba la noche fuera de casa, como ocurría a menudo. ¿Y si no regresaba?

No volvimos a ver a Betty. Sabíamos que estaba en casa, porque todos los días mi madre le llevaba un pedazo de sus apelmazadas tartas, como si de un velatorio se tratase. Pero a nosotras nos prohibieron terminantemente acercarnos a la casa y fisgar por las ventanas, como mi madre debió de adivinar que ansiábamos hacer. «Está destrozada», dijo mi madre, lo que me hizo imaginar a Betty tirada en el suelo,

descoyuntada, como un coche en el taller.

Ni siquiera la vimos el día que subimos al Studebaker de segunda mano de mi padre, con el asiento trasero atestado hasta los bordes de las ventanillas y solo un huequecito oblongo donde acurrucarme, para ir hasta la autopista y empezar el viaje de seiscientas millas en dirección sur, hasta Toronto. Mi padre había vuelto a cambiar de empleo. Ahora trabajaba en una empresa de materiales para la construcción. Decía estar seguro de que, con el creciente desarrollo del país, aquella sería su gran oportunidad. Pasamos el mes de septiembre y parte de octubre en un motel mientras mi padre buscaba una vivienda. Cumplí los ocho y mi hermana los doce. Luego fui a otro colegio y casi me olvidé de Betty.

Pero, un mes después de que yo cumpliera los doce, Betty vino de pronto una noche a cenar. Teníamos invitados con mucha mayor frecuencia que antes, y a veces las cenas eran tan importantes que mi hermana y yo cenábamos primero. A mi hermana no le importaba, porque por entonces ya salía con chicos. Yo iba a un colegio en el que nos obligaban a llevar calcetines, en lugar de las medias con costura que le permitían ponerse a mi hermana. Además, llevaba aparatos de ortodoncia. Mi hermana también los había llevado a mi edad, pero siempre se las había compuesto para que le diesen un aspecto llamativo y audaz, de modo que yo ansiaba tener aquellos luminosos dientes de plata. Pero ella ya se los había quitado y a mí me sentaban como un verdadero bocado de caballo, que hacía que me sintiera torpe y amordazada.

—Te acuerdas de Betty, ¿no? —dijo mi madre.

—Elizabeth —señaló Betty.

—Oh, sí, claro —dijo mi madre.

Betty había cambiado mucho. Antes estaba un poco rellenita, pero ahora estaba rechoncha. Tenía las mejillas carnosas y rojas como tomates. Pensé que se había pasado con el colorete, pero enseguida reparé en que se debía a la abundancia de capilares bajo la piel. Llevaba una falda negra larga y plisada, un suéter de angorina de manga corta, un collar de cuentas negras y unos zapatos de ante negro de tacón alto abiertos por delante. Desprendía un fuerte olor a muguete. Había encontrado empleo, le contó luego mi madre a mi padre, un empleo muy bueno. Trabajaba de secretaria de dirección y se hacía llamar señorita en lugar de señora.

—Le va muy bien —dijo mi madre—, teniendo en cuenta lo ocurrido. Ha sabido superarlo.

—Espero que ahora no vayas a invitarla a cenar cada dos por tres —dijo mi padre.

Betty seguía exasperándole, a pesar de su nueva imagen. Se reía más que nunca y cruzaba las piernas continuamente.

—Me parece que soy la única amiga que tiene —dijo mi madre.

Se calló que Betty era la única verdadera amiga que ella tenía. Cuando mi padre decía «tu amiga», todo el mundo sabía a quién se refería. Pero amigas menos íntimas

mi madre tenía muchas, y su don de saber escuchar con discreción era ahora toda una baza comercial para mi padre.

—Dice que nunca volverá a casarse —comentó mi madre.

—Es tonta —afirmó mi padre.

—Nunca he visto a nadie tan bien preparado para el matrimonio —aseguró mi madre.

Este comentario acrecentó mi ansiedad acerca de mi futuro. Si todos los desvelos de Betty no habían sido suficientes para Fred, ¿qué esperanzas podía albergar yo? Carecía del talento natural de mi hermana, aunque pensaba que habría recursos que podría aprender con aplicación y laboriosidad. En el colegio nos enseñaban economía doméstica y la profesora siempre decía que a los hombres se los conquistaba por el estómago. Yo sabía que no era cierto —porque mi madre seguía siendo una calamidad como cocinera, y cuando tenía invitados a cenar iba una mujer a ayudarla —, pero me aplicaba en la confección de elaborados postres como si me lo creyese.

Mi madre empezó a invitar a Betty a cenar con hombres solteros. Betty sonreía y reía, pero, aunque varios parecieron interesarse por ella, no resultó.

«Después de semejante golpe, no me sorprende», decía mi madre. Yo era lo bastante mayorcita para que me pudiesen contar las cosas y, además, a mi hermana no se le veía el pelo. «Tengo entendido que se fue con una secretaria de su empresa. Incluso se casaron después del divorcio». Había otro dato acerca de Betty, me contó mi madre, aunque advirtiéndome de que no debía sacarlo nunca a colación, porque a Betty le afectaba mucho: el hermano de Fred, que era dentista, había matado a su esposa porque se lio —mi madre decía «lio» saboreando la palabra como si fuera una lionesa— con su enfermera. Obligó a su mujer a subir al coche e introdujo un tubo de goma acoplado al de escape para simular un suicidio; pero la policía lo descubrió y ahora estaba en la cárcel.

Esto hizo a Betty mucho más interesante a mis ojos. Por lo visto, la tendencia a «liarse» era algo que Fred llevaba en la sangre. O sea, que podía haber sido Betty la asesinada. Entonces empecé a considerar la risa de Betty como la máscara de una mujer maltratada y martirizada. No era solo una esposa abandonada. Incluso yo comprendía que eso no era ninguna tragedia, pero sí que la habían dejado en ridículo y humillado; más aún: había escapado a la muerte por los pelos. Pronto no me cupo duda de que también Betty lo veía así. Había cierto engreimiento santurrón en su manera de mantener a distancia a los solteros de mamá, algo vagamente monjil. La rodeaba un pálido halo de cruenta inmolación. Betty había pasado por todo aquello, había sobrevivido, y ahora se había volcado en otra cosa.

Pero no pude conservar esta imagen de Betty durante mucho tiempo. A mi madre enseguida se le acabaron los solteros, y Betty, cuando venía a cenar, se presentaba sola. Hablaba incesantemente de la vida y milagros de sus compañeras de trabajo como en el pasado hablaba de Fred. No tardamos en estar al corriente de cuánto les gustaba tomar café, cuáles vivían con su madre, a qué peluquería iban y cómo eran

sus apartamentos. Betty tenía uno muy coquetón en Avenue Road. Lo había decorado ella sola e incluso había hecho las fundas de los sillones. Betty se desvivía por su jefe como antes se había desvivido por Fred. Le hacía las compras de regalos navideños. Todos los años nos enterábamos de lo que les había regalado a cada uno de sus empleados, a su esposa y a sus hijos, y cuánto le había costado cada regalo. En cierto modo, Betty parecía feliz.

En torno a las fiestas navideñas veíamos mucho a Betty. Mi madre decía que le daba pena porque no tenía familia. Betty acostumbraba a hacernos regalos de Navidad que evidenciaban que nos consideraba más jóvenes de lo que éramos. Se inclinaba por los juegos de parchís y por los guantes de angorina demasiado pequeños. Betty dejó de interesarme. Incluso su inagotable alegría acabó por antojárseme una perversión o un defecto parecido a la idiotez. Yo tenía quince años y estaba sumida en la depresión de la adolescencia. Mi hermana estaba fuera, en la universidad, y a veces me regalaba ropa que ella ya no quería. No era lo que se entiende por una belleza —tenía los ojos y la boca demasiado grandes—, pero todo el mundo la consideraba muy vivaz. De mí decían que era amable. Ya no llevaba aparatos, pero eso no pareció cambiarme mucho. ¿Qué derecho tenía Betty a estar siempre tan alegre? Cuando venía a cenar, me quedaba lo justo, me excusaba y me iba a mi habitación.

Una tarde de primavera regresé del colegio y encontré a mi madre sentada ante la mesa del comedor. Estaba llorando, algo tan insólito que temí que le hubiera ocurrido algo a mi padre. No pensé que la hubiese dejado, pues ese temor estaba superado; pero podía haber tenido un accidente con el coche y haberse matado.

—¿Qué te pasa, mamá? —le pregunté.

—Tráeme un vaso de agua —me dijo.

Cuando se lo llevé, bebió un sorbo y se alisó el pelo.

—Ahora estoy bien —me aseguró—. Es que acaba de llamar Betty. Y estoy muy afectada. Me ha dicho cosas horribles.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué le has hecho?

—Me ha acusado de… cosas horribles —contestó mi madre enjugándose las lágrimas—. Y a grito pelado. Jamás había oído gritar a Betty. Después de tantos años… Me ha dicho que no piensa volver a dirigirme la palabra. ¿De dónde ha podido sacar semejante idea?

—¿Qué idea? —le pregunté.

Estaba tan perpleja como mi madre, porque sería una calamidad como cocinera, pero era una buena mujer. No la imaginaba haciendo algo que pudiese sulfurar a alguien hasta el punto de hacerle gritar.

—Me ha dicho cosas acerca de Fred —dijo mi madre, irguiéndose un poco en la silla—. Debe de estar loca. Hacía dos meses que no nos veíamos y, de pronto, me sale con esas.

«Debe de ocurrirle algo», dijo mi padre después, mientras cenábamos. ¡Y vaya si

tenía razón! Betty tenía un tumor cerebral, que no le detectaron hasta que su extraño comportamiento en la oficina aconsejó que le realizasen una revisión. Murió en el hospital dos meses después, pero mi madre no se enteró hasta que hubo fallecido. Sintió remordimientos. Tenía la sensación de que debería haber ido al hospital a visitar a su amiga, aunque la hubiese puesto de vuelta y media por teléfono.

«Tenía que haber comprendido que solo podía tratarse de un trastorno —dijo mi madre—. Cambio de personalidad. Eso lo explica, por lo menos en parte». A fuerza de ser paño de lágrimas de los demás, mi madre había acumulado mucha información acerca de las enfermedades terminales.

Pero a mí su explicación no me convencía. Durante muchos años me siguió la imagen de Betty, aguardando a que acabase con ella de un modo más satisfactorio para ambas. Cuando me dieron la noticia de su muerte me sentí condenada, pues me dije que por lo visto aquel era el castigo por ser abnegada y solícita, que eso era lo que les ocurría a las chicas que eran como yo (creía ser). Al abrir el anuario del instituto y ver mi cara, con el pelo cortado al estilo paje y una sonrisa beatífica y tímida, yo superponía los ojos de Betty a los míos. Fue amable conmigo cuando era niña y yo, con la insensibilidad propia de los niños hacia quienes son amables con ellos pero no encantadores, prefería a Fred. Me veía en el futuro abandonada por una serie de Fred que corrían por la playa tras un grupo de niñas vivaces, todas muy parecidas a mi hermana. En cuanto a los exabruptos finales de Betty, inspirados por el odio y la rabia, los interpreté como gritos de protesta contra las injusticias de la vida. Era consciente de que aquella rabia era la misma que yo sentía, el lado oscuro de esa terrible y deformadora amabilidad que marcó a Betty como las secuelas de una enfermedad incapacitante.

Pero las personas cambian, sobre todo después de muertas. Al dejar atrás la edad melodramática, me di cuenta de que si no quería ser como Betty tendría que cambiar. Además, ya era bastante distinta de Betty. En cierto modo, ella me sirvió para escarmentar en cabeza ajena. Los demás dejaron de considerarme una chica amable y empezaron a calificarme de lista, y no tardó en gustarme el cambio. La Betty que hacía galletas de avena a la efímera luz del sol quince años atrás volvió a representárseme en tres dimensiones. Era una mujer corriente que había muerto prematuramente a causa de una enfermedad incurable. ¿Era así? ¿Era eso todo?

De vez en cuando deseaba que Betty volviera a la vida, aunque solo fuera para una hora de conversación. Hubiese querido pedirle perdón por mi desdén hacia sus guantes de angorina, por mis secretas traiciones, por mi desprecio de adolescente. Me hubiese gustado mostrarle este relato que he escrito acerca de ella y preguntarle si hay en él algo de verdad. Pero no se me ocurre cómo preguntarle algo que le interesase entender. Se limitaría a reírse, asintiendo sin comprender, como era su costumbre, y a ofrecerme algo, una galleta de chocolate o un ovillo de lana.

En cuanto a Fred, ha dejado de intrigarme. Los Fred de este mundo se delatan por lo que hacen y por lo que eligen. Son las Betty las que resultan misteriosas.

Auténtica basura

Las camareras toman el sol como una manada de focas desolladas, con sus sonrosados y relucientes cuerpos cubiertos de aceite. Llevan puesto el bañador porque cae la tarde. A veces, a primera hora de la mañana y al anochecer, se bañan desnudas, lo que vuelve ese agazaparse inquieto entre los matorrales infestados de mosquitos al otro lado de su pequeña ensenada particular mucho más valioso.

Donny tiene los prismáticos, que no son suyos sino de Monty. El padre de Monty se los dio para que observara las aves, pero a Monty no le interesan. Ha sabido darles mejor uso: los alquila a los demás niños, cinco minutos como máximo, a cinco centavos por mirada o una tableta de chocolate del quiosco de chucherías, aunque él prefiere el dinero. No se come las tabletas de chocolate, las revende en el mercado negro por el doble de su precio original, pero como las provisiones totales de la isla están limitadas, puede hacerlo sin problema.

Donny ya ha visto todo lo que merece la pena ver, aun así retiene los prismáticos, a pesar de los roncos susurros y de los codazos de los que le siguen en la cola. Quiere sacar provecho de su dinero.

—Mirad eso —dice, en lo que espera y desea sea una voz tentadora—. Estoy que babeo. —Siente una rama presionándole el estómago, justo encima de una picadura de mosquito reciente, pero no puede apartarla sin retirar una mano de los prismáticos. Sabe bien cómo son los ataques por los flancos.

—Déjame ver —dice Ritchie, tirándole del codo.

—Que te den —replica Donny. Desplaza los prismáticos hasta enfocar con ellos una escurridiza cadera desnuda, un pecho salpicado de lunares rojos, una larga mecha de cabello rubio decolorado: Ronette, la más fresca; Ronette, la más prohibida. Cuando en invierno los profesores del Saint Jude les sermonean sobre los peligros de confraternizar con las chicas de la ciudad, son las chicas como Ronette lo que tienen en mente: las que hacen cola en el único cine del lugar mascando chicle y vistiendo las chaquetas de cuero de sus novios, con sus rumiantes bocas brillantes y pintadas de carmín como frambuesa machacada. Si les silbas o simplemente las miras, ellas te miran fijamente.

Ronette lo tiene todo salvo la mirada. A diferencia de las demás, de ella sí se sabe que sonríe. Todos los días, Donny y sus amigos hacen apuestas sobre si les tocará en su mesa. Cuando Ronette se inclina para recoger los platos, ellos intentan echarle una mirada a la V del escote del sobrio uniforme. Se inclinan hacia ella, aspirando su olor: huele a laca, a esmalte de uñas, a algo artificial y demasiado dulce. «Barato», diría la madre de Donny. Es un mundo tentador. La mayoría de las cosas de la vida de Donny son caras y no demasiado interesantes.

Ronette cambia de postura en el muelle. Ahora está tendida boca abajo, con la

barbilla apoyada en las manos y los pechos a merced de la gravedad. Luce un auténtico escote, no como otras. Pero Donny llega a verle la clavícula y algunas costillas del pecho que le asoman por encima del bañador. A pesar de sus pechos, está delgada, esquelética; tiene unos brazos cortos y flacos y un rostro magro y hundido. Le falta un incisivo; salta a la vista cuando sonríe, y a Donny eso le molesta. Sabe que Ronette debería despertar en él el deseo, pero no es eso lo que siente.

Las camareras se saben vigiladas: desde donde están pueden ver cómo se agitan los matorrales. Los niños tienen apenas doce o trece años, catorce como mucho, no son más que unos mocosos. Si fueran sus monitores, ellas se reirían más, se acicalarían más, arquearían la espalda. Al menos algunas lo harían. Pero siendo las cosas como son, disfrutan de su descanso vespertino como si no hubiera nadie allí. Se untan de aceite la espalda unas a otras, se broncean uniformemente, volviéndose perezosamente boca arriba y boca abajo, provocando que Ritchie, que es quien tiene los prismáticos, gima de un modo que debería enloquecer al resto de los niños, y los enloquece. Lanzan suaves puñetazos, acompañados de algún que otro «cabrón» y «gilipollas» mascullados entre dientes.

—Babead, babead —dice Ritchie, con una sonrisa de oreja a oreja.

Las camareras leen en voz alta. Por turnos: sus voces flotan en el agua, punteadas con bufidos y carcajadas ocasionales. A Donny le gustaría saber qué leen con tanta concentración y con tanto placer, pero admitirlo sería peligroso. Son sus cuerpos lo que importa. ¿Qué más da lo que lean?

—Se te ha acabado el tiempo, caraculo —murmura Donny a Ritchie.

—Caraculo tú —replica Ritchie. Los matorrales se agitan.

Lo que las camareras leen es un ejemplar de la revista *True Romance*. Tricia tiene un montón de ellos guardados debajo del colchón, y Sandy y Pat han contribuido con un par más. En la portada de cada número aparece una mujer cuyo vestido deja un hombro a la vista, o con un cigarrillo en la boca o cualquier otra prueba de una vida desordenada. A menudo esas mujeres lloran. Sus colores son peculiares: sórdidos, impregnados de suciedad, como aquellas fotos coloreadas a mano que venden en las tiendas de todo a diez centavos. Colores desteñidos. No tienen los alegres colores primarios ni las limpias sonrisas de dientes perfectos de las revistas de cine. No, no son historias de éxitos. «Auténtica basura», las llama Hilary. Joanne las llama «Dramas lacrimógenos».

Ahora es Joanne quien lee. Y lo hace con una voz seria e histriónica, como la de una locutora de radio. Ha actuado en la obra de teatro del instituto. *Nuestra ciudad*. Lleva las gafas en la punta de la nariz como una profesora. Para provocar mayor hilaridad ha adoptado un fingido acento británico.

La historia trata de una muchacha que vive con su madre divorciada en un apartamento destartalado y abarrotado, encima de una zapatería. Su nombre es

Marleen. Al salir del instituto trabaja a tiempo parcial en la zapatería y también los sábados, y dos empleados la pretenden. Uno es dependiente y aburrido, y quiere que se case con él. El otro, llamado Dirk, tiene motocicleta y una sonrisa audaz y sobrada, y a Marleen le flaquean las rodillas. La madre se deja la piel en la máquina de coser por el bien del vestuario de Marleen —a duras penas se gana la vida cosiendo para señoras ricas que la desprecian para poder tener el armario de su hija en condiciones —, y da la lata a Marleen con que elija al hombre adecuado y no cometa un error terrible, como hizo ella. La chica tiene planeado entrar en la escuela técnica y estudiar gerencia hospitalaria, pero la falta de dinero se lo impide. Está en el último año de instituto y cada vez saca peores notas, está desanimada y además no termina de decidirse entre los dos dependientes de la zapatería. Además ahora su madre está siempre encima de ella por culpa de las notas, cada vez peores.

—Santo Dios —dice Hilary. Se está haciendo la manicura con una lima metálica, no de papel de lija. No le gustan las de papel de lija—. Por favor, que alguien le dé un *whisky* doble.

—Quizá debería asesinar a su madre, cobrar el seguro y largarse —dice Sandy.

—¿Has oído mencionar algún seguro? —pregunta Joanne, mirándola por encima de las gafas.

—Podrías incluirlo —interviene Pat.

—Quizá debería probar con los dos para ver cuál es el mejor —propone descaradamente Liz.

—Nosotras ya sabemos cuál es el mejor de los dos —dice Tricia—. ¡Vamos, hombre! ¡Con un nombre como Dirk! ¡No hay color!

—Son un par de moscones —dice Stephanie.

—Si Marleen hace eso, se convertirá en una Mujer Marcada, con doble M mayúscula —interviene Joanne—. Tendrá que Arrepentirse, con A mayúscula.

Las demás sueltan una risotada. ¡El Arrepentimiento! Las muchachas de los relatos siempre se ponen en evidencia. Son demasiado débiles. Se enamoran irremediablemente de los hombres equivocados, se rinden y ellos las dejan plantadas. Luego lloran.

—Un momento —dice Joanne—. Ahora llega la gran noche. —Y sigue leyendo con voz entrecortada—. «Mi madre había salido para llevar un vestido de cóctel a una clienta. Me quedé sola en nuestro destartalado apartamento».

—Jadea, jadea —dice Liz.

—No, eso viene después. «Me quedé sola en nuestro destartalado apartamento. La tarde era calurosa y sofocante. Sabía que tenía que estudiar, pero no podía concentrarme. Me di una ducha para refrescarme. Luego, impulsivamente, decidí probarme el vestido de graduación en el que mi madre tantas noches de trabajo había invertido».

—Eso, vamos, saca toda la culpa —dice Hilary con satisfacción—. Yo, en su lugar, me cargaba a la madre.

—«Era un sueño de color rosa…».

—¿Un sueño de color rosa qué? —la interrumpe Tricia.

—Un sueño de color rosa, punto, y cierra la boca. «Me miré en el espejo de cuerpo entero del diminuto cuarto de mi madre. El vestido me quedaba perfecto. Abrazaba a la perfección mi cuerpo maduro y esbelto. Me vi distinta con él: mayor, bella, como una chica acostumbrada a los lujos. Como una princesa. Sonreí a mi imagen. Estaba transformada.

»Justo cuando acababa de desabrocharme los cierres de la espalda y estaba a punto de quitarme el vestido para volver a colgarlo, oí pasos en la escalera. Me acordé demasiado tarde de que había olvidado cerrar la puerta por dentro cuando mi madre se marchó. Corrí hacia la puerta, tapándome con el vestido. ¡Podía ser un ladrón, o peor aún! Pero no, era Dirk».

—Dirk, el gilipollas —dice Alex debajo de su toalla.

—Vuelve a dormirte —replica Liz.

Joanne baja la voz y arrastra las palabras:

—«"Se me ha ocurrido que podría hacerte compañía —dijo él pícaramente—. He visto salir a tu madre". ¡Sabía que estaba sola! Me había sonrojado y temblaba. Oí cómo me latía la sangre en las venas. No podía hablar. Todos mis instintos me alertaban contra él…, todos mis instintos salvo los de mi cuerpo, y mi corazón».

—Oh, vamos —dice Sandy—. Desde cuándo existe el instinto mental.

—¿Quieres leerlo tú? —replica Joanne—. Pues cállate. «Me cubrí con el vaporoso encaje rosa a modo de escudo. "Oye, estás fantástica con eso", dijo Dirk. Su voz era ronca y tierna. "Aunque estarías incluso mejor sin él". Me dio miedo. Le ardían los ojos, decididos. Parecía un animal acechando a su presa».

—Muy erótico —dice Hilary.

—¿Qué clase de animal? —pregunta Sandy.

—Una comadreja —responde Stephanie.

—Una mofeta —dice Tricia.

—Chist —ordena Liz.

—«Retrocedí, alejándome de él —lee Joanne—. Jamás le había visto así. Me vi pegada contra la pared mientras Dirk me aplastaba entre sus brazos. Sentí que el vestido se deslizaba sobre mi cuerpo y caía al suelo…».

—Tanto coser para nada —dice Pat.

—«… y su mano sobre mi pecho, mientras su boca dura buscaba la mía. Aunque sabía que era el hombre equivocado, no pude seguir resistiéndome. Todo mi cuerpo pedía a gritos el suyo».

—¿Qué os había dicho?

—Decía: «¡Oye, cuerpo, aquí!».

—Chist.

—«Sentí que me levantaba y me llevaba al sofá. Luego noté todo su cuerpo, duro y fibroso, sobre el mío. Intenté débilmente apartar sus manos, aunque en realidad no

era eso lo que quería. Y entonces», puntos suspensivos, «fuimos Uno», con U mayúscula y signo de exclamación.

Sigue un instante de silencio. Luego las camareras se echan a reír. Es una risa indignada, incrédula. «Uno». Así de sencillo. No puede ser tan fácil.

—El vestido está destrozado —dice Joanne con su voz habitual—. Ahora es cuando la madre vuelve a casa.

—No, no vuelve hoy —la corrige enérgicamente Hilary—. Solo nos quedan diez minutos. Voy a darme un baño, a ver si consigo quitarme de encima un poco de este aceite. —Se levanta, se recoge el pelo rubio como la miel, despereza su bronceado cuerpo de atleta y se lanza de cabeza en un salto perfecto desde el extremo de la ensenada.

—¿Quién tiene el jabón? —pregunta Stephanie.

Ronette no ha dicho nada durante la lectura. Cuando las demás se han reído, ella solo ha sonreído. Ahora vuelve a sonreír. Es una sonrisa descolocada, confusa y ligeramente arrepentida.

—Ya, pero… —le dice a Joanne—. ¿Dónde está la gracia?

Las camareras están de pie, en el comedor, cada una en su puesto, con las manos entrelazadas y la cabeza gacha. Los uniformes de color azul marino las cubren casi hasta el borde de los calcetines blancos, que acompañan con blancos zapatones de cordones, con zapatillas de deporte planas y blancas de lengüeta negra o zapatillas también blancas. Encima del uniforme llevan un sencillo delantal blanco. Las rústicas cabañas de madera del campamento Adanaqui no tienen luz eléctrica, los retretes están fuera y los niños se lavan la ropa no en lavaderos, sino en el lago. Pero sí hay camareras, con sus uniformes y delantales. Las incomodidades forman el carácter de un niño, aunque solo cierta clase de incomodidades.

El señor B. bendice la mesa. Es el dueño del campamento y también profesor del Saint Jude durante el invierno. Tiene un rostro apuesto y curtido, y el cabello canoso y bien cortado de un abogado de Bay Street, y ojos de halcón: lo ve todo, aunque solo de vez en cuando se lance sobre su presa. Hoy lleva un suéter de tenis blanco con cuello de pico. Podría estar tomándose un *gin-tonic*, pero no lo hace.

Sobre su cabeza, en la pared situada detrás de él, cuelga un descolorido tablón con una sentencia pintada en letras negras y góticas: «Como se doblega la rama». Un fragmento de madera descolorida arrojada por el mar adorna ambos extremos del tablón, y debajo hay dos remos cruzados y la gigantesca cabeza en perfil de un lucio, con la boca abierta que deja a la vista los afilados dientes y en su único ojo de cristal la feroz mirada de un maníaco.

A la izquierda del señor B. está la ventana del fondo y, al otro lado, Georgian Bay, azul como la amnesia, extendiéndose hasta el infinito. Elevándose del azul como espaldas de ballenas, como redondas rodillas, como pantorrillas y muslos de enormes

mujeres flotantes, hay varias islas de roca rosa, escarpadas, redondeadas y agrietadas por los glaciares, el agua que las lame y el implacable clima, unos cuantos pinos piñoneros se aferran a las más grandes enterrando en las grietas sus retorcidas raíces. Navegando entre estos archipiélagos llegaron las camareras hasta aquí, a veinte millas de la costa, a bordo del voluminoso bote motorizado de madera que trae a la isla el correo, los alimentos y todo lo demás. El bote trae y se lleva cosas. Pero las camareras no volverán al continente hasta el final del verano: está demasiado lejos para ir hasta allí el día libre, y en ningún caso se les permite pasar la noche. Así que aquí están, hasta que termine la temporada. Son las únicas mujeres de la isla, exceptuando a la señora B. y a la señorita Fisk, la dietista. Pero esas dos son viejas y no cuentan.

Hay nueve camareras. Siempre hay nueve. «Solo cambian las caras y los nombres», piensa Donny, que lleva yendo al campamento desde que tenía ocho años. A esa edad, no prestaba atención a las camareras salvo cuando echaba de menos su casa. Entonces se inventaba excusas para pasar por delante de la ventana de la cocina cuando ellas fregaban los platos. Y allí las encontraba, en la seguridad de sus delantales, y tras la seguridad del cristal: nueve madres. Ya no piensa en ellas como madres.

Esta noche es Ronette quien atiende a su mesa. Con los párpados entrecerrados, Donny estudia su cara delgada y perfilada. Solo ve un pendiente, un pequeño aro de oro. Su madre dice que solo las italianas y las chicas vulgares llevan las orejas perforadas. Debe de doler que te perforen la oreja. Hace falta valor. Donny se pregunta cómo será la habitación de Ronette y qué otras baratijas e intrigantes objetos guardará allí. Sobre Hilary sobran las especulaciones, porque ya conoce la respuesta: el limpio edredón, las filas de zapatos con sus hormas, el peine, el cepillo y el estuche de manicura encima del tocador como el instrumental de cirugía en una operación.

Tras la cabeza gacha de Ronette cuelga la piel de una serpiente de cascabel de gran tamaño, clavada a la pared. Con eso hay que tener cuidado aquí: con las serpientes de cascabel. También con la hiedra urticante, con las tormentas y con ahogarse. El año pasado, una de las canoas de guerra llena de niños se fue a pique, aunque eran de otro campamento. Se habla de que sea obligatorio llevar siempre los chalecos salvavidas de mariquitas; las madres lo quieren así. A Donny le gustaría tener una piel de serpiente de cascabel para colgarla encima de su cama, pero aunque lograra coger una, la estrangulara con sus propias manos y le arrancara la cabeza de un mordisco, no le permitirían quedarse con su piel.

El señor B. termina de bendecir la mesa y se sienta, y los campistas dan comienzo una vez más al ritual que repiten tres veces al día en el que los niños cogen el pan, se atiborran de comida, se pegan patadas por debajo de la mesa y maldicen entre dientes. Ronette sale de la cocina con una bandeja: macarrones con queso.

—Aquí tenéis, chicos —dice con su sonrisa bondadosa y torcida.

—Muchas gracias, señora —dice Darce, el monitor, con perverso encanto. Darce

tiene fama de experto zalamero; Donny sabe que le gusta Ronette. Eso hace que se sienta triste. Triste y demasiado joven. Le gustaría abandonar su cuerpo durante un rato; le gustaría ser otra persona.

Las camareras friegan los platos. Dos de ellas raspan los desperdicios, otra enjabona, otra enjuaga en el agua hirviendo del fregadero y otras tres secan los platos. Las dos restantes barren el suelo y pasan la bayeta por las mesas. Más adelante, el número de chicas que secan los platos variará según se asignen los días libres —las chicas decidirán tomarse los días libres a pares para poder salir en parejas de a dos con los monitores—, pero hoy están todas aquí. La temporada no ha hecho más que empezar, las cosas aún mantienen su fluidez y los territorios no han sido todavía delimitados.

Las camareras cantan mientras trabajan. Echan de menos el océano de música en el que flotan durante el invierno. Pat y Liz han traído transistores, aunque aquí no se pueden sintonizar muchas emisoras, demasiado lejos del continente. Hay un tocadiscos en la sala común de los monitores, pero los discos están anticuados: Patti Page, The Singing Rage. *How Much Is That Doggie in the Window*. *The Tennessee Waltz*. ¿Quién baila todavía el vals?

—«Despierta, pequeña Susie» —trina Sandy. Los Everly Brothers están de moda este verano, o lo estaban en el continente cuando se marcharon.

—«Qué vamos a decirle a tu mamá, qué vamos a decirle a tu papá», corean las demás. Joanne improvisa la armonía de la contralto, lo que mitiga los chillidos del grupo.

Hilary, Stephanie y Alex no cantan esta canción. Estudian en un colegio privado de señoritas y se les dan mejor los cánones, como *Fire's Burning* y *White Coral Bells*. Aunque saben jugar al tenis y navegar, habilidades en las que superan a las demás.

Es curioso que Hilary y las otras dos estén aquí, trabajando de camareras en el campamento Adanaqui; no es que necesiten el dinero. («No como yo», piensa Joanne, que todas las tardes se pasa por el mostrador del correo para ver si le han concedido la beca). Pero esto es cosa de las madres. Según Alex, las tres madres hicieron piña y acorralaron a la señora B. en una función benéfica hasta que la pobre mujer no pudo negarse. Naturalmente, la señora B. asistía a las mismas funciones que las madres: la habían visto, gafas de sol en la frente y copa en mano, ejerciendo de anfitriona en la galería de la casa blanca que el señor B. tiene en lo alto de la colina, a no poca distancia del campamento de verano. Han visto a los invitados, con la ropa de navegar, impoluta y perfectamente planchada. Han oído la risa y las voces, roncas y despreocupadas. «Santo cielo, no me digas». Como Hilary.

—Nos secuestraron —dice Alex—. Decidieron que ya era hora de que conociéramos a algunos chicos.

Joanne lo entiende en el caso de Alex, que es rechoncha y torpe, y en el de Stephanie, que tiene la corpulencia de un muchacho y camina como si lo fuera. Pero

¿Hilary? Hilary es clásica. Hilary es como un anuncio de champú. Hilary es perfecta. Debería estar muy solicitada. Por extraño que parezca, aquí no lo está.

Ronette está rascando los restos de comida de los platos y se le cae uno.

—Mecachis —dice—. No sé dónde tengo la cabeza. —Nadie le grita, ni siquiera se burlan de ella como lo harían con cualquiera de las demás. Es una de las favoritas, aunque cuesta adivinar por qué. Y no es solo que sea simpática; Pat y Liz también lo son. Ronette disfruta de un estatus misterioso, superior. Por ejemplo, todas las demás tienen un diminutivo: Hilary es Hil; Stephanie es Steph, Alex es Al; Joanne es Jo; Tricia es Trish y Sandy es San. Pat y Liz, cuyos nombres no pueden acortarse más, se han convertido en Pet y en Lizard. Solo a Ronette se le ha respetado la dignidad de su nombre completo e inverosímil.

En algunos aspectos, Ronette es más adulta que las demás. Aunque no es porque sepa más cosas. De hecho, sabe menos: a menudo le cuesta descifrar el vocabulario de las otras, sobre todo la espontánea jerga del trío que estudia en el colegio privado. «No lo pillo», es lo que dice, y las demás disfrutan explicándose, como si Ronette fuera extranjera, una venerada visitante procedente de otro país. Aunque va al cine y ve la televisión como ellas, tiene pocas opiniones sobre lo que ha visto. Como mucho dice: «Basura», o: «Él no está mal». Aunque amistosa, es cautelosa a la hora de expresar con palabras su aprobación. «Pasable» es su mejor cumplido. Cuando las demás comentan lo que han leído o las asignaturas que elegirán el curso que viene en la universidad, ella guarda silencio.

Pero Ronette sabe otras cosas, cosas ocultas. Secretos. Y esas cosas son más antiguas, y en cierto modo más importantes. Más fundamentales. Más primigenias.

O al menos eso es lo que opina Joanne, que tiene la mala costumbre de novelarlo todo.

Al otro lado de la ventana pasan tranquilamente Darce y Perry, encabezando un grupo de campistas. Joanne reconoce a algunos: Donny y Monty. Cuesta acordarse de los nombres de los campistas. Son simplemente un montón de niños indistinguibles y a menudo desaseados a los que hay que alimentar tres veces al día y cuyas costras, migas y cáscaras hay que limpiar después. Los monitores les llaman Roñosos.

Sin embargo, algunos destacan sobre los demás. Donny es alto para su edad, un amasijo de codos y rodillas flacuchas con unos enormes ojos azul oscuro. Incluso cuando maldice —todos maldicen durante las comidas, furtivamente aunque alzando la voz lo suficiente para que las camareras puedan oírlos— es más como una meditación, o quizá como una pregunta, como si ensayara las palabras en voz alta, saboreándolas. Monty, por su parte, es como un hombre de cuarenta y cinco años en miniatura: ya tiene los hombros hundidos de los hombres de negocios y la tripa completamente formada. Camina con un pequeño y pomposo pavoneo. A Joanne le resulta hilarante.

En este preciso instante, Monty lleva una escoba con cinco rollos de papel higiénico ensartados en el mango. El resto de los niños también: les toca Servicio de Retretes, es decir, barrer los retretes y reponer el papel higiénico. A Joanne le gustaría saber qué hacen con las compresas desechadas de la bolsa de papel marrón que hay en el retrete privado de las camareras. Se imagina los comentarios.

—Compañía… ¡al-to! —grita Darce. El grupo se detiene desordenadamente delante de la ventana—. ¡Presenten… armas! —Se alzan las escobas y los extremos de los rollos de papel higiénico revolotean con la brisa como banderas. Las chicas se ríen y saludan con la mano.

El de Monty es un tibio saludo: esto sobrepasa los límites de su dignidad. Puede que alquile sus prismáticos —a estas alturas, todo el campamento lo sabe—, pero no tiene el menor interés en utilizarlos. Lo ha dejado claro. «Con estas chicas no», dice, dando a entender que tiene gustos más refinados.

El propio Darce hace un cómico saludo, después ordena a su pelotón que reanude el paso. En la cocina han dejado de cantar; ahora el tema de conversación entre las camareras son los monitores. Darce es el mejor, el más admirado, el más deseado. Sus dientes, los más blancos; su pelo, el más rubio; su sonrisa, la más sensual. En la sala común de los monitores, donde las chicas se reúnen cuando han terminado de fregar los platos y se han cambiado los uniformes azules por unos vaqueros y un jersey, con los niños metidos en sus camas para toda la noche, Darce ha flirteado con cada una de ellas por turno. Entonces, ¿a quién saludaba?

—A mí —dice Pat, bromeando—. Qué más quisiera yo.

—Ni en sueños —dice Liz.

—Era a Hil —comenta fielmente Stephanie. Pero Joanne sabe que no es así. Tampoco era a ella. Era a Ronette. Todas lo sospechan. Ninguna lo dice.

—A Perry le gusta Jo —dice Sandy.

—No es verdad —salta Joanne.

Ha confesado que ya tiene novio y por lo tanto está exenta de estas contiendas. En parte es cierto: tiene novio. Este verano, él trabaja de chef de ensaladas en la Canadian National, con la que recorre el continente de un extremo a otro. Joanne se lo imagina de pie en la parte trasera del tren, en el vagón de cola, fumando un cigarrillo entre turnos de preparación de las ensaladas mientras ve pasar el paisaje a su espalda. El chico le escribe cartas con un bolígrafo azul y papel de rayas. «Mi primera noche en las Praderas», escribe. «Toda esta tierra y este cielo…, es maravilloso. Las puestas de sol son increíbles». Luego una línea cruza la página, seguida de una nueva fecha, y el muchacho llega a las Rocosas. A Joanne le fastidia un poco que le cante loas y alabanzas de sitios en los que ella no ha estado. Le parece una suerte de fanfarroneo masculino: va demasiado a la suya. Él termina con un «Ojalá estuvieras aquí» y uno de esos «tuyo, siempre». A Joanne eso le resulta demasiado formal, como una carta a su madre. O como un beso en la mejilla.

Se guardó la primera carta debajo de la almohada, pero al despertar tenía la cara y

la funda de la almohada teñidas de manchas azules. Ahora guarda las cartas en la maleta, debajo de la cama. Le cuesta acordarse de él. Pasa una imagen fugaz: su cara muy cerca, de noche, en el asiento delantero del coche de su padre. El frufrú de la ropa. El olor a humo.

La señorita Fisk entra torpemente en la cocina. Es una mujer baja, rechoncha y atolondrada. Lleva siempre una redecilla sobre el moño gris, zapatillas gastadas de lana —tiene algo en los dedos de los pies— y una desteñida sudadera de color azul que le cubre las rodillas, por mucho calor que haga. Se plantea este trabajo de verano como unas vacaciones. De vez en cuando se la ve flotando en el agua con un bañador que le hace bolsas en el pecho y un gorro de goma blanco con las orejeras levantadas. Nunca se moja la cabeza, así que nadie entiende a qué viene lo del gorro.

—Bien, chicas. ¿Habéis terminado ya? —Nunca llama por su nombre a las camareras. Delante de ellas, son «chicas»; a espaldas de las muchachas, son «mis chicas». Siempre las utiliza de excusa cuando algo sale mal: «Debe de haberlo hecho una de las chicas». Hace además las veces de una especie de carabina: su cabaña está justo en el camino que lleva a las de ellas, y tiene radares en los oídos como los murciélagos.

«Yo jamás llegaré a ser tan vieja como ella —piensa Joanne—. Moriré antes de cumplir los treinta». Lo sabe con absoluta certeza. Es un pensamiento trágico aunque satisfactorio. De ser necesario, si alguna enfermedad devastadora se niega a llevársela por delante, lo hará ella misma, con pastillas. No es que sea desgraciada pero tiene intención de serlo, más adelante. Parece necesario.

«No es país para viejos», recita para sus adentros. Es uno de los poemas que ha memorizado, aunque no entraba en el examen final. No hay más que aplicarlo a las mujeres.

Cuando todas están en pijama a punto de acostarse, Joanne propone leerles el resto de la historia de *Auténtica basura*. Pero están demasiado cansadas, de modo que lee para sí, con la linterna, cuando la única tenue bombilla se ha apagado. Joanne tiene la obligación de llegar siempre al final de las cosas. A veces, lee los libros empezando por el final.

Huelga decir que Marleen se queda embarazada y que Dirk se larga en su motocicleta cuando lo descubre. «No soy la clase de tipo que busca una relación, nena. Nos vemos». Brrrm. A la madre prácticamente le da un ataque de nervios porque ella cometió el mismo error cuando era joven dando con ello al traste con todas sus posibilidades, y no hay más que verla ahora. Marleen llora y se lamenta, y hasta reza, pero afortunadamente el otro dependiente de la zapatería, el aburrido, sigue queriendo casarse con ella. Así que eso es lo que ocurre. La madre la perdona y

Marleen aprende el auténtico valor de la silente devoción. Quizá su vida no sea demasiado excitante, pero es una buena vida, los tres instalados en el *camping* de autocaravanas. El bebé es adorable. Se compran un perro. Es un setter irlandés que corre tras las ramas al anochecer y el bebé se ríe. Así, con el perro, es como termina la historia.

Joanne mete la revista entre su estrecha camita y la pared. Está casi llorando. Nunca tendrá un perro como ese, ni tampoco un bebé. No quiere y, de todas formas, ¿de dónde iba a sacar el tiempo, con todo lo que le queda por hacer? Tiene una agenda larga e imprecisa. En cualquier caso, está deprimida.

Entre dos colinas ovaladas de granito rosa hay una pequeña playa con forma de media luna. Los niños, con el bañador puesto (que no llevan cuando salen de excursión en canoa, solo en el campamento, donde saben que pueden ser vistos por las chicas), lavan la ropa con el agua hasta las rodillas, frotando las camisetas y los calzoncillos con las pastillas amarillas de jabón Sunlight. Esto solo ocurre cuando se quedan sin ropa limpia, o cuando el hedor de los calcetines sucios en la cabaña se vuelve demasiado insoportable. Darce, el monitor, los supervisa, tumbado sobre una roca, tomando el sol en su torso ya bronceado y fumándose un pitillo. Está prohibido fumar delante de los campistas, pero él sabe que estos chicos no le delatarán. Para curarse en salud, lo hace disimuladamente, manteniendo el cigarrillo pegado a la roca y dándole rápidas caladas.

Algo golpea a Donny en la sien. Son los calzoncillos mojados de Ritchie, arrebujados formando una bola. Donny se los lanza a su vez y pronto se organiza una batalla de calzoncillos. Monty se niega a unirse al grupo y se convierte en víctima propiciatoria.

—¡Dejadme en paz! —grita.

—Basta ya, idiotas —dice Darce. Aunque no les presta atención: está pendiente de otra cosa, de un destello de uniforme azul que asoma más arriba, entre los árboles. Las camareras no deben acercarse a este lado de la isla. Deben quedarse en su ensenada particular durante su receso vespertino.

Darce está ahora entre los árboles, uno de sus brazos alrededor de un árbol. Hay una conversación; se oyen murmullos. Donny sabe que es Ronette, lo adivina por la silueta, por el color del pelo. Y aquí está él, con los abdominales a la vista como una tabla de lavar, el pecho lampiño, lanzando calzoncillos como un chiquillo. Se avergüenza de sí mismo.

Monty, superado en número aunque negándose a aceptar la derrota, dice que necesita ir a aliviarse y desaparece por el sendero del retrete. Darce ha desaparecido. Donny recoge la colada de Monty, que ya está limpia y escurrida, y pulcramente extendida sobre la roca caliente para secarse. Empieza a lanzarla a lo alto de uno de los pinos, una prenda tras otra. Los demás le ayudan, encantados. Cuando Monty

regresa, el árbol está engalanado con sus calzoncillos mientras los demás muchachos aclaran inocentemente su ropa.

Están los cuatro en una de las islas de granito rosa: Joanne, Ronette, Perry y Darce. Es una cita doble. Han empujado las dos canoas hasta dejar la mitad fuera del agua y las han amarrado a los consabidos pinos, el fuego ha ardido casi por completo y quedan solo las brasas. El cielo del oeste sigue luminoso y teñido de color melocotón; la luna suave, madura y jugosa, se eleva en el cielo, el aire de la tarde es caliente y dulce, las olas lamen con delicadeza las rocas. Es el número de verano, piensa Joanne. *Indolente sopor. Consejos para el bronceado. Romance a bordo*.

Joanne está tostando un malvavisco. Lo hace de un modo peculiar: lo sostiene junto a las brasas, aunque no lo suficientemente cerca del fuego para que se queme, solo lo justo para que se hinche como una almohada y se dore un poco. Luego le arranca la capa tostada y se la come, y tuesta del mismo modo la parte blanca de dentro, pelándola hasta llegar al corazón. Lame los restos del malvavisco de los dedos y se queda mirando con expresión cavilosa el cambiante resplandor rojo del lecho de brasas. Todo esto es una manera de ignorar o de fingir que ignora lo que realmente está ocurriendo.

Debería tener una lágrima, pintada y estática, en la mejilla. Debería haber un pie de foto: «Desengaño». Sobre la manta extendida justo tras ella, con la rodilla tocándole la espalda, está Perry, enfadado con ella porque Joanne no quiere besuquearse con él. Más arriba, detrás de las rocas, alejados del tenue círculo de luz de la hoguera, están Ronette y Darce. Es la tercera semana de julio y ahora son pareja, todo el mundo lo sabe. En la sala común, Ronette lleva la sudadera de él con el emblema del Saint Jude. Últimamente sonríe más, y hasta se ríe cuando las otras chicas le lanzan pullas sobre Darce. Hilary no se suma a ellas. La cara de Ronette parece más redonda, más saludable, como si una mano le hubiera suavizado los ángulos. Parece menos vigilante, menos cohibida. «También ella debería llevar un pie de foto», piensa Joanne: «¿He sido demasiado fácil?».

De la oscuridad llegan crujidos, pequeños murmullos, jadeos. Es como el cine un sábado por la noche. Una orgía. *Los jóvenes, unos en brazos de otros.* «Probablemente molesten a una serpiente de cascabel», piensa Joanne.

Perry le pone una mano en el hombro en un gesto titubeante.

—¿Quieres que te tueste un malvavisco? —le pregunta ella educadamente. El gélido aliento. Perry no es un premio de consolación. Solo la irrita, con esa piel quemada por el sol y esos implorantes ojos de spaniel. Su supuesto novio tampoco es de mucha ayuda, zumbando sobre raíles del tren de un lado a otro por las praderas escribiéndole esas entintadas cartas cada vez menos frecuentes, y la imagen de su rostro casi borrada, como si se hubiera empapado en agua.

Tampoco es que desee a Darce, no es eso. Lo que quiere es lo que tiene Ronette:

el poder de entregarse sin reservas y sin comentarios. Es esa languidez, ese abandono. La voluptuosa inconsciencia. Todo lo que hace Joanne está siempre rodeado de comillas.

—Malvaviscos. Bah —suelta Perry con voz triste y engañosa. Tanto remar, ¿y para qué? ¿Por qué demonios ha accedido Joanne a ir allí si no es para enrollarse con él?

Joanne se siente culpable de una falta de modales. ¿Tanto le costaría besarle?

Sí. Mucho.

Donny y Monty están de excursión en canoa en algún punto de la enmarañada espesura del continente. El campamento Adanaqui es famoso por sus excursiones. Durante cinco días, ellos dos y los demás, doce en total, han estado cruzando a remo un lago tras otro, cargando el equipo sobre los cantos redondeados por las olas o entre los lametazos y el hedor de los alces de los prados en los accesos a las rutas de porteo, refunfuñando colina arriba con las mochilas y las canoas a cuestas, ahuyentándose los mosquitos de las piernas a manotazos. Monty tiene llagas en los pies y en las manos. Donny no lo compadece. Él mismo tiene clavada una astilla que le supura. Quizá le dé una septicemia, empiece a delirar, se desplome y muera en un porteo, entre las rocas y las agujas de pino. Eso aleccionará a algunos. Alguien debería pagar por el dolor que siente.

Los monitores son Darce y Perry. Durante el día sacan el látigo, de noche se relajan con la espalda apoyada contra una roca o un árbol y fuman y vigilan mientras los muchachos encienden el fuego, van a buscar agua y cocinan los platos preparados Kraft. Los dos tienen unos músculos suaves y prominentes que se contraen bajo la piel bronceada y ambos tienen ya una sombra de barba en el mentón. Cuando los demás van a bañarse, Donny les lanza miradas disimuladas y envidiosas a las entrepiernas. Hacen que se sienta flacucho e infantil en sus deseos.

Ahora es de noche. Perry y Darce siguen despiertos, hablando en voz baja, azuzando los rescoldos del fuego que ya agoniza. Los niños deben de estar durmiendo. Aunque hay tiendas de campaña por si llueve, nadie ha propuesto montarlas desde anteayer. El olor a mugre, a pies sudados y a humo de hoguera resulta demasiado intenso en espacios cerrados; los sacos de dormir apestan a queso. Es mejor dormir al raso, enrollados en el saco, con una loneta impermeable a mano por si diluvia y la cabeza bajo una canoa vuelta del revés.

Monty es el único que ha votado a favor de montar una tienda. Los insectos pueden con él; dice que es alérgico. Odia las excursiones en canoa y no se molesta en disimularlo. Dice que cuando sea mayor y pueda por fin echar mano a la herencia familiar, le comprará el campamento al señor B. y lo clausurará.

—Varias generaciones de niños todavía por nacer me lo agradecerán —dice—. Me pondrán una medalla.

A veces a Donny casi le cae bien. En absoluto esconde su deseo de ser asquerosamente rico. No hay en él hipocresía, a diferencia de otros vástagos de millonarios, que fingen querer ser científicos u otra cosa mal remunerada.

Ahora Monty se retuerce, rascándose las picaduras.

—Oye, Finley —susurra.

—Duérmete —dice Donny.

—Apuesto a que tienen una petaca.

—¿Qué?

—Seguro que están bebiendo. Ayer a Perry le olía el aliento.

—¿Y qué? —dice Donny.

—Pues que va contra las normas —responde Monty—. Igual podemos sacarles algo.

Donny tiene que reconocérselo: Monty se las sabe todas. Cuando menos, quizá puedan compartir el botín.

Salen de los sacos y rodean sigilosamente la hoguera. La práctica que han adquirido espiando a las camareras les resulta muy útil. Se agachan tras un frondoso falso abeto, esperando ver codos en alto o siluetas de botellas, con los oídos atentos.

Pero lo que oyen nada tiene que ver con la bebida, sino con Ronette. Darce habla de ella como si fuera un pedazo de carne. Por lo que da a entender, Ronette le deja hacer todo lo que quiere. «Salchicha de verano», así es como la llama. Una expresión que Donny no había oído hasta ahora, y en otras circunstancias le habría parecido divertida.

Monty maldice entre dientes y le da a Donny un codazo en las costillas. ¿Es que no sabe lo que duele eso? ¿Se lo está restregando por las narices? «Donny quiere a Ronette». Para los de sexto ese es el peor insulto posible: que te acusen de querer a alguien. Donny se siente como si fuera a él a quien han mancillado con palabras, como si le hubieran restregado la cara con ellas. Sabe que Monty relatará la conversación a los demás. Dirá que Darce está guarreando a Ronette. En este momento detesta esta expresión porque evoca a dos cerdos jadeantes, o a dos crudos cochinillos dominicales, muertos aunque animados, a pesar de que ayer mismo él la utilizó y le pareció muy divertida.

No puede abalanzarse sobre Darce desde los matorrales y propinarle un puñetazo en la nariz. No solo haría el ridículo, sino que además saldría mal parado.

Hace lo único que se le ocurre. A la mañana siguiente, cuando levantan el campamento, coge los prismáticos de Monty y los arroja en las aguas del lago.

Monty lo intuye y le acusa. Una suerte de orgullo le impide a Donny negarlo. Tampoco sabe decir por qué lo ha hecho. Cuando regresan a la isla tiene lugar una desagradable conversación con el señor B. en el comedor. O no es una conversación: el señor B. habla y Donny guarda silencio. No mira al señor B., sino a la cabeza del lucio que cuelga de la pared, con su desorbitado ojo de *voyeur*.

En la primera salida del barco de caoba de regreso a la ciudad, Donny va a bordo.

Sus padres no están nada satisfechos.

El verano toca a su fin. Los niños ya se han marchado, aunque algunos monitores y todas las camareras siguen aquí. Mañana bajarán a la ensenada principal, subirán a bordo de la lenta lancha y se alejarán, sorteando las islas rosas hacia el invierno.

Hoy Joanne dispone de su medio día libre, de ahí que no esté en el comedor, lavando los platos con las demás. Está en la cabaña, haciendo el equipaje. Ya tiene la bolsa de viaje preparada, apoyada como una enorme salchicha de lona contra la cama. Ahora está haciendo la maleta pequeña. Ha guardado la paga en ella: doscientos dólares, mucho dinero.

Ronette entra en la cabaña, todavía con el uniforme puesto, y cierra en silencio la mosquitera tras de sí. Se sienta en la cama de Joanne y enciende un cigarrillo. Joanne está de pie con el pijama de franela doblado en las manos, alerta: algo ocurre. Últimamente Ronette ha vuelto a ser la muchacha taciturna de antes; rara vez sonríe. En la sala común de los monitores, Darce ha vuelto a las andadas. Ahora revolotea alrededor de Hilary, que finge —por pura consideración hacia Ronette— no darse cuenta. Quizá ahora Joanne se entere de qué es lo que ha causado la gran ruptura. Hasta ahora Ronette no ha dicho nada.

Ronette alza la mirada hacia Joanne entre su largo flequillo rubio. A pesar del pintalabios rojo, cuando alza así la mirada parece más joven.

—Estoy metida en un lío —dice.

—¿Qué clase de lío? —le pregunta Joanne. Ronette esboza una sonrisa triste y exhala el humo. Ahora parece mayor.

—Ya sabes. Un lío.

—Ah —dice Joanne. Se sienta al lado de Ronette, abrazada al pijama de franela. Tiene frío. Debe de ser Darce. «Prendido en esa música sensual». Ahora tendrá que casarse con ella. O algo—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —responde Ronette—. No digas nada, ¿de acuerdo? No se lo digas a las demás.

—¿No piensas decírselo? —pregunta Joanne. No es capaz de imaginarse haciendo eso. Es incapaz de imaginar nada de todo eso.

—¿Decírselo a quién? —dice Ronette.

—A Darce.

Ronette exhala más humo.

—A Darce —dice—. Al señor Caquita de Gallina. No es suyo.

Joanne está perpleja, y aliviada. Pero también irritada consigo misma. ¿Qué es lo que le ha pasado por alto? ¿Qué es lo que se ha perdido?

—¿Ah, no? Entonces, ¿de quién es?

Pero al parecer Ronette ha cambiado de parecer y ya no desea seguir haciendo confidencias.

—La primera de las dos que lo descubra, que avise —replica, con un tímido intento de reír.

—Bueno —dice Joanne. Tiene las manos húmedas, como si fuera ella la que está metida en un lío. Quiere ayudarla de algún modo, pero no sabe cómo—. Quizá podrías…, no sé. —No lo sabe. ¿Un aborto? Esa es una palabra oscura y misteriosa, relacionada con Estados Unidos. Hay que salir del país. Eso cuesta mucho dinero. ¿Un hogar para madres solteras, con la consiguiente adopción? La embarga la pérdida. Se imagina a Ronette, hinchada hasta quedar irreconocible, como si se hubiera ahogado…, un sacrificio, capturada por su propio cuerpo, sacrificada por él. Truncada en cierto modo, caída en desgracia. Desprovista de libertad. Su estado tiene algo de monjil. Está sobrecogida—. Supongo que podrías deshacerte de él, de un modo u otro —dice, aunque eso está muy lejos de lo que siente realmente. «Lo que se engendra, debe nacer y morir».

—¿Estás de guasa? —dice Ronette con una sombra de desprecio—. Santo cielo, yo jamás. —Arroja el cigarrillo al suelo y lo aplasta con el tacón—. Voy a tenerlo. No te preocupes, mi madre me ayudará.

—Sí —dice Joanne. Ahora contiene el aliento. Ha empezado a preguntarse por qué Ronette le ha soltado todo esto, sobre todo si no está dispuesta a contárselo todo. Está empezando a sentirse estafada, que ha abusado de su amabilidad. Entonces, ¿quién es el chico? ¿Cuál de ellos? Baraja mentalmente las caras de los monitores, intentando recordar alguna pista, trazos de culpa…, pero no encuentra nada.

—De todos modos, no tendré que volver a la facultad —dice Ronette—. Como dice el refrán: No hay mal que por bien no venga.

Joanne adivina bravuconería y desolación en las palabras de Ronette. Tiende la mano y le da un pequeño apretón en el brazo.

—Buena suerte —dice. Suena como lo que se dice antes de una carrera o de un examen, o incluso de una guerra. Suena estúpido.

Ronette sonríe de oreja a oreja, dejando a la vista el hueco que tiene entre los dientes, a un lado.

—Lo mismo te digo —dice.

* * *

Once años después, Donny camina por Yorkville Avenue de Toronto al calor del verano. Ya no es Donny. En algún momento que ni siquiera él mismo es capaz de recordar con exactitud se ha convertido en Don. Lleva sandalias y una camisa blanca de estilo indio sobre los vaqueros cortados. Tiene el pelo un poco largo y se ha dejado barba. La barba le ha salido rubia, aunque tiene el pelo castaño. Le gusta el efecto: un Jesucristo WASP, blanco, protestante y anglosajón, o un vikingo de Hollywood, dependiendo del humor que tenga. Lleva un collar de cuentas de madera alrededor del cuello.

Así es como se viste los sábados para ir a Yorkville; para ir allí y pasar el rato con la multitud de gente que hace lo mismo. A veces se coloca con la hierba que circula tan libremente como en su día circulaban los cigarrillos. Cree que debería disfrutar de esta experiencia más de lo que en realidad lo hace.

Durante el resto de la semana, tiene un trabajo en el bufete de su padre. Allí lo de la barba prácticamente no le supone ningún problema, siempre que la compense con un traje (aunque hasta los mayores del bufete están empezando a dejarse crecer las patillas y a llevar camisas de colores, además de utilizar palabras como «creativo» más que nunca). Don no habla de su trabajo con la gente que conoce en Yorkville, como tampoco habla en el bufete de sus amigos de los viajes con ácido. Lleva una doble vida. Se siente en precario, pero valiente.

De pronto ve a Joanne en la acera de enfrente. Hace mucho que no ha vuelto a pensar en ella, pero no hay duda de que lo es. No lleva las camisetas teñidas en casa ni los vestidos de tirantes, el uniforme de las chicas de Yorkville, sino una minifalda blanca, fresca y formal, con la americana a juego. Balancea un maletín en la mano y camina con paso firme como si tuviera un propósito. Eso hace que destaque entre las demás: el ritmo que aquí se acepta es el del paseo tranquilo.

Donny se pregunta si debería cruzar corriendo la calle, interceptarla y revelar lo que según cree es su auténtica aunque secreta identidad. Ahora lo único que ve de ella es su espalda. Dentro de un minuto, habrá desaparecido.

—Joanne —la llama. Ella no le oye. Don sortea los coches, la alcanza y le toca el hombro—. Don Finley —dice. Es consciente de que está ahí de pie, sonriendo como un idiota. Afortunada y un poco decepcionantemente, ella le reconoce enseguida.

—¡Donny! —exclama—. ¡Santo cielo, cómo has crecido!

—Soy más alto que tú —responde él como un chaval, como un idiota.

—Ya lo eras entonces —dice ella con una sonrisa—. Me refiero a que te has hecho mayor.

—Tú también —dice Donny, y de repente los dos se ríen, casi como si tuvieran la misma edad. Se llevan tres, quizá cuatro años. En aquel entonces era un abismo. Ahora no es nada.

«Así que Donny ya no es Donny», piensa Joanne. Eso quiere decir que Ritchie es ahora Richard. En cuanto a Monty, se ha convertido en un par de iniciales, y en millonario. Es cierto que ha heredado parte de su fortuna, pero también lo es que ha sabido sacarle partido. De vez en cuando Joanne sigue en los periódicos de economía el estado de sus proezas. Y se casó con Hilary hace tres años. Quién lo habría dicho. Joanne también lo vio en el periódico.

Van a tomar un café y se sientan a una de las mesas nuevas y exteriores, bajo un gran loro de madera de vivos colores. Hay entre los dos cierta intimidad, como si fueran viejos amigos. Donny le pregunta a Joanne a qué se dedica.

—Vivo de mi ingenio —dice—. Trabajo por cuenta propia.

En este momento se dedica a la publicidad escrita. Su cara es más delgada y ha perdido la redondez adolescente; el pelo, antaño insulso, está ahora moldeado bajo un elegante gorro. Las piernas son bonitas. Hay que tener bonitas piernas para ponerse una minifalda. Muchas mujeres parecen rechonchas con ellas: un par de jamones envueltos en tela, con los muslos asomándoles desde el trasero como un par de barras de pan blanco. Las piernas de Joanne están bajo la mesa, aunque Donny se sorprende fijándose en ellas como nunca lo hizo cuando, en la ensenada de las camareras, quedaban claramente a la vista. No había reparado entonces en esas piernas, ni se había fijado en Joanne. Era Ronette la que había llamado su atención. Ahora es más experto en esas cosas.

—Os espiábamos —dice—. Os mirábamos mientras os bañabais desnudas. —De hecho, nunca llegaron a ver mucho. Las chicas se cubrían el cuerpo con la toalla hasta el último minuto, y de todos modos era casi de noche. Se veía un borrón blanco acompañado de gritos y chapoteos. Lo fantástico habría sido poder ver vello púbico. Algunos de los chavales afirmaban haberlo visto, pero Donny intuía que mentían. ¿O quizá era solo envidia?

—¿Ah, sí? —pregunta Joanne con aire ausente. Y luego—: Ya lo sé. Veíamos cómo se agitaban los matorrales. Nos parecía muy gracioso.

Donny siente que se ha sonrojado. Se alegra de llevar barba. La barba oculta cosas.

—De gracioso nada —dice—. De hecho, éramos muy viciosos. —Se acuerda de pronto de la palabra «cerdo»—. ¿Sigues viendo a las demás?

—Ya no —responde Joanne—. Coincidí con algunas de ellas en la universidad. Con Hilary y con Alex. A veces también con Pat.

—¿Y con Ronette? —dice, pues es lo único que en realidad quiere preguntar.

—He visto algunas veces a Darce —dice Joanne, como si no le hubiera oído.

«He visto algunas veces» es una exageración. Le ha visto una sola vez.

Fue en invierno, un mes de febrero. Darce la llamó por teléfono a la redacción de *The Varsity*: así fue como supo dónde encontrarla, viendo su nombre en el periódico del campus universitario. Joanne apenas se acordaba de él. Habían pasado tres años, estaba a años luz. El novio chef de cocina del ferrocarril había desaparecido hacía mucho, y ninguno tan inocente como él había ocupado su lugar. Joanne ya no llevaba zapatos blancos de cordones, ni cantaba canciones. Vestía jerséis de cuello vuelto, tomaba cerveza y mucho café, y escribía cínicos artículos de denuncia sobre asuntos como el estado de las instalaciones de la cafetería del campus. Sin embargo, había renunciado a la idea de morir joven. A esas alturas, le parecía un exceso de romanticismo.

Lo que quería Darce era salir con ella. Para ser más exactos, quería llevarla a una

fiesta de su asociación estudiantil. Joanne se quedó tan sorprendida que le dijo que sí, aunque las asociaciones estudiantiles provocaban el rechazo político de sus actuales compañeros de viaje. Era algo que tendría que hacer a escondidas, y así lo hizo. No obstante, tuvo que pedirle prestado un vestido a su compañera de habitación. Se trataba de una fiesta semiformal, y Joanne no se había dignado a asistir a ninguna fiesta de ese tipo desde el instituto.

La última vez que había visto a Darce, él tenía el pelo descolorido por el sol y un oscuro y lustroso bronceado. Ahora, con la piel invernal, parecía desnutrido y macilento. Y ya no flirteaba con todas. Ni siquiera con Joanne. Se limitó a presentarle a unas cuantas parejas más, a bailar mecánicamente alrededor de ella en la pista y a emborracharse con una mezcla de zumo de uva y de alcohol puro a la que los hermanos de la fraternidad habían bautizado como Jesús Violeta. Le contó a Joanne que había estado prometido con Hilary durante más de seis meses, pero que ella acababa de dejarle. Ni siquiera le había dicho por qué. Dijo que la había invitado a salir porque era la clase de chica con la que se podía hablar, que sabía que ella le entendería. Luego vomitó un montón de Jesús Violeta, primero sobre el vestido de ella, y después —cuando Joanne le acompañó fuera, a la galería— sobre un montón de nieve. La gama de colores era increíble.

Joanne le dio de beber café y él la llevó de vuelta a la residencia, donde tuvo que trepar por la gélida escalera de incendios y entrar por una ventana porque ya había pasado la hora de cierre.

Joanne estaba dolida. Para Darce ella no era más que una oreja enorme y aleteante. También estaba irritada. El vestido que había pedido prestado era de color celeste, y el Jesús Violeta no se iba solo con agua. Darce la llamó al día siguiente para disculparse —al menos en Saint Jude les enseñaban modales, de algún tipo— y Joanne le encasquetó la factura del tinte. A pesar de todo, la mancha no terminó de desaparecer del todo.

Mientras bailaban, antes de que Darce empezara a arrastrar las palabras y a soltarle el rollo, ella le preguntó:

—¿Has vuelto a saber de Ronette?

Joanne conservaba su costumbre narrativa, todavía quería conocer los finales de las historias. Pero él la miró, visiblemente confuso.

—¿De quién? —preguntó. No fue un desaire. En realidad no se acordaba. A Joanne ese vacío de memoria le pareció ofensivo. A ella también podía olvidársele un nombre, e incluso un rostro. ¿Pero un cuerpo? Un cuerpo que había estado tan cerca del tuyo, que había generado todos esos susurros, esos crujidos en la oscuridad, ese profundo dolor…, era una afrenta a los cuerpos, incluido el suyo.

Después de la entrevista con el señor B. y de la cabeza disecada del lucio, Donny baja a la pequeña playa donde los niños lavan su ropa. Sus compañeros de cabaña han

salido a navegar, pero a él le han liberado de la rutina del campamento. Le han licenciado. Una deshonrosa licenciatura. Después de siete años cumpliendo órdenes aquí, por fin puede hacer lo que le venga en gana. No tiene la menor idea de lo que eso puede ser.

Se sienta sobre una prominente roca rosa, con los pies en la arena. Un lagarto cruza la roca junto a su mano, sin prisa. No le ha visto. Tiene el rabo azul y Donny sabe que si lo coge, se desprenderá. «Escíncidos», así es como se llaman. En otro momento de su vida le habría encantado tener esa información. Las olas lamen la orilla y se repliegan con un familiar latido. Cierra los ojos y oye solo una máquina. Tal vez esté muy enfadado, o triste. Apenas lo sabe.

Ronette aparece sin avisar. Debe de haber bajado por el sendero tras él, entre los árboles. Lleva todavía puesto el uniforme, aunque falta mucho para la cena. Apenas ha empezado a caer la tarde, la hora en que normalmente las camareras dejan la ensenada y suben a cambiarse.

Ronette se sienta a su lado y saca los cigarrillos de un bolsillo escondido debajo del delantal.

—¿Quieres un pitillo? —pregunta.

Donny coge uno y dice:

—Muchas gracias. —No «gracias», no con un silencio como los tipos de chaqueta de cuero de las películas, sino «muchas gracias», como un buen chico de Saint Jude, como un pelele. Deja que ella le dé fuego. ¿Qué otra cosa puede hacer? Ella tiene las cerillas. Aspira alegremente. No fuma mucho y le da miedo toser.

—Me he enterado de que te han echado —dice Ronette—. Qué duro.

—Da igual —dice Donny—. No me importa. —No puede decirle por qué, ni lo noble que ha sido. Espera no llorar.

—Me han dicho que has tirado los prismáticos de Monty —dice ella—. Al lago.

Donny tan solo puede asentir. La mira. Ella sonríe. Ve el descorazonador hueco que tiene a un lado de la boca: el diente que le falta. Ronette lo encuentra gracioso.

—Bueno, estoy de tu parte —dice—. Monty no es más que un niñato.

—No ha sido por él —salta Donny, abrumado por la necesidad de confesar o de que le tomen en serio—. Ha sido por Darce. —Se vuelve, y por primera vez la mira a los ojos. Los tiene muy verdes. Ahora le tiemblan las manos. Arroja el cigarrillo a la arena. Encontrarán la colilla mañana, cuando él ya no esté. Cuando ya no esté, y haya dejado tras de sí a Ronette, a merced de las palabras de los demás—. Ha sido por ti. Por lo que decían de ti. Por lo que dijo Darce.

Ronette ya no sonríe.

—¿Como qué? —pregunta.

—Da igual —dice Donny—. Mejor que no lo sepas.

—Lo sé de todas formas —dice Ronette—. Esa mierda. —Parece más resignada que enfadada. Se levanta y se lleva las manos a la espalda. Donny tarda un momento en darse cuenta de que se está desatando el delantal. Cuando se lo ha quitado, coge a

Donny de la mano y tira de él con suavidad. Él se deja conducir por ella y rodean la colina de roca, fuera de la vista de todo salvo del agua. Ronette se sienta, se tumba y sonríe cogiendo y guiando sus manos. Su uniforme azul se desabrocha por delante. A Donny le cuesta creer que esto esté ocurriendo, que le ocurra a él, a plena luz del día. Es como si caminara en sueños, como correr demasiado rápido, como nada de lo que ha conocido hasta ahora.

—¿Te apetece otro café? —pregunta Joanne. Llama con un gesto de la cabeza a la camarera. Donny no la ha oído.

—Fue muy buena conmigo —dice—. Me refiero a Ronette. Cuando el señor B. me expulsó. En ese momento significó mucho para mí. —Se siente culpable, porque nunca le ha escrito. No sabía dónde vivía, aunque tampoco ha hecho nada por averiguarlo. Además, no podía dejar de pensar: «Tienen razón. Es una furcia». Una parte de él se había quedado profundamente conmocionada por lo que ella había hecho. No estaba preparado para eso.

Joanne le mira con la boca levemente abierta, como si Donny fuera un perro hablante, una piedra hablante. Él no deja de mesarse nerviosamente la barba, preguntándose si ha dicho alguna inconveniencia o si ha revelado algo que debería haber callado.

Joanne acaba simplemente de ver el final de la historia, o un final de una historia. O al menos una pieza que faltaba. Así que por eso Ronette no había dicho nada: era Donny. Lo protegió; o quizá se protegió. Un niño de catorce años. Absurdo disparate.

Absurdo entonces, posible ahora. Ahora puede hacerlo prácticamente todo, y nada provoca el escándalo. Solo un encogimiento de hombros. Todo es guay. Se ha trazado una línea y al otro lado está el pasado, más oscuro y más deslumbrantemente intenso que el presente.

Joanne mira al otro lado de la línea y ve a las nueve camareras con sus bañadores bajo la clara y abrasadora luz del sol, riéndose en la dársena, y a ella entre las demás; en los susurrantes y umbríos matorrales de la línea de la costa el sexo acecha peligrosamente. En aquel entonces era peligroso. Era pecado. Estaba prohibido. Era secreto, mancillador. «Enferma de deseo». Los puntos suspensivos lo habían expresado a la perfección, porque no había palabras de uso común que pudieran definirlo.

Por otro lado estaba el matrimonio, que se traducía en delantales a cuadros de esposa, parques infantiles y una almibarada seguridad.

Pero nada ha resultado ser así. El sexo ha quedado domesticado, desprovisto de su prometido misterio, agregado a la categoría de lo meramente esperado. Es simplemente lo que se hace, mundano como el hockey. Hoy en día es el celibato lo

que arquearía cejas.

Y, a fin de cuentas, ¿qué ha sido de Ronette, olvidada en el pasado, salpicada por su claroscuro, manchada y aureolada por eso, confinada por los adjetivos de los demás? ¿Qué hace, ahora que nadie le sigue los pasos? Y, poniéndonos más prácticos: ¿tuvo a su bebé, o no? ¿Se lo quedó, o no? Donny, dulcemente sentado a la mesa delante de ella, es con toda probabilidad el padre de un niño de diez años y no tiene la menor sospecha.

¿Debería contárselo? El melodrama la tienta, la idea de una revelación, de una sensación, de un buen final.

Pero no sería un final, sería solo el principio de otra cosa. En cualquier caso, la propia historia parece haber quedado obsoleta. Es una historia arcaica, una fábula, un antiguo mosaico. Es una historia que ahora no ocurriría.

El huracán Hazel

En el verano de mis catorce años vivíamos en una cabaña de una sola habitación, situada en cien acres de matorrales en los límites de un terreno cultivado. La cabaña estaba rodeada por altos arces viejos, que fueron respetados cuando la tierra se segregó, y la luz se filtraba en haces, como en las ilustraciones que mucho antes había visto en la escuela dominical, de caballeros en pos del Santo Grial, sin casco y con mucha virtud rebosando de sus ojos. Probablemente esos árboles fueron el motivo por el cual mis padres adquirieron la tierra; si no lo hubieran hecho ellos, la habría comprado cualquier otro y habría cortado los arces. Mis padres solían hacer este tipo de cosas.

La cabaña era de madera recia. No la habían construido allí en origen, sino que fue trasladada desde otro lugar por los anteriores propietarios, dos profesores universitarios interesados en las antigüedades. Numeraron los troncos, los desmontaron, los volvieron a colocar en el orden original y taparon las grietas con cemento blanco, que ya empezaba a desprenderse, al igual que la masilla de los pequeños cristales de las ventanas. Lo sé porque una de mis primeras ocupaciones fue limpiarlos. Lo hice de mala gana, como casi todas las tareas domésticas en aquel tiempo.

Dormíamos en un lado de la cabaña. Los dormitorios estaban separados por paracaídas que mi padre había adquirido en el almacén de excedentes de guerra, donde a menudo compraba cosas: pantalones de color caqui con bolsillos en las rodillas, juegos de cuchillo, tenedor y cuchara que se encajaban y se desencajaban con los que era imposible comer, capas para la lluvia con marcas de camuflaje, una hamaca para la selva con mosquiteras a los lados que olía como un calcetín sudado y producía tortícolis, pese a lo cual mi hermano y yo nos disputábamos el privilegio de dormir en ella. Habíamos cortado los paracaídas para abrirlos, y colgaban, a modo de cortinas, de unas tiras de alambre resistente tendidas de pared a pared. Los paracaídas del interior de la casa eran de color verde oscuro, pero había uno más pequeño fuera, de color naranja, como una tienda de campaña, para que mi hermana de tres años jugara.

Mi cubículo estaba en la esquina sudeste. Dormía en una estrecha cama con muelles de alambre arrollado que chirriaban cuando me daba la vuelta. En el otro lado de la cabaña, la que usábamos de día, había una mesa cuya capa de barniz casi había desaparecido y un par de sillas repintadas; la pintura se agrietaba como un lecho de barro seco y asomaban los colores que habían tenido con anterioridad. Había un aparador donde se colocaban los platos, que olía más a humedad que las restantes cosas de la cabaña, y dos mecedoras a las que las tablas desiguales del piso impedían moverse bien. Todos estos muebles ya estaban en la cabaña cuando la compramos;

quizá respondían al concepto de los profesores sobre la decoración estilo pionero.

Había también una especie de mostrador donde mi madre lavaba los platos y guardaba la cocina de *camping* en la que guisaba cuando llovía. Por lo general cocinaba fuera, en un hogar con parrilla de hierro. Cuando comíamos fuera no utilizábamos sillas, sino troncos, porque la tierra solía estar mojada. La cabaña estaba en un valle atravesado por un río; había mucha humedad por las noches, y el calor del sol de la mañana levantaba un vapor casi visible.

Mi padre nos llevó a la cabaña a principios del verano. Después partió hacia los bosques de la orilla norte del San Lorenzo, donde estaba efectuando algunas exploraciones para una compañía papelera. Nosotras dedicábamos el día a las tareas cotidianas, que giraban especialmente en torno a las horas de las comidas y en lo que comeríamos, él volaba en avión hacia valles de laderas empinadas, donde el piloto tenía que parar el motor para descender o salvaba a duras penas grandes salientes rocosos o estaba a punto de estrellarse en los rápidos. Quedó atrapado durante dos semanas en un incendio forestal que le rodeó por todas partes y consiguió salvarse gracias a una lluvia torrencial que soportó sentado en la tienda de campaña y tostando al fuego sus calcetines de repuesto, como si fueran salchichas, para que se secasen. Siempre nos contaba historias similares cuando regresaba.

Antes de marcharse, mi padre se aseguró de que tuviéramos suficiente leña partida y amontonada, artículos de primera necesidad y alimentos enlatados para mantenernos. Cuando precisábamos otras cosas, como leche y mantequilla, me enviaban a pie a la tienda más cercana, que estaba a milla y media de distancia, en la cima de una colina casi vertical que, mucho después, se transformó en estación de esquí. En aquel entonces solo había una carretera de tierra, en medio de la nada, y que soltaba grandes nubes de polvo cada vez que pasaba un automóvil. A veces los coches tocaban el claxon, pero yo fingía no darme cuenta.

La mujer de la tienda, que era gorda y siempre sudaba, sentía curiosidad por nosotros; siempre preguntaba cómo se las arreglaba mi madre. ¿No le importaba quedarse sola en un lugar tan destartalado, sin una buena cocina y sin ningún hombre a su lado? Situaba ambas cosas al mismo nivel. No me gustaban los chismosos, pero yo estaba en una edad en que las opiniones de cualquiera me influían y adivinaba que aquella mujer encontraba rara a mi madre.

Si mi madre tenía alguna prevención sobre el hecho de que la dejaran sola en una granja apartada, con una niña de tres años, sin teléfono, sin coche, sin electricidad, y conmigo como única ayuda, jamás lo dejó entrever. Ya había pasado por situaciones parecidas antes, y a aquellas alturas debía de estar acostumbrada. Se comportaba con naturalidad pasara lo que pasase; en una situación de crisis, como cuando el coche se hundía en el barro hasta el eje, sugería que cantásemos.

Es probable que aquel verano echara de menos a mi padre, aunque nunca lo manifestó; no se hablaba de sentimientos en nuestra familia. A veces, por la noche, escribía cartas, si bien afirmaba que nunca se le ocurría nada. Durante el día, cuando

no cocinaba ni lavaba platos, se dedicaba a pequeñas tareas que podía interrumpir en cualquier momento. Cortaba la hierba, pese a que el terreno irregular que se extendía ante la casa estaba tan invadido por la maleza que nada conseguiría hacerlo parecer un jardín; o bien recogía las ramas muertas que se habían desprendido de los arces.

Yo cuidaba de mi hermana pequeña durante parte de la mañana: era una de mis tareas. En estas ocasiones, a veces mi madre arrastraba una mecedora hasta la hierba sin cortar y leía libros, novelas históricas o relatos de expediciones arqueológicas. Si me acercaba a ella para decirle algo mientras leía, refunfuñaba. Cuando hacía sol se ponía unos pantalones cortos, lo que nunca hacía en presencia de extraños. Pensaba que tenía las rodillas huesudas; era el único aspecto de su físico que le preocupaba. Por lo general, la ropa le resultaba indiferente. Quería que cubriera lo que había que cubrir y que durase mucho tiempo; todo lo demás carecía de importancia para ella.

Cuando no cuidaba de mi hermana, me iba sola. Trepaba a un arce, situado fuera del campo de visión de la casa y provisto de una confortable horqueta, y leía *Cumbres borrascosas*, o recorría la vieja pista forestal, bordeada de árboles jóvenes. Me abría camino en la selva de maleza y zarzas de atrás, atravesaba el río y, al otro lado, salía a campo abierto, donde al granjero vecino se le permitía apacentar las vacas para que mantuvieran a raya los cardos y las bardanas. Allí descubrí lo que consideraba la auténtica casa de los pioneros, de la que ahora no queda más que una depresión cuadrada rodeada de lomas cubiertas de hierba. El granjero plantó el primer año una fanega de guisantes, y cosechó una fanega. Lo sabíamos por los profesores, que iban siempre a la caza de datos.

Si mi hermano hubiera realizado este descubrimiento, habría confeccionado un plano de toda la zona, con cuidados rótulos. A mí ni siquiera se me ocurrió; me limitaba a vagar por allí, cogiendo frambuesas, o tomaba el sol entre la maleza, rodeada por el aroma de asclepiadeas, margaritas y hojas aplastadas, atontada por el sol y la luz que se reflejaba en las páginas blancas del libro, con saltamontes que aterrizaban encima de mí y dejaban huellas de su saliva parda.

Era hosca como mi madre, si bien yo me consideraba a mí misma perezosa y desorientada. Hasta me costaba caminar por la hierba, y levantar la mano para espantar a los saltamontes era todo un esfuerzo. Siempre parecía medio dormida. Me dije que quería hacer algo, o sea, algo que me proporcionara dinero, en otro sitio. Quería un trabajo para el verano, pero aún era demasiado joven.

Mi hermano trabajaba. Tenía dos años más que yo, y en aquel entonces era ayudante de guardabosques; limpiaba de matojos las cunetas de las carreteras en algún lugar al norte de Ontario y vivía en tiendas de campaña con un grupo de chicos de dieciséis años. Era el primer verano que no estaba con nosotros. Me tomé a mal su ausencia y

le envidiaba, pero esperaba sus cartas todos los días. Una mujer que vivía en una granja cercana se encargaba del correo y lo repartía en su coche. Tocaba el claxon cuando había algo para nosotros y yo me acercaba al polvoriento buzón de hierro galvanizado clavado en un poste junto a nuestra verja.

Mi hermano escribía cartas a mi madre y también a mí. Las de ella eran informativas, descriptivas y concretas. Decía lo que hacía, lo que comía, dónde se lavaba la ropa. Decía que en la ciudad cercana a su campamento había una calle principal solo recorrida por los cables telefónicos. A mi madre le gustaban estas cartas, y me las leía en voz alta.

Yo no hacía lo propio con las cartas que me enviaba mi hermano. Eran privadas, y sembradas de los comentarios chistosos y vulgares con que disfrutábamos cuando estábamos solos. Los demás nos consideraban serios y educados, pero en la intimidad nos burlábamos de todo, y contendíamos en la aportación de detalles que considerábamos repugnantes. Las cartas de mi hermano venían ilustradas con dibujos de sus compañeros de tienda, tenían insectos de muchas patas revoloteando alrededor de sus cabezas, manchas en el rostro, líneas sinuosas que indicaban el olor de sus pies y pedazos de manzana en sus barbas incipientes. Incluían detalles desagradables acerca de sus hábitos personales, como los ronquidos. Cogía las cartas del buzón y me dirigía directamente al arce, donde las leía varias veces. Luego me las metía debajo de la camiseta, entraba en la cabaña y las escondía bajo mi cama.

También recibía cartas de mi novio, que se llamaba Buddy. Mi hermano utilizaba pluma estilográfica; Buddy escribía las cartas con bolígrafo de tinta azul, de aquellos que producían manchones y que dejaba tiznadas las manos. Contenían tediosos cumplidos, como los que podría enviarte un pariente lejano. Muchas palabras estaban entre comillas, y otras, subrayadas. No había dibujos.

Me gustaba recibir estas cartas de Buddy, pero también me turbaban. La cuestión es que ya sabía lo que mi hermano diría de Buddy, en parte porque ya lo había insinuado. Hablaba como si ambos diéramos por descontado que pronto me desharía de Buddy, como si Buddy fuera un perro callejero al que yo, impulsada por el sentido del deber, entregaría a la Sociedad Protectora de Animales si no aparecía el propietario. Incluso el mismo nombre de Buddy, decía mi hermano, era nombre de perro. Decía que debía llamar a Buddy «amiguete» o «compinche» y enseñarle a buscar las piezas de caza.

Yo consideraba la forma en que mi hermano hablaba de Buddy divertida y cruel al mismo tiempo; divertida porque en cierto modo no iba desencaminado, y cruel por la misma razón. Ciertamente, había algo perruno en Buddy: la afabilidad, la estúpida confianza en lo que veía, y en la seriedad con que se tomaba los rituales del compromiso. Era el tipo de chico (aunque nunca lo supe con certeza, porque nunca le vi hacerlo) que ayudaría a su madre a llevar las bolsas de la compra sin que se lo pidiese, no porque le saliera de dentro sino porque así estaba prescrito. Decía cosas como «Así se parten las galletas», y cuando lo decía yo tenía la sensación de que lo

seguiría repitiendo al cabo de cuarenta años.

Buddy era mucho mayor que yo. Tenía dieciocho años, casi diecinueve, y había dejado el colegio hacía bastante tiempo para trabajar en un garaje. Se había comprado un coche, un Dodge de tercera mano, que mantenía limpio y brillante, sin mácula. Fumaba y bebía cerveza, pero solo bebía cerveza cuando no estaba conmigo, solo con otros chicos de su edad. Mencionaba el número de botellas que se había bebido con toda naturalidad, como sin concederle importancia.

Me ponía nerviosa porque no sabía de qué hablar con él. Nuestras conversaciones telefónicas consistían fundamentalmente en pausa y monosílabos, aunque se prolongaran durante mucho rato, lo cual enfurecía a mi padre, que pasaba junto a mí en el vestíbulo y movía los dedos índice y medio de la mano como unas tijeras, para indicarme que cortara. Pero cortar una conversación con Buddy era como intentar dividir el agua, porque sus conversaciones carecían de forma y yo no sabía cómo dársela. Aún no había aprendido ninguna de las estratagemas que, según parece, las chicas han de emplear con los chicos. No sabía cómo hacer preguntas de las que llevan implícita la respuesta, o mentir sobre ciertas cosas, lo que más tarde definí como tener tacto. De modo que casi no decía nada, lo que a Buddy no parecía molestarle en absoluto.

Sin embargo, sabía lo bastante para darme cuenta de que no era una buena táctica para parecer demasiado lista. Pero si yo hubiera decidido alardear de lista, a Buddy no le habría importado: era la clase de chico para quien la inteligencia era algo propio de las mujeres. Quizá le habría gustado una exhibición controlada de ella, como si se tratara de un tipo muy especial de pastel o de un excelente bordado. Nunca supe lo que Buddy deseaba en realidad; en primer lugar, nunca supe por qué salía conmigo. Quizá simplemente porque yo estaba allí. Descubrí poco a poco que el mundo de Buddy era mucho menos alterable que el mío: contenía una larga lista de cosas que jamás podrían cambiar o arreglarse.

Todo esto empezó a comienzos de mayo, cuando yo estaba en décimo. Yo era dos o tres años más joven que mis compañeros de clase, porque en aquel tiempo pasabas de curso si creían que eras capaz de afrontar el reto. El año anterior, al empezar, tenía doce años, una evidente desventaja si los demás tienen quince. Iba en bicicleta al colegio, mientras que las demás chicas de la clase lo hacían caminando, lenta y lánguidamente, apretando sus cuadernos contra el cuerpo para proteger y al tiempo exhibir sus pechos. Yo no tenía pechos, aún podía vestir la ropa que utilizaba a los once años. Me dediqué a confeccionar mis propios vestidos, inspirándome en los patrones que había comprado en Eaton. Nunca acababan de parecerse a los que estaban dibujados en las tapas, y eran demasiado grandes, porque los hacía a la

medida que deseaba tener. Mi madre me decía que me quedaban muy bien, pero era mentira y no me ayudaba en nada. Me sentía como una enana de pecho plano, rodeada de chicas zalameras y sensuales, que se depilaban las piernas, que se aplicaban maquillaje medicinal de color rosado en los granos de la cara y se desmayaban hábilmente en el gimnasio, chicas de carne bruñida, henchida y algo brillante, como si les hubieran inyectado crema cosmética bajo la piel.

Los chicos eran todavía más alarmantes. Algunos, los repetidores de noveno, llevaban chaquetas de cuero y se decía que guardaban cadenas de bicicleta en el pupitre. Los había de voz aguda y larguiruchos, pero a estos, por descontado, no les hacía caso. Conocía la diferencia entre los que eran pesados o fastidiosos, por una parte, y los que eran atractivos o encantadores, por otra. Buddy no era un encanto, pero sí un chico atractivo, y esto importaba mucho. En cuanto empecé a salir con Buddy, descubrí que me consideraban normal. Desde aquel momento me incluyeron en las típicas conversaciones que las chicas mantienen en el lavabo mientras se pintan los labios. Desde aquel momento fui objeto de bromas.

Pese a esto, sabía que Buddy era algo así como un accidente: no lo conseguí honestamente. Me lo sirvió en bandeja Trish, que me abordó sin que yo la conociera de nada y me pidió que saliera con ella, su novio, que se llamaba Charlie, y el primo de Charlie. Trish tenía la boca grande, dientes prominentes y largo cabello de color arena que se recogía en una cola. Llevaba gruesos suéteres rosados y era una *cheerleader*, aunque no la mejor. De no haber salido siempre con Charlie, se habría ganado determinada reputación, por el modo en que se reía y se contoneaba; pero siendo así se había librado de ello, por el momento. Trish me dijo que Buddy me gustaría, porque era muy mono. También mencionó que tenía coche: Charlie no tenía. Es probable que Trish me metiera en la vida de Buddy para que ella pudiera besuquearse con Charlie en el asiento trasero del coche de Buddy en el cine al aire libre, pero dudo que Buddy lo supiera. Ni yo tampoco, en aquel momento.

Siempre debíamos asistir a la primera sesión (contra la voluntad de Trish y de Charlie) porque no me dejaban llegar a casa más tarde de las once. Mi padre no ponía objeciones a que saliera con chicos, pero quería que fueran puntuales tanto al recogerme como al devolverme. No comprendía por qué merodeaban ante la puerta de delante cuando me dejaban. En opinión de mi padre, Buddy era mejor en eso que algunos de los últimos. Con estos me acostumbré a regresar a casa después del plazo fijado; entonces mi padre me pedía que me sentara y me explicaba con mucha paciencia que si iba a tomar un tren y llegaba tarde, el tren partiría sin mí, y por esa razón debía ser siempre puntual. Pero esto no surtía efecto conmigo, porque, tal como le señalaba, nuestra casa no era un tren. Debió de ser en aquella época cuando empecé a perder la fe en que los argumentos razonables fueran la única medida de la verdad. Las exhortaciones a la puntualidad por parte de mi madre eran más

comprensibles: si no llegaba a casa a la hora, ella creería que había tenido un accidente de coche. Sabíamos, aunque no lo admitiéramos, que el sexo era la agenda oculta en esas discusiones, más oculta para mi padre que para mi madre: ella sabía qué era un accidente de coche.

En el cine al aire libre, Buddy y Charlie compraban palomitas de maíz y Coca-Cola, y todos masticábamos al unísono cuando las pálidas e incorpóreas figuras se materializaban en la pantalla, azuladas a la luz declinante. Cuando las palomitas se terminaban ya había oscurecido. Se oían susurros, crujidos y gemidos ahogados que provenían del asiento trasero, pero Buddy y yo fingíamos ignorarlos. Buddy fumaba algunos cigarrillos y me rodeaba el hombro con su brazo. Después nos besuqueábamos, decorosamente en comparación con lo que sucedía detrás de nosotros.

La boca de Buddy era suave, y su cuerpo, grande y reconfortante. Yo no sabía qué debía sentir en el curso de estas sesiones. Fuera lo que fuese, lo que yo sentía no era muy excitante, aunque tampoco resultaba desagradable. Era más parecido a ser abrazada por un perro terranova cariñoso o por un edredón animado que cualquier otra cosa. Yo mantenía las rodillas apretadas con fuerza y mis brazos alrededor de su espalda. Tarde o temprano, Buddy intentaba mover sus manos hacia mi pecho, pero yo sabía que debía frenarle y eso hacía. A juzgar por su reacción, resignada pero comprensiva, había procedido de la forma correcta, si bien volvería a intentarlo la semana siguiente.

Comprendí mucho después que Trish me había seleccionado no a pesar de ser más joven y menos experimentada que ella sino precisamente por eso. Necesitaba una carabina. Charlie era más delgado, apuesto y ardiente que Buddy; a veces se emborrachaba, decía Trish, agitando la cabeza con aire maternal. A Buddy se le consideraba serio, responsable y un poco aburrido, tal vez como a mí.

Después de salir con Buddy más o menos durante un mes, mi hermano decidió que me convenía estudiar griego. Con ello quería decir que me iba a dar lecciones tanto si quería como si no. Me había enseñado muchas cosas en el pasado, y algunas me interesaban: leer, tirar con arco, hacer rebotar piedras planas en el agua, nadar, jugar al ajedrez, apuntar con un rifle, navegar en canoa y descamar y limpiar los pescados. No aprendí a hacer bien la mayoría de estas cosas, excepto leer. También me enseñó a blasfemar, a saltar por las ventanas del dormitorio por las noches, a producir espantosos hedores con productos químicos y a eructar a voluntad. Su estilo, independientemente de la materia, siempre era amistoso aunque con cierto distanciamiento pedagógico, como si estuviéramos en un aula.

Él también estaba aprendiendo griego; me llevaba dos cursos de ventaja y asistía a otro colegio, solo para chicos. Empezó con el alfabeto. Como de costumbre, yo no aprendía con la rapidez que él deseaba, así que empezó a dejar notas por la casa, en

las que las letras griegas sustituían las del alfabeto inglés. Me encontraba una en la bañera cuando estaba a punto de bañarme antes de salir con Buddy, la apartaba para leerla más tarde, abría el grifo y de repente la ducha me empapaba de pies a cabeza. («Cierra la ducha», decía la nota una vez traducida). O bien hallaba un mensaje clavado en la puerta cerrada de mi habitación, que resultaba ser el aviso de que algo —una toalla mojada, un montón de espaguetis cocinados— me caería encima cuando la abriera. O bien otra, en mi tocador, me informaba de que el despertador estaba puesto para que sonara a las tres de la madrugada. La verdad es que no aprendí mucho griego, pero aprendí a traducirlo rápido. Tal vez mediante estas tretas mi hermano pretendía distraerme, retardar mi salida del mundo en que él todavía habitaba, un mundo en que el sulfuro de hidrógeno y los gambitos de ajedrez eran mucho más interesantes que el sexo, y en el que Buddy y los Buddies futuros resultaban simplemente ridículos.

Mi hermano y Buddy existían en planos absolutamente diferentes. Mi hermano, por ejemplo, no era ni encantador ni fastidioso. Tenía el aspecto estrambótico que acostumbra a ir asociado a los colegiales ingleses, aquellos que solían revelarse como pirómanos en las películas de los años sesenta, o con los pósteres de soldados pintados durante la Primera Guerra Mundial; te miraba como si tuviera la piel verde y las orejas algo puntiagudas, como si su nombre fuera Nemo, o algo así, como si pudiera atravesarte con la mirada. Todo eso lo pensé más adelante; en aquella época era solo mi hermano, y no me había forjado ninguna idea sobre su aspecto. Tenía un jersey marrón con los codos agujereados; mi madre trató una y otra vez de reemplazarlo o tirarlo, siempre en vano. Mi hermano aún la superaba en el desinterés por la ropa.

Siempre que me ponía a hablar de la forma que él consideraba propia de una quinceañera, siempre que mencionaba carreras en las medias, el *hit parade* o algo remotamente parecido, mi hermano citaba pasajes de los anuncios de productos contra las espinillas que publicaban los tebeos que él coleccionaba a los diez u once años: «Mary ignoraba por qué no era POPULAR, hasta que… ¡Alguien debería decírselo! Mary, AHORA puedes solucionar el problema de esas FEAS ESPINILLAS. Más tarde… Mary, me gustaría bailar contigo (Él piensa: “Ahora que Mary ya no tiene aquellas FEAS ESPINILLAS es la chica más POPULAR de la clase”)». Yo sabía que aunque alguna vez llegara a ser la chica más popular de la clase, lo que era bastante improbable, eso no serviría para ganar enteros en la opinión de mi hermano.

Cuando le dije a Buddy que pasaría el verano fuera, pensó que me iba a la «casa de campo», como tanta gente en Toronto; los que tenían, claro. Él pensaba en algo así como el lago Simcoe, donde se puede navegar en veloces fuera borda y practicar esquí náutico, y donde hay un cine al aire libre. Pensó que habría otros chicos por allí; dijo que saldría con ellos y me olvidaría de él, pero lo dijo como si se tratara de

una broma.

No le dije muy bien adónde iba en realidad. Buddy y yo no habíamos hablado mucho de nuestras familias; no sería muy fácil explicarle la preferencia de mis padres por la soledad, los retretes en el exterior de las casas y otras cosas raras. Cuando dijo que iría a visitarme, repuse que era un lugar muy apartado y difícil de encontrar, pero no pude negarme a darle la dirección y sus cartas llegaban con puntualidad cada semana, con su tinta pringosa y su caligrafía redondeada, laboriosa e infantil. Buddy apretaba con tanta fuerza el bolígrafo, que a veces atravesaba el papel, y si cerraba los párpados y pasaba los dedos sobre la hoja podía palpar las letras grabadas en la página como en braille.

Respondí a la primera carta de Buddy sentada a la mesa irregular, con sus grietas geológicas en la superficie. El aire era cálido y húmedo; el cuaderno de papel rayado en el que escribía se adhería al viscoso barniz. Mi madre lavaba los platos en el fregadero esmaltado, a la luz de una lámpara de aceite. Yo casi siempre la ayudaba, pero desde que Buddy había entrado en escena, ella a menudo me dispensaba, como si presintiera que necesitaba reservar mis energías para otras cosas. Yo me alumbraba con la segunda lámpara, cuya potencia estaba regulada para que no humease. Detrás de la cortina de paracaídas verde se oía la respiración acompasada de mi hermana.

«Querido Buddy», empecé, y me detuve. Escribir su nombre me turbó. Al verlo en una hoja de papel en blanco me pareció una extraña manera de llamar a alguien. El nombre de Buddy no guardaba relación alguna con lo que en realidad yo recordaba de él, principalmente el olor de sus camisetas recién lavadas, mezclado con el de los cigarrillos y el de la loción para después del afeitado Old Spice. Buddy. Como palabra, me recuerda a budín. Casi podía sentir bajo mi mano el pequeño pliegue de grasa de su nuca, apenas perceptible, pero que con el tiempo se iría haciendo más pronunciado.

Mi madre me daba la espalda, pero tuve la sensación de que, pese a todo, me miraba, o de que escuchaba la ausencia de sonido, puesto que no estaba escribiendo. No sabía qué decirle a Buddy. Podía describir mis actividades, pero en cuanto comencé descubrí que no tenía demasiado sentido.

Por la mañana había construido un pueblo de arena, en un pequeño banco de arena, para divertir a mi hermana. Era una de mis especialidades. Cada casa tenía ventanas hechas con piedras; las calles también estaban pavimentadas con piedras, y en los jardines, vallados por setos de musgo, crecían árboles y flores. Cuando el pueblo estaba terminado, mi hermana hacía correr sus cochecitos de madera por las calles y movía a las personas que yo había elaborado con palillos; en realidad se lo cargaba todo, y yo me disgustaba.

Cuando podía escaparme, vadeaba el río para que nadie me molestara. Había una veta de arcilla que ya conocía, y allí me pasaba algunos ratos haciendo cuentas de

collar, que dejaba al sol sobre un tocón para que se cocieran. Algunas tenían forma de calavera, y luego traté de pintarlas y ensartarlas. Pensaba que formarían parte del disfraz de Halloween, aunque al mismo tiempo sabía que ya no tenía edad para esas cosas.

Luego regresaba caminando por la orilla del río, saltaba sobre los árboles caídos que bloqueaban el camino y me arañaba las piernas desprotegidas con los zarzales. Cogía algunas flores, como ofrenda de paz para mi madre por haberla abandonado a propósito. Ahora se estaban marchitando en un tarro de mermelada vacío que había sobre el tocador: hierbas de Santa Catalina, daucos, espantalobos. En nuestra familia era obligatorio conocer los nombres de las cosas que se cogían y se ponían en botes o jarros.

Nada de lo que hacía parecía normal visto con los ojos de Buddy; consideradas de una en una, mis actividades resultaban infantiles o absurdas. ¿Qué hacían las chicas de la edad que yo aparentaba cuando no estaban con chicos? Hablaban por teléfono, escuchaban discos. ¿No era así? Iban al cine, se lavaban el pelo. Pero no se lavaban el pelo metidas hasta las rodillas en un río de agua helada y echándose agua sobre la cabeza con una jofaina esmaltada. No quería que Buddy me considerara excéntrica; deseaba disimular. Había resultado más fácil en la ciudad, donde vivíamos de una manera más normal, y donde cosas como la negativa de mi padre a comprar un televisor y sentarse delante de él con la cena en una bandeja, o la oposición a comprar una secadora, eran digresiones menores que tenían lugar entre bastidores.

Al final le hablé a Buddy del tiempo, le dije que le echaba de menos y que confiaba en verlo pronto. Después de examinar las equis y las oes llenas de manchones y subrayadas que seguían a la firma de Buddy, las imité. Ensobré aquel engaño, escribí la dirección, y a la mañana siguiente la deposité en nuestro buzón, cuya banderita levanté para advertir que había una carta.

Buddy llegó sin previo aviso un domingo de agosto por la mañana, justo después de que hubiéramos lavado los platos. No sé cómo averiguó dónde vivíamos. Debió de preguntarlo en el cruce de caminos, donde había unas pocas casas, una gasolinera y una tienda con anuncios de Coca-Cola en la puerta y la oficina de Correos en la parte de atrás. La gente de allí debió de ayudarle a descifrar el número de la carretera rural; aunque también es probable que conocieran el emplazamiento exacto de nuestra casa.

Mi madre, en pantalones cortos, frente a la casa, cortaba la hierba y la maleza con una pequeña guadaña. Yo subía un cubo de agua por los resbaladizos y podridos peldaños de madera que conducían al río. Sabía que cuando llegase al último peldaño mi madre me preguntaría qué quería para comer, y que me enfurecería. Yo nunca sabía lo que quería para comer, y cuando lo sabía, no había. Ni se me ocurría pensar que mi madre estaba mucho más harta que yo de pensar en las comidas, ya que además tenía que cocinar, ni que en realidad se trataba de una petición de socorro.

Entonces oímos un ruido, el rugido de un motor, rumboso y apagado a ratos, como una segadora de césped en el interior de un garaje de hojalata. Nos quedamos inmóviles y nos miramos; siempre lo hacíamos cuando oíamos el ruido de un motor en la carretera. Creíamos, me parece, que nadie sabía dónde nos hallábamos. La parte positiva era que nadie se acercaría, y la negativa, que alguien, pensando que la casa estaba deshabitada, podría hacerlo, y el tipo de gente que lo haría era el que menos deseábamos ver.

El ruido cesó por unos minutos, y luego se reanudó, más fuerte esta vez. Se acercaba por nuestro sendero. Mi madre dejó caer la guadaña y echó a correr hacia la casa. Supe que se iba a cambiar de pantalones. Yo seguí subiendo los peldaños, impasible, cargada con el cubo de agua. De haber sabido que era Buddy me habría cepillado el pelo y pintado los labios.

Cuando vi el coche de Buddy me quedé atónita y casi aterrorizada. Era como si me hubieran pillado con las manos en la masa. ¿Qué pensaría Buddy de la ruinosa cabaña, las cortinas de paracaídas, los muebles ajados y el tarro de mermelada vacío con las flores marchitas? Lo primero que pensé fue esconderme en las inmediaciones de la casa. Fui al encuentro del coche, que avanzaba zarandeándose por la carretera. Yo era consciente de las hojas muertas y del barro que llevaba pegados a mis pies descalzos y mojados.

Buddy salió del automóvil y alzó la mirada hacia los árboles. Charlie y Trish, que iban en el asiento trasero, también salieron. Pasearon la mirada a su alrededor, pero después de un rápido vistazo no dieron la menor señal de que aquel lugar donde vivía no era exactamente lo que esperaban encontrar, salvo que hablaban en voz demasiado alta. A pesar de todo, yo estaba a la defensiva.

El coche de Buddy tenía un gran agujero en el capó que aún no había tenido tiempo de reparar, y Charlie y Trish no paraban de contar historias acerca de las miradas suspicaces que les había dirigido la gente de los pueblos por los que han pasado. Buddy parecía más reservado, casi tímido. «Has recibido la carta, ¿no?», me dijo, pero no, no había recibido la carta en que anunciaba su visita. Llegó unos días después, henchida de una melancólica soledad que me habría convenido conocer antes de su llegada.

Charlie, Trish y Buddy iban de pícnic. Pensaban llegar hasta el lago Pike, a unas quince millas de allí, donde había una playa pública. Habían pensado que podrían ir a nadar. Mi madre ya había salido de casa para entonces. Ahora, con sus pantalones largos, se comportaba como si todo estuviera bajo control. Estuvo conforme con el plan; sabía que no había nada que hacer en las cercanías de casa. Tampoco pareció preocuparle el hecho de que fuera a pasar todo el día fuera con Buddy, puesto que regresaríamos antes del anochecer.

Los tres permanecían de pie junto al coche, y mi madre trató de mantener una conversación con ellos mientras yo entraba corriendo en la cabaña para coger mi traje de baño y una toalla. Trish ya llevaba el bañador puesto; se le transparentaba la parte

superior debajo de la camisa. Tal vez no habría sitio para cambiarse. Este es el tipo de pregunta que no se puede hacer sin sentirse un poco idiota, de modo que me cambié en mi cubículo de tela de paracaídas. Era el mismo bañador del año anterior, de color rojo, y me quedaba algo pequeño.

Mi madre, que no solía dar instrucciones, le dijo a Buddy que condujera con prudencia, quizá porque el coche, por el ruido que hacía, parecía más peligroso de lo que era. Cuando arrancó fue como el despegue de un cohete, y dentro era todavía peor. Me senté al lado de Buddy. Los cristales de todas las ventanillas estaban bajados, y cuando salimos a la carretera asfaltada Buddy apoyó el codo izquierdo en la portezuela. Empuñaba el volante con una mano, la otra avanzó a través del asiento y se apoderó de la mía. Pretendía que me acercara a él para rodearme con su brazo, pero esta forma de conducir me ponía nerviosa. Me dirigió una mirada de reproche y cogió el volante con ambas manos.

Había visto alguna vez señales en la carretera que indicaban la dirección del lago Pike, pero nunca había estado allí. Resultó que era pequeño y circular, en medio de la campiña. La playa pública estaba atestada, puesto que era fin de semana: sobre todo grupos de adolescentes y parejas jóvenes con hijos. Algunos llevaban radios portátiles. Trish y yo nos desvestimos detrás del coche, aun cuando al quitarnos nuestras ropas externas no revelamos otra cosa que los trajes de baño, que, de cualquier forma, todo el mundo iba a ver. Mientras lo hacíamos, Trish me confesó que ella y Charlie se habían prometido en secreto. Se casarían en cuanto ella fuera lo suficientemente mayor. Nadie más lo sabía, excepto Buddy, claro está, y yo. Dijo que a sus padres les daría un ataque si se enteraban. Le aseguré que no lo diría a nadie, y al mismo tiempo sentía que un dedo helado recorría mi columna vertebral. Cuando salimos de detrás del coche, Buddy y Charlie ya estaban con el agua en los tobillos; el sol se reflejaba en sus espaldas blanquecinas.

Era una playa polvorienta y calurosa, con la basura de los visitantes desparramada aquí y allá: platos de papel que sobresalían de la arena como medias lunas, vasos de papel abollados, botellas. Un pedazo de perrito caliente, pálido, rosa grisáceo, desfigurado, flotaba cerca de nosotros. El lago, poco profundo, estaba lleno de algas, y la temperatura del agua recordaba la de la sopa que se enfría. El fondo era de una arena tan fina que parecía barro; esperaba encontrar sanguijuelas y almejas, que probablemente estarían muertas a causa del calor. Nadé un poco, pese a todo. Trish empezó a chillar porque había pisado algas; luego salpicó a Charlie. Me pareció que yo también debía hacer estas cosas, y de que Buddy advertiría la omisión. En cambio, hice el muerto en el agua tibia, mirando de soslayo el cielo sin nubes, insondable, de un azul intenso y atravesado por cosas similares a microbios, los bastoncillos y conos de mi retina. Le había dado duro al libro de ciencias; hasta sabía lo que era un cigoto. Al cabo de un rato, Buddy vino a nadar conmigo y me lanzó agua con la boca, sonriente.

Luego volvimos nadando a la playa y nos tendimos sobre la enorme toalla rosa de

Trish, con el dibujo de una sirena que jugaba con una burbuja. Me sentía pegajosa, como si el agua hubiera depositado una película sobre mi cuerpo. Trish y Charlie habían desaparecido; por fin los localicé, caminando cogidos de la mano cerca del agua en la parte más alejada de la playa. Buddy quiso que le aplicara una loción bronceadora. Solo estaba moreno de cara, brazos y manos, y recordé que trabajaba toda la semana y no disponía de tiempo para tumbarse al sol como yo. La piel de su espalda era suave y algo flácida sobre los músculos, como un suéter o el cuello de un cachorro.

Cuando me volví a tender a su lado, Buddy me cogió la mano, pese a que estaba aceitosa de la loción.

—¿Qué te parece lo de Charlie? —preguntó, y movió la cabeza con una mueca de desaprobación, como si Charlie fuera travieso o tonto.

Nunca decía Charlie y Trish. Me rodeó con su brazo y empezó a besarme, en plena playa, a plena luz del sol, delante de todo el mundo. Me aparté.

—La gente está mirando —dije.

—¿Quieres que te tape la cabeza con la toalla? —dijo él.

Me senté, me sacudí la arena y tiré hacia arriba del bañador. También le quité la arena a Buddy; en su caso era peor, porque se había quedado adherida con la loción. Sentía la espalda al rojo vivo y el calor y la luz me aturdían. Adiviné que más tarde tendría dolor de cabeza.

—¿Dónde está la comida? —pregunté.

—¿Y quién tiene hambre? —dijo—. No de comida, en cualquier caso.

No parecía disgustado. Tal vez ese era el comportamiento que se esperaba de mí.

Anduve hacia el coche y saqué la comida, guardada en una bolsa de papel pardo, nos sentamos sobre la toalla de Trish y comimos bocadillos de lechuga con huevo duro y bebimos Coca-Cola caliente y efervescente en silencio. Cuando terminamos, dije que quería sentarme bajo un árbol. Buddy me acompañó y trajo la toalla. La sacudió antes de que nos acomodáramos.

—No querrás que se te metan hormigas en los pantalones —dijo. Encendió un cigarrillo y fumó, apoyado contra el tronco del árbol (un olmo, según advertí); a medio pitillo me miró de una forma extraña, como si estuviera a punto de tomar una decisión. Luego dijo—: Quiero darte una cosa. —Su voz era natural, afable, como de costumbre, pero sus ojos no. En conjunto, parecía asustado. Se quitó la pulsera de plata de la muñeca. Siempre la había llevado, y yo sabía lo que había escrito en ella: «Buddy», grabado con letra florida. Era una imitación de la pulsera de identificación militar; muchos chicos las usaban—. Mi pulsera de identidad —dijo.

—Oh —dije cuando la colocó en mi mano, que ahora, estaba segura, olía a cebolla.

Recorrí el nombre plateado de Buddy con los dedos como si lo admirara. Ni se me ocurrió rechazarla; era imposible, porque nunca habría sabido explicar qué había de malo en aceptarla. También me di cuenta de que Buddy poseía cierto poder sobre

mí, de que, ahora que había presenciado accidentalmente algo de mí que era real, sabía demasiado acerca de mis desviaciones de la norma. Pensé que yo tenía que corregirlo de algún modo. Años más tarde se me ocurrió que muchas mujeres se habrían comprometido, e incluso casado, en circunstancias similares.

También me di cuenta años más tarde de que Buddy se había equivocado de palabra: no era una pulsera de identidad; sino una pulsera de identificación. La diferencia se me escapó en aquel momento, aunque quizá, después de todo, era la palabra adecuada y lo que Buddy me ofrecía era su identidad, una parte fundamental de su persona que yo debía guardar por él y vigilar.

Otra interpretación se ha abierto camino desde entonces: que Buddy me estaba grabando su nombre, como un letrero de «Reservado» o un distintivo de propiedad, un tatuaje en la oreja de una vaca o una marca al rojo vivo. Nadie lo vio así en aquel momento. Todo el mundo sabía que llevar la pulsera de identificación de un chico era un privilegio, no una degradación, y por eso Trish me felicitó cuando volvió de pasear con Charlie. Percibió el cambio al instante.

«Déjame ver», pidió, como si no hubiera visto el adorno de Charlie muchas veces, y me vi obligada a extender la muñeca para que lo admirara, mientras Buddy observaba la escena con timidez.

Cuando regresé a la cabaña de troncos, me quité la pulsera de identificación de Buddy y la escondí debajo de la cama. Me turbaba, aunque la explicación que me daba era que no deseaba perderla. Aun así, me la volví a poner en septiembre, cuando regresé a la ciudad y al colegio. Era el equivalente de los suéteres de cuello alto peludos, de los que llevan borlas. Buddy, entre otras cosas, era algo que valía la pena llevar.

Estaba en undécimo, estudiaba el antiguo Egipto y *El molino del Floss*. Formaba parte del equipo de voleibol y cantaba en el coro. Buddy seguía trabajando en el garaje, y poco después de que se iniciara el curso se hernió al levantar algo demasiado pesado. Yo no sabía qué era una hernia. Pensaba que era algo de tipo sexual, pero al mismo tiempo me sonaba a algo que les pasaba a los viejos, no a alguien tan joven como Buddy. Lo busqué en nuestro libro de medicina. Cuando mi hermano se enteró de la hernia de Buddy, se rio por lo bajo de un modo irritante, y dijo que era el tipo de cosas que cabía esperar de Buddy.

Buddy permaneció hospitalizado un par de días. Al salir, fui a visitarle a su casa, porque así lo quiso. Pensé en llevarle algo; flores no, desde luego. Le llevé unas galletas de mantequilla de cacahuete, horneadas por mi madre. Sabía que, si se terciaba, mentiría y diría que las había hecho yo.

Era la primera vez que iba a casa de Buddy. Ni siquiera sabía dónde vivía; no había pensado en el hecho de que tuviera una casa o de que viviera en algún sitio en particular. Tuve que ir en autobús y tranvía, puesto que Buddy no podía llevarme.

Estábamos en el veranillo de San Martín. El ambiente era húmedo y pesado, aunque soplaba una leve brisa que suavizaba el bochorno. Anduve por la calle, flanqueada por casas estrechas de dos pisos, que mucho después serían reformadas y volverían a ponerse de moda, aunque en aquella época se las consideraba incómodas y pasadas de moda. Era un sábado por la tarde, y un par de hombres, uno de ellos en camiseta, cortaban el césped de sus reducidos jardines.

La puerta de la casa de Buddy estaba abierta de par en par; solo la puerta mosquitera estaba cerrada. Pulsé el timbre; como nadie dio señales de vida, entré. Había una nota en el suelo, escrita con el bolígrafo típico de Buddy: SUBE, decía. Debió de caer probablemente de la hoja interior de la puerta, donde la había adherido.

El papel del vestíbulo era de un color rosa desvaído; la casa olía ligeramente a madera húmeda, a cera, a alfombras en verano. Eché una ojeada a la sala de estar mientras me dirigía hacia la escalera. Había demasiados muebles y las cortinas estaban corridas, pero todo estaba muy limpio. Adiviné que las ideas de la madre de Buddy acerca de las tareas domésticas diferían de las de mi madre. No parecía haber nadie en la casa, y me pregunté si Buddy lo habría preparado a propósito, a fin de que no me precipitara en busca de su madre.

Subí la escalera; fui a reunirme conmigo misma en el espejo que había al final. A la luz mortecina me vi mayor, mi carne hinchada y enrojecida por el calor, mis ojos en la penumbra.

«¿Eres tú?», me llamó Buddy. Estaba en la habitación de enfrente, medio incorporado en una cama demasiado grande para la habitación. La cama era de madera barnizada de color chocolate, los pies y la cabecera labrados; era aquella cama, enorme, anticuada, ceremonial, lo que me ponía más nerviosa de la habitación, incluido Buddy. La ventana estaba abierta, y las blancas cortinas ribeteadas de encaje —de esas que mi madre hubiera desechado al instante, porque habría que blanquearlas, almidonarlas y plancharlas— se movían un poco con el aire. El sonido de los cortacéspedes se colaba por la ventana.

Vacilé en el umbral, sonreí y entré. Buddy llevaba una camiseta blanca y la sábana le tapaba hasta la cintura. Parecía más apacible, más bajo, un poco encogido. Me devolvió la sonrisa y me alargó la mano.

«Te he traído unas galletas», dije. Ambos nos comportábamos con timidez, debido al silencio y a la soledad. Le cogí la mano y me atrajo con suavidad hacia él. La cama era tan alta que hube de trepar a medias sobre ella. Puse la bolsa de galletas a su lado y le rodeé el cuello con los brazos. Su piel olía a humo de tabaco y a jabón, y se había peinado con esmero; aún tenía el pelo húmedo. Su boca sabía a dentífrico. Me lo imaginé renqueando, incluso un poco dolorido, preparándose para mí. Nunca había pensado demasiado en que los chicos también se preparan para las chicas, se lavan, se miran al espejo del cuarto de baño, aguardan, se ponen nerviosos, desean gustar. Entonces me di cuenta de que lo hacían, de que no era una prerrogativa de las chicas. Abrí los ojos y contemplé a Buddy mientras le besaba. Nunca lo había hecho.

Con los ojos cerrados, Buddy difería del Buddy con los ojos abiertos. Parecía dormido, como inmerso en un sueño turbador.

Nunca le había besado tanto, pero no existía peligro: se encontraba mal. Cuando gimió un poco pensé que le estaba haciendo daño.

«Cuidado», dijo, moviéndome hacia un lado.

Dejé de besarle y apoyé la cabeza en su hombro, junto a su cuello. Podía ver la cómoda, a juego con la cama; estaba cubierta por un tapete blanco de ganchillo, sobre el que había unas fotos de niños enmarcadas en plata. Encima colgaba un espejo, en un sombrío marco con una guirnalda de rosas labrada, y en el interior del marco se hallaba Buddy, conmigo echada a su lado. Pensé que era la habitación de los padres de Buddy, y su cama. Había algo triste en ese yacer junto a Buddy en aquella habitación estrecha y convencional, de rotunda belleza, en su vistosidad a la vez florida y sombría. La habitación me resultaba casi ajena, como una celebración de algo con lo que yo no me podía identificar y que jamás sería capaz de compartir. No costaba mucho hacer feliz a Buddy; bastaba algo parecido a aquello. Eso era lo que él esperaba de mí, poquita cosa, mucho más de lo que yo poseía. Fue la vez que más me asustó Buddy.

«Oye —dijo Buddy—, anímate, ¿eh? Todo va bien». Creía que estaba preocupada por su lesión.

Luego nos dimos cuenta de que yo había rodado sobre la bolsa de galletas, reduciéndolas a migajas, y eso lo puso todo en su sitio, pues nos echamos a reír. Sin embargo, a la hora de irme, Buddy se puso melancólico. Me cogió la mano. «¿Y si no te dejo marchar?», murmuró.

Cuando me dirigía hacia la parada del tranvía me crucé con una mujer que iba cargada con un gran bolso de cuero y una bolsa de papel. Tenía un rostro enérgico y decidido, el rostro de una mujer que ha tenido que luchar por una u otra cosa, en un modo u otro, durante mucho tiempo. Me miró como si pensara que había subido con malas intenciones y fui consciente de las arrugas de mi vestido de algodón, que se habían formado al tenderme en la cama con Buddy. Pensé que tal vez se tratara de su madre.

Buddy se restableció muy pronto. Durante las semanas siguientes dejó de ser un capricho, o incluso una broma, para convertirse en una obligación. Continuamos saliendo las mismas noches de siempre, pero había una crispación en él que antes no existía. A veces Trish y Charlie venían con nosotros, pero ya no se revolcaban de forma desmedida en el asiento trasero del coche, sino que se cogían de las manos y hablaban en voz baja de cosas que parecían serias, incluso lúgubres, como los precios de los apartamentos. Trish había empezado a coleccionar objetos de porcelana. Charlie se había comprado un coche, y Buddy y yo salíamos solos cada vez con mayor frecuencia, sin protección. Su respiración se hacía más pesada y ya no sonreía

con benevolencia cuando le sujetaba las manos para frenarlo. Estaba cansado de que yo solo tuviera catorce años.

Empecé a olvidarme de Buddy cuando no estaba con él. Era un olvido deliberado, lo mismo que recordar, pero al revés. En vez de hablar por teléfono con Buddy durante horas, pasaba mucho tiempo cosiendo vestiditos para las muñecas de mi hermana. Cuando no, repasaba la colección de tebeos de mi hermano, desechados por él hacía años, tendida en el suelo de mi habitación y con los pies apoyados en la cama. Mi hermano ya no me enseñaba griego. Se había internado por los intrincados vericuetos de la trigonometría, en los que yo jamás entraría, como ambos sabíamos bien.

Buddy se terminó una noche de octubre, de repente, como una luz que se apaga. Iba a salir con él, pero durante la cena mi padre dijo que me lo pensara dos veces: una gran tormenta, un huracán, iba a azotar Toronto, con lluvias torrenciales y vientos muy fuertes, consideraba que no debía salir en esas circunstancias, y menos aún en un coche como el de Buddy. Ya había oscurecido; la lluvia repiqueteaba en las ventanas, tras las cortinas corridas, y el viento rugía al azotar los fresnos del exterior. Me dio la impresión de que nuestra casa se encogía. Mi madre dijo que iba a sacar unas velas por si fallaba la electricidad. Por suerte, dijo, estábamos en terreno elevado. Mi padre dijo que la decisión me correspondía a mí, pero que quien saliera de casa en una noche semejante tenía que estar loco.

Buddy llamó para saber a qué hora debía pasar a recogerme. Respondí que el tiempo estaba empeorando y que quizá fuera mejor aplazarlo para la noche siguiente. Buddy replicó que no había que asustarse por unas gotas de lluvia. Tenía ganas de verme. Aduje que tenía ganas de verle, pero que quizá sería demasiado peligroso. Me dijo que le estaba dando largas. Le dije que no.

Mi padre recorrió el vestíbulo y al pasar por mi lado movió los dedos a modo de tijeras. Dije que quien saliera de casa en una noche semejante tenía que estar loco, que encendiera la radio y se convenciese de que se aproximaba un huracán, pero era como si no entendiera lo que le decía. Argumentó que si me negaba a salir con él por un huracán es que no le amaba lo suficiente. Me quedé de piedra: era la primera vez que usaba la palabra «amor» así, en voz alta, y no como despedida en las cartas, para describir lo que se suponía que estábamos viviendo. Cuando le dije que se estaba comportando como un tonto colgó el auricular, algo que me irritó. Pero tenía razón, desde luego. No le amaba lo suficiente.

En lugar de salir con Buddy, me quedé en casa y jugué al ajedrez con mi hermano, que me ganó, como siempre. Nunca he sido una buena jugadora de ajedrez; no soporto la espera silenciosa. Hubo cierta sensación de reencuentro en aquella partida, que, de todos modos, no duró mucho. Buddy se había ido, pero aquello fue sintomático.

Esa fue la primera de una larga serie de rupturas atmosféricamente sobrecargadas, aunque no me di cuenta en aquel momento. Ventiscas, tormentas, olas de calor, granizadas: en los años siguientes pasé por todas las fases. No sé bien a qué atribuirlo. Quizá tuviese algo que ver con los iones positivos, que no fueron descubiertos hasta mucho después, pero llegué a creer que algo en mí provocaba posturas extremas, aunque nunca lo determiné con precisión. Después de una de tales rupturas, durante un chubasco de agua helada, mi exnovio me regaló por San Valentín un auténtico corazón de vaca atravesado por una auténtica flecha. Dijo que de todos modos tenía pensado hacerlo y yo era la única chica que sabría apreciarlo. Durante varias semanas me estuve preguntando si se trataba o no de un cumplido.

Buddy no fue tan cordial. Después de la ruptura, nunca volvió a dirigirme la palabra. Por mediación de Trish me pidió que le devolviera su pulsera de identificación y yo se la di a mi amiga en el lavabo de señoras a la hora de comer. Trish me dijo que se la quería dar a otra, una chica llamada Mary Jo, que aprendía mecanografía en lugar de francés, lo cual, en aquellos tiempos, era señal segura de que pronto una dejaría el colegio y encontraría trabajo. Mary Jo tenía una cara redonda y risueña, un flequillo como el de un perro pastor y grandes pechos, y la verdad es que no tardó en dejar el colegio. Entretanto, llevó el nombre en plata de Buddy ceñido a la muñeca. Trish cortó las relaciones conmigo, pero no enseguida. Tiempo después me dijeron que había ido contando por ahí que yo había pasado todo el verano en un establo.

Sería erróneo afirmar que no eché de menos a Buddy. También en este aspecto fue el primero de la serie. Desde entonces, siempre he echado de menos a los hombres cuando han desaparecido de mi vida, incluso a aquellos que no han significado absolutamente nada para mí. Llegué a descubrir que para mí no existe la categoría «absolutamente nada».

Pero todo esto pertenece al futuro. A la mañana siguiente del huracán solo experimenté la sensación de haber salido ilesa de una gran calamidad. Después de escuchar las noticias, coches volcados con sus ocupantes en el interior, casas derrumbadas, tantas inundaciones, desastres y dinero perdido, mi hermano y yo nos calzamos las botas de agua y caminamos por la otrora vieja y llena de baches Pottery Road, ahora llena de hoyos y socavones, para ver los daños con nuestros propios ojos.

Los daños no eran tantos como esperábamos. Habían caído árboles y ramas, pero no muchos. El río Don bajaba crecido y turbio, pero era difícil determinar si las partes de coches medio hundidos, neumáticos de camiones destrozados, montones de palos, tablones y toda clase de escombros flotando en la corriente o varados en la tierra allí donde el agua había empezado a retroceder eran recientes o más bien formaban parte de los desechos que estábamos acostumbrados a ver allí. El cielo continuaba tapado. Nuestras botas chapoteaban en el barro, del que no surgían manos. Me habría gustado

ver algo más cercano a la tragedia. Durante la noche se habían ahogado dos personas, pero no nos enteramos hasta después. Esto es lo que más recuerdo de mi historia con Buddy: un vulgar desastre, la monotonía de las aguas, la luz melancólica.

Madurez

El huevo de Barba Azul

Sally mira por la ventana de la cocina mientras espera a que hierva la salsa que está reduciendo. Más allá del garaje, el terreno desciende hacia la hondonada, una espesura de arbustos, ramas y lo que Sally cree que son enredaderas. Su idea era tener una especie de terraza, construida con viejas traviesas de vía férrea entre las que crecieran flores silvestres, pero Edward dice que le gusta como está. Hay una casita para los niños al fondo, cerca de la valla; desde la cocina solo se ve el tejado. No tiene nada que ver con los hijos de Edward, en sus anteriores encarnaciones, antes de la época de Sally; es mucho más antigua y se está desmoronando. A Sally le gustaría que desapareciera. Cree que algunos borrachos duermen en ella, los hombres que viven bajo los puentes, que en ocasiones trasponen la valla —rota en el lugar donde apoyan los pies—, suben por la colina y emergen, con los ojos entrecerrados como topos, a la luz del bien cuidado césped trasero de Sally.

A la izquierda está Ed, con su cazadora. Oficialmente ha llegado la primavera, la escila azul de Sally ha florecido, pero hace frío para esta época del año. Ed no quiere tirar esa cazadora, pese a lo vieja que es; aún se ve la inscripción WILDCATS, reliquia de algún equipo con el que jugó en el instituto, una era tan prehistórica que Sally apenas se la imagina, por más que no es difícil representarse a Ed en un instituto. Las chicas debían de ir de cabeza por él, y él no debía de darse ni cuenta; esas cosas no cambian. Está entretenido con las rocas del jardín; algunas sobresalen tanto que podrían rayar el lateral del Peugeot de Sally cuando va camino del garaje, y Ed las está apartando. Le gusta entretenerse con fruslerías, mientras canturrea para sí. No lleva guantes de trabajo, pese a que ella le ha repetido infinidad de veces que podría machacarse los dedos.

Contemplando su espalda encorvada, con la conmovedora inscripción medio borrada, Sally se derrite, lo que le ocurre no pocas veces. «Mi querido Edward —piensa—. Edward el Oso, de escaso cerebro. Cuánto te quiero». En momentos como este se siente muy protectora con respecto a él.

Sally sabe a ciencia cierta que a las rubias tontas no se las amaba porque fueran rubias, sino porque eran tontas. Lo sexualmente atractivo era su indefensión, su desorientación, no el cabello. No había nada de falso en la oleada de ternura que los hombres sentían por esas mujeres. Sally lo comprende.

Hay que admitirlo: Sally está enamorada de Ed debido a su estupidez, su monumental y casi enérgica estupidez; enérgica, porque la estupidez de Ed no es pasiva. No es que sea un simple imbécil, pues hay que dedicar mucho empeño para llegar a ser tan estúpido. ¿Acaso eso induce a Sally a sentirse satisfecha de sí misma, más lista que él, o incluso más lista de lo que es? No, al contrario, la vuelve humilde.

La asombra que el mundo pueda albergar una maravilla semejante a la colosal y cautivadora imbecilidad de Ed. Es tan estúpido… Cada vez que le proporciona otra prueba, otra tesela para encajar en el vasto mosaico de su estupidez que ella compone sin cesar, Sally quiere abrazarle, y a menudo lo hace; y él es tan estúpido que nunca comprende la razón.

Porque Ed es tan tonto que ni siquiera sabe que lo es. Es un niño mimado de la fortuna, un tercer hijo que, armado únicamente con su cordialidad corta de luces, consigue atravesar el bosque sembrado de brujas, trampas y celadas, y casarse con la princesa, que es Sally, por supuesto. El hecho de que sea apuesto ayuda.

En los mejores momentos contempla la estupidez de Ed como la inocencia de un cordero, brillando con la luz de, por ejemplo, un prado verde cubierto de margaritas al sol. (Cuando Sally comienza a pensar en Ed de esta manera, como en el calendario que colgaba en los lavabos de la estación de servicio de su niñez, recreando imágenes de un niño de rizos dorados con el brazo en torno al cuello de un setter irlandés —un animal con fama de descerebrado, según recuerda—, sabe que se adentra en terreno resbaladizo, en una clase desagradable de sentimentalismo, y que debe detenerse de inmediato o Ed se desvanecerá y será reemplazado por una réplica disecada, apenas útil como paragüero. Ed es una persona de carne y hueso, con mucho más de lo que estas interpretaciones simplistas dan a entender, lo cual le preocupa a veces). En los malos momentos, sin embargo, contempla su estupidez como pura obstinación, una tozuda determinación de ocultar las cosas. Su estulticia es un muro, tras el cual puede dedicarse a sus asuntos y canturrear para sí, mientras Sally, encerrada en el exterior, debe abrirse camino a machetazos entre los zarzales, sin más protección sobre la piel que un impermeable transparente.

¿Por qué lo escogió —o, para ser precisos, como ella intenta serlo consigo misma y a veces incluso en voz alta, lo cazó—, cuando todo el mundo sabe que tenía otras opciones? Se lo ha explicado a Marylynn, su mejor aunque más reciente amiga, diciendo que se echó a perder de joven por leer demasiadas novelas de misterio de Agatha Christie, de esas en las que la inteligente e ingeniosa heroína desdeña al igualmente inteligente e ingenioso protagonista masculino, que ha contribuido a solucionar el crimen, para casarse con el personaje secundario, el imbécil, al que habrían detenido, condenado y ejecutado de no haber sido por la inteligencia de la heroína. Quizá vea así a Ed: si no fuera por ella, su desmañada y obtusa bondad lo habría llevado a meterse en toda clase de cenagales, en toda clase de atolladeros de los que hubiera sido incapaz de salir, y entonces estaría acabado.

«Atolladero» y «cenagal» no son formas halagadoras de referirse a otras mujeres, pero revelan lo que Sally piensa de manera inconsciente, en especial de las dos anteriores esposas de Ed. No es que Sally luchara por arrancarlo de las garras de estas dos. Ni siquiera conoce a la primera, que se trasladó a la costa Oeste catorce años antes y siempre envía una felicitación por Navidad; la segunda era de mediana edad y ya estaba a punto de separarse de Ed cuando ella apareció. (Sally aplica la expresión

«mediana edad» a cualquiera que tenga cinco años más que ella. Siempre ha sido así. No obstante, la reserva solo para las mujeres. No piensa en Ed como un hombre de mediana edad, pese a que se llevan bastante más de cinco años).

Ed no sabe qué ocurrió con esos matrimonios, qué falló. Sus afirmaciones de ignorancia, su negativa a hablar de los puntos conflictivos, frustran a Sally, porque le gustaría oír toda la historia. Pero también la angustian, pues, si Ed no sabe qué pasó con las otras dos, quizá se repita el esquema con ella, y él tampoco se da cuenta de este problema. Una estupidez como la de Ed puede representar un peligro para la salud de los demás. ¿Y si un día se despertase y decidiera que ella no es su auténtica esposa, sino la falsa? Pues entonces la meterían en un tonel erizado de clavos que dejarían rodar colina abajo, mientras él estaría sentado en otro lecho nupcial, bebiendo champán. Se acuerda del nombre de la marca, porque fue ella quien compró la botella. El champán no es el toque final que se le ocurriría a Ed, pese a que le gustó bastante en su momento.

Sin embargo, de puertas afuera Sally se burla de todo esto. «No lo sabe», le dice a Marylynn, con una risita, y ambas menean la cabeza. Ellas sí lo sabrían, por supuesto. Marylynn está divorciada y es capaz de enumerar todo lo que fue mal, fallo por fallo. A continuación añade que su divorcio fue una de las mejores cosas que le han ocurrido. «Antes no era nada —dice—. Me hizo más fuerte».

Sally, sentada a la mesa de la cocina frente a Marylynn, la mira y conviene en que su amiga ahora está muy lejos de no ser nada. Empezó reformando armarios, y se ha abierto paso hasta llegar a ser propietaria de una firma de interiorismo. Decora las casas de los nuevos ricos, los que carecen de muebles de sus antepasados y de la confianza necesaria para ser cutres y desean que sus hogares reflejen un gusto personal que en realidad no poseen.

«Lo que quieren son mausoleos —dice Marylynn—, u hoteles —y ella se los proporciona con todo desparpajo—. Hasta los ceniceros. Imagínate, contratar a alguien para que elija los ceniceros».

Al decir esto, Marylynn hace saber a Sally que no la incluye en esta categoría, pese a que la contrató, muy al principio, para que la ayudara en algunos pequeños detalles de la casa. Marylynn diseñó de nuevo los armarios del dormitorio principal y consiguió la mesa de caoba china, que a Sally le costó otros setecientos dólares decapar. Pero resultó ser perfecta, tal como Marylynn había predicho. Ahora ha descubierto un escritorio del siglo XIX, y ambas coinciden en que quedará perfecto en el mirador que hay junto a la sala de estar. «¿Para qué lo necesitas? —le preguntó Ed, desconcertado—. Creía que ibas a trabajar en tu estudio». Sally admitió que así era, pero dijo que podrían guardar las facturas del teléfono en el mueble, lo que pareció satisfacer a Ed. Ella sabe muy bien para qué lo necesita: lo necesita para sentarse ante él, sobre algo mullido, con la luz del sol de la mañana a su espalda, y tomar notas con aire distendido. Una vez vio una imagen así en un anuncio de café de la década de 1940, y el marido estaba de pie detrás de la silla, un tanto inclinado, con una

expresión reverente.

Marylynn es la clase de amiga a la que no hace falta explicar estas cosas, porque ambas las dan por sentadas. Sally respeta su inteligencia.

Marylynn es alta y elegante, y logra que todo lo que se pone parezca a la moda. Su cabello ha encanecido prematuramente, pero no se lo tiñe. Lleva camisas holgadas de color crema y bufandas extravagantes conseguidas en tiendas interesantes y rincones singulares del mundo, que se echa con descuido alrededor del cuello y sobre un hombro. (Sally ha intentado imitarla ante un espejo, pero no le sale bien). Marylynn posee una numerosa colección de zapatos raros; dice que son raros porque tiene los pies muy grandes, pero Sally no se engaña. Ella, que se consideraba bastante bonita y ahora cree que se conserva muy bien para su edad, envidia la estructura ósea de Marylynn, que la ayudará cuando suceda lo inevitable.

Siempre que Marylynn viene a cenar, como hoy (va a traer el escritorio), Sally cuida de modo especial la ropa y el maquillaje. Sabe que Marylynn es su auténtico público en esta faceta, pues ningún cambio que efectúe en su persona parece afectar a Ed, que ni siquiera se da cuenta. «Yo te veo bien», se limita a decir, prescindiendo del aspecto que presente en realidad. (De todas formas, ¿querría que él se fijara más en ella? Probablemente, no. En ese caso, él repararía en las arrugas incipientes, las pequeñas bolsas de carne que todavía no son muy visibles, la red que se le está formando bajo los ojos. Así es mejor).

Sally repitió a Marylynn esta observación de Ed y añadió que se había producido el día en que el *jacuzzi* se desbordó al dispararse la alarma contraincendios, porque se encalló en la tostadora un panecillo que estaba calentando para comérselo en la bañera, y tuvo que pasarse una hora cubriendo el suelo con periódicos y secándolo con la fregona y vestirse en solo media hora para la cena a la que estaban invitados. «Yo parecía la cólera de Dios personificada», dijo Sally. Últimamente repite a Marylynn muchas de las cosas que Ed dice, en concreto las estupideces. Marylynn es la única amiga en la que Sally confía hasta este extremo.

«Ed es atractivo como un botón —dijo Marylynn—. De hecho, es como un botón, brillante y reluciente. Si fuera mío, lo convertiría en bronce y lo pondría en la repisa de la chimenea».

Marylynn es todavía mejor que Sally a la hora de idear ingeniosidades sobre la especial estupidez de Ed, algo que puede irritar a Sally: viniendo de ella, esos comentarios resultan indulgentes y cariñosos, pero en boca de Marylynn rozan el menosprecio. Entonces sale en defensa de Ed, que no es ni mucho menos estúpido en todo. Si se examina con detenimiento, solo hay una parcela de la vida en la que no tiene remedio. El resto del tiempo es muy inteligente, incluso brillante, en opinión de algunos. De lo contrario, ¿cómo podría haber triunfado?

Ed es especialista del corazón, uno de los mejores, y a Sally no le pasa inadvertida esta ironía: ¿quién podría saber menos que Ed sobre el funcionamiento de los corazones, de los auténticos corazones, los simbolizados con satén rojo rodeado

de encaje y rematado con arcos rosados? Corazones atravesados por flechas. Por otra parte, el hecho de que sea especialista del corazón contribuye en gran medida a incrementar su poder de seducción. Las mujeres le arrinconan en los sofás, lo acorralan en las terrazas durante las fiestas, le susurran en tono confidencial durante las cenas. Actúan así ante las mismísimas narices de Sally, como si fuera invisible, y Ed lo permite. Esto no ocurriría si trabajara en un banco o en la construcción.

Las sirenas lo acosan allí adonde va. Quieren que les arregle el corazón. Todas parecen padecer alguna disfunción: un murmullo, un susurro. O se desmayan cada dos por tres y quieren que les diga por qué. Este es el tema habitual de las conversaciones, dice Ed, y Sally le cree. Ella también utilizó este truco. ¿Qué se inventó para atraerle, al principio de su relación?

Un corazón agobiado, que latía con demasiada fuerza después de las comidas. Y él fue muy gentil, la miró con sus pasmados ojos castaños, como si el corazón de ella fuera el verdadero tema, la escuchó como si nunca le hubieran dicho tonterías similares, le aconsejó que bebiera menos café. Y Sally sintió que había triunfado en su impostura, en su estrategia por arrancarle aquella pizca de preocupación.

Rememorar ese episodio le produce inquietud, ahora que ha visto repetida tantas veces su propia actuación, incluida la mano posada ligeramente sobre el corazón, para llamar la atención sobre los senos, desde luego. A algunas de esas mujeres les ha faltado muy poco para hundir la cabeza de Ed entre sus pechos, ahí mismo, en la sala de estar de Sally. Al observar estas escenas con el rabillo del ojo mientras sirve los licores, Sally siente que el azteca se revuelve en su interior. «¿Tenéis problemas de corazón? Que os lo arranquen —piensa—. Así no tendréis más problemas».

En ocasiones a Sally le preocupa pensar que ella, al igual que Marylynn antes del divorcio, tampoco es nada. Pero no es cierto; por lo tanto, no necesita un divorcio para dejar de ser nada. Y siempre ha tenido trabajo, incluso ahora. Por suerte, Ed no puso objeciones; no pone objeciones a casi nada de lo que ella hace.

Se supone que su empleo es de jornada completa, pero en realidad es a tiempo parcial, pues puede llevarse mucho trabajo a casa y hacerlo, como ella dice, con un brazo atado a la espalda. Cuando está de mal humor, cuando interpreta el papel de oscura esposa de un especialista del corazón fascinante —lo hace con gente que no le preocupa—, dice que trabaja en un banco, nada importante. Luego ve que los ojos de sus interlocutores la rechazan. Cuando, en cambio, intenta impresionar, dice que es relaciones públicas. En realidad es responsable del órgano de expresión interna de una empresa fiduciaria de mediano tamaño. Es una revista breve, bien impresa, en teoría destinada a conseguir que los empleados se enteren de que los chicos hacen cosas que merecen la pena ahí fuera y que también ellos son seres humanos. Siempre se habla de chicos, aunque a las pocas mujeres que ocupan algo similar a puestos clave se las envía asimismo al exterior de vez en cuando, vestidas con blusa y traje y

exhibiendo una sonrisa radiante, con la esperanza de dar una impresión de confianza más que de agresividad.

Es el último de la serie de empleos que Sally ha tenido a lo largo de los años: trabajos bastante cómodos que exigen tan solo la mitad de sus fuerzas y que no conducen a ningún sitio. En teoría es la segunda de a bordo: por encima de ella hay un hombre que no funcionó en la gerencia, pero a quien no se puede despedir porque su esposa es pariente del presidente del consejo. Acude a largas comidas alcohólicas y juega mucho al golf, de modo que toda la responsabilidad recae sobre Sally. Este hombre se lleva todas las medallas de lo que Sally hace bien, pero los ejecutivos más veteranos de la compañía hacen apartes con ella cuando nadie mira y le dicen que es una gran chica y que cumple muy bien con su cometido.

Sin embargo, la auténtica recompensa de Sally es que su jefe le proporciona una cantidad interminable de anécdotas. Ameniza las cenas con historias sobre la torpeza y pomposidad de ese hombre, sobre sus sugerencias lobotomizadas acerca de lo que ambos podrían inventar para la revista, «el órgano», como dice que él siempre la llama. «Dice que necesitamos sangre fresca para reanimar el órgano», dice Sally, y el especialista esboza una sonrisa. «¿De veras ha dicho eso?». Hablar así de su jefe sería temerario —nunca se sabe lo que podría llegar a sus oídos, el mundo es muy pequeño — si Sally temiese perder el empleo, pero no es el caso. Existe un acuerdo no verbal entre ella y ese hombre: ambos saben que si ella se marcha, él también se va, pues nadie más sería capaz de aguantarlo. Sally podría aspirar al cargo de su superior si fuera lo bastante estúpida para pasar por alto sus conexiones familiares o si codiciara los oropeles del poder, pero se encuentra a gusto donde está. Afirma en broma que ha alcanzado su nivel de incompetencia. Dice que padece de miedo a triunfar.

Su jefe es canoso, esbelto y de tez bronceada, y recuerda a un anuncio de ginebra inglesa. A pesar de su insipidez, es de apariencia distinguida, lo que Sally reconoce. Lo cierto es que lo mima atrozmente, lo consiente, lo encubre siempre que es necesario, pero muy pronto dejó de comportarse como una secretaria: no le lleva el café. Tienen una secretaria que se ocupa de eso. La única vez que intentó propasarse con ella, en cierta ocasión en que se presentó bastante ebrio después de comer, Sally le trató con amabilidad.

De vez en cuando, aunque no con mucha frecuencia, Sally tiene que viajar por cuestiones de trabajo. La envían a lugares como Edmonton, donde hay una filial. Se entrevista con los chicos de los niveles medios y altos; van a comer y los chicos hablan sobre las fluctuaciones del precio del crudo o el desplome del mercado inmobiliario. Después la llevan a ver centros comerciales en proceso de construcción. Siempre hace viento y la arenisca le azota la cara. Vuelve a la sede de la empresa y redacta un informe sobre el vigor juvenil y la vitalidad del oeste.

Mientras hace las maletas, le toma el pelo a Ed diciendo que tiene una cita con un atractivo financiero, o con dos. Ed no se siente amenazado; le dice que se divierta, y ella le abraza y afirma que le echará mucho de menos. Ed es tan imbécil que ni

siquiera se le ocurre pensar que tal vez no esté mintiendo. Lo cierto es que a Sally no le habría costado nada tener un lío, al menos durante un par de noches, en el curso de esos desplazamientos: sabe muy bien cuándo se trazan las líneas de tiza, cuándo se la está retando a traspasarlas. Pero a ella no le interesa tener un lío con nadie excepto Ed.

No come mucho en los aviones: no le gusta la comida. En el viaje de regreso, sin embargo, siempre guarda los alimentos envasados, el queso envuelto en plástico, la barrita de chocolate, la bolsa de galletitas saladas. Los mete a hurtadillas en el bolso. Considera que son provisiones, que tal vez los necesite en caso de un aterrizaje de emergencia en un aeropuerto extraño, si el aparato ha de cambiar de rumbo a causa de la nieve o la niebla, por ejemplo. Puede suceder cualquier cosa, aunque nunca haya sucedido nada. Cuando llega a casa, los saca del bolso y los tira.

En el jardín, Ed se endereza y se limpia las manos sucias de tierra en los costados de los pantalones. Cuando está a punto de volverse, Sally se aparta de la ventana para que no vea que lo estaba observando. No le gusta ponerse en evidencia. Concentra la atención en la salsa: se halla en la segunda fase de la *sauce suprême*, que dará al pollo un sabor completamente diferente. Cuando Sally aprendía a preparar esta salsa, el profesor de cocina citó a uno de los grandes chefs, quien había afirmado que el pollo no es más que un lienzo. Comparaba el plato con un cuadro, pero Sally le dijo en voz baja a la mujer que se sentaba a su lado, dando la vuelta a la frase: «De todas formas, el lienzo es mío, con salsa o sin ella», o algo por el estilo.

«Alta cocina» fue el tercer curso nocturno al que se apuntó Sally. Ahora anda por el quinto, «Formas de la ficción narrativa». Consta de ejercicios de lectura y escritura a partes iguales —el profesor cree que no es posible comprender una forma artística sin intentar llevarla a la práctica—, y Sally da a entender que le gusta. Comenta a sus amigas que sigue cursos nocturnos para evitar que se le atrofie el cerebro, y a sus amigas les parece divertido: dicen que, pase lo que pase con el cerebro de Sally, no consideran que la atrofia sea una opción. Sally no está de acuerdo, pero en cualquier caso siempre apuesta por el perfeccionamiento. Tal vez empezó a apuntarse a cursos con la esperanza de ser más interesante a los ojos de Ed, pero no tardó en renunciar a la idea: no parece que Ed la encuentre ni más ni menos interesante que antes.

La cena ya está prácticamente preparada. Sally intenta organizarse bien: el *jacuzzi* que se desbordó fue una aberración. La crema de berros con nueces se enfría en la nevera, lo mismo que la *mousse* de chocolate. Ed, por ser Ed, prefiere el pastel de carne a las mollejas con piñones, la crema de mantequilla con azúcar envasada al puré de castañas recubierto de *chantilly*. (Sally se ha quemado los dedos pelando las castañas. No le gusta recurrir a los métodos fáciles y comprarlas enlatadas). Sally dice que Ed prefiere este tipo de comidas porque fue preprogramado de joven en las cafeterías de los hospitales: enseñadle una salchicha quemada y un cazo de puré de

patatas de sobre y se le hará la boca agua. Por este motivo, solo puede lucirse y servir su *boeuf en daube* y su salmón en papillote, para que sean saboreados y apreciados, cuando tienen invitados.

Con todo, lo que más le gusta de estas cenas es poner la mesa, decidir dónde se sentará cada cual y, cuando se siente traviesa, adivinar lo que dirán. Después toma asiento y escucha lo que dicen. De vez en cuando, comenta algo.

Esta noche no será muy estimulante, pues solo acudirán los especialistas del corazón con sus respectivas esposas y Marylynn. Sally confía en que su amiga los mantenga a raya. Ha prohibido a los especialistas hablar de trabajo a su mesa, pero de todas formas lo hacen. «No es un tema muy apropiado cuando se está comiendo —dice Sally—. Todos esos tubos y válvulas». En su fuero interno, considera que son un grupo de engreídos, todos salvo Ed. No puede resistir la tentación de fastidiarles de vez en cuando.

—Lo que digo —comentó a uno de los cirujanos más eminentes— es que se trata básicamente de una forma elevada de costura, ¿no cree?

—¿Volvemos a las andadas? —repuso el cirujano, con una sonrisa. Los especialistas piensan que Sally es una guasona de tomo y lomo.

—Todo se reduce a cortar y coser, ¿no?

El cirujano se rio.

—Es bastante más que eso —terció inesperadamente Ed, con solemnidad.

—¿Qué más es, Ed? —preguntó el cirujano—. Se podría decir que hay mucho de bordado, pero solo lo consiguen los mejores —concluyó con una risita.

Sally contuvo el aliento. Podía oír los procesos del pensamiento verbal de Ed poniéndose en marcha. Era un hombre delicioso.

—Excelente conclusión —remató Ed. Su seriedad golpeó la mesa como un pez mojado. El cirujano apuró el vino de un trago.

Sally sonrió. Se suponía que era una reprimenda dirigida a ella por no tomarse las cosas en serio, estaba segura. «Oh, vamos, Ed», podía haber dicho, pero también sabe, casi siempre, cuándo ha de refrenar la lengua. Debería llevar en la frente un rótulo luminoso con la palabra BROMA, para que Ed fuera capaz de apreciar la diferencia.

A los especialistas del corazón les va bien. A la mayoría parece irles mejor que a Ed, pero solo se debe a que, en general, tienen gustos más caros y menos esposas. A Sally no le cuesta mucho imaginar estas cosas y cree que a Ed tampoco.

Últimamente se habla mucho de avances tecnológicos, sobre los que Sally intenta mantenerse informada, puesto que a Ed le interesan. Hace unos años, los especialistas compraron un nuevo aparato. Ed estaba tan emocionado que se lo contó a Sally, algo inusitado. Una semana después, ella le dijo que pasaría a recogerlo para llevarlo a cenar a un restaurante; adujo que no tenía ganas de cocinar. En realidad quería ver el

aparato; le gusta ver todo aquello que entusiasma a Ed más de lo normal.

Al principio Ed dijo que estaba cansado, que cuando el día terminaba no era partidario de prolongarlo, pero Sally le persuadió con actitud respetuosa, y al final él la llevó a ver el nuevo artilugio. Se hallaba en una habitación oscura y pequeña, en la que había también una mesa de exploración. El artefacto recordaba una pantalla de televisión acoplada a un aparato bastante complicado. Ed dijo que se conectaba con cables al paciente, transmitía las ondas acústicas del corazón y recogía los ecos, y entonces se obtenía una imagen en la pantalla, una imagen real, del corazón en funcionamiento. Dijo que era mil veces mejor que un electrocardiograma. Era posible ver los fallos, los espesamientos y los coágulos con mucha más claridad.

—¿En color? —preguntó Sally.

—En blanco y negro.

Entonces se apoderó de Sally el deseo de ver su propio corazón en movimiento, en blanco y negro. Cuando iba al dentista siempre quería ver las radiografías de su dentadura, sólida y reluciente en el interior de su nebulosa cabeza.

—Hazlo —dijo—. Quiero ver cómo funciona.

Y pese a que era la clase de cosa que por lo general Ed rehuía, diciéndole a Sally que se comportaba como una tonta, no se hizo de rogar. El aparato le fascinaba y quería enseñárselo.

Antes se aseguró de que nadie iba a utilizar la habitación en aquel momento. Le dijo a Sally que se desvistiera de cintura para arriba, sujetador incluido. Le dio una bata de papel y se volvió de espaldas con recato mientras ella se la ponía, como si no viera su cuerpo todas las noches. Le aplicó electrodos en los tobillos y en una muñeca, giró un interruptor y manipuló los mandos. Le dijo que un técnico se encargaba de manejar el aparato, pero que él sabía cómo funcionaba. Era habilidoso con los electrodomésticos pequeños.

Sally se tumbó en la mesa y se sintió extrañamente desnuda.

—¿Qué tengo que hacer?

—Seguir tumbada.

Ed se acercó y practicó un agujero en la bata de papel, sobre el pecho izquierdo. Luego empezó a mover una sonda sobre su piel. Estaba algo húmeda, resbaladiza y fría, y su contacto recordaba el extremo de los desodorantes de bola.

—Mira —dijo él.

Sally volvió la cabeza. Vio en la pantalla un objeto ancho y gris, parecido a un higo grande, más pálido en el medio, con una línea oscura que descendía hacia el centro. Los bordes se movían hacia dentro y hacia fuera; en el interior se agitaban dos alas, como las de una mariposa indecisa.

—¿Es eso? —preguntó, dubitativa. Su corazón parecía insustancial, como una bolsa de gelatina, algo que se derretiría, desvanecería y desintegraría si lo apretaba un poco.

Ed movió la sonda y vieron el corazón desde la base y después desde arriba. A

continuación congeló la imagen y la pasó de positivo a negativo. Sally empezó a temblar.

—Es maravilloso —dijo.

Él parecía muy distante, absorto en la máquina, midiendo su corazón, que latía en la pantalla por sí solo, separado de ella, expuesto y dominado por Ed.

Él le retiró los cables y ella se vistió, impasible, como si él fuera un auténtico médico. Sin embargo, el proceso, toda la habitación, estaban impregnados de una sexualidad incomprensible para Sally; era sin duda un lugar muy peligroso. Era como un salón de masajes solo para mujeres. Si encerraran allí a un grupo de mujeres con Ed, no querrían salir nunca más. Insistirían en quedarse para que él moviera la sonda sobre sus pieles húmedas y les indicara los defectos de sus corazones palpitantes.

—Gracias —dijo Sally.

Sally oye que la puerta de atrás se abre y se cierra. Siente que Ed se acerca, que recorre los pasillos de la casa hacia ella, como un viento suave o una bola de electricidad estática. Se le eriza el vello de los brazos. A veces la hace tan feliz que le parece que está a punto de estallar; otras veces le parece que está a punto de estallar sin más.

Ed entra en la cocina y ella finge no darse cuenta. La rodea con los brazos por detrás y la besa en el cuello. Ella se recuesta, se aprieta contra él. Ahora deberían ir al dormitorio (o incluso al salón, incluso al estudio) y hacer el amor, pero a Ed no se le ocurre hacer el amor en pleno día. Sally lee a menudo artículos de revistas sobre cómo mejorar la vida sexual, que le dejan una sensación de frustración o evocan ciertos recuerdos: Ed no es su primer y único hombre. Pero sabe que no debe esperar demasiado de él. Si Ed fuera más dado a experimentar, si le interesara más la variación, sería otro hombre: más astuto, más taimado, más observador, más difícil de tratar.

Ed hace el amor siempre igual, una y otra vez, cada movimiento sigue al anterior en idéntico orden. Sin embargo, al parecer eso le satisface. Por supuesto que le satisface: es fácil saber cuándo un hombre está satisfecho. Es Sally quien después se queda despierta, viendo las imágenes que desfilan ante sus ojos cerrados.

Sally se aparta de Ed y le sonríe.

—¿Cómo te ha ido hoy con las mujeres? —le pregunta.

—¿Qué mujeres? —dice Ed, distraído, yendo hacia el fregadero. Sabe a qué mujeres se refiere.

—Las que están ahí fuera, escondidas entre las forsitias. He contado al menos diez. Están esperando su oportunidad.

Se mete a menudo con él hablándole de estos ejércitos de mujeres que lo siguen a todas partes, invisibles para Ed pero más claros que la luz del día para ella.

—Apuesto a que se pasean ante la puerta del hospital, esperando a que salgas.

Apuesto a que se ocultan en los armarios de las batas y saltan sobre ti desde atrás, y a que fingen que se han perdido para que las lleves por el camino más corto. Es por culpa de la bata blanca. Ninguna de esas mujeres puede resistirse a una bata blanca. Las ha condicionado la serie del doctor Kildare.

—No seas tonta —dice Ed hoy, sin inmutarse. ¿Le han salido los colores, está avergonzado? Sally examina su rostro de cerca, como un geólogo inspeccionaría una fotografía aérea en busca de señales reveladoras de tesoros minerales: marcas, protuberancias, cavidades. Todo en Ed encierra un significado, aunque a veces resulta difícil concretar cuál.

Se lava las manos en el fregadero para eliminar la tierra adherida. Dentro de un minuto se las secará con el paño de cocina, en lugar de utilizar la toalla. ¿Hay cierta complacencia en la espalda vuelta hacia ella? Es posible que de verdad existan esas hordas de mujeres, a pesar de que es ella quien las ha inventado. Es posible que de verdad se comporten de esa forma. Ed tiene los hombros ligeramente alzados; ¿trata de ocultar algo?

—Yo sé lo que quieren —prosigue Sally—. Quieren meterse en esa habitación oscura contigo y subirse a la mesa. Creen que eres delicioso. Te devorarán. Te comerán a cachos. No quedará nada de ti, salvo el estetoscopio y los cordones de los zapatos.

En otras ocasiones, Ed se reía de sus ocurrencias, pero hoy no lo hace. Es posible que Sally haya repetido lo mismo, o algo muy parecido, con excesiva frecuencia. De todas maneras, Ed sonríe, se seca las manos con el paño de cocina y abre la nevera. Le gusta picar.

—Hay un poco de rosbif frío —dice Sally, desconcertada.

Sally retira la salsa del fuego y la deja aparte. Dará los últimos toques justo antes de servirla. Solo son las dos y media. Ed ha desaparecido en la bodega, donde Sally sabe que estará a salvo durante un rato. Va a su estudio, que antes era el dormitorio de uno de los chicos, y se sienta ante el escritorio. No han cambiado del todo la decoración del cuarto, donde todavía hay una cama y un tocador con un tapete de flores azules, que Sally ayudó a elegir mucho antes de que los chicos fueran a la universidad, «abandonaran el nido», como dice Ed.

Sally no comenta la expresión, aunque le gustaría decir que no es el primer nido que han abandonado. Su casa nunca ha sido un auténtico nido, puesto que ninguno de los chicos es de ella. Soñaba con tener un hijo cuando se casó con Ed, pero no quiso forzarle a tomar una decisión. Él no puso ninguna objeción a la idea, pero mostró cierta indiferencia y Sally llegó a la conclusión de que Ed ya tenía bastantes hijos. En cualquier caso, las otras dos esposas tuvieron hijos, y así les fue. Como Sally nunca ha sabido a ciencia cierta qué fue de ellas, es libre de imaginar todo tipo de cosas, desde la drogadicción hasta la locura. Fuera lo que fuese, el caso es que Sally tuvo

que criar a los chicos, al menos a partir de la pubertad. La primera esposa vino a decir que le tocaba el turno a Ed. La segunda fue más sutil: dijo que los niños querían pasar más tiempo con su padre. Sally quedó excluida de ambas ecuaciones, como si en realidad no viviera en la casa y, por lo tanto, no hubiera de tener ninguna opinión.

En general, no le ha ido mal. Aprecia a los chicos y trata de ser su amiga, ya que no puede pretender ser una madre para ellos. Afirma que la relación entre los tres es buena. Ed no se ha ocupado mucho de los chicos, pero es su aprobación la que ellos buscan, no la de Sally; es a él a quien respetan. Ella es una especie de aliado que les ayuda a conseguir lo que quieren de Ed.

Cuando los chicos eran pequeños, Sally jugaba al Monopoly con ellos en la casa de veraneo que Ed tenía en Muskoka, ahora vendida. Ed también jugaba cuando tenía tiempo, en vacaciones y los fines de semana. Las partidas siempre se desarrollaban de la misma manera. Sally tenía suerte al principio y compraba cuanto podía, ya fueran propiedades en lugares distinguidos, como Boardwalk y Park Place, o casitas sombrías situadas junto a las vías del tren; compraba incluso estaciones de ferrocarril, que los chicos rechazaban, pues preferían reservar sus fondos para mejores inversiones. Ed, por su parte, procedía con calma y compraba con cautela. Después, cuando Sally se animaba, dilapidaba el dinero en lujos poco menos que inútiles, como la compañía eléctrica, y en cuanto los chicos empezaban a perder, como ocurría invariablemente, Sally les prestaba dinero a un interés ridículo o les vendía sus posesiones, con pérdidas evidentes. ¿Por qué no? Podía permitírselo.

Entretanto, Ed se dedicaba a asegurar sus inversiones mediante la construcción de manzanas enteras, repletas de casas y hoteles. Prefería calles de clase media, respetables pero no ostentosas. Sally iba a parar a sus dominios y tenía que desembolsar mucho dinero. Ed nunca ofrecía ni aceptaba tratos, como si jugara solo, y ganaba a menudo. Entonces Sally se sentía frustrada. Decía que carecía de instinto asesino, o que en realidad no le importaba, porque a fin de cuentas no era más que un juego, pero que Ed debía permitir que los chicos ganaran de vez en cuando. Ed no comprendía el concepto de dejar ganar a los demás. Decía que era una especie de menosprecio hacia los chicos y que, por otra parte, no podías obligar a los dados a caer como deseabas, pues era una cuestión de suerte. Si era una cuestión de suerte, pensaba Sally, ¿por qué las partidas eran tan parecidas entre sí? Todas terminaban con Ed contando sus ganancias, separando los billetes en montoncitos según su valor, mientras Sally, despilfarradora, generosa y arruinada, veía cómo sus enormes posesiones se habían reducido a unas pocas manzanas ruinosas e hipotecadas en Baltic Avenue.

Durante aquellas noches, cuando los chicos ya dormían, Sally se tomaba otros dos o tres *whiskies* con *ginger-ale*, que le sentaban muy bien. Ed se acostaba temprano —ganar le dejaba satisfecho y amodorrado—, y ella deambulaba por la casa o leía el final de novelas policíacas que ya había leído, hasta que se metía en la cama y despertaba a Ed con sus caricias en busca de consuelo.

Sally casi se ha olvidado de aquellas partidas. Ahora los chicos han empequeñecido, se desvanecen como tinta vieja. Ed, por el contrario, cobra cada vez mayor presencia, sus contornos se afirman. Está en constante desarrollo, como el revelado de una foto Polaroid: emergen nuevos colores, pero el resultado continúa siendo el mismo. Ed es una superficie en la que a Sally le cuesta penetrar.

«Explora tu mundo interior», le dijo a Sally la profesora de «Formas de la ficción narrativa», una mujer de mediana edad y escasa fama, aficionada a la astrología y el tarot, y escritora de relatos, ninguno de los cuales se ha publicado en las revistas que lee Sally. «Pero también cuenta el exterior —dijo después Sally a sus amigas—. Por ejemplo, esa mujer debería hacer algo con su pelo». Soltó este comentario trivial y cruel porque está harta de su mundo interior; no necesita explorarlo. En su mundo interior está Ed, como una muñeca dentro de una muñeca rusa de madera, y dentro de Ed está el mundo interior de Ed, al que ella no puede acceder.

Aun así, lo intenta: el mundo interior de Ed es un bosque, algo parecido al fondo de la hondonada de su terreno, pero sin la cerca. Ed vaga por él, entre los árboles, sin rumbo. Muy de vez en cuando descubre una planta de aspecto extraño, una planta enfermiza rodeada de malas hierbas y escaramujos. Ed se arrodilla, despeja el espacio que la circunda, poda y corta los hierbajos. La planta revive, llena de vigor, y se abre una gran flor roja en señal de gratitud. Ed prosigue su camino. O tal vez encuentre una ardilla herida, a la que cura con una gota de su elixir mágico. Cada cierto tiempo aparece un ángel que le trae comida. Siempre es pastel de carne. A Ed, que apenas repara en lo que come, le parece bien, pero el ángel empieza a cansarse de ser un ángel. Sally se pone a pensar en el ángel: ¿por qué tiene el borde de las alas desgastado y sucio?, ¿por qué está tan ajado y nervioso? Aquí terminan sus intentos de explorar el mundo interior de Ed.

Sabe que piensa demasiado en él. Sabe que ha de parar. Sabe que no debería preguntar «¿Todavía me quieres?» con ese tono plañidero que incluso a ella le da dentera. Solo consigue que Ed mueva la cabeza, como si no comprendiera el motivo de la pregunta, y le dé una palmadita en la mano. «Sally, Sally», dice, y todo sigue como antes, excepto el temor que se infiltra en las cosas más normales, como cambiar las sillas de sitio o las bombillas fundidas. Pero ¿qué le da miedo? Tiene lo que la gente llama todo: Ed, la maravillosa casa en una hondonada, algo que siempre deseó. (Sin embargo, la colina es como una selva y la casa está hecha de hielo. Solo Sally la mantiene en pie, sentada en su centro, trabajando en un rompecabezas. El rompecabezas es Ed. Si lo resolviera, si colocara en su sitio la última astilla helada, la casa se fundiría y se deslizaría colina abajo, y entonces…). Es una mala costumbre darle vueltas a la cabeza de esta forma. No le hace ningún bien. Sabe que si consiguiera abandonar este vicio sería feliz. Debería ser capaz de hacerlo: ha dejado de fumar.

Necesita concentrar su atención en otras cosas. Este es el auténtico motivo de los

cursos nocturnos, que elige casi al azar para que coincidan con las noches en que Ed no está en casa, porque asiste a reuniones, forma parte de organizaciones benéficas, le cuesta decir que no. Ella se apunta a los cursos según su propio criterio —historia medieval, cocina, antropología—, con la esperanza de que su mente se aferre a algo; incluso siguió uno de geología que, según contó a sus amigas, era fascinante, con todo aquel magma. Esa es la cuestión: todo es fascinante, pero todo resbala. Siempre es una alumna destacada, aprueba los exámenes con buena nota e impresiona a los profesores, por lo cual los desprecia. Es consciente de su propia brillantez, de sus técnicas; no deja de sorprenderla que los demás caigan en la trampa.

«Formas de la ficción narrativa» empezó del mismo modo. Sally bullía de buenas ideas, rebosaba de propuestas útiles. Las clases prácticas eran como reuniones de una junta, y ella sabía cómo dirigirlas con disimulo, sin que nadie se diera cuenta: lo había hecho infinidad de veces en su trabajo. Bertha, la profesora, le dijo que tenía una gran imaginación, una enorme energía creativa sin explotar. «Con un nombre como Bertha, no me extraña que no llegue a ningún sitio —dijo Sally mientras tomaba café después de la clase con dos compañeras—. Va acorde con su ropa». (Bertha viste al estilo de los años sesenta, con sandalias cómodas, gruesos jerséis de punto que no favorecen en nada su cuadrada figura y demasiados anillos mexicanos en las manos, que no se lava a menudo). Bertha es muy aficionada a los deberes, lo que ella llama aprender mediante la práctica. A Sally le gustan los deberes; le gustan las cosas que, una vez concluidas, pueden desecharse y le proporcionan puntos.

Bertha comenzó por la épica. Leyeron *La Odisea* —fragmentos seleccionados, traducidos, acompañados de un breve resumen del resto—, y luego se adentraron en *Ulises*, de James Joyce, para ver cómo el autor había adaptado la forma épica a la novela moderna. Bertha les mandó comprar una libreta, elegir diversos lugares de Toronto como escalas portuarias de *La Odisea* y explicar por qué los habían escogido. Los ejercicios se leyeron en clase, en voz alta, y fue muy divertido ver lo que había elegido cada cual como el Hades (el cementerio Mount Pleasant; McDonald’s, donde, si se comía el alimento prohibido, no se regresaba jamás al país de los vivos; el Club de la Universidad, con sus almas de antepasados muertos, etcétera). Sally se decantó por el hospital, desde luego; no tuvo dificultades con los fosos anegados en sangre, y colocó a los fantasmas en sillas de ruedas.

Después pasaron a la balada y leyeron horripilantes narraciones de asesinatos y amores traicionados. Bertha trajo grabaciones de ancianos de respiración sibilante que interpretaban canciones tradicionales, al modo dórico, y les pidió que crearan un álbum de recortes de periódico, en el que tenían que pegar equivalentes de la actualidad. El *Sun* era el mejor diario para esa tarea. A Sally le gustaba la ficción a que podían dar lugar estas noticias, y no le costó nada pergeñar un relato de crímenes de cinco páginas, coronado con la venganza.

Pero ahora están trabajando los cuentos populares y la tradición oral, y Sally tiene problemas. Esta vez Bertha no les ha obligado a leer. Les lee ella misma, con una voz

—comentó Sally— que recuerda a un camión cargado de grava, poco adecuada para estimular la imaginación. Puesto que estudian la tradición oral, no se les ha permitido tomar apuntes. Bertha dijo que los primeros oyentes de estos cuentos no sabían leer, de modo que los memorizaban.

—Para recrear el ambiente —dijo Bertha—, apagaré la luz, ya que estas historias siempre se contaban de noche.

—¿Para darles un tono más lúgubre? —preguntó alguien.

—No, porque de día trabajaban —contestó Bertha, que no apagó la luz, pero sí les invitó a sentarse en círculo.

«Tendrías que habernos visto —le contó después Sally a Ed—, sentados en círculo y escuchando cuentos de hadas. Parecía una guardería. Algunos tenían incluso la boca abierta. Yo esperaba que de un momento a otro Bertha dijera: "El que quiera ir al lavabo, que levante la mano"». Pretendía ser chistosa, divertir a Ed con esta descripción de la excentricidad de Bertha y del aspecto ridículo de los estudiantes, la mayoría de mediana edad, sentados en círculo como si no hubieran crecido. También trataba de minimizar un poco el curso, como había hecho con los anteriores, para que a Ed ni se le ocurriera suponer que había algo en su vida tan importante como él. Pero al parecer Ed no necesitaba estos entretenimientos ni estas minimizaciones. Recibía la información con interés, con seriedad, como si el comportamiento de Bertha fuera, a fin de cuentas, la forma de proceder de un especialista. Sabía mejor que nadie que los procedimientos de los especialistas solían resultar ridículos o incomprensibles a ojos de observadores inexpertos. «Probablemente tenía sus razones», se limitó a comentar.

Los primeros relatos que Bertha les leyó, para entrar en materia («Ella no se los sabe de memoria», dijo Sally), trataban de príncipes que padecían amnesia, olvidaban a su verdadero amor y se casaban con la joven que su madre les había elegido. Después debían ser curados, con ayuda de la magia. Los relatos no contaban qué era de las mujeres con quienes los príncipes se habían casado, y Sally sentía curiosidad. Luego Bertha les leyó otro cuento, y en esta ocasión tuvieron que recordar los datos principales para recrear, en cinco páginas, la historia, ambientada en el presente y redactada de forma realista. («En otras palabras, sin magia», señaló Bertha). Sin embargo, no podían recurrir a un narrador omnisciente, como habían hecho en el caso de la balada. Tenían que elegir un punto de vista. Podía ser el punto de vista de algo o alguien que apareciera en el cuento, pero solo uno. El cuento que iba a leer, dijo Bertha, era una variante del tema de Barba Azul, muy anterior a la versión sentimental de Perrault. En esta última, la chica era rescatada por sus hermanos, pero en la primitiva las cosas eran muy diferentes.

Esto leyó Bertha, hasta donde Sally puede recordar:

Había una vez tres jóvenes hermanas. Un día llegó a su puerta un mendigo con una

gran cesta a la espalda y pidió algo de comer. La hermana mayor le llevó un poco de comida, pero, en cuanto tocó al hombre, se vio obligada a saltar dentro de la cesta, pues el mendigo era en realidad un brujo disfrazado. («Un acto de caridad excesivo —susurró Sally—. La chica tendría que haber dicho: "Yo ya ha he hecho mi donativo"»).

El brujo se la llevó a su casa del bosque, grande y ricamente amueblada. «Aquí vivirás feliz conmigo, querida —dijo el brujo—, porque tendrás todo lo que tu corazón pueda desear».

Así pasaron unos cuantos días. Entonces el brujo dio a la muchacha un huevo y un manojo de llaves. «Debo marcharme de viaje —le dijo—, y dejo la casa a tu cargo. Cuida de este huevo y llévalo contigo a todas partes, pues ocurrirá una gran desgracia si lo pierdes. Las llaves abren todas las habitaciones de la casa. Puedes entrar en cada una de ellas y disfrutar de su contenido, pero no entres en la habitación pequeña de arriba, so pena de muerte». La joven prometió que así lo haría y el brujo desapareció.

Al principio la muchacha se contentó con explorar las habitaciones, que guardaban muchos tesoros, pero la curiosidad no la dejaba en paz. Sacó la llave más pequeña y, con el corazón desbocado, abrió el cuarto pequeño de arriba. Allí descubrió un gran recipiente lleno de sangre, en el que flotaban los cuerpos de muchas mujeres, despedazados; al lado había un tajo de cocina y un hacha. Horrorizada, soltó el huevo, que cayó en el recipiente lleno de sangre. En vano intentó borrar la mancha: en cuanto conseguía eliminarla, aparecía de nuevo.

El brujo regresó y pidió con voz severa el huevo y las llaves. Al ver el huevo, supo al punto que ella había desobedecido y entrado en la habitación prohibida. «Puesto que has entrado en la habitación contra mi voluntad —dijo—, volverás a ella contra la tuya». A pesar de las súplicas de la joven, la arrojó al suelo, la arrastró por los cabellos hacia la habitación, la descuartizó y lanzó su cuerpo al recipiente con los otros.

Luego fue a buscar a la segunda muchacha, que no se portó mejor que su hermana. Pero la tercera era más inteligente y astuta. En cuanto el brujo se hubo marchado, depositó el huevo en un anaquel, a salvo de todo peligro, y a continuación abrió la puerta prohibida. Imaginaos su dolor cuando vio los cuerpos despedazados de sus dos adoradas hermanas; no obstante, dispuso en orden los pedazos, volvió a unirlos y sus hermanas se levantaron y movieron, sanas y salvas. Se abrazaron, y la tercera hermana ocultó a las otras dos en una alacena.

Cuando el brujo volvió, enseguida pidió el huevo. Esta vez estaba inmaculado. «Has superado la prueba —dijo a la tercera hermana—. Serás mi esposa». («Y el segundo premio serán dos semanas en las cataratas del Niágara», se dijo Sally). El brujo ya no tuvo ningún poder sobre ella y hubo de obedecerla en todo. La historia continuaba, se narraba cómo el brujo encontraba la horma de su zapato y moría abrasado, pero Sally ya sabía qué detalles le interesaban.

Al principio pensó que lo más importante del cuento era la habitación prohibida. ¿Qué pondría en la habitación prohibida, en la versión realista actualizada? Mujeres descuartizadas, no, por supuesto. No porque fuera irreal, sino porque resultaría demasiado morboso, además de demasiado obvio. Quería algo más inteligente. Pensó que tal vez sería buena idea que la mujer curiosa abriese la puerta y no hallara nada en absoluto, pero tras rumiarlo mucho desechó esta posibilidad. No podría responder a la pregunta de por qué el brujo prohibía entrar en una habitación vacía.

En estos términos pensó justo después de que la profesora mandara el ejercicio, hace exactamente dos semanas. Hasta el momento no ha escrito ni una línea. La gran tentación consiste en asumir el papel de la audaz heroína, pero es demasiado predecible. Y Ed no es el brujo, claro está; no resulta lo bastante siniestro. Si Ed fuera el brujo, la habitación contendría un bosque, algunas plantas enfermizas y ardillas indefensas, y Ed se encargaría de cuidarlas; por otra parte, si la habitación fuera de Ed, ni siquiera estaría cerrada con llave, y no habría relato.

Ahora, sentada al escritorio, jugueteando con la pluma, se le ocurre que lo más intrigante del cuento, el detalle al que debería prestar toda su atención, es el huevo. ¿Por qué un huevo? Del curso nocturno «Folclore comparado», que siguió hace cuatro años, recuerda que el huevo puede ser un símbolo de la fertilidad, un objeto necesario en conjuros africanos o algo de lo que surgió el mundo. Tal vez en este cuento sea un símbolo de la virginidad, y por eso el brujo exige que no se manche de sangre. Las mujeres de los huevos sucios son asesinadas, las de los huevos limpios se casan.

Pero esto tampoco le sirve. Es un concepto pasado de moda. Sally no sabe cómo trasladarlo a la vida real sin que quede ridículo, a menos que sitúe la historia en el seno de una familia portuguesa inmigrante, por ejemplo, tema sobre el que no sabe nada.

Sally abre el cajón del escritorio y busca una lima de uñas. Mientras lo hace, se le ocurre la brillante idea de escribir el cuento desde el punto de vista del huevo. Los demás se ocuparán de los otros personajes: la chica lista, el brujo, las dos hermanas torpes, carentes de la inteligencia necesaria para mentir, y que más tarde tendrán problemas por culpa de las leves líneas rojas que surcan sus cuerpos allí donde se pegaron los diversos pedazos. Pero nadie pensará en el huevo. ¿Qué sensación debe producir ser el causante pasivo e inocente de tanta desdicha?

(Ed no es Barba Azul: Ed es el huevo. Ed Huevo, blanco, prístino y adorable. También estúpido. Escalfado, probablemente. Sally sonríe con ternura).

¿Cómo puede narrarse una historia desde el punto de vista del huevo, siendo el huevo tan hermético e inconsciente? Sally reflexiona mientras hace garabatos en el cuaderno de hojas rayadas. Luego prosigue la búsqueda de la lima de uñas. Ya es hora de empezar a vestirse para la cena. Puede consultar con la almohada el problema del huevo y terminar el ejercicio mañana, que es domingo. Ha de entregarlo el lunes,

pero su madre ya decía que era especialista en acabar las cosas en el último momento.

Después de pintarse las uñas con Nuit Magique, Sally se baña mientras come su acostumbrado panecillo tostado. Comienza a vestirse, sin prisa, dispone de mucho tiempo. Oye que Ed sale de la bodega, y luego le oye en el cuarto de baño, donde ha entrado por la puerta del recibidor. Sally, sin más ropa que la interior, entra por la otra puerta. Ed, con el torso desnudo, se está afeitando. Durante los fines de semana no se afeita hasta que es necesario, o hasta que ella le dice que rasca demasiado.

Sally le rodea la cintura con los brazos y se acurruca contra la espalda desnuda. Para ser un hombre, tiene la piel muy suave. Sally sonríe para sí: no puede dejar de pensar en él como un huevo.

—Mmm —dice Ed. Podría ser agradecimiento, la respuesta a una pregunta que Sally no ha formulado y él no ha oído, o simple reconocimiento de la presencia de su esposa.

—¿Nunca te preguntas en qué pienso, Ed?

Sally ha dicho esto más de una vez, en la cama o en la mesa, después del postre. De pie detrás de él, contempla la franja que deja la cuchilla en la parte blanca del rostro de Ed, su propia cara reflejada en el espejo, visibles tan solo los ojos por encima del hombro desnudo. Ed enjabonado es un asirio, más severo que de costumbre, o un explorador del Ártico cubierto de nieve, o un ser semihumano, un mutante de los bosques de barba blanca. Cada vez que pasa la cuchilla sobre la piel, destruye metódicamente la ilusión.

—Ya sé lo que piensas —responde Ed.

—¿Cómo? —pregunta Sally, sorprendida.

—Porque siempre me lo estás diciendo —responde Ed, con lo que podría ser resignación o tristeza, aunque tal vez se trate de la simple constatación de un hecho.

Sally se tranquiliza. Si eso es lo que cree Ed, ella está a salvo.

Marylynn llega con media hora de antelación. Su Porsche de color gris perla guía a los dos hombres que van en el camión de reparto. Los hombres instalan el escritorio y Marylynn supervisa. Queda en el mirador tal como Marylynn había predicho, y Sally se muestra entusiasmada. Se sienta ante él para extender el cheque. Luego van las dos a la cocina, donde Sally está terminando de preparar la salsa, y sirve un kir para cada una. Se alegra de que Marylynn haya venido: evitará que se ponga nerviosa, como siempre le ocurre justo antes de que lleguen los invitados. Ya está un poco alterada, pese a que solo son los especialistas del corazón de costumbre. Ed tiende a reparar más en los errores que en los aciertos.

Marylynn se sienta a la mesa de la cocina, apoya un brazo en el respaldo de la silla y la barbilla sobre la otra mano. Viste de gris claro, que da a su cabello un tono plateado, y Sally piensa una vez más en lo corriente que es su vulgar pelo oscuro, por muy bien cortado, por muy lustroso que lo lleve. Envidia la confianza, la negligencia.

Marylynn nunca parece esforzarse.

—¿A que no adivinas lo que ha dicho Ed hoy? —pregunta.

Marylynn se inclina hacia delante.

—¿Qué? —dice, con el interés de quien participa en un juego conocido.

—Ha dicho: «Algunas de esas femininistas van demasiado lejos» —informa Sally —. «Femininistas». ¿A que es un encanto?

Marylynn alarga demasiado la pausa, y un pensamiento súbito y atroz pasa por la cabeza de Sally: Marylynn tal vez piense que está presumiendo de su marido. Siempre dice que aún no está preparada para otro matrimonio; aun así, Sally debería tener cuidado con lo que dice y no restregárselo por las narices. Pero Marylynn se ríe con indulgencia, y Sally, aliviada, la imita.

—Ed es increíble —afirma Marylynn—. Tendrías que engancharle los mitones a las mangas con alfileres cuando se va por la mañana.

—No habría que dejarle salir solo —apunta Sally.

—Deberías comprarle un perro lazarillo —dice Marylynn—, para que ladrara a las mujeres.

—¿Por qué? —pregunta Sally, riendo todavía pero alerta, sintiendo que empiezan a helársele las puntas de los dedos. Es posible que Marylynn sepa algo que ella ignora; es posible que, después de todo, la casa empiece a desmoronarse.

—Porque no las ve venir —contesta Marylynn—. Es lo que siempre me dices.

Toma un traguito de kir. Sally remueve la salsa.

—Seguro que piensa que soy una femininista —agrega Marylynn.

—¿Tú? —dice Sally—. De ninguna manera.

Le gustaría añadir que Ed nunca ha dado muestras de pensar nada acerca de Marylynn, pero se contiene. No desea arriesgarse a herir sus sentimientos.

Las esposas de los especialistas alaban la salsa de Sally; los especialistas hablan de trabajo, con la única excepción de Walter Morly, experto en soslayar el tema. Está sentado al lado de Marylynn, a quien presta demasiada atención para el gusto de Sally. La señora Morly, en el otro extremo de la mesa, no habla mucho de nada, algo en lo que Marylynn parece no reparar. Sigue hablando con Walter de Saint Lucia, donde ambos han estado.

Así pues, después de la cena, cuando Sally ha conducido a todos hacia la sala de estar para tomar el café y los licores, coge a Marylynn por el codo.

—Ed aún no ha visto nuestro escritorio. Llévatelo y suéltale tu discurso sobre las antigüedades del siglo diecinueve. Enséñale todos los compartimentos. A Ed le encantan los compartimentos.

Ed finge no darse cuenta.

Marylynn sabe perfectamente qué se propone Sally.

—No te preocupes —dice—, no voy a violar al doctor Morly. El pobre hombre no

sobreviviría a la impresión. —No obstante, acepta irse con Ed.

Sally va de invitado en invitado, sonriente, para asegurarse de que todo está en orden. Aunque nunca mira directamente a Ed, en todo momento es consciente de su presencia en la habitación, en cualquier habitación; lo percibe como una sombra, una forma borrosa en el límite de su campo visual, reconocible por el contorno. Le gusta saber dónde está, eso es todo. Algunos invitados van por la segunda taza de café. Se dirige hacia el mirador; ya habrán terminado de examinar el escritorio.

Pero no han acabado, todavía siguen allí. Marylynn está inclinada hacia delante, con una mano sobre el tablero. Ed está demasiado cerca de ella, y cuando Sally se acerca por detrás repara en el brazo izquierdo de su marido, apretado contra el costado y apoyado en la rutilante parte superior del muslo de Marylynn, en el trasero, para ser exactos. Marylynn no se aparta.

Es solo una fracción de segundo, hasta que Ed ve a Sally y la mano desaparece, se desplaza hacia una copa de licor que hay sobre el escritorio.

—Marylynn necesita más Tia Maria —dice Ed—. Estaba diciéndole que la gente que bebe un poco de vez en cuando vive más tiempo.

Su voz es serena, su rostro, tan calmo como siempre, una llanura sin postes indicadores.

Marylynn se echa a reír.

—Una vez tuve un dentista que me practicaba diminutos agujeritos en los dientes para poder arreglármelos después —dice.

Sally ve la mano de Ed extendida hacia ella, sujetando el vaso vacío. Lo coge, sonríe y se va. Un sonido atronador le sube por la nuca; alrededor de los bordes de la imagen que ha presenciado se forma la negrura, como un televisor cuando se apaga. Entra en la cocina, apoya la mejilla en el frigorífico y lo rodea con los brazos. Se queda así, abrazada al aparato, que zumba con un sonido tranquilizador. Al cabo de unos momentos se aparta, se atusa el cabello y vuelve al salón con el vaso lleno.

Marylynn está junto a las puertas vidrieras, hablando con Walter Morly. Ed está solo, delante de la chimenea, con un brazo sobre la repisa y la mano izquierda hundida en el bolsillo.

Sally se acerca a Marylynn y le tiende el vaso.

—¿Tienes bastante?

Marylynn se comporta igual que siempre.

—Gracias, Sally —dice, y sigue escuchando a Walter, que se explaya contando su chiste favorito; un día, cuando los hayan perfeccionado, todos los corazones serán de plástico, lo que constituirá una mejora sustancial respecto al modelo actual. Es una abstrusa forma de flirtear. Marylynn guiña un ojo a Sally, para darle a entender que es un hombre aburrido. Sally, al cabo de un momento, le devuelve el guiño.

Observa a Ed, que mira a su alrededor con expresión ausente, como un robot aparcado y desconectado. Ahora no está segura de si de verdad ha visto lo que le ha parecido ver. Y si en efecto lo ha visto, ¿qué significa? Es posible que Ed, en un

imprevisible momento de embriaguez, haya posado la mano en la nalga más próxima y Marylynn haya contenido el impulso de gritar o apartarse por buena educación o por el deseo de no ofenderle. Sally se ha visto en situaciones parecidas.

Quizá podría significar algo más siniestro: cierta familiaridad entre ellos, cierta complicidad. En tal caso, Sally se ha engañado con respecto a Ed durante años, desde siempre. Su versión de Ed no es algo que haya percibido, sino algo que Ed ha perpetrado en ella, por razones que solo él conoce. Es posible que Ed no sea estúpido. Es posible que sea enormemente inteligente. Repasa todos los momentos en que esa inteligencia, esa astucia, pudiera haberse manifestado, pero no encuentra ninguno. Lo ha observado con sumo cuidado. Recuerda que hace años jugaba con los chicos, los hijos de Ed, a los palitos chinos: con solo mover un palito, por poco que fuera, todos los demás se movían también.

No le dirá nada. No puede decir nada, no puede arriesgarse a cometer un error o a dar en el clavo. Vuelve a la cocina y empieza a fregar los platos. Es un comportamiento desacostumbrado —suele quedarse con los invitados hasta que la fiesta termina—, y al cabo de un rato Ed acude a investigar. La observa en silencio. Sally se concentra en los platos: grumos de *sauce suprême*, pedazos de lechuga, arroz, restos fríos y apelmazados van a parar a la bolsa de plástico. Es lo que queda de su tarde.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Ed por fin.

—Fregar los platos —responde Sally, animada, con tono neutro—. He pensado que sería mejor empezar a recoger.

—Déjalo —dice Ed—. La mujer lo hará por la mañana. —Así es como se refiere a la señora Rudge, pese a que ya lleva tres años con ellos: «la mujer». Y antes a la señora Bird, como si fueran intercambiables. A Sally nunca la había molestado, hasta ahora—. Sal y diviértete.

Sally deja la espátula, se seca las manos en la toalla, le rodea con los brazos y lo estrecha más de lo que debería. Ed le da unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué pasa? —pregunta—. Sally, Sally.

Si ella levantara la mirada, vería que Ed menea la cabeza, como si no supiera qué hacer con ella. Sally no levanta la mirada.

Ed se ha ido a la cama. Sally da vueltas por la casa, atareada con los restos de la fiesta. Reúne vasos vacíos, recoge cacahuetes caídos sobre la alfombra. Al cabo de un rato se da cuenta de que está de rodillas, mirando debajo de una silla, y que ha olvidado qué busca. Sube al piso superior, se desmaquilla, se cepilla los dientes, se desnuda en el dormitorio a oscuras y se desliza en la cama junto a Ed, que respira profundamente como si durmiera. «Como si».

Sally yace en la cama con los ojos cerrados. Ve su propio corazón, en blanco y negro, que late con ese aleteo insustancial parecido al de una mariposa, un corazón

fantasmal, separado de ella, que flota en el espacio, un corazón de papel animado y sin color. Seguirá así para siempre, ya no lo controla. Y ahora ve el huevo, que no es pequeño, frío, blanco e inerte, sino más grande que un huevo de verdad y de un color rosa dorado; reposa en un nido de zarzas y despide un débil resplandor, como si hubiera algo rojo y caliente en su interior. Casi palpita; Sally le tiene miedo. Mientras lo mira, se oscurece: rosa rojizo, carmesí. «Es algo que el cuento omitió —piensa—: el huevo está vivo y un día eclosionará. Pero ¿qué saldrá de él?».

Vidas de poetas

Estoy echada en el suelo del cuarto de baño de esta anónima habitación de hotel, con los pies sobre el borde de la bañera y una toallita empapada de agua fría en la nuca. Una aparatosa hemorragia nasal. Un buen adjetivo, que funciona, como dicen los alumnos de las clases de escritura creativa que son a veces parte del lote. Tan colorista. Es la primera vez que tengo una hemorragia nasal y no sé qué hay que hacer. Un cubito de hielo estaría bien. Imagen de la máquina de Coca-Cola y hielo del final del pasillo, yo arrastrándome hacia ella, sobre la cabeza una toalla blanca, en la que se extiende la mancha de sangre. Un cliente del hotel abre la puerta de su habitación. Espanto, un accidente. Apuñalada en la nariz. No quiere meterse en líos, la puerta se cierra, mi cuarto de dólar se atasca en la máquina. Seguiré con la toallita.

El aire es demasiado seco, debe de ser eso, nada que ver conmigo ni con las protestas del cuerpo empapado. Ósmosis. La sangre mana porque no hay bastante vapor de agua; tienen los radiadores al máximo y no hay llave para cerrarlos. Tacaños, ¿por qué no podía alojarme en el Holiday Inn? Me ha tocado este, con motivos pseudoisabelinos clavados con chinchetas en un esqueleto carcomido, un intento desesperado de sacarle algún partido a este rincón del bosque. Las afueras de Sudbury, la capital mundial de la fundición del níquel. ¿Quiere que le enseñemos la zona?, dicen. Me gustaría ver los montones de escoria y los lugares donde la vegetación ha sido arrasada. Oh, ja, ja, dicen. Está volviendo a crecer, han construido chimeneas. Se está convirtiendo en un sitio bastante civilizado. Antes me gustaba, digo, se parecía a la luna. Algo hay que decir a favor de un lugar donde no crece absolutamente nada. Pelado. Muerto. Liso como un hueso. ¿Entienden? Intercambio de miradas furtivas, jóvenes rostros barbudos, uno fuma en pipa, escriben notas a pie de página, mientras suben, ¿por qué siempre nos endosan al poeta visitante? El último vomitó en la alfombrilla del coche. Ya veréis cuando seamos trabajadores fijos.

Julia movió la cabeza. El reguerillo de sangre descendía lentamente por el cuello, espesa y con sabor a púrpura. Estaba sentada junto al teléfono, tratando de descifrar las instrucciones para poner una conferencia a través de la centralita del hotel, cuando estornudó y la página que tenía delante quedó salpicada de sangre. Totalmente espontáneo. Y Bernie estará en casa, aguardando su llamada. Ella tenía que leer unos poemas al cabo de dos horas. Tras una amable presentación, se levantaría y se acercaría al micrófono, sonriente, abriría la boca y empezaría a gotearle sangre de la nariz. ¿Aplaudirían? ¿Fingirían no darse cuenta? ¿Creerían que era parte del poema? Tendría que hurgar en el bolso en busca de un *kleenex* o, mejor aún, se desmayaría y tendrían que componérselas como pudiesen. (Pero todos creerían que estaba

borracha). Menuda contrariedad para la comisión. ¿Le pagarían igualmente? Los imaginaba discutiéndolo.

Levantó un poco la cabeza, para ver si había cesado. Tuvo la sensación de que algo semejante a una babosa caliente le reptaba por el labio superior. Se lo lamió y le supo a sal. ¿Cómo iba a llegar al teléfono? Arrastrándose boca arriba por el suelo, apoyándose en los codos e impulsándose con los pies, como si nadase, como un gigantesco insecto acuático. No era a Bernie a quien debía llamar, sino a un médico. Pero no era para tanto. Siempre le ocurrían cosas así cuando tenía un recital de poesía, algo doloroso pero demasiado leve para llamar al médico. Además, siempre le pasaba cuando estaba de viaje, en alguna ciudad en la que no conocía a ningún médico. Una vez pilló un resfriado y le quedó una voz que parecía surgir a través de una capa de barro. Otra vez se le hincharon las manos y los tobillos. Y las jaquecas eran un clásico; en casa nunca tenía jaquecas. Era como si algo se opusiera a aquellas lecturas, como si tratase de impedir que las hiciese. Esperaba a que adoptase una forma más drástica, parálisis de los maxilares, ceguera temporal, crisis nerviosa. En eso pensaba durante las presentaciones, siempre: se imaginaba tendida en una camilla, una ambulancia aguardando, y luego se despertaría, a salvo y curada, con Bernie sentado junto a su cama. Él le sonreiría, la besaría en la frente y le diría… ¿qué? Algo mágico. Que les había tocado la lotería. Que había heredado una fortuna. Que la galería era solvente. Algo que significase que nunca más tendría que hacer aquello.

Ese era el problema: necesitaban el dinero. Siempre habían necesitado el dinero, durante los cuatro años que llevaban viviendo juntos, y aún lo necesitaban. Al principio no les pareció tan importante. Bernie recibía una beca, para pintar, y luego se la renovaron. Ella tenía un empleo de media jornada en una biblioteca, catalogando libros. Después publicó un libro, en una editorial de segunda fila, y consiguió también una beca. Como es natural, dejó el empleo para aprovechar el tiempo al máximo. Pero Bernie se quedó sin dinero y le costaba mucho vender los cuadros. Cuando vendía alguno, la galería se llevaba la mayor parte. El sistema de galeristas era injusto, le decía él, y con otros dos pintores creó una cooperativa de artistas y abrieron una galería que, después de mucho hablarlo, decidieron llamar The Notes from Underground. Uno de sus socios tenía dinero, pero no querían aprovecharse de él; dividirían gastos e ingresos a partes iguales. Bernie le explicó todo esto a Julia, tan entusiasmado que a ella le pareció natural prestarle la mitad del dinero de su beca, para que pudiesen empezar. En cuanto hubiese beneficios, le dijo él, se lo devolvería. Incluso le regaló dos acciones de la galería. Pero aún no tenían beneficios y, tal como señaló Bernie, la verdad era que Julia no necesitaba que le devolviese el dinero precisamente en aquel momento. Julia podía conseguir más. Ya tenía una reputación; modesta, sí, pero le permitía ganar dinero con mayor facilidad y rapidez que él, viajando y ofreciendo lecturas de poemas en universidades. Julia era una «promesa», lo que significaba que cobraba menos que quienes ya eran más que promesas. Recibía

suficientes invitaciones para ir tirando y, aunque las estudiaba una por una con Bernie, con la esperanza de que él vetase alguna, hasta entonces no le había aconsejado que rechazase ni una sola. Pero, en honor a la verdad, Julia nunca le había confesado lo mucho que detestaba aquello, las miradas fijas en ella, oír su propia voz flotar, distante, la única pregunta corrosiva que estaba segura de que se agazapaba entre las más inocuas: «¿De verdad cree usted que tiene algo que decir?».

En pleno febrero, en plena nevada, sangrando en las baldosas del suelo del cuarto de baño. Las veía al ladear la cabeza: hexágonos blancos unidos como celdillas de un panal, con una baldosa negra a intervalos regulares.

Por unos irrisorios ciento veinticinco dólares —aunque no hay que olvidar que eso representa la mitad del alquiler— y veinticinco dólares diarios en concepto de dietas. He tenido que coger el avión de la mañana, pues por la tarde no había plazas; ¿quién demonios viene a Sudbury en febrero? Un grupo de ingenieros. Ciudadanos prácticos, que extraen el metal, que ganan una fortuna, dos coches y piscina. No se alojan aquí. El comedor estaba casi vacío a la hora del almuerzo. Aparte de mí, únicamente había un anciano que hablaba solo. ¿Qué le pasa?, le he preguntado a la camarera. ¿Está chiflado? Se lo he susurrado. Está bien, pero es sordo, me ha dicho ella. No es que se sienta solo, sino que está completamente solo desde que murió su esposa. Vive aquí. Supongo que es mejor que una residencia de ancianos. En verano, el hotel está más concurrido. Muchos de nuestros clientes están en trámites de divorcio. Se les cala enseguida, por lo que piden de comer.

No la he alentado a seguir con el tema. Sin embargo, tenía que haberlo hecho, porque ahora nunca lo sabré. Lo que piden de comer… He buscado, como de costumbre, lo más barato de la carta. Necesito los ciento veinticinco dólares íntegros, ¿por qué malgastarlos en comida? En esta comida. La carta, un torpe intento de parecer isabelina, todo con una «e» al final. He pedido un especial Ana Bolena, una hamburguesa sin panecillo, con un cuadrado de gelatina roja a modo de guarnición, seguida de *mousse royale*. ¿Sabrán que a Ana Bolena le cortaron la cabeza? ¿Por eso sirven la hamburguesa sin panecillo? ¿Qué pasa por la cabeza de la gente? Todo el mundo cree que los escritores saben más acerca de la mente humana, pero es un error. Saben menos. Por eso escriben. Para tratar de descubrir lo que todos los demás dan por sentado. El simbolismo de la carta, por el amor de Dios, ¿cómo se me ocurre pensar siquiera en eso? La carta no tiene simbolismo, no es más que el desacertado intento de un lerdo por ser gracioso. ¿No es así?

Eres demasiado complicada, le decía Bernie cuando aún se acariciaban y escudriñaban sus respectivas psiques. Deberías tomártelo con calma. Tumbarte. Comerte una naranja. Pintarte las uñas de los pies.

Y con eso, para él, ya estaba todo arreglado.

Tal vez ni siquiera se hubiese levantado aún. Solía dar una cabezada por las tardes, debía de estar tumbado bajo la maraña de mantas del apartamento que compartían en Queen Street West (encima de la tienda, que antes era una ferretería y ahora era una *boutique*, y el alquiler se estaba poniendo por las nubes), boca abajo, los brazos abiertos a cada lado, los calcetines en el suelo, donde los había tirado, uno tras otro, como pies desinflados o endurecidas pisadas azules que conducían a la cama. Incluso por las mañanas se levantaba cansinamente e iba casi a tientas a la cocina en busca del café, que ella ya había preparado. Era uno de sus pocos lujos: verdadero café. Ella ya llevaba horas levantada, inclinada sobre la mesa de la cocina, concentrada delante de una hoja de papel, royendo palabras, despedazando el lenguaje. Él posaba la boca, llena aún de sueño, sobre la suya, y quizá la arrastrase de nuevo al dormitorio y a la cama con él, a aquella piscina líquida de carne, recorriera su cuerpo con la boca, placer peludo, la colcha cubriéndolos mientras se sumían en la ingravidez. Pero él llevaba tiempo sin hacerlo. Se levantaba cada vez más temprano, y a ella le costaba cada vez más salir de la cama. Estaba perdiendo aquella compulsión, aquella alegría, lo que quiera que la impulsase a salir al frío aire de la mañana, a llenar todos aquellos cuadernos, todas aquellas páginas impresas. Ahora se daba la vuelta bajo las mantas cuando Bernie se levantaba, remetía bien los bordes, se arrebujaba en lana. Había empezado a tener la sensación de que nada la esperaba fuera de los límites de la cama. No se trataba de vacío, sino de nada, un cero con patas en el libro de aritmética.

«Salgo», decía él a su espalda arropada, aturdida. Estaba lo bastante despierta para oírlo; luego volvía a sumirse en un sueño húmedo. La ausencia de Bernie era una razón más para no levantarse. Él iría a The Notes from the Underground, donde, por lo visto, pasaba ahora la mayor parte del tiempo. Estaba contento de cómo iba, les habían hecho varias entrevistas para periódicos, y ella comprendía perfectamente que algo pudiera considerarse un éxito aunque no diese dinero, ya que lo mismo había ocurrido con su libro. Pero estaba un poco preocupada porque él ya no pintaba mucho. Su último cuadro había sido un intento de realismo mágico. Era ella, sentada a la mesa de la cocina, envuelta en la alfombra a cuadros que tenían al pie de la cama, el cabello recogido en un moño desgreñado, con aspecto de víctima de una hambruna. Lástima que la cocina fuese amarilla, porque volvía verde su piel. De todas formas, no lo había terminado. Papeleo, decía él. En eso debían de írsele las mañanas en la galería, en eso y en contestar al teléfono. Tenían acordado turnarse los tres y él debía de quedar libre a las doce, pero por lo general terminaba yendo también por las tardes. La galería había atraído a varios pintores jóvenes, que se sentaban a beber Nescafé en vasitos de plástico y cervezas en lata y discutían sobre si todo aquel que comprase una acción de la galería debía tener derecho a exponer, si la galería debía cobrar comisiones y, de no ser así, cómo iba a sobrevivir. Tenían varios planes, y hacía poco habían contratado a una chica para que se ocupase de las relaciones públicas, de los carteles, de la correspondencia y de dar la lata a los medios de

comunicación. Trabajaba por cuenta propia y colaboraba con otras dos galerías y un fotógrafo publicitario. Estaba empezando, explicaba Bernie. La chica decía que debían hacerse un nombre. Se llamaba Marika. Julia la había conocido en la galería, cuando aún tenía la costumbre de ir allí por las tardes. Le parecía que hacía una eternidad.

Marika era una rubia de cutis aterciopelado, de veintidós o veintitrés años, en todo caso, no más de cinco o seis menor que Julia. Aunque su nombre sonaba exótico, acaso húngaro, tenía un marcado acento de Ontario y se apellidaba Hunt. Un capricho de la madre, o un cambio de apellido por parte del padre, o quizá lo había adoptado la propia Marika. Estuvo muy simpática con Julia. «He leído tu libro —le dijo—. No leo mucho, no tengo tiempo, pero saqué el tuyo de la biblioteca porque Bernie me lo comentó. No creía que fuese a gustarme, pero la verdad es que está muy bien». Julia agradecía —en exceso, según Bernie— que alguien dijese que le gustaba su obra o, simplemente, que la hubiese leído. Sin embargo, oyó una voz en su interior que decía: «Vete a la mierda». Era la manera en que Marika había hecho el cumplido: como quien da una galleta a un perro, en parte un premio, en parte un soborno, y con suficiencia.

Desde entonces habían tomado café juntas en varias ocasiones. Era siempre Marika quien se dejaba caer, por algún que otro recado de Bernie. Se sentaban a hablar en la cocina, pero nunca llegaron a conectar. Eran como dos madres en una fiesta de cumpleaños, sentadas en un extremo, mientras sus hijos alborotaban y se atiborraban: se trataban con amabilidad, pero el verdadero centro de atención estaba en otra parte.

—Siempre he pensado que a mí también me gustaría escribir —dijo en una ocasión Marika, y Julia tuvo la sensación de que se producía una pequeña explosión roja en su nuca. Estuvo a punto de derramarse el café encima, pero enseguida comprendió que Marika no lo había dicho con la intención que ella creía. Solo quería mostrar interés—. ¿No te da miedo quedarte sin materia?

—No hay materia sin energía —contestó Julia en son de broma, aunque en el fondo no hacía más que expresar un temor auténtico. ¿Acaso no eran lo mismo?—. Según Einstein —añadió, y Marika, que no captó la relación, le dirigió una mirada de extrañeza y desvió la conversación hacia el cine.

La última vez que Marika se presentó en el apartamento, Julia aún no se había levantado de la cama. No tenía excusa, ninguna explicación. Estuvo a punto de decirle que se marchase, pero Bernie necesitaba la libreta negra, en la que tenía anotados los números de teléfono, y no tuvo más remedio que dejarla entrar.

Marika se recostó en el marco de la puerta del dormitorio, bien arreglada con su atuendo de varias capas, balanceando el bolso tejido a mano, mientras Julia, con el pelo sin lavar, que caía lacio sobre los hombros del camisón, la boca pastosa y la mente embotada, se arrodillaba en el suelo y rebuscaba en los bolsillos de Bernie. Por primera vez desde que vivían juntos deseó que, para variar, hubiese colocado bien la

ropa. Tenía la impresión de que la ponía en evidencia, aunque sin razón, porque no era su ropa, no era ella quien la dejaba tirada por el suelo. Marika exudaba sorpresa, incomodidad y cierto júbilo, como si los calcetines sucios y los tejanos pisoteados de Bernie fuesen la parte vulnerable de Julia, que siempre había deseado ver.

—No sé dónde la habrá puesto —dijo Julia, exasperada—. Tendría que dejarlo todo como es debido —añadió, demasiado a la defensiva—. Aquí arrimamos el hombro los dos.

—Claro, con tu trabajo… —dijo Marika.

Escudriñaba la habitación, la cama grisácea, el suéter de Julia hecho un higo en la silla del rincón, el aguacate con hojas de bordes marronosos del alféizar, la única planta. Julia había plantado una semilla tras un atracón de aguacates —ya no recordaba la razón de semejante festín—, pero estaba mustia. Hojas de té. Había que echarle hojas de té, ¿o era carbón lo que había que echarle?

La libreta apareció al fin debajo de la cama. Julia la sacó con una bola de pelusa que había quedado prendida. Vio mentalmente una plaquita, como las que colocan en las casas históricas: «BOLA DE PELUSA. Perteneció a Julia Morse, poeta». Con un grupito de escolares aburridos mirando a través del cristal de una urna. Ese era el futuro, si es que había futuro, si seguía escribiendo, si llegaba a tener una importancia siquiera marginal, a ser una obligada nota a pie de página en una tesis doctoral. Fragmentos residuales después de la podredumbre generalizada, clasificados, acumulando polvo, como las vértebras de los dinosaurios. Exangües.

Tendió la libreta a Marika.

—¿Te apetece una taza de café? —le preguntó, con un tono que invitaba a rehusar.

—No quiero molestar —respondió Marika, que, sin embargo, se quedó a tomar café y habló con entusiasmo de sus planes para organizar una exposición colectiva que titularían «De abajo arriba».

Sus ojos recorrían la cocina, se fijaban en el grifo que goteaba, en el trapo maloliente con que lo habían vendado, en la vieja tostadora rodeada de migas como residuos de un leve deslizamiento de tierras.

—Me alegra mucho que podamos ser amigas —dijo antes de marcharse—. Dice Bernie que no tenemos nada en común, pero creo que nos llevamos realmente bien. Allí casi todos son hombres.

Esto podía ser una variedad adulterada de feminismo, pensó Julia, pero no lo era. La voz de Marika apestaba a club de *bridge*. «Realmente bien». Qué incongruencia, con aquellos zapatos de plataforma y aquel trasero a la moda. Las visitas de Marika hacían que se sintiera como la beneficiaria de una pensión asistencial. No sabía qué hacer para que dejase de venir, sin ser demasiado grosera. Porque, además, la exasperaba que la privase de un tiempo que necesitaba para trabajar. Aunque cada vez tenía menos trabajo.

Bernie parecía no percatarse de que apenas hacía nada. Ya no le pedía que le

dejase leer lo que hubiese escrito durante el día. Cuando llegaba a casa a la hora de cenar, hablaba obsesivamente de la galería mientras comía un plato tras otro de espaguetis y —al menos así se lo parecía a ella— devoraba barras de pan. Cada vez tenía más apetito, y habían empezado a discutir por lo mucho que gastaban en comida y por quién debía ir a la compra y cocinar. Al principio lo compartían todo, ese era el acuerdo. De buena gana Julia le hubiese dicho que, como ahora él comía el doble que ella, debía ir más a la compra y pagar más de la mitad, pero pensaba que sería mezquino por su parte. Sobre todo porque, siempre que hablaban de dinero, él decía: «No te preocupes, que cobrarás», como si ella le echase en cara el préstamo para la galería. Y Julia suponía que eso era lo que hacía.

¿Qué hora es? Arriba la muñeca: las seis treinta. La hemorragia parece haber remitido, pero la sangre sigue ahí, espesa como lodo, descendiendo por el cuello. Una vez, una profesora entró en el aula con los dientes ribeteados de sangre. Debía de haber ido al dentista y luego no se había mirado al espejo. Le teníamos tanto miedo que no le dijimos nada y pasamos toda la tarde dibujando tres tulipanes en un jarrón, presididos por aquella sonrisa sedienta de sangre. Tengo que recordar cepillarme los dientes y lavarme bien la cara, porque una gota de sangre en el mentón podría perturbar al público. La sangre, el fluido elemental, el jugo de la vida, subproducto del nacimiento, preludio de la muerte. La roja medalla al valor. La bandera del pueblo. Quizá podría ganarme la vida redactando discursos políticos, si todo lo demás falla. Pero cuando mana de la nariz no es mágica ni simbólica, sino ridícula. Sujeta por la nariz a la retícula geométrica del suelo del cuarto de baño. No seas estúpida, ponte en marcha. Levántate con cuidado: si la hemorragia persiste, anula el recital y coge el avión. (¿Dejando un reguero de coágulos?). Esta noche podría estar en casa. Bernie está allí ahora, aguardando a que llame, que ya es tarde.

Se levantó despacio, sujetándose al lavabo, y fue al dormitorio con la cabeza ligeramente echada hacia atrás. Buscó a tientas el teléfono y lo cogió. Marcó el cero y pidió a la telefonista que hiciese la llamada. Oyó los ruidos del espacio exterior que hacía el teléfono mientras esperaba nerviosamente oír la voz de Bernie, notando ya su lengua en la boca. Se meterían en la cama y después tomarían una especie de resopón, los dos solos en la cocina, con el horno de gas encendido y abierto para caldearla, como solían hacer. (Su mente prescindió de los detalles de lo que podían comer. Sabía que no había nada en el frigorífico, salvo un par de salchichas casi caducadas. Ni siquiera panecillos). Las cosas irían mejor, el tiempo daría marcha atrás, hablarían, ella le diría lo mucho que lo había echado de menos (porque ciertamente había estado fuera más de un día), se abriría el silencio, el lenguaje fluiría de nuevo.

Comunicaba.

No quería pensar en su decepción. Llamaría más tarde. Ya no sangraba, aunque notaba cómo se formaba la costra en el interior de su cabeza. De modo que se quedaría, haría la lectura, cobraría y destinaría el dinero a pagar el alquiler. ¿Qué otra posibilidad cabía?

Ya era la hora de cenar y tenía hambre, pero no podía permitirse pagar otra comida. A veces invitaban al poeta a cenar; a veces ofrecían una fiesta en la que podía atiborrarse de galletitas saladas y queso. Pero allí no organizaban nada de nada. La recogían en el aeropuerto, eso era todo. Suponía que no habrían pegado carteles, que no habrían hecho ninguna publicidad. Poco público y nervioso al ver que habían ido ellos pero nadie más, atrapados en una lectura sin interés. Y ella ni siquiera tenía pinta de poeta, vestía un traje pantalón azul marino, cómodo para subir escaleras y a coches. Quizá llevar vestido ayudase, algo vaporoso y etéreo. ¿Pulseras, un fular?

Se sentó en el borde de la silla de respaldo recto, frente a un cuadro de dos patos muertos y un setter irlandés. Tenía que hacer tiempo. No había televisor. ¿Leer la Biblia? No, no debía hacer nada demasiado agotador, no quería volver a sangrar. Al cabo de media hora pasarían a recogerla. Y luego los ojos, las manos educadas, las sonrisas forzadas. Después todo el mundo murmuraría. «¿No se siente vulnerable ahí arriba?», le preguntó un día una jovencita. «No», contestó ella, y era la verdad, porque no era ella, solo leía sus poemas más tranquilizadores, no quería perturbar a nadie. Pero recelaban de todas maneras. Al menos ella no se emborrachaba antes como hacían muchos otros. Quería ser amable y todos lo aprobaban.

Salvo los más ávidos, los que querían conocer el secreto, los que creían que había un secreto. Después se dispersarían, estaba segura, aguardarían en los bordes, tras los susurrantes miembros de la comisión, aferrados a paquetitos de poemas que le tenderían medrosamente, como si las páginas fuesen carne viva que no soportasen haber tocado. Recordaba la época en que se había sentido así. La mayoría de los poemas serían decepcionantes, pero de vez en cuando surgía alguno que tenía algo, la energía, lo inefable. «No lo hagáis —quería decirles—, no cometáis el mismo error que yo». Pero ¿cuál había sido su error? Pensar que podía salvar su alma, sin duda. Solo mediante la palabra.

¿De verdad creía yo eso? ¿De verdad creía que el lenguaje podía agarrarme del pelo y auparme hasta hacerme asomar al aire libre? Pero si dejamos de creer, ya no podemos seguir haciéndolo, ya no podemos volar. De modo que aquí estoy, clavada a la silla. «Un sonriente hombre público de sesenta años». ¿Crisis de fe? ¿Fe en qué? La resurrección, eso es lo que se necesita. De abajo arriba. Desembarazarse de esas obsesiones, de esas ficciones, «él dijo», «ella dijo», acumulando razones y agravios; los diálogos de las sombras. De lo contrario, no quedará más que el resto de mi vida. Algo se ha congelado.

Sálvame, Bernie.

Él se mostró muy amable por la mañana, antes de que ella se marchase. De nuevo el teléfono, la voz vuela a través de la oscuridad del espacio. Timbrazos sordos, un clic.

—Hola. —Una voz de mujer, la de Marika. Sabía quién llamaba.

—¿Puedo hablar con Bernie, por favor? —Qué estupidez actuar como si no reconociese la voz.

—Hola, Julia —dijo Marika—. Bernie no está. Ha tenido que marcharse un par de días, pero sabía que ibas a llamar esta noche y me ha pedido que viniese. De modo que no te preocupes por nada. Me ha dicho que te vaya bien la lectura y que no olvides regar la planta cuando vuelvas.

—Oh, gracias, Marika —dijo ella.

Como si fuese su secretaria, dejándole mensajes para la idiota de su esposa mientras él… No podía preguntar adónde había ido. Si ella iba de viaje, ¿por qué no podía hacerlo él? Si él quería decirle adónde, se lo diría. Se despidió y, al colgar el teléfono, creyó oír algo. ¿Una voz? ¿Una risa?

No ha ido a ninguna parte. Está allí, en el apartamento, como si lo viera, debe de hacer semanas que dura, meses, en la galería, «he leído tu libro», observando a la competencia. Debo de ser idiota, todo el mundo lo sabía menos yo. Viniendo a casa a tomar café conmigo, estudiando el terreno. Espero que tengan la delicadeza de cambiar las sábanas. No ha tenido valor para decírmelo, va a regar la planta quien yo me sé, de todas maneras está muerta. Melodrama en un aparcamiento, largas franjas de asfalto salpicadas de manchas de animales atropellados, ¿en esto se ha convertido mi vida?

Tocando fondo en esta habitación entre los montones de escoria, el espacio exterior, en la luna muerta, con dos patos sacrificados y un perro disecado, ¿por qué has tenido que hacerlo así, estando yo de viaje, que sabes que me agota, estas duras pruebas, caminar entre ojos? ¿No podías haber aguardado? Te lo has montado muy bien. Volveré y chillaré y gritaré, y tú lo negarás todo, me mirarás, muy tranquilo, y dirás: «Pero ¿de qué hablas?». Y de qué hablaré, puede que esté equivocada. Nunca lo sabré. Precioso.

Es casi la hora.

Llegarán los dos jóvenes amables que aún no son trabajadores fijos. Ella se sentará en el asiento delantero del Volvo y durante todo el trayecto hasta el lugar de la lectura, mientras avanzan entre la nieve acumulada hasta la mitad de los postes del tendido telefónico, los dos jóvenes hablarán de las virtudes de este coche comparado con el

coche que tiene el que no conduce, el cual está sentado detrás, con las piernas dobladas como un saltamontes.

Ella será incapaz de abrir la boca. Mirará la nieve que se estrella contra el parabrisas y que los limpiaparabrisas se encargan de despejar, y será roja, será como un compacto muro rojo. Una traición, eso es lo que detesta, porque se prometieron no mentirse nunca.

El estómago lleno de sangre, la cabeza llena de sangre, rojo ardiente, al fin la siente, la rabia acumulada durante mucho tiempo, la energía, un enjambre de palabras tras sus ojos como abejas en primavera. Algo está hambriento, algo se enrosca. Una larga canción se enrosca y desenrosca justo delante del parabrisas, donde cae la nieve roja, vivificándolo todo. Aparcan el virtuoso coche y los dos jóvenes la conducen al auditorio, un bloque de color gris ceniza, donde un grupo de rostros amables aguarda a oír la palabra. Las manos aplaudirán, se dirán cosas acerca de ella, nada asombroso, se da por sentado que es buena para ellos, tienen que abrir la boca y aceptarla, como vitaminas, como una inocua medicina. No. Nada de dulce identidad. Subirá al estrado, con las palabras enroscadas, abrirá la boca y la sala estallará en sangre.

El jardín de sal

Alma sube el fuego, remueve el agua de la olla esmaltada en rojo, añade más sal, remueve, añade. Está preparando una solución sobresaturada: volviéndola a preparar. Ya lo había intentado a la hora de comer, con Carol, pero no se acordaba de que había que hervir el agua y utilizó el agua caliente del grifo. No ocurrió nada, pese a que Alma había prometido que se formaría un árbol de sal en el hilo que introdujeron en el agua, suspendido de una cuchara colocada de través en la parte superior del vaso.

«Tarda bastante —dijo Alma—. Se habrá formado cuando llegues a casa». Carol volvió confiada al colegio, mientras Alma intentaba descubrir en qué se había equivocado.

Es un experimento nuevo. Alma no está segura de dónde lo ha aprendido Carol. En el colegio, no, desde luego: solo está en segundo. Pero cada vez son más precoces. Le disgusta verlas con tacones altos y los labios pintados, aunque sabe que se trata de un simple juego. Menean las caderas imitando lo que han visto en la televisión. Quizá los experimentos sean también obra de la televisión.

Alma se ha devanado los sesos, como siempre que Carol manifiesta interés por algo, buscando información que esperaba tener pero que, como de costumbre, no tenía. Alma fomenta cualquier actividad en la que ambas puedan participar y que evite las preguntas sobre la forma en que viven; sobre el paradero de Mort, por ejemplo. Ha probado las visitas al zoo, la confección de vestidos para muñecas, el cine los sábados. Todo ha funcionado, pero durante poco tiempo.

Recuerda que los experimentos empezaron cuando mezcló vinagre con bicarbonato de sodio para hacerlo burbujear; fue un éxito. Luego probó otras cosas. Le viene a la memoria que su padre, un hombre de ideas avanzadas, le regaló un juego de química cuando tenía diez años. Su padre opinaba que las chicas debían recibir casi la misma educación que los chicos, tal vez porque no tenía hijos varones. Alma es hija única. También quería que consiguiera lo que él no pudo lograr. Realizaba un trabajo por debajo de sus posibilidades, en la oficina de correos, y se sentía frustrado. No quería que Alma se sintiera frustrada: por eso intentó disuadirla de que contrajera matrimonio tan joven y abandonase la universidad para ayudar a costear los estudios de Mort en la facultad de arquitectura trabajando de secretaria en una empresa de envasado de alimentos. «Un día te despertarás y te sentirás frustrada», le dijo. Alma se pregunta a veces si la palabra «frustrada» define lo que siente, pero por lo general concluye que no.

Mucho antes de esa época, su padre intentó que se interesara por el ajedrez, las matemáticas y la filatelia, entre otras cosas. Esas actividades dejaron poca huella en Alma, al menos que ella sepa. A la edad previsible se obsesionó con el maquillaje y la ropa, y sus calificaciones de álgebra bajaron en picado. Con todo, conserva una

imagen nítida del juego de química, con los tubos de ensayo en miniatura, la abrazadera de alambre para sostenerlos, la mecha para calentarlos y las botellitas con tapón de corcho, tan fascinantes como la cristalería de una casa de muñecas, llenas de sustancias misteriosas: cristales, polvos, soluciones, pociones. Seguro que algunas debían de ser venenosas; es probable que ya no se vendan juegos de química como aquel para niños. Alma se alegra de haberlo tenido, pues a fin de cuentas se trataba de alquimia, y como magia lo presentaba el manual de instrucciones: «Sorprende a tus amigos. Convierte el agua en leche. Convierte el agua en sangre». También recuerda la terminología, aunque el significado de las palabras se ha vuelto confuso con el tiempo. «Precipitado». «Sublimación».

Había una sección dedicada a la realización de trucos con objetos domésticos corrientes, por ejemplo, cómo meter un huevo duro en una botella de leche, cuando aún no había botellas de leche. (Alma piensa en ellas y ve la nata flotando en la superficie, saborea los tapones de cartón que suplicaba que le dejaran lamer, huele las deyecciones de los caballos que tiraban de los carros; se está haciendo vieja). Cómo agriar la leche en un instante. Cómo hacer tinta invisible con zumo de limón. Cómo evitar que las manzanas peladas se oscurezcan. De esta sección del manual de instrucciones —la mejor, pues ¿quién puede resistirse a la idea de que los objetos corrientes que nos rodean encierren poderes misteriosos?— ha extraído la solución sobresaturada y el epígrafe «Cómo crear un jardín de sal mágico». Era uno de sus favoritos.

La madre de Alma se quejaba de que su hija desperdiciaba la sal, pero el padre argumentaba que valía la pena pagar un precio tan insignificante a cambio de estimular la curiosidad científica de Alma. Creía que Alma estudiaba los espacios que separan las moléculas, pero no era así, como ella y su madre sabían sin decir nada. Su madre era irlandesa, en sombrío contraste con su padre, un inglés de carácter seco y amargura jovial; leía las hojas de té a sus vecinas, que lo consideraban una diversión inofensiva. Tal vez Alma haya heredado de ella sus días de mal humor, los arranques de fatalismo. Su madre no estaba de acuerdo con las teorías de su marido acerca de Alma e impedía los experimentos siempre que tenía oportunidad. Para ella, los entretenimientos de Alma en la cocina no eran sino una excusa para no hacer los deberes, pero Alma ni siquiera pensaba en eso. Le encantaban las nevadas en miniatura, el mundo cerrado y protegido que había tras el vidrio, los cristales que se formaban en el hilo, como las ilustraciones del palacio de la Reina de las Nieves en el libro de Hans Christian Andersen del colegio. No recuerda que asombrara a ninguna de sus amigas con los trucos del manual de instrucciones. Le bastaba con asombrarse a sí misma.

El agua de la olla hierve de nuevo; aún es transparente. Alma añade más sal, remueve mientras se disuelve, agrega más sal. Cuando la sal se posa en el fondo de la olla,

remolineando, en lugar de desleírse, apaga el fuego. Introduce otra cuchara en el vaso antes de verter el agua caliente, pues de lo contrario se rompería. Lo sabe porque de esta forma rompió varios vasos de su madre.

Levanta la cuchara que lleva el hilo atado y empieza a sumergirlo en el vaso. Mientras lo hace, se produce un súbito destello blanquecino y la luz hace desaparecer la cocina. Su mano se desvanece, y luego aparece de nuevo, negra, como una imagen accidental en la retina. El contorno de la ventana no se altera, enmarca su mano, todavía suspendida sobre el vaso. Después la ventana se resquebraja hacia dentro, en fragmentos, como un parabrisas inastillable. Lo siguiente será la pared, que se curvará hacia ella como un globo que se hincha. Dentro de un segundo Alma percibirá el enorme y brevísimo estrépito que hace estallar sus oídos hasta ensordecerla, y luego una ráfaga de viento se la llevará.

Cierra los ojos. Puede aguantarlo o tratar de detenerlo, mantener la calma, recobrar la cocina. No es una experiencia desconocida. Le sucede una vez por semana desde hace tres meses o más, pero, pese a que es capaz de predecir la frecuencia, nunca sabe cuándo ocurrirá. Puede suceder en cualquier momento, cuando ha llenado la bañera y se dispone a meterse en el agua, cuando desliza los brazos en las mangas del abrigo, cuando está haciendo el amor con Mort o con Theo, le ha ocurrido con los dos. Siempre le pasa cuando está pensando en otra cosa.

No se trata de una especulación: es algo más cercano a una alucinación. Nunca ha sufrido alucinaciones, excepto hace mucho tiempo, cuando era estudiante y tomó ácido en un par de ocasiones. Entonces todo el mundo lo hacía, y a ella no le interesó demasiado. Contempló de forma desapasionada luces que se movían y figuras geométricas. Después se preguntó a qué venía tanta cháchara acerca de la profundidad cósmica, aunque se abstuvo de hacer el menor comentario. En aquel tiempo la gente se mostraba muy puntillosa respecto al significado de sus viajes con ácido.

Pero lo de ahora no tiene ni punto de comparación. Ha pensado que tal vez sean productos residuales del ácido, pero parece improbable que hayan tardado quince años en manifestarse, sin haberlo vuelto a probar en ese período. Al principio se asustó tanto que se planteó consultar con alguien: un médico, un psiquiatra. Tal vez sufra alguna forma de epilepsia. Quizá se esté volviendo esquizofrénica o loca. Con todo, no advierte más síntomas, solo el destello y el estrépito, la sensación de ser arrastrada por el viento y de precipitarse en las tinieblas.

La primera vez terminó tendida en el suelo. Estaba con Mort, cenando en un restaurante, durante una de sus interminables conversaciones sobre la forma más apropiada de arreglar las cosas. A Mort le encanta la palabra «arreglar», que no se cuenta entre las favoritas de Alma. Ella es una romántica: si quieres a alguien, ¿para qué se necesitan arreglos? Y si no le quieres, ¿para qué esforzarse? Mort, por otra parte, ha leído libros sobre Japón; también opina que deberían redactar un contrato matrimonial. En aquella ocasión, Alma señaló que ya estaban casados. No estaba

muy segura de dónde encajaba Japón: si él quería que le frotara la espalda, de acuerdo, pero no deseaba ser la Esposa Número Uno, sobre todo si implicaba un montón de números más, en orden sucesivo o simultáneamente.

Mort tiene una novia, o así la llama Alma. La terminología se ha puesto difícil en nuestros días: «querida» ya no es una palabra apropiada, pues evoca negligés de color melocotón ribeteados de pieles y zapatillas de tacón, que ya nadie utiliza; nadie, ni tampoco la novia de Mort, una joven robusta, con el cabello cortado al estilo paje y pecas. Y «amante» no parece corresponder a las emociones que Mort experimenta con esa mujer, que se llama Fran. Fran no es nombre de querida ni de amante, sino más bien de esposa, pero resulta que la esposa es Alma. Tal vez sea el nombre lo que ha confundido a Mort. Quizá por eso no siente pasión, ternura o devoción por esa mujer, sino una mezcla de angustia, sentimiento de culpa y rencor, o eso le dice a Alma. Se desembaraza de Fran para ver a Alma y llama a Alma desde cabinas telefónicas, y Fran no lo sabe; es al revés de lo que sucedía en los viejos tiempos. Alma siente pena por Fran, lo que probablemente es una forma de defensa.

Alma no se opone a Fran, sino a la racionalización de Fran, a que Mort argumente que hay una razón justificable e incluso moral para hacer lo que hace; que los hombres son polígamos por naturaleza, y cosas por el estilo. Esto es lo que Alma no soporta. Ella también hace lo que hace porque sí, pero al menos no va predicando.

La cena resultó más difícil para Alma de lo que había previsto, y por eso bebió en exceso. Se levantó para ir al cuarto de baño y entonces sucedió. Recobró el conocimiento empapada de vino y cubierta por parte del mantel. Mort le dijo que se había desmayado. Aunque no lo expresó con estas palabras, ella adivinó que lo atribuía a un ataque de histeria, consecuencia de sus problemas con él, que hasta el momento ninguno de los dos ha definido con precisión pero que Mort piensa que son problemas de ella, no de él. Alma también adivinó que él creía que lo había hecho a propósito, para llamar la atención, para despertar su compasión e interés, para obligarlo a escucharla. Estaba enfadado. «Si estabas mareada —le dijo Mort—, haber salido a tomar el aire».

Theo, por su parte, se sintió halagado cuando ella se desvaneció en sus brazos. Lo atribuyó a un exceso de pasión sexual, consecuencia de su técnica, aunque tampoco lo expresó con estas palabras. Complacido con ella, le acarició las manos y le ofreció un vaso de agua.

Theo es el amante de Alma, aquí no hay duda acerca de la terminología. Lo conoció en una fiesta. Él se presentó preguntándole si le apetecía otra copa. (Mort se había presentado preguntándole si sabía que los gatos no pueden caminar sobre las vallas si les cortan los bigotes; fue todo un aviso para Alma, pero no lo captó). Ella tenía problemas con Mort, y Theo parecía estar en una situación similar con su esposa, de modo que, en comparación, se sintieron a gusto juntos. Ocurrió antes de

que empezaran a acumular historia, y antes de que Theo se marchara de casa. Hasta aquel momento se habían limitado a darse achuchones, sobre todo en pasillos y vestíbulos, a besarse entre abrigos colgados y filas de chanclos.

Theo es dentista, aunque no es el dentista de Alma. Si fuera su dentista, Alma duda que hubiera terminado manteniendo con él lo que todavía no considera una aventura amorosa. Le parece que el interior de su boca, y en especial de sus dientes, es muy íntimo, de una manera antisexual; es probable que un hombre retrocediera ante tamaña evidencia de imperfección corporal, de putrefacción. (Alma no tiene los dientes feos; no obstante, un simple vistazo con ese espejito, la simple terminología, «orificio», «cavidad», «mandíbula», «molar»…).

Para Theo, ser dentista no es una vocación. No sintió la llamada de los dientes; le dijo a Alma que se había decantado por la odontología porque no sabía qué otra cosa hacer; poseía una excelente coordinación motriz, y era una forma de ganarse la vida, cuando menos.

«Podrías haber sido gigoló —le dijo Alma en aquella ocasión—. Te ganarías buenas propinas». Theo, que no tiene un gran sentido del humor y es muy minucioso respecto a la limpieza de la ropa interior, estuvo a punto de sobresaltarse, lo que divirtió a Alma. Le gusta hacerle sentir más sexual de lo que es, porque de rebote lo hace más sexual. Ella le mima.

De manera que cuando se encontró tendida en la moqueta de Theo, que se inclinaba sobre ella, satisfecho y solícito, y le preguntaba: «Perdona, ¿he sido demasiado brusco?», no hizo nada para corregir su impresión.

«Ha sido como una explosión nuclear», respondió, y él pensó que estaba utilizando un símil. Theo y Mort tienen una cosa en común: ambos se han elegido a sí mismos como causa de esas pequeñas manifestaciones que sufre ella. Eso, o la química del cuerpo femenino, otra buena razón para no permitir que las mujeres piloten aviones, una opinión que cierta vez Alma oyó en labios de Theo.

El contenido de sus alucinaciones no sorprende a Alma. Sospecha que otras personas tienen experiencias similares o quizá idénticas, del mismo modo que, en la Edad Media, mucha gente veía, por ejemplo, a la virgen María o presenciaba milagros: chorros de sangre que cesaban con solo tocar un hueso, imágenes que hablaban, estatuas que sangraban. En nuestros tiempos no cuesta nada encontrar centenares de personas que juran haber visitado naves espaciales y conversado con extraterrestres. Alma sostiene que este tipo de delirios se produce por oleadas, como epidemias. Los súbitos fogonazos y desvanecimientos que ella tiene son tan comunes como el sarampión, pero la gente no desea admitirlo. Lo más probable es que hagan lo que ella debería hacer: correr al médico y conseguir recetas de Valium o cualquier otro comprimido que reblandezca el cerebro. No quieren que nadie piense que son inestables, pues, aunque la mayoría estaría de acuerdo en que es lógico tener miedo

de aquello de lo que ella tiene miedo, existe unanimidad respecto a la intensidad de ese miedo. Sentir demasiado es anormal.

Mort, por ejemplo, cree que todo el mundo debería firmar peticiones y participar en manifestaciones. Firma todas las peticiones que caen en sus manos y se las lleva a Alma para que las firme cuando la visita legítimamente. Si ella las firmara durante alguna de sus escapadas furtivas, Fran ataría cabos, algo que ahora ni siquiera Alma desea. Mort le gusta más desde que lo ve menos. Que Fran le lave la ropa, para variar. Sin embargo, Mort va a las manifestaciones con Fran, ya que son más bien como acontecimientos sociales. Por este motivo ella evita ir a las manifestaciones; no quiere incomodar a Fran, ya muy susceptible en lo tocante a Alma. Mort tiene permiso para acompañar a Alma en determinadas circunstancias, como las reuniones de padres y profesores, pero no en otras. Mort se muestra avergonzado ante estas restricciones, pues uno de los motivos que esgrimió para dejar a Alma fue que se sentía demasiado atado.

Alma coincide con Mort en la necesidad de firmar peticiones y acudir a manifestaciones. Si todos los habitantes del mundo firmaran peticiones y fueran a manifestaciones, la catástrofe no se produciría. Ha llegado la hora de salir a la calle y dar la cara, de enfrentarse con todos los medios a la fuerza devastadora, como hace Mort mediante donativos a grupos pacifistas y cartas a políticos, a cambio de los cuales recibe comprobantes fiscales y cartas pulcramente mecanografiadas. Alma sabe que el comportamiento de Mort es sensato, o tan sensato como cualquier otra cosa, pero ella nunca ha sido una persona muy sensata. Eso era lo que su padre más le reprochaba. Nunca fue capaz de apretar entre las manos a los pájaros que chocaban contra el cristal de la ventana y se lastimaban, como su padre le había enseñado, a fin de colapsarles los pulmones. Al contrario, se empeñaba en meterlos en cajas llenas de algodón y alimentarlos con un cuentagotas, con lo que, según su padre, les causaba una larga y dolorosa agonía. De modo que él se encargaba de colapsarles los pulmones, y Alma se negaba a mirar y luego se sentía apesadumbrada.

Casarse con Mort no fue sensato. Liarse con Theo no fue sensato, como tampoco lo es ni lo ha sido nunca la ropa de Alma y en especial los zapatos. Alma sabe que, si un día se declarase un fuego en la casa, esta ardería hasta los cimientos antes de que ella fuera capaz de tomar una decisión, aun cuando tuviera toda clase de posibilidades (extintores, el teléfono de los bomberos, paños húmedos para cubrirse la nariz). Así pues, ante el exuberante optimismo de Mort, se encoge de hombros por dentro. Se esfuerza en creer, pero es una incrédula y no se enorgullece de serlo. La triste verdad es que en el mundo hay mucha más gente como ella que como Mort. De todos modos, hay mucho dinero invertido en las bombas. Sin embargo, no quiere llevarle la contraria ni decir nada negativo. Las peticiones son tan constructivas como cualquier otra afición, y las manifestaciones lo mantienen activo y feliz. Es un hombre musculoso, de rostro rubicundo, propenso a engordar, que necesita quemar energía para evitar un infarto, según le ha dicho el médico. Es una buena forma de pasar el

tiempo.

Theo, por su parte, aborda la cuestión no abordándola en absoluto. Vive su vida como si no la tuviera, con un talento para el olvido que Alma le envidia. Se limita a empastar dientes, uno tras otro, como si todos y cada uno de los pequeños ajustes que realiza en la boca de la gente fueran a importar dentro de diez años, de cinco, o incluso de dos. En sus momentos de mayor cinismo, Alma piensa que tal vez utilicen las fichas dentales de Theo para identificar cadáveres, si queda algo para identificar, si la identificación merece alguna prioridad, cosa que ella duda. Alma ha intentado hablar del tema un par de veces, pero Theo ha dicho que no cree que se saque nada de los pensamientos negativos. Sucederá o no sucederá, y, si no sucede, la principal preocupación será la economía. Theo hace inversiones. Theo está planificando su jubilación. Theo es una persona estrecha de miras y Alma, no. Ella no confía en la capacidad de la gente para salir de este agujero y carece de valor para meter la cabeza en él. La cosa está ahí, en un rincón de todos los lugares a los que va, como un desconocido cuyo rostro se podría ver perfectamente con solo volver la cabeza, pero Alma no vuelve la cabeza. No quiere mirar. Se dedica a sus asuntos, casi siempre, excepto durante estos lapsos sin importancia.

A veces se dice que no es la primera vez que la gente piensa en la inminencia del fin del mundo. Ya ocurrió antes, durante la peste negra, por ejemplo, que Alma recuerda como uno de los puntos culminantes del segundo curso de la facultad. El mundo no se terminó, por supuesto, pero creer que iba a acabarse produjo casi el mismo efecto.

Algunas personas decidieron que era culpa suya y se dedicaron a flagelarse, o a flagelar a quien tenían más a mano. Otros empezaron a rezar muchísimo, lo que resultaba más sencillo entonces, pues tenían una idea de a quién se dirigían. Alma cree que ahora no es un hábito mental en el que se pueda confiar, pues existen las mismas posibilidades de que apriete el botón un maníaco religioso norteamericano deseoso de jugar a ser Dios y contribuir al Apocalipsis al mismo tiempo, alguien que crea que él y otros pocos elegidos resucitarán incorruptibles, y que todos los demás se pudrirán. Mort dice que es un error en el que no es probable que caigan los rusos, quienes han desechado la otra vida y han de tomarse esta muy en serio. Mort dice que los rusos juegan mejor al ajedrez, pero eso no es un gran consuelo para Alma. Los esfuerzos de su padre por enseñarle a jugar al ajedrez fueron infructuosos, pues Alma tenía la costumbre de personificar las piezas y lloraba cuando se comían a su reina.

Otra posibilidad sería levantar una tapia alrededor, arrojar los cuerpos fuera y llevar siempre encima naranjas con clavos de olor hincados. Construir refugios subterráneos. Publicar manuales de instrucciones.

O robar objetos de las casas abandonadas, arrancar los collares de los cadáveres.

O hacer lo que hace Mort. O hacer lo que hace Theo. O hacer lo que hace Alma.

Ella cree que no hace nada. Se acuesta por la noche, se levanta por la mañana, cuida de Carol, comen, hablan, a veces ríen, ve a Mort, ve a Theo, busca un trabajo

mejor, pero de una manera que no la convence. Rumia la idea de volver a la universidad y obtener la licenciatura: Mort dice que correrá con los gastos, ambos están de acuerdo en que es justo, pero Alma duda que vaya a aceptar cuando llegue el momento. Ella tiene emociones: quiere a la gente, se irrita, se alegra, se deprime. Sin embargo, no puede considerar estas emociones con la misma solemnidad de antes. Su vida nunca le había parecido tan muelle, como si la hubieran desembarazado de toda responsabilidad. Flota. En la televisión pasan un anuncio, probablemente de leche, que muestra a un hombre sobre la cresta de una ola, en una tabla de surf: se mueve, pero está inmóvil, como si el tiempo no existiera. Así se siente Alma: fuera del tiempo. El tiempo presupone un futuro. Unas veces experimenta este estado como apatía; otras, como alborozo. Puede hacer lo que quiera, pero ¿qué quiere?

Recuerda otra cosa que hizo la gente durante la peste negra: abandonarse a sus instintos. Se zampaban las provisiones para el invierno, robaban comida y se atiborraban, bailaban en las calles, copulaban indiscriminadamente, con el primero que pasaba. ¿Es ahí adonde se dirige sobre la cresta de su ola?

Alma apoya la cuchara sobre el borde del vaso. El agua se está enfriando y de la solución empieza a surgir la sal. Forma en la superficie pequeñas islas transparentes que se espesan conforme se crean los cristales, luego se rompen y descienden hacia el fondo, como nieve. Una fina capa blanca de sal recubre el hilo. Se arrodilla para tener los ojos al nivel del vaso, apoya la barbilla y las manos en la mesa, observa. Sigue siendo mágico. Cuando Carol regrese del colegio, el vaso contendrá un auténtico invierno. El hilo semejará un árbol después de una cellisca. Le parece increíble la belleza del resultado.

Al cabo de un rato se incorpora y pasea por la casa. Atraviesa la blancuzca sala de estar, que Mort considera de estilo japonés «dentro de lo que cabe», pero que a ella siempre le ha recordado un dibujo para colorear en el que solo se ha pintado una cuarta parte; llega a la pared desnuda del final y sube por la escalera de la que Mort quitó el pasamanos. También eliminó demasiadas paredes, omitió demasiadas puertas; quizá fue eso lo que falló en su matrimonio. La casa es una de las más grandes de Cabbagetown. Mort, especializado en remodelaciones, se encargó de las obras, y le gusta llevar a gente para enseñársela. Todavía la considera el equivalente de un folleto de propaganda. Alma, que empieza a hartarse de ir a abrir la puerta con su segunda mejor bata y el cabello envuelto en una toalla para toparse con cuatro hombres trajeados, encabezados por Mort, está pensando en cambiar las cerraduras. Pero sería demasiado definitivo. Mort aún piensa que la casa es suya, y a ella la ve como una parte de la casa. De todos modos, ahora que la construcción de viviendas ha caído en picado, y teniendo en cuenta quién paga las facturas, debería alegrarse de colaborar siquiera una pizca, aunque Mort evite con todo cuidado mencionarlo.

Entra en el cuarto de baño, de un blanco inmaculado, abre los grifos, llena la

bañera de agua, que tiñe de azul con un chorrito de un gel alemán, se mete dentro, suspira. Algunas amigas suyas se introducen en tanques de aislamiento y flotan en total oscuridad durante horas y horas; afirman que es muy relajante y que permite entrar en contacto con el yo más profundo. Alma ha decidido pasar de esa experiencia. Sin embargo, en la bañera es donde se siente más a salvo (nunca se ha desmayado en ella) y al mismo tiempo más vulnerable (si se desmayara en la bañera, podría ahogarse).

Cuando Mort todavía vivía con ella y Carol era más pequeña, solía encerrarse con llave en el cuarto de baño, por la sencilla razón de que la puerta podía cerrarse, y se dedicaba a lo que llamaba «pasar el tiempo conmigo misma», que equivalía a soñar despierta. Es una costumbre que conserva.

Durante una época que ahora parece muy lejana, pero que en realidad se remonta a dos meses atrás, Alma se entregaba de vez en cuando a una fantasía relativamente agradable. En esta fantasía, ella y Carol vivían en una granja, en la península de Bruce. Estuvo allí de vacaciones en cierta ocasión, con Mort, antes de que Carol naciera, cuando el matrimonio parecía ir bien. Recorrieron en coche la península y visitaron la isla de Manitoulin, en el lago Hurón. Fue entonces cuando se fijó en las granjas, en lo pobres y marginales que eran, en la cantidad de piedras que se habían arrancado de los campos y amontonado a modo de señales y demarcaciones. Eligió una de esas granjas para su fantasía, suponiendo que nadie más la querría.

Mientras lavaban los platos después de comer en la cocina de la granja, Carol y ella se enteraban por la radio del inminente ataque aéreo. (Algo improbable, ahora se da cuenta: sería demasiado rápido para que pudiera saberse en la radio). Por suerte, cultivaban sus propias hortalizas, de modo que tenían muchísimas. Alma no sabía exactamente cuáles. Al principio incluía, por error, el apio, hasta que comprendió que el apio no podía crecer en un suelo como aquel.

Las fantasías de Alma son ricas en detalles. Primero las bosqueja, luego las repasa, les añade botones y cremalleras. Para esta en particular necesitaba comprar las semillas apropiadas y pedir consejo al dueño de la ferretería. «¿Apio?», dijo él. (Era el típico comerciante de pueblo, calvo y paternalista, con los pantalones sujetos con tirantes y la camisa blanca manchada de sudor en las axilas. Sin embargo, su cordialidad era engañosa. Probablemente la despreciaba. Probablemente contaba chismes sobre ellas a sus compinches en la cervecería, una mujer soltera con una hija, viviendo sola en aquella granja. Los compinches pasarían con sus grandes coches de segunda mano por delante de la casa y la observarían con atención. Ella se lo pensaría dos veces antes de salir en pantalones cortos y agacharse para arrancar las malas hierbas. Si la violaban, todo el mundo sabría quién era el culpable pero nadie lo diría. El hombre diría después de unas cuantas cervezas que ella se lo había buscado. Alma ha de reflexionar con toda seriedad sobre este aspecto de la vida rural antes de dar el paso).

«¿Apio? —dijo—. ¿Aquí? Señora, está usted de broma». Por lo tanto, Alma se

olvidó del apio, que tampoco se habría conservado muy bien.

Pero había remolachas, zanahorias y patatas, productos que podían almacenarse. Cavaron una gran bodega en la ladera de la colina; tenía una puerta inclinada, con una buena capa de suciedad en la parte exterior. La bodega era mucho más que una simple bodega: contaba con varias estancias, por ejemplo, y con luz eléctrica (pero ¿de dónde provenía la electricidad? Detalles como este, cuando se examinaban con detenimiento, contribuían a destruir la fantasía, pero Alma inventó para la electricidad un pequeño generador alimentado por un flujo de agua procedente del estanque).

Sea como fuere, Carol y ella no se asustaron cuando oyeron la noticia por la radio. Caminaron sin prisa hacia la bodega, entraron y cerraron la puerta. No se olvidaron de la radio, que era un transistor, aunque no serviría para nada después del primer ataque, que destruiría todas las emisoras. Había hileras e hileras de agua embotellada en los estantes que cubrían una pared. Allí se quedaron, comiendo zanahorias, jugando a las cartas y leyendo libros entretenidos, hasta que pasó el peligro y pudieron salir a un mundo en el que lo peor ya había sucedido y, por lo tanto, nada había que temer.

Esta fantasía ya no se sostiene. No podía mantenerse durante mucho tiempo, con los detalles concretos que Alma considera necesarios, antes de que empezaran a irrumpir preguntas prácticas sin respuesta (¿y la ventilación?). Por añadidura, Alma solo tenía una idea aproximada de cuánto tiempo deberían permanecer en la bodega hasta que el peligro pasara. Y también estaba el problema de los refugiados, los merodeadores, que se enterarían de la existencia de las patatas y las zanahorias e irían por ellas (¿con palos, con fusiles?). Como Carol y ella estaban solas, era preciso armarse. Alma se equipó primero con un rifle, luego con varios, para hacer frente a los saqueadores, pero siempre la superaban en número y en armamento.

No obstante, el punto más débil residía en que, aun en el caso de que todo saliera bien y fuera posible escapar y sobrevivir, Alma consideraba que no podía marcharse así como así y abandonar a los demás a su suerte. Quería incluir a Mort, pese a que se había portado mal y no estaban lo que se dice juntos, y si le hacía un sitio a él no podía negárselo a Theo. Sin embargo, este no iría sin su mujer y sus hijos, por supuesto, y además estaba Fran, la novia de Mort, a quien no sería justo excluir.

Esta situación duró bastante, sin las disputas que Alma preveía. La perspectiva de una muerte inminente templa los ánimos, y Alma disfrutó una temporada de la gratitud que su generosidad inspiraba. Sostenía conversaciones íntimas con las otras dos mujeres sobre sus respectivos hombres y se enteraba de algunas cosas que desconocía; las tres estaban a punto de hacerse muy buenas amigas. Por la noche, sentadas a la mesa de la cocina que había aparecido en la bodega, pelaban zanahorias y recordaban la época en que vivían en la ciudad y no se conocían, salvo indirectamente, a través de los hombres. Mort y Theo se sentaban en un rincón y bebían el *whisky* que habían traído, mezclado con agua de botella. Los niños se

entendían de maravilla.

Sin embargo, la bodega era demasiado pequeña y no había forma de ampliarla sin abrir la puerta. Luego se planteó la cuestión de quién dormiría con quién y cuándo. El disimulo era casi imposible en un espacio tan reducido, y había tres mujeres y solo dos hombres. Este aspecto se parecía en exceso a la vida real de Alma, pero sin la ventaja de domicilios diferentes.

Cuando la esposa y la novia insistieron en incluir a sus padres, tíos y tías (¿y por qué había dejado Alma de lado a los suyos?), la fantasía se superpobló y rápidamente se volvió inhabitable. El problema de Alma estribaba en que no tenía elección. Es el problema que ha tenido toda su vida. Es incapaz de fijar límites. ¿Quién es ella para decidir, para juzgar a la gente de esta manera, para decir quién ha de morir y quién merece la oportunidad de vivir?

La colina de la bodega, perforada por infinidad de túneles, completamente minada, se vino abajo y todos perecieron.

Cuando Alma ha terminado de secarse y empieza a friccionarse el cuerpo con loción, suena el teléfono.

—Hola, ¿qué estabas haciendo? —dice la voz.

—¿Quién es? —pregunta Alma, y luego se da cuenta de que es Mort. Le da vergüenza no haber reconocido su voz—. Ah, eres tú. Hola. ¿Llamas desde una cabina?

—He pensado que podría pasar a verte —dice Mort con complicidad—. Si vas a estar en casa, claro.

—¿Con o sin excusa?

—Sin —responde Mort. Lo que esto significa es bastante claro—. He pensado que podríamos tomar algunas decisiones. —Intenta ser suavemente persuasivo, pero solo consigue resultar un poco inoportuno.

Alma no dice que él no necesita su ayuda para tomar decisiones, pues parece tomarlas con bastante rapidez por sí solo.

—¿Qué tipo de decisiones? —pregunta con cautela—. Creía que habíamos acordado una moratoria para las decisiones. Fue tu última decisión.

—Te echo de menos —dice Mort, dejando flotar las palabras, con una voz grave que parece indicar anhelo.

—Yo también te echo de menos —dice Alma, para cubrirse las espaldas—, pero le he prometido a Carol que esta tarde le compraría un equipo de gimnasia de color rosa. ¿Qué tal esta noche?

—Esta noche me es imposible.

—¿Quieres decir que no te dejan salir a jugar?

—No seas sarcástica —dice Mort, un tanto rígido.

—Lo siento —miente Alma—. Carol quiere que vengas el domingo para ver

Fraggle Rock con ella.

—Quiero verte a solas.

De todas maneras, queda para el domingo y dice que volverá a llamar para confirmarlo. Alma le dice adiós y cuelga con una sensación de alivio muy diferente de los sentimientos que experimentaba cuando se despedía de Mort por teléfono en el pasado, y que eran, consecutivamente, amor y deseo, negociación de asuntos cotidianos, frustración porque no se decían lo que debían decirse, desesperación y pena, irritación y cierta sensación de que la estaba jodiendo. Continúa friccionándose el cuerpo, prestando especial atención a los codos y las rodillas. Cuando empiezas a parecerte a un pollo de cuatro patas, es ahí donde primero se nota. Aunque se acerca el fin del mundo, Alma prefiere estar en forma.

Decide tomar el tranvía. Tiene coche y sabe conducir, conduce muy bien, pero últimamente apenas lo usa. Se decanta por medios de transporte que no exigen ninguna decisión consciente por su parte. Incluso preferiría que la remolcaran, con un tractor a ser posible.

La parada del tranvía se encuentra delante de una tienda de alimentos dietéticos, con el escaparate lleno de orejones de albaricoque y uvas pasas espolvoreadas de harina de algarroba, mágicos manjares que preservan de la muerte. Alma también ha pasado por la fase macrobiótica: conoce a la perfección los elementos de esperanza supersticiosa que implica consumir tales talismanes. Sería igual de eficaz ensartar las uvas pasas en un hilo y colgárselas del cuello, para ahuyentar a los vampiros. En la pared de ladrillo de la tienda, entre el escaparate y la puerta, alguien ha escrito con aerosol: JESÚS TE ODIA.

Llega el tranvía y Alma sube. Se dirige a la estación de metro, donde bajará y comprará rápidamente un equipo de gimnasia de color rosa y dos pares de calcetines de verano para Carol, bajará por las escaleras y tomará un metro que vaya hacia el norte, utilizando el billete de transbordo que ha guardado en el bolso. Se supone que no se debe utilizar el billete de transbordo si se hace un alto en el trayecto, pero Alma se siente atrevida.

El tranvía va bastante lleno. Se queda cerca de la puerta posterior, mirando por la ventana, sin pensar en nada concreto. Es uno de los primeros días soleados y hace calor; las cosas brillan en exceso.

De repente, algunas personas que están cerca de la puerta posterior empiezan a gritar: «¡Pare, pare!». Alma no las oye al principio, o las oye pero sin comprender: percibe un ruido, pero cree que se trata de adolescentes montando el número, alborotando, como es habitual. El conductor del tranvía debe de pensar lo mismo, porque continúa adelante, a toda pastilla, mientras cada vez más personas gritan y luego chillan: «¡Pare, pare, pare!». Entonces Alma también se pone a chillar, porque ve lo que pasa: la puerta trasera ha atrapado el brazo de una chica, que está siendo

arrastrada por el vehículo. Alma no la ve, pero sabe que está ahí.

Alma empieza a patalear como una niña contrariada y grita «¡Pare, pare!» con el resto de los pasajeros, pero el conductor sigue adelante, indiferente. Alma desea que alguien le arroje algo o le golpee, pero ¿por qué no se mueve nadie? Están demasiado apretados, y los de delante no ven lo que ocurre. Transcurren horas que en realidad son minutos, y por fin el conductor aminora la velocidad y frena. Se levanta del asiento y se abre paso hacia la parte de atrás.

Por suerte hay una ambulancia junto al tranvía, y meten en ella a la chica. Alma no puede ver su rostro ni si está malherida, a pesar de que estira el cuello, pero oye los sonidos que emite; no son sollozos ni gemidos, sino algo más animal y lastimero, más aterrorizado. Lo más horrible no habrá sido el dolor, sino la sensación de que nadie la veía ni la oía.

Ahora que el tranvía se ha detenido y el incidente ha terminado, la gente que rodea a Alma empieza a cuchichear. Dicen que deberían despedir al conductor. Deberían quitarle el permiso, o lo que sea. Deberían arrestarlo. El hombre regresa y abre las puertas. Dice que todo el mundo ha de bajar del vehículo. Parece enfadado, como si fuera otro el culpable de la chica atrapada por la puerta y del griterío.

No están lejos de la parada del metro y de la tienda en la que Alma quiere hacer su compra furtiva: puede ir a pie. Mira hacia atrás en el siguiente semáforo. El conductor está junto al tranvía, con las manos en los bolsillos, hablando con un policía. La ambulancia ha desaparecido. Alma se da cuenta de que el corazón le late muy deprisa. «Así sucede en los disturbios —piensa— o en los incendios: alguien empieza a gritar y te encuentras metida en el ajo, sin saber qué pasa. Todo ocurre con gran rapidez y cierras los oídos a las peticiones de auxilio». Si la gente hubiera gritado «socorro» en lugar de «pare», ¿lo habría oído antes el conductor? De todas formas, la gente gritó y al final él se detuvo.

Alma no encuentra un equipo de gimnasia rosa de la talla de Carol, así que le compra uno malva. Eso tendrá repercusiones. Sube al metro, usando el billete de transbordo, y emprende su corto viaje a través de la oscuridad que contempla al otro lado de la ventanilla, viendo su rostro flotar en el cristal que la aísla de ella. Se ha sentado con las manos enlazadas alrededor del paquete que lleva en el regazo y empieza a examinar las manos de la gente sentada frente a ella. Últimamente lo hace a menudo: se fija en cómo son las manos, en que son casi luminosas, incluso las de los ancianos, manos nudosas con venas azules y manchas. Estos síntomas del envejecimiento ya no la asustan como un presagio de su futuro, al contrario que antes; ya no la repelen. Da igual que sean de hombres o de mujeres; las manos que está mirando ahora pertenecen a una mujer de mediana edad normal y corriente; son toscas y deformes, con las uñas mal cortadas pintadas de naranja, y aferran un bolso de cuero marrón.

A veces debe refrenar el impulso de levantarse, cruzar el pasillo, sentarse y agarrar esas manos ajenas. Se producirían malentendidos. Recuerda que se sintió así,

hace mucho tiempo, cuando volaba hacia Montreal para reunirse con Mort, que estaba en un congreso. Planeaban disfrutar luego de unas minivacaciones juntos. Alma estaba entusiasmada ante la perspectiva de la habitación de hotel, el aroma a lujo y sexo ilícito que les rodearía. Anhelaba utilizar las toallas de baño y dejarlas caer al suelo sin preocuparse de quién iba a lavarlas después. Pero el avión empezó a dar bandazos y Alma se asustó. Cuando bajó en picado, como un ascensor, agarró la mano del hombre sentado a su lado; en realidad, poco importaba a qué mano se asiera si el avión se estrellaba. De todas formas, le proporcionó una sensación de seguridad. Luego, por supuesto, él intento ligársela. Fue muy amable hasta el final. Le dijo que vendía bienes raíces.

A veces estudia las manos de Theo, dedo a dedo, uña a uña. Las frota sobre su cuerpo, se introduce los dedos en la boca, enrosca la lengua en torno a ellos. Él cree que es puro erotismo. Cree que es la única persona en cuyas manos ella piensa de esa forma.

Theo vive en un edificio alto cercano a su consultorio, en un apartamento de dos habitaciones. Al menos Alma cree que vive allí. Es donde siempre se citan, porque a Theo no le gusta ir a casa de Alma, y eso hace que se sienta un poco como una *call girl*, aunque no le desagrada. Theo todavía considera que su casa es territorio de Mort. No piensa en Alma como territorio de Mort, sino solo en la casa, del mismo modo que su propia casa, donde viven su esposa y sus tres hijos, es aún su territorio. Así la llama: «mi casa». Va allí los fines de semana, igual que Mort a casa de Alma. Esta sospecha que Theo y su esposa retozan en la cama, igual que ella y Mort, como estudiantes en las universidades de los años cincuenta, que se juraban guardar el secreto mutuamente. Ambos se dicen que Fran nunca se enterará. Alma no ha sido muy explícita sobre Theo con Mort, si bien ha insinuado que hay alguien. Eso animó a Mort. «Supongo que no tengo derecho a quejarme», dijo.

«Supongo que no», repuso Alma. Es ridículo cómo se comportan los cinco, pero a Alma le parecería igualmente ridículo no acostarse con Mort. Después de todo, es su marido. Siempre lo ha hecho. Además, la situación actual ha obrado maravillas en sus relaciones sexuales. A Alma le sienta bien ser una fruta prohibida. Nunca lo había sido.

Con todo, no quiere saber si Theo sigue acostándose con su esposa. En cierta manera, él está en su derecho, pero se pondría celosa. Por extraño que parezca, no le importa mucho lo que ocurra entre Mort y Fran. Mort ya le pertenece por completo; conoce cada pelo de su cuerpo, cada arruga, cada ritmo. Puede relajarse con él casi sin pensarlo, y complacerle no requiere ningún esfuerzo consciente. Es Theo el territorio inexplorado, es con Theo con quien ha de estar alerta, ir con cuidado, no dejarse engañar por una falsa sensación de seguridad. Theo, que a primera vista parece más amable, más considerado, más vacilante. Para Alma, Theo es un pantano,

mientras que Mort es un bosque. Ha de avanzar con cautela, preparada para retroceder. Sin embargo, se muestra posesiva con respecto a su cuerpo, más pequeño, más ligero, más nervudo que el de Mort. No quiere que otra mujer lo toque, en especial la que ha tenido más tiempo que ella para conocerlo. La última vez que vio a Theo —aquí, en el edificio de apartamentos, en cuyo blanco e impersonal vestíbulo ahora entra—, él le dijo que deseaba enseñarle algunas fotos recientes de su familia. Alma se excusó y fue al cuarto de baño. No quería ver una fotografía de la mujer de Theo, pero al mismo tiempo tuvo la sensación de que mirarla constituiría una vulneración de ambas; Theo utiliza a dos mujeres para que se anulen mutuamente. Ha llegado a pensar que ella es a la esposa de Theo lo que la novia de Mort es a ella: la usurpadora, pero también alguien que merece compasión por lo que no se le concede.

Sabe que el actual equilibrio de fuerzas no durará. Tarde o temprano, se ejercerán presiones. A los hombres no se les permitirá ir de una mujer a otra, de una casa a otra. Se levantarán barreras, se colocarán señales: QUÉDATE O LÁRGATE. Y con toda razón; sin embargo, no será Alma quien ejerza esas presiones. Le gusta la actual situación. Ha decidido que prefiere tener dos hombres en lugar de uno: eso mantiene las cosas en equilibrio. Los quiere a ambos, los desea a ambos, y esto significa que, ciertos días, no quiere ni desea a ninguno. Le ahorra angustias, la hace menos vulnerable e invita a pensar en múltiples futuros. Theo puede volver con su esposa o desear vivir con Alma. (Hace poco le hizo una pregunta inquietante —«¿Qué quieres?»—, que ella esquivó). Mort puede desear volver o decidir quedarse con Fran. Alma puede perder a los dos y quedarse sola con Carol. Este pensamiento, que en otra época la hubiera llevado al pánico y a una depresión no ajena a cuestiones económicas, no la preocupa mucho en este momento. Quiere seguir así para siempre.

Alma entra en el ascensor y sube. La ingravidez la rodea. Es un lujo; toda su vida es un lujo. Theo, que le abre la puerta, es un lujo, sobre todo su piel, suave, bien alimentada, más oscura que la suya, herencia de su parte de sangre griega, de una o dos generaciones atrás, y que huele a productos cosméticos penetrantes y dulzones. Theo la asombra, le quiere tanto que apenas puede verlo. El amor la abrasa, y abrasa las facciones de Theo, de modo que solo distingue en el apartamento escasamente iluminado un contorno, resplandeciente. No está sobre la ola, sino en su seno, cálido y fluido. Esto es lo que quiere. Ni siquiera llegan al dormitorio, sino que se derrumban sobre la alfombra de la sala de estar, donde Theo le hace el amor como si corriera tras un tren que nunca alcanzará.

Pasa el tiempo y los detalles de Theo reaparecen, un lunar aquí, una peca allá. Alma le acaricia la nuca y alza la mano para mirar a hurtadillas el reloj: ha de volver antes de que llegue Carol. No debe olvidar el equipo de gimnasia, que ha dejado tirado dentro de su bolsa de plástico al lado de la puerta, junto con el bolso y los zapatos.

—Ha sido magnífico —dice, y es cierto.

Theo sonríe, le besa la cara interna de la muñeca, que sostiene durante unos

segundos como si le tomara el pulso, recoge la combinación del suelo, se la tiende con ternura y deferencia, como si le ofreciera un ramo de flores. Como si ella fuera una dama en el dibujo de una caja de bombones. Como si ella fuera a morirse y solo él lo supiese y quisiera ocultárselo.

—Espero —dice Theo con tono jovial— que cuando esto termine no seamos enemigos.

Alma se queda helada, con la combinación a medio poner. Luego se introduce en ella una corriente de aire, un jadeo silencioso, un chillido al revés, porque se ha dado cuenta enseguida: no ha dicho «si», sino «cuando». En la cabeza de Theo hay un calendario. Durante todo este tiempo en que ella ha negado el tiempo, él ha estado contando los días, haciendo una pequeña cuenta atrás. Theo cree en la predestinación. Cree en la fatalidad. Ella debería haber sabido que, siendo una persona tan ordenada, Theo sería incapaz de soportar la anarquía para siempre. Han de salir del agua, pues, y pisar tierra firme. Ella necesitará más ropa, porque hará frío en ese lugar.

—No seas tonto —dice Alma, mientras se sube hasta la cintura el satén de imitación como si fuera una sábana—. ¿Por qué íbamos a ser enemigos?

—Suele pasar —contesta Theo.

—¿He dicho o hecho algo que te haya llevado a pensar eso? —pregunta Alma. Tal vez Theo vaya a volver con su mujer. O tal vez no, pero haya decidido que ella no le conviene, no para todos los días, no para el resto de su vida. Todavía cree que habrá una. Y ella también, pues de lo contrario no estaría tan disgustada.

—No —dice Theo, rascándose una pierna—, pero son cosas que pasan. —Deja de rascarse, la mira, de esa manera que antes ella creía sincera—. Solo quiero que sepas que te aprecio demasiado para eso.

«Aprecio». ¿Final o continuación? Como le sucede a menudo con Theo, no sabe muy bien qué está diciendo. ¿Le está expresando devoción o se ha terminado de verdad, sin que ella se diera cuenta? Está acostumbrada a pensar que en una relación como la de ambos se da todo y no se pide nada, pero quizá sea al revés. No se da nada. Nada se da por sentado. Alma se siente de repente demasiado visible, demasiado evidente. Tal vez debería volver con Mort y hundirse de nuevo en la invisibilidad.

—Yo también te aprecio —dice. Acaba de vestirse mientras él continúa estirado en el suelo, mirándola con afecto, como quien dice adiós con la mano a un barco que zarpa, sin dejar de pensar en el momento en que podrá marcharse a cenar. No le importa lo que vaya a hacer ella a continuación.

—¿Pasado mañana? —pregunta Theo, y Alma, que desea estar equivocada, le devuelve la sonrisa.

—Suplícamelo —dice.

—No se me da bien. Ya sabes lo que siento.

En otro momento, Alma ni siquiera se habría detenido a pensar en esto; habría estado segura de que él sentía lo mismo que ella. Ahora llega a la conclusión de que

es una cuestión de cortesía fingir que le comprende. O, pensándolo bien, quizá sea una excusa para que Theo nunca se vea obligado a poner las cartas sobre la mesa, a confirmar algo o a dar explicaciones.

—¿A la misma hora? —pregunta Alma.

Se abrocha el último botón. Recogerá sus zapatos en la puerta. Se arrodilla, se inclina para besarle. Entonces se produce un deslumbrante destello luminoso y Alma cae al suelo.

Cuando recobra el conocimiento, está tendida en la cama de Theo. Él está vestido (por si tuviera que llamar a una ambulancia, piensa ella), sentado a su lado, cogiéndole la mano. Esta vez no se muestra complacido.

—Creo que tienes la presión baja —dice, incapaz de achacarlo a la excitación sexual—. Deberías hacerte una revisión.

—Esta vez pensé que iba en serio —murmura Alma, que se siente aligerada, tan aligerada que la cama parece ingrávida, como si flotara en el agua.

Theo no ha comprendido el sentido de la frase.

—¿Te refieres a que hemos terminado? —pregunta, con resignación o con alegría, ella no lo sabe a ciencia cierta.

—No hemos terminado —dice Alma. Cierra los ojos; dentro de un minuto se sentirá menos aturdida, se levantará, hablará, caminará. En este preciso instante la sal se desborda detrás de sus ojos, cae como nieve, se hunde en el océano, deja atrás el coral muerto, se acumula en las ramas del árbol de sal que emerge de las dunas de cristal blanco que hay en el fondo. Diseminadas en la arena se ven las espinas de muchos pececillos. Es muy hermoso. Nadie puede destruirlo. «Cuando todo haya terminado —piensa—, aún permanecerá la sal».

La tumba del famoso poeta

Nos hemos equivocado un par de veces antes de llegar, al pasar por poblaciones que habrían podido ser aquella a la que nos dirigimos pero que no lo eran, tiendas que no orientaban y casas al borde de la carretera, sin ninguna señal. Ni siquiera al llegar estamos seguros, nos asomamos buscando un nombre, un anuncio. El autocar se detiene.

—Tiene que ser esto —digo. Tengo el mapa.

—Mejor pregúntale al conductor —dice él, que no se fía de mí.

—¿Me he equivocado alguna vez? —digo, aunque le pregunto al conductor de todas maneras.

No me he equivocado, como de costumbre, y nos apeamos.

Estamos en una calle angosta de fachadas lisas y grises, que se alzan como acantilados desde umbrales desprovistos de césped en la estrecha acera. Las casas tienen corridas las cortinas de encaje. No se ve a nadie. Por lo menos no es un señuelo para turistas. Tengo que comer, llevamos de viaje toda la mañana, pero él quiere que primero busquemos un hotel, siempre necesita una base. Justo enfrente hay un edificio con un letrero que reza HOTEL. Titubeamos en la entrada, nos alisamos el pelo, tratamos de tener un aspecto aceptable. Tras subir los escalones con nuestra maleta, rechinando los dientes, se encuentra con que la puerta está cerrada. Puede que sea un *pub*.

Confiamos en que haya otro hotel un poco más allá; andamos cuesta abajo, junto al largo muro de piedra. Cuando la acera desaparece en la esquina, cruzamos al otro lado de la carretera. Varios coches nos rebasan velozmente, como si se dirigiesen a otra población.

Al final de la cuesta, ya cerca de la playa, hay varias tiendas y una posada vetusta, cuya fachada muestra las cicatrices del tiempo. Desde el interior nos llegan música de una radio y alegre bullicio.

—Tiene pinta de ser muy familiar —digo complacida.

—¿Qué entenderán en este lugar por «posada»? —me pregunta.

Yo qué sé. Entra y vuelve a salir enseguida, decepcionado. Estoy demasiado cansada para que se me ocurra otra idea. Apenas he reparado en el castillo que queda a nuestra espalda, en lo alto de una loma que da al mar.

—No me extraña que bebiese —dice él.

—Preguntaré —digo, molesta.

Ha sido idea suya y él tendría que ser el que indagase. Pruebo en la tienda; hay mucha gente, casi todo mujeres, con pañuelos en la cabeza y cestas de la compra. Me aseguran que no hay ningún hotel. Pero una mujer me dice que su madre alquila

habitaciones; me indica dónde está la casa, mientras los demás me miran con conmiseración. Se nota a la legua que soy una turista.

Al llegar a la casa, vemos que se trata de un edificio del siglo XVIII. Es enorme, una residencia de veraneo cuando el lugar estaba de moda. Hay un discreto cartel que ofrece habitación y desayuno. Nos felicitamos por la claridad del cartel, que nos ahorra descifrar abreviaturas. La puerta está abierta; pasamos al vestíbulo y la mujer asoma por la puerta del salón, casi sobresaltada. Lleva un peinado de jovencita, estilo años cuarenta, con curiosos bucles en la frente, pero tiene el pelo gris. Se muestra simpática, casi burbujeante, y sí, tiene una habitación para nosotros. Le pregunto, en voz baja, si puede decirnos dónde está la tumba.

—Casi pueden verla desde la ventana —contesta sonriente.

Sabía que se lo íbamos a preguntar. Se ofrece a prestarnos un libro que incluye un plano con los lugares de interés y la casa donde vivió.

Saca el libro, sube corriendo por la ancha escalera cubierta por una alfombra granate, para mostrarnos la habitación. Es muy espaciosa, gélida, de techo alto, con un empapelado de estampado floral y artesonado pintado de blanco. En lugar de cortinas, las ventanas tienen postigos interiores. Hay tres camas y varios tocadores y aparadores, que parecen almacenados allí; una enorme cómoda bloquea lo que fuera una regia chimenea. Decimos que nos parece bien.

—La tumba está por ahí, en lo alto de la cuesta —dice ella, señalando hacia la ventana. Se ve la aguja de la iglesia—. Estoy segura de que les gustará.

Me cambio de ropa. Me pongo tejanos y botas mientras él se dedica a abrir y cerrar los cajones de todos los muebles de la habitación, buscando sorpresas y algo para leer. No encuentra nada y salimos.

Hacemos caso omiso de la iglesia —él comentó en una ocasión que carecía de interés— y nos encaminamos hacia el cementerio. Debe de llover mucho por aquí, porque hay hiedra por todas partes y el cementerio rebosa de hierba crecida, lozana, de un verde luminoso. Las pisadas han abierto estrechos senderos entre las lápidas. Las tumbas están bien cuidadas, la mayoría con el césped cortado y flores frescas en receptáculos que semejan coladores para el té. Hay tres ancianas con gavillas de flores en los brazos, gladiolos y crisantemos. Pasan entre las tumbas, retiran las flores marchitas y distribuyen las frescas con equidad, como azafatas. Dan por consabida nuestra presencia, sin acercársenos ni evitarnos: somos forasteros y, como tales, parte de este paisaje.

Enseguida localizamos la tumba. Como dice en el libro, es la única que tiene una cruz de madera en lugar de una lápida. La cruz está recién pintada y en la tumba hay un parterre en miniatura con rosas centifolias y begonias rojas. El fragante cestillo de oro con el que han querido festonearlas no ha prendido bien y está desmedrado. Me pregunto quién lo habrá plantado, porque sin duda no debió de ser ella. Las ancianas ya han pasado por aquí y han dejado un florero de cristal amarillento, como los que antes había en las cajas de cereales, con dalias anaranjadas y una flor rosa

desconocida. No hemos traído nada ni vamos a realizar ningún ritual. Meditamos durante un buen rato y luego vamos a sentarnos al sol, en el banco afiligranado de lo alto de la cuesta, oyendo el mugido de las vacas que pastan en el prado del otro lado de la carretera y el murmullo de las ancianas, que siguen con su trajín, encorvándose, con sus vestidos estampados agitados por la brisa.

—Pues esto no está tan mal —digo.

—Pero es triste —dice él.

Ya hemos hecho lo que hemos venido a hacer y tenemos libre el resto del día. Al cabo de un rato dejamos el cementerio y volvemos paseando por la calle mayor, cogidos de la mano, abstraídos, mirando los escaparates de las pocas tiendas que encontramos: una de antigüedades con precios excesivos, una de artesanía con cerámica y tejidos galeses, un insulso bazar donde venden de todo, incluso revistas de humor con desnudos femeninos y ejemplares de sus libros. En el escaparate, medio oculto entre *souvenirs*, copas, mapas y banderines descoloridos, tienen un retrato suyo enmarcado, una fotografía de tres cuartos de perfil. Compramos un par de helados, empalagosos y no precisamente recién hechos.

Al llegar al pie de la sinuosa cuesta decidimos ir paseando hasta su casa, que vemos desde aquí, un corriente bloque blanco a media milla de la playa pedregosa. No hay duda de que es su casa, así lo indica el mapa. Al principio no tenemos problemas, porque hay un sendero ancho y desigual, de asfalto agrietado, resto o acaso principio de una carretera. Arriba, en lo alto del arbolado acantilado, lo que queda del castillo se desmorona lentamente, una piedra al año. Los torreones ejercen una atracción irresistible sobre él. Encuentra un sendero excavado en un terraplén de puro barro, sin duda abierto por los niños.

Asciende de lado, estilo cangrejo, creando puntos de apoyo para el pie con el canto de la bota.

—¡Vamos! —me grita, ya bastante arriba.

Titubeo pero le sigo. Me tiende la mano, pero, estando en perpendicular y con tan precario estribo, temo perder el equilibrio. La rechazo y trepo agarrándome a las raíces. De haber llovido me hubiese sido imposible.

Él sigue por delante, impaciente por explorar. El túnel abierto en la maleza conduce a un boquete en el muro del castillo. Sigo sus sonidos, sus crujidos, sus sordas pisadas. Estamos en el esqueleto de un jardín, parterres con bordes de ladrillo invadidos ahora por la hierba. Salvo unos pocos rosales que tratan de mantener el orden pese al pulgón, no hay nada que llame la atención. Me inclino hacia una rosa de corola marfileña y pétalos oscurecidos en los bordes. Me siento como una usurpadora. Lo he vuelto a perder de vista, oculto por una arcada.

Lo alcanzo en el patio principal. Todo se viene abajo, las escaleras, las murallas, las almenas. Es tanto lo que se ha desmoronado que nos resulta difícil orientarnos, reconocer el trazado originario.

—Esto debió de ser la chimenea —digo—. Y esa, la puerta principal. Hemos

debido de entrar por la trasera.

Sin saber por qué, hablamos en susurros; él tira un fragmento de piedra y le digo que tenga cuidado.

Subimos por los restos de una escalera hasta la torre de homenaje. Está casi a oscuras, el suelo cubierto de tierra. Pero debe de subir bastante gente hasta aquí, porque hay un viejo saco y una prenda de ropa inidentificable. No nos quedamos mucho rato dentro, ya que me da miedo extraviarme, aunque es poco probable. Prefiero no perderlo de vista. No me hace gracia que me sorprenda de pronto asomando una mano. Además, no me fío del castillo, tengo la sensación de que se nos va a venir encima en cuanto riamos o demos un paso en falso. Pero salimos indemnes.

Pasamos bajo la puerta, con su arco todavía intacto, que da a otro patio más grande, rodeado por la muralla agrietada que hemos visto desde el exterior. Hay árboles, árboles recientes, de no más de cien años, de follaje oscuro como aguafuertes. Alguien debe de venir a segar la hierba, porque está cortada y lozana, como pelo bien cuidado. Él se echa en el suelo, me atrae a su lado y descansamos medio incorporados, apoyados en los codos, observando. Visto desde la parte delantera, el castillo parece más entero: uno puede hacerse una idea de cómo debió de ser vivir aquí en otros tiempos.

Él sigue tumbado, con los ojos cerrados, haciendo visera con la mano para protegérselos del sol. Está pálido y me doy cuenta de que también debe de estar cansado. Lo he venido considerando el causante de mi falta de energía y, por lo tanto, debería estar inmunizada.

—Me gustaría tener un castillo como este —dice.

Siempre que algo le produce admiración, quiere poseerlo. Por un instante fantaseo con la idea de que el castillo es suyo, que siempre ha vivido aquí, que tiene un féretro oculto en una cripta y que, si no tengo cuidado, quedaré atrapada y tendré que permanecer con él para siempre. Si hubiera dormido más anoche, semejante idea me habría asustado, pero la desecho y descanso boca arriba en la hierba junto a él, mirando las ramas de los árboles agitadas por el viento; los bordes de las hojas se me antojan de una transparencia cristalina, afilados por mi agotamiento.

Ladeo la cabeza para mirarle. En lugar de volverse una persona más familiar, como cabría esperar, en los últimos días me resulta más ajeno. Arrimado a mí, es territorio extraño, poros y pelo; pero no está más cerca, sino más lejos, como la luna cuando al fin has alunizado. Me separo un poco para verle mejor. Él interpreta que voy a levantarme y se estira para impedírmelo. Me besa, hunde los dientes en mi labio inferior. Cuando me duele demasiado, me aparto. Yacemos hombro con hombro, sufriendo ambos de amor no correspondido.

Esto es un intervalo, una tregua. Ambos sabemos que no puede durar, han surgido demasiadas diferencias —de opinión, decimos nosotros—, pero ha habido algo más; lo que para él significa seguridad para mí significa peligro. Hemos hablado

demasiado o no lo suficiente: para lo que tenemos que decirnos no hay lenguaje, lo hemos intentado todo. Pienso en las antiguas películas de ciencia ficción, en el ser de otra galaxia al que finalmente se encuentra tras años de señales y de peripecias, para a la postre destruirlo porque no logra hacerse entender. En realidad, más que de una tregua se trata de un descanso, esos cómicos mudos en blanco y negro que se pegan hasta desplomarse y, tras una pausa, se levantan para emprenderla de nuevo a golpes. Nos amamos, eso es cierto, signifique lo que signifique, pero no nos amamos bien; para algunos es un talento, para otros solo una adicción. Me pregunto si venía gente aquí cuando él vivía.

Sin embargo, en este preciso instante no hay amor ni rabia, no hay resentimiento, es un aplazamiento, incluso del temor, como aguardar en la sala de espera del dentista. Pero no quiero que él muera. No siento nada, pero me concentro; me gustaría que existiese la versión que algunos tienen de Dios, ahora mismo, en el césped desierto de este castillo cuyo nombre ignoramos, en esta población extranjera en la que estamos porque para él los muertos son más reales que los vivos. A pesar de los errores, quiero que todo siga tal cual. Quiero aferrarme a ello.

Se sienta: ha oído voces. Dos niñas con cestas colgadas del brazo, como si fuesen de excursión o a jugar, han entrado en el recinto y se encaminan hacia el castillo. Nos miran con curiosidad y concluyen que somos inofensivos.

—Vamos a jugar en la torre —propone una.

Echan a correr y desaparecen tras los muros. Para ellas el castillo es algo tan corriente como un patio.

Él se levanta y se sacude la hierba. No hemos visitado la casa, pero aún tenemos tiempo. Encontramos el boquete del muro por el que hemos entrado, el sendero, la pendiente que conduce hasta el nivel del mar. El sol se ha desplazado, el verdor se adensa tras nosotros.

La casa está más lejos de lo que parecía desde el pueblo. Al llegar al final del camino proseguimos por la playa pedregosa. Hay bajamar. La enorme bahía se extiende hasta donde alcanza la vista, un uniforme llano lodoso sin más accidente que un río legamoso que discurre junto a nosotros. La parte seca se estrecha y desaparece, estamos más abajo de la línea de la marea, gateando por rocas resbaladizas de un marrón purpúreo o chapoteando por un fango denso, como crema cuajada. A nuestro alrededor se oye un extraño sonido penetrante: el del barro al secarse al sol. Hay gaviotas y el viento comba los macilentos juncos de los bajíos.

—¿Cómo demonios se las arreglaba para desplazarse? —pregunta él—. Imagina lo que debe de ser andar por aquí de noche y borracho.

—Debe de haber un buen camino por el otro lado —aventuro.

Al fin llegamos a la casa. Como todo lo demás aquí, tiene un muro. Este ejerce de rompeolas de la marea alta. La casa propiamente dicha se alza sobre pilotes, está encajada en el acantilado, es de piedra pintada, con un porche de dos pisos, de barandillas altas y frágiles. Lleva muchos años deshabitada; una de las ventanas está

rota y se han desprendido varios balaustres. El patio está lleno de maleza, aunque probablemente siempre lo estuvo. Me siento en lo alto del muro y balanceo las piernas mientras él va a echar un vistazo, mira las ventanas, el retrete, que es exterior y está abierto, el cobertizo que probablemente se utilizó para guardar una barca. No me apetece ver nada. Las tumbas están ocultas, el castillo tan ruinoso que es como un árbol o una piedra, pero la casa es demasiado reciente, en parte sigue viva. Si mirase por la ventana, vería una mesa con platos por retirar, una colilla recién apagada o una chaqueta acabada de colgar. O acaso un plato roto, pues por lo visto tenían acaloradas peleas. Ella nunca viene y comprendo por qué. Él no hubiera querido que estuviese aquí sola.

Él comprueba la resistencia de la barandilla del porche de arriba; trata de auparse a pulso, sujeto al barandal inferior.

—No lo hagas —le digo con tono cansino.

—¿Por qué no? Quiero ver el otro lado.

—Porque te caerás y no quiero tener que recogerte con una cucharilla de entre las rocas.

—Bobadas.

¿Cómo se las compuso ella? Desvío la mirada, no quiero verlo. Sería un gran esfuerzo tener que explicar a la policía qué hacía yo aquí, por qué le dio por encaramarse y cayó. Debería ser más considerado. Pero, por una vez, se lo piensa mejor.

Descubrimos otro camino, que discurre paralelo a la playa y enlaza con un sendero asfaltado junto a una pulcra casita habitada. ¿Nos habrán visto llegar? ¿Se preguntarán quiénes somos? La carretera que hay más allá está pavimentada. Un cartel con el nombre del poeta está sujeto con alambre a la valla de protección.

—De buena gana me llevaría ese cartel —dice.

Nos detenemos para ver la casa desde arriba. Una mujer mayor, con guantes y sombrero de fiesta campestre, habla con una pareja de ancianos.

—Era muy reservado —les dice—. Nadie de por aquí llegó a conocerlo a fondo.

Y a continuación detalla las cantidades que se han llegado a ofrecer por la casa: los estadounidenses querían comprarla y trasladarla en barco, les cuenta, pero el pueblo no lo permitiría.

Nos dirigimos hacia nuestro alojamiento, y a mitad de camino nos sentamos en un banco a limpiarnos el barro de las botas, que se pega como el arrope. Me recuesto. No estoy segura de que pueda llegar a la casa, porque las reservas que mi cuerpo haya podido acumular están casi agotadas. Oigo con dificultad y me cuesta respirar.

Se inclina hacia mí para besarme, pero no quiero. No estoy tranquila, estoy irritada, me escuece la piel, pienso en casos clínicos: esposas abnegadas que se vuelven cleptómanas dos veces al mes; la madre que tiró a su bebé en la nieve, según el *Reader's Digest*, tenía un trastorno hormonal; el amor es pura química. Quiero que termine esta larga y abrasiva competencia por conseguir el papel de víctima; antes

importaba que terminase bien, con elegancia, pero ahora no. Uno de los dos debería levantarse del banco, estrechar al otro la mano y marcharse, me da igual quién sea el último, prescindiríamos de las recriminaciones, la lista de cargos, la reivindicación de las pertenencias, tu llave, mi libro. Pero no será así, tendremos que trabajárnoslo, pese a lo tedioso y predeterminado que resulta. Lo que me contiene es una pasiva curiosidad. Es como una tragedia isabelina o una película de miedo. Sé quiénes morirán, pero no cómo. Tomo su mano y le acaricio suavemente el dorso; el fino vello se me antoja lija al rozarme la yema de los dedos.

Habíamos pensado cambiarnos de ropa y salir a cenar, son casi las seis, pero al llegar a la habitación solo tengo ánimos para quitarme las botas. Luego, sin desvestirme, repto hacia el enorme y chirriante lecho, más frío que las gachas y blando como una hamaca. Floto unos instantes en el ancho cielo bajo mis párpados, caída libre, hasta que el sueño asciende para fundirse conmigo como la tierra.

Me despierto en plena oscuridad. Recuerdo dónde estoy. Él está a mi lado, pero no parece estar bajo las mantas, sino envuelto en la colcha. Salgo sigilosamente de la cama, voy a tientas hasta la ventana y abro un postigo de madera. Fuera está casi tan oscuro como dentro, no hay farolas, pero forzando mucho la vista logro ver la hora en mi reloj: son las dos de la madrugada. He dormido mis ocho horas y mi cuerpo cree que ha llegado el momento de desayunar. Reparo en que sigo vestida, me desnudo y vuelvo a la cama, pero mi estómago no está dispuesto a dejarme dormir. Titubeo, pero pienso que no voy a molestarlo demasiado y enciendo la lamparilla de noche. En el tocador hay una bolsa de papel arrugada; dentro hay una tarta galesa, un bizcocho blanco y suave con pasas. La compré ayer cerca de la estación de tren, tras preguntar en las panaderías atestadas de bollos ingleses y repostería francesa, tras vagar por las calles en una estúpida búsqueda de color local que casi nos hace perder el autocar. En realidad compré dos tartas. Ayer me comí la mía y esta es la suya, pero me da igual. La saco de la bolsa y la devoro.

Me veo extrañamente hinchada en el espejo, como si me hubiese ahogado, con cárdenas ojeras y desgreñada como una muñeca de segunda mano; una marca que parece una cicatriz surca en diagonal la mejilla del lado del que he dormido. Eso es lo que pasa. Calculo las semanas, los meses, que tardaré en recuperarme. Aire fresco, buena alimentación y mucho sol.

Tenemos muy poco tiempo y él sigue acostado, hecho un ovillo, no mueve un músculo. Pienso en despertarlo, quiero hacer el amor, quiero todo lo que quede, porque queda muy poco. Pienso en lo que hará cuando yo haya terminado y no lo puedo soportar; quizá debería matarlo, es una idea novelesca, muy melodramática. Pese a ello, miro alrededor de la habitación en busca de un instrumento contundente; no hay nada más que la lámpara de la mesita de noche, una grotesca ninfa de los bosques con tetas metálicas y una bombilla que emerge de su cabeza. No podría

matar a nadie con eso. De modo que opto por cepillarme los dientes, preguntándome si descubrirá alguna vez lo cerca que ha estado de ser asesinado, resuelta —eso sí— a no plantar nunca más flores para él, a no volver nunca, y me deslizo entre los gélidos surcos y cráteres del lecho. Quisiera ver amanecer, pero el sueño me vence y me lo pierdo.

El desayuno, cuando al fin llega, resulta mediocre, pero decoroso, con mantel y servilletas de hilo remendado y servicio de plata, aunque abollada. Desayunamos en un desvencijado comedor de decoración recargada, con una enorme repisa de chimenea en la que no hay más que cockers spaniel de porcelana y fotos familiares coloreadas. Ya nos hemos cepillado los dientes y peinado, y estamos vestidos. Hablamos en voz baja.

El desayuno es el habitual: té y tostadas, huevos fritos con beicon y el inevitable tomate asado. Nos lo sirve otra mujer, también de pelo gris, pero con una permanente ondulada y los labios pintados de rojo. Desplegamos el mapa y trazamos el itinerario de regreso. Como es domingo y hasta después de la una no habrá coche de línea para ir a la estación de tren más cercana, quizá tengamos problemas para marcharnos.

A él no le gustan los huevos fritos y le han puesto dos. Me como uno y le digo que trocee el otro para que parezca que por lo menos lo ha tocado, solo por cortesía. Me está agradecido, sabe que lo cuido, posa un instante la mano sobre la mía; con la otra coge el tenedor. Nos contamos nuestros sueños: el suyo, de hombres con brazaletes y yo en una jaula hecha de huesos frágiles como astillas; el mío, de escapar en invierno a través de un sembrado.

En el último momento decido comerme su tomate asado y nos marchamos.

De nuevo en la habitación, hacemos el equipaje. O, mejor dicho, lo hago yo mientras él se queda echado en la cama.

—¿Qué vamos a hacer hasta que salga el autocar? —pregunta.

Levantarse tan temprano lo trastorna.

—Dar un paseo —propongo.

—Ya paseamos ayer.

Me doy la vuelta y veo que me tiende los brazos, quiere que me eche a su lado. Lo hago y me da un beso superficial, a modo de prólogo, y empieza a desabrocharme los botones. Utiliza solo la mano izquierda, tiene la derecha debajo de mí. No se apaña. Me levanto y me quito a regañadientes la ropa que acabo de ponerme. Toca sexo; anoche se lo saltó.

Me coge y me tira sobre las sábanas revueltas. Me pongo tensa. Se echa encima de mí con la urgencia utilitaria de quien corre para no perder el tren, pero es más que eso, es diferente, me muerde la boca, esta vez me hará sangrar si sigue apretando. Lo

atraigo hacia mí para que me penetre, pero por primera vez siento que es solo carne, solo un cuerpo, una hermosa máquina, un cadáver animado, que ya no lo alberga; lo deseo muchísimo y no está. Los muelles del colchón gimen.

—Lo siento —dice.

—No importa.

—No, joder, de verdad que lo siento. No me gusta que sea así.

—No importa —repito.

Contemporizo, distanciándolo. Está de nuevo en la casa desierta, de nuevo echado en la hierba, de nuevo en el cementerio, de pie al sol mirando hacia abajo, pensando en su propia muerte.

—Será mejor que nos levantemos —digo—. Puede que quieran hacer ya la habitación.

Estamos aguardando el autocar. En la tienda me engañaron, porque sí hay un hotel. Ahora lo veo, está justo a la vuelta de la esquina. Ya hemos tenido nuestra discusión, nuestra riña, nuestra pelea, con la que ya contábamos. Ha sido rutinaria, casi insignificante, sin más importancia que el hecho de que es la última. Carga con el peso de todas las demás. Cosas más gordas nos hemos dicho, y nos las perdonamos solo en apariencia. De haber dos autocares, nos separaríamos ya. Pero, como no es así, aguardamos juntos, a prudente distancia.

Nos queda otra media hora.

—Vayamos a la playa —digo—. Desde allí veremos llegar el autocar. Primero tiene que pasar por el otro lado.

Cruzo la carretera y él me sigue a escasa distancia.

Hay un muro bajo; me encaramo y me siento. Está erizado de láminas de piedra quebrada, probablemente es pedernal, y de conchas descoloridas del tamaño de una uña. Sé exactamente qué son porque las vi en el museo hace dos días. Él se recuesta en el muro cerca de mí, mordisqueando un cigarrillo. Decimos lo que tenemos que decir en tono pausado, familiar, hablamos de cómo regresaremos, de los trenes que podemos coger. No creía que se produjese tan pronto.

Al cabo de un rato mira el reloj y se aleja de mí, hacia el mar, sus botas crujen sobre las conchas y los guijarros. Al llegar al cañaveral de la orilla se detiene, de espaldas a mí, una rodilla ligeramente doblada. Se sujeta los hombros, envuelto en su ropa como en una capa, se desata la tormenta, su capa se agita, las gruesas botas de piel brotan piernas arriba, empuña una espada y presenta armas. Echa la cabeza hacia atrás, coraje, los afrontará en solitario. Relampaguea. Adelante.

Ojalá pudiese yo hacerlo tan rápidamente. Me siento tranquila, no demasiado segura de haber sobrevivido, las palabras que nos hemos arrojado mutuamente yacen esparcidas en fragmentos a mi alrededor, solidificadas. Es la pausa previa al fin del mundo; ¿cómo se comporta uno? El hombre que dijo que seguiría cuidando su

huerto, ¿tiene eso algún sentido para mí? Lo tendría si solo fuese un pequeño fin, el mío. Pero no estamos más condenados que cualquier otra cosa, ya muerta, de un momento a otro se evaporará la bahía, las lomas de tierra adentro volarán por los aires y el espacio que media se plegará y se esfumará. En el cementerio las tumbas se abrirán para dejar al descubierto los cráneos abombados, su cruz de madera arderá como un fósforo, su casa se desmoronará, cartón y madera, no más lenguaje. Él se revelará en pie, la historia se alejará de él uniformemente acelerada, las versiones de él que me forjé y utilicé quedarán reducidas a lo que en realidad es durante un postrer instante, antes de que se inflame y desaparezca. Sin duda deberíamos abrazarnos, absolviéndonos, arrepintiéndonos, despidiéndonos el uno del otro, de todo, puesto que nunca volveremos a encontrarlo.

Por encima de nosotros las gaviotas evolucionan, planean, llorando como cachorrillos que se ahogaran o ángeles desconsolados. Tienen negro el contorno de los ojos; son de una nueva variedad, nunca las había visto. Baja la marea. El fresco y mojado légamo resplandece al sol, millas adentro, un liso campo de cristal inmaculado, oro puro. Su silueta se recorta en él: una forma oscura, sin rostro, la luz prendida al nimbo de su pelo.

Me aparto y me miro las manos. Están cubiertas de polvo grisáceo. He estado excavando entre las conchas, recogiéndolas. Alineo unas cuantas, formo un cuadrado, cada concha blanca montada sobre la contigua. En el recuadro hinco los fragmentos de pedernal en hileras ordenadas, como dientes, como flores.

Vejez

Consejos para sobrevivir en la naturaleza

Prue ha doblado dos pañuelos rojos en sendos triángulos y los ha anudado entre sí por una esquina. Lleva el otro par de esquinas atado a la espalda, y el tercero alrededor del cuello. Se ha cubierto la cabeza con otro pañuelo, este azul, y se hecho un pequeño nudo marinero en la parte delantera. Ahora se pavonea a lo largo del muelle con su improvisada blusa sin mangas y los anchos pantalones cortos, las gafas de sol con montura de plástico blanco y las sandalias de plataforma.

—Es el *look* de los años cuarenta —le dice a George, con la mano en la cintura, haciendo una pirueta—. Rosie la Remachadora. De cuando la guerra. ¿Te acuerdas de ella?

George, que en realidad no se llama George, no se acuerda. Se pasó los años cuarenta rebuscando en los cubos de la basura y mendigando y haciendo otras cosas inadecuadas para un niño. Conserva un recuerdo borroso de una estrella de cine que posaba en un calendario hecho jirones en la pared de una letrina. Quizá sea esa a la que se refiere Prue. Recuerda por un instante el intenso resentimiento que le provocaban la sonrisa alegre e ignorante, el cuerpo bien alimentado. Un par de colegas le ayudaron a destrozarla con la hoja oxidada de un cuchillo de cocina que habían encontrado entre la basura. No se le ocurre contarle nada de todo eso a Prue.

George está sentado en una tumbona de lona de rayas verdes y blancas, leyendo el *Financial Post* y bebiendo un *whisky*. El cenicero que tiene al lado está a rebosar de colillas: muchas mujeres han intentado que deje el tabaco; muchas han fracasado. Mira a Prue desde detrás del periódico y le dirige su sonrisa zorruna. Es una sonrisa que esboza con el cigarrillo sujeto en el centro de la boca: a ambos lados, los labios se curvan y dejan a la vista los dientes. Tiene los caninos largos, que milagrosamente todavía son los suyos.

—Tú aún no habías nacido —dice. No es cierto, pero nunca desaprovecha la oportunidad de dedicar un cumplido cuando tiene alguno a mano. ¿Qué le cuesta? Ni un centavo, y eso es algo que los hombres de este país jamás han entendido. El vientre bronceado de Prue le queda a la altura de la cara; todavía lo tiene firme, flexible y cimbreante. A esa edad, la madre de George se había reblandecido: carnes flácidas y aterciopeladas, como una ciruela vieja. Hoy día comen muchas verduras, hacen ejercicio, duran más.

Prue se baja las gafas de sol hasta la punta de la nariz y lo mira por encima de la montura de plástico.

—George, eres un desvergonzado —dice—. Siempre lo has sido. —Le dedica una sonrisa inocente, una sonrisa pícara, una sonrisa que encierra una pizca de auténtica

maldad. Es una sonrisa que oscila como una mancha de gasolina en el agua, brillante, de tono cambiante.

Esta sonrisa de Prue fue la primera cosa interesante con la que se tropezó George al llegar a Toronto a finales de los cincuenta. Fue en una fiesta organizada por un promotor inmobiliario que tenía contactos en la Europa del Este. Le habían invitado porque a los refugiados húngaros se les consideraba dignos de atención en aquella época, justo después del levantamiento. George era entonces joven, delgado como una serpiente, con una cicatriz encima de un ojo que le daba un aspecto peligroso y unas cuantas historias pintorescas. Un artículo de colección. Prue estaba allí con un vestido negro de escote palabra de honor. Alzó la copa hacia él, lo miró por encima del borde y enarboló su sonrisa como una bandera.

La sonrisa sigue siendo una invitación, pero no es algo a lo que George piense dar curso…, no aquí, no ahora. Más adelante, en la ciudad, quizá. Pero este lago, esta península, el mismo Wacousta Lodge, son su refugio, su monasterio, su territorio sagrado. Aquí no va a permitirse la menor contravención.

—¿Cómo es que no puedes aceptar un regalo? —dice George. El humo se le mete en los ojos. Los entrecierra—. Si fuera más joven, me arrodillaría. Te besaría las manos. Créeme.

Prue, que le ha visto hacer esas cosas en tiempos más impetuosos, da media vuelta.

—Es hora de comer —dice—. Es lo que he venido a decirte. —Ha oído la negativa de George.

Él mira sus pantalones cortos blancos y los muslos todavía torneados —pero salpicados levemente de hoyuelos de grasa—, y los ve aparecer y desaparecer bajo la clara luz del sol, pasar junto al cobertizo de los botes, avanzar por el sendero de piedra y subir por la colina hasta la casa. Desde allí suena una campana: la campana que anuncia el almuerzo. Por una vez en su vida, Prue está diciendo la verdad.

George echa una ojeada al periódico. En Quebec se habla de separatismo; hay mohawks tras las barricadas cerca de Montreal y la gente les tira piedras; se dice que el país se desintegra. George no está preocupado: ha estado antes en países que se desintegraban. Puede haber oportunidades. En cuanto al jaleo que arma aquí la gente por la cuestión del idioma, no lo entiende. ¿Qué es una segunda lengua, o una tercera, o una cuarta? George, sin ir más lejos, habla cinco, contando el ruso, lo que preferiría no hacer. En cuanto a lo de tirar piedras, es típico. No son bombas, no son balas: solo piedras. Aquí hasta el alboroto es silencioso.

Se rasca la tripa por debajo de la camisa holgada. Últimamente se le ha ensanchado demasiado la cintura. Apaga el cigarrillo, apura el *whisky* y se levanta de la tumbona. Con cuidado, la pliega y la guarda en el cobertizo de los botes: podría levantarse viento y la tumbona podría acabar navegando en el lago. George trata las

posesiones y los rituales de Wacousta Lodge con una ternura, con una reverencia, que desconcertaría a quienes solo lo han visto en la ciudad. A pesar de lo que algunos llamarían prácticas empresariales poco ortodoxas, en ciertos aspectos es un hombre conservador: adora las tradiciones. Aunque no abundan en este país, él las reconoce en cuanto las ve y les rinde homenaje. Las tumbonas son aquí lo que los escudos de armas en otros sitios.

Mientras sube por la colina, más despacio que en el pasado, oye que alguien corta leña detrás del ala de la cocina. Oye un camión que pasa por la autopista que bordea el lago; oye el viento entre los pinos blancos. Oye un colimbo. Recuerda la primera vez que oyó uno y se abraza a sí mismo. Las cosas le han ido bien.

Wacousta Lodge es una estructura amplia y rectangular de una planta, con paredes de tablones y listones verticales manchados de un marrón rojizo oscuro. La construyó a principios del siglo pasado el bisabuelo de la familia, que amasó una fortuna con el ferrocarril. Incluyó una habitación para la criada y otra para la cocinera en la parte posterior, aunque nunca se ha animado a ninguna cocinera ni a ninguna criada a alojarse en ellas, al menos que George sepa, y desde luego no en los últimos años. El rostro del bisabuelo, con bigotes de morsa, hosco y ceñudo sobre el estrangulamiento del cuello duro de la camisa, cuelga en un marco ovalado en el aseo, que alberga tan solo un lavabo y un aguamanil. George recuerda una bañera de cinc, pero ya la han jubilado. Los baños tienen lugar en el lago. Para lo demás, hay un retrete fuera de la casa, discretamente ubicado detrás de un macizo de píceas.

«La cantidad de cuerpos desnudos y medio desnudos que habrá visto el viejo durante todos estos años —piensa George mientras se enjabona las manos—. Y menudo rechazo deben de haberle provocado». Al menos el viejo se ha librado de la condena de tener que usar el retrete exterior: sería demasiado para él. Al salir, George dedica al bisabuelo una leve inclinación supersticiosa, al estilo japonés. Siempre lo hace. La presencia de este ceñudo tótem ancestral es uno de los motivos por los que se comporta, más o menos, aquí.

La mesa del almuerzo está puesta en la amplia galería cerrada de la parte delantera de la casa, que da al lago. Prue no está sentada a la mesa, pero sí lo están sus dos hermanas: Pamela, la mayor, de rostro seco, y la blanda Portia, la menor de las tres y esposa de George. También está Roland, el hermano: corpulento, rechoncho y con una calva incipiente. George, que no siente ninguna simpatía hacia los hombres en situaciones puramente sociales porque son pocas las formas en que puede manipularlos, saluda a Roland con una inclinación cortés de la cabeza y dirige toda la fuerza de su sonrisa lobuna a las dos mujeres. Pamela, que desconfía de él, se yergue y finge no haberlo visto. Portia le sonríe. Es una sonrisa tenue y melancólica, como si

George fuera una nube. Roland no le hace ningún caso, aunque no de forma deliberada, porque Roland tiene la vida interior de un árbol, o probablemente de un tocón. George nunca sabe lo que piensa Roland, ni siquiera si piensa.

—¿No te parece que hace un tiempo maravilloso? —le pregunta George a Pamela. Con los años ha aprendido que aquí el tiempo es el tema adecuado para iniciar cualquier conversación. Pamela está demasiado bien educada para negar una respuesta a una pregunta directa.

—Para quien le gusten las postales —dice ella—. Al menos no nieva. —Hace poco la han nombrado «decana de mujeres», un título que George todavía no ha conseguido entender del todo. El diccionario Oxford le ha informado de que un decano puede ser el jefe de diez monjes en un monasterio, o «según el tr. med. L. *decanus*, aplicado al *teoðing-ealdor*, el jefe de un *tenmannetale*». Casi todo lo que dice Pamela suena así: incomprensible, aunque quizá, si se estudia, resulte que significa algo.

A George le gustaría acostarse con Pamela, no porque sea hermosa —es demasiado rectilínea y plana para su gusto, carece de trasero y tiene el pelo del color de la hierba seca—, sino porque nunca lo ha hecho. También quiere saber qué diría ella. Su interés por Pamela es antropológico. O quizá geológico: habría que escalarla, como un glaciar.

—¿Has disfrutado de la lectura? —le pregunta Portia—. Espero que no te haya quemado el sol. ¿Novedades?

—Si se les puede llamar novedades —dice Pamela—. Ese periódico es de hace una semana. ¿Por qué decimos «novedades»? ¿Por qué no «antigüedades»?

—A George le gustan las cosas viejas —interviene Prue, que ha aparecido con una fuente de comida. Se ha puesto una camisa blanca de hombre encima del conjunto de pañuelos, pero no se la ha abrochado—. Afortunadamente para nosotras, las señoras, ¿eh? A comer, todo el mundo. Son sándwiches de queso y chutney para chuparse los dedos y sardinas de rechupete. ¿George? ¿Cerveza o lluvia ácida?

George se toma una cerveza y come y sonríe, come y sonríe, mientras la familia habla a su alrededor, todos salvo Roland, que absorbe sus nutrientes en silencio, mirando el lago entre los árboles, con los ojos inmóviles. A George le parece a veces que Roland puede cambiar ligeramente de color para fundirse con su entorno; a diferencia de él, que está condenado a destacar.

Pamela se queja una vez más de las aves disecadas. Son tres y están cubiertas con campanas de cristal en el salón: un pato, un colimbo y un urogallo. Fueron la brillante idea del abuelo y debían armonizar con el estilo decorativo general del pabellón: la raída alfombra de piel de oso, con zarpas y cabeza incluidas; la canoa de corteza de abedul en miniatura sobre la repisa de la chimenea; las raquetas de nieve, agrietadas y resecas, entrecruzadas sobre la chimenea; la manta de la bahía de Hudson clavada a la pared y plagada de polillas. Pamela está segura de que las aves disecadas también tendrán polillas.

—Seguro que tienen un mar de gusanos dentro —dice, y George intenta imaginar cómo debe de ser un mar de gusanos. Son esos saltos metafóricos de Pamela y sus enmarañadas construcciones verbales lo que le confunden.

—Están herméticamente selladas —señala Prue—. Ya sabes: no entra ni sale nada. Como las monjas.

—No seas asquerosa —dice Pamela—. Deberíamos examinarlas para ver si tienen deposiciones.

—¿A las monjas? —pregunta Prue.

—¿Qué es una deposición? —pregunta George.

—Un excremento de gusano —responde Pamela sin mirarlo—. Podríamos liofilizarlos.

—¿Funcionaría? —dice Prue.

Prue, que en la ciudad está siempre a la cabeza de las modas —la primera cocina blanca, el primer par de hombreras gigantescas, el primer traje pantalón de cuero han sido los suyos—, se muestra aquí tan reacia al cambio como los demás. Quiere que todo lo que hay en esta península siga exactamente como está. Y así sigue, aunque con un gradual declive hacia el abandono. Sin embargo, a George no le importa el abandono. Wacousta Lodge es una pequeña porción del pasado, de un pasado ajeno. Se siente privilegiado.

Pasa una lancha, una de esas veloces con casco de plástico, demasiado cerca. Hasta Roland da un respingo. La estela empuja el agua contra el muelle.

—Las odio —dice Portia, que no ha mostrado mucho interés en la cuestión de los pájaros disecados—. ¿Otro sándwich, querido?

—Durante la guerra esto era muy tranquilo, una auténtica delicia —afirma Pamela—. Tendrías que haber estado aquí, George. —Lo dice con tono acusador, como si él tuviera la culpa de no haber estado allí—. Apenas había lanchas debido al racionamiento de fuel. Más canoas. Claro que en aquella época aún no habían construido la carretera. Solo estaba el tren. Me pregunto por qué se dice «líneas de pensamiento» y no «vías de pensamiento».

—Y botes de remo —apunta Prue—. Creo que habría que coger a todos esos de las lanchas y pegarles un tiro. Al menos a los que van demasiado deprisa. —Ella misma conduce como una loca, pero solo en tierra.

George, que ha visto cómo cogían y pegaban un tiro a mucha gente, aunque no por conducir lanchas, sonríe y se sirve una sardina. Él mismo mató a tres hombres, aunque solo en el caso de dos era estrictamente necesario. Al tercero lo eliminó por precaución. Todavía se siente incómodo al recordarlo, al pensar en el que posiblemente fuera inofensivo, con sus ojos inocentes de informador y la pechera de la camisa manchada de sangre. Sin embargo, no tendría mucho sentido mencionar eso durante el almuerzo o en cualquier otro momento. George no desea sobresaltar a nadie.

Fue Prue quien lo trajo al norte, quien lo trajo aquí durante su romance, el

primero. (¿Cuántos romances han tenido? ¿Pueden separarse o son en realidad un largo romance con interrupciones, como una ristra de salchichas? Las interrupciones han sido los matrimonios de Prue, que nunca han durado mucho, posiblemente porque era monógama mientras duraban. George sabía cuándo un matrimonio se acercaba a su fin: sonaba el teléfono de su oficina y era Prue, que decía: «George, no puedo más. Me he portado muy bien, pero no puedo seguir. Entra en el baño cuando me estoy pasando el hilo dental. Me muero de ganas de estar en un ascensor contigo, atrapados entre dos plantas. Dime algo sucio. Odio el amor, ¿tú no?»).

La primera vez que George estuvo aquí llegó encadenado, siguiendo a rastras la estela de Prue, como un bárbaro en un paseo triunfal romano. Una captura sin duda, y también un ultraje deliberado. Se esperaba que alarmara a la familia de Prue, y así ocurrió, aunque no fue a propósito. Su inglés no era bueno, llevaba el pelo demasiado brillante, la puntera de los zapatos demasiado fina, la ropa demasiado bien planchada. Llevaba gafas oscuras, saludaba dando un beso en la mano. La madre de Prue todavía vivía, pero el padre no, de modo que había cuatro mujeres alineadas contra él, sin la menor ayuda por parte del impenetrable Roland.

—Mamá, este es George —dijo Prue en el muelle, donde estaban todos sentados en sus ancestrales tumbonas, las hijas en bañador y con la camisa encima, la madre con rayas de color pastel—. No es su verdadero nombre, pero es más fácil de pronunciar. Ha venido a ver animales salvajes.

George se inclinó para besar la mano de la madre, salpicada de manchas provocadas por el sol, y se le cayeron las gafas oscuras al lago. La madre dejó escapar unos murmullos de pesadumbre, Prue se rio de él, Roland no le hizo el menor caso y Pamela se apartó indignada. En cambio, Portia —la encantadora, la menuda Portia, con sus ojos de terciopelo— se quitó la camisa sin pronunciar una sola palabra y se zambulló en el lago. Recuperó las gafas, sonrió tímidamente y se las entregó desde el agua; el cabello goteaba sobre sus pequeños pechos, como los de una náyade de una fuente de estilo art nouveau, y George supo en ese momento que se casaría con ella. Una mujer gentil, con tacto y de pocas palabras, que sería cariñosa con él, que lo encubriría; que recogería lo que se le cayera.

Por la tarde, Prue lo llevó a remar en una de las canoas recubiertas de lona con filtraciones que se guardaban en el cobertizo de los botes. George se sentó delante y, mientras clavaba ineptamente el remo en el agua, pensaba en cómo podría lograr que Portia se casara con él. Prue atracó en un cabo rocoso y lo condujo entre los árboles. Quería que George le hiciera el amor de aquella manera violenta, disoluta y extraña que tenía, sobre el liquen y las agujas de los pinos. Quería infringir un tabú familiar. Lo que se proponía era un sacrilegio: para él estaba claro. Pero George ya había ideado su plan de ataque, de modo que la disuadió. No quería profanar Wacousta Lodge: quería casarse con el lugar.

Esa noche, durante la cena, descuidó a las tres hijas y se centró en la madre. La madre era la guardiana; la madre era la llave. A pesar de su deficiente vocabulario, podía ser irresistiblemente encantador, tal como Prue había anunciado a todos mientras tomaban la sopa de fideos con pollo.

—Wacousta Lodge —le dijo George a la madre, inclinando hacia ella su cicatriz y sus ojos brillantes de merodeador a la luz de la lámpara de queroseno—. Qué romántico. ¿Es el nombre de una tribu india?

Prue se rio.

—Es el nombre de un libro estúpido —respondió—. Al bisabuelo le gustaba porque lo escribió un general.

—Un comandante —la corrigió Pamela con severidad—. En el siglo diecinueve. El comandante Richardson.

—Ah —dijo George, y añadió el dato a su creciente alijo de tradiciones locales. ¡Así que había libros aquí, y casas que llevaban sus títulos! Había mucha gente susceptible en lo referente a sus libros; le convendría mostrar algún interés. En cualquier caso, estaba interesado de verdad. Sin embargo, cuando preguntó cuál era el tema de ese libro en particular, resultó que ninguna de las mujeres lo había leído.

—Yo sí lo he leído —intervino Roland inesperadamente.

—¿Ah, sí? —preguntó George.

—Trata sobre la guerra.

—Está en la estantería del salón —dijo la madre con indiferencia—. Después de cenar puede hojearlo si tan fascinado está.

Había sido la madre (según aclaró Prue) la culpable de que los nombres de sus hijas comenzaran por la misma consonante. Era una mujer caprichosa, aunque no sádica; simplemente pertenecía a una época en que los padres actuaban así: daban a sus hijos nombres que concordaran, como si los hubieran sacado del abecedario. La cabra, la cobra, el conejo. Mary y Marjorie Murchison. David y Darlene Daly. Ya nadie hacía eso. Por supuesto, la madre no se contentó con los nombres, sino que los transformó en diminutivos: Pam, Prue y Porsh. El de Prue es el único que se ha mantenido. Pamela es ahora demasiado digna para el suyo, y Portia dice que tiene bastante con que la confundan con un coche y que por qué no puede ser simplemente una inicial.

Roland quedó fuera del grupo por insistencia del padre. Según Prue, Roland siempre ha estado molesto por ello. «¿Y tú cómo lo sabes?», le preguntó George pasándole la lengua alrededor del ombligo. Prue estaba tumbada en enaguas sobre la alfombra china del despacho de George, fumando un cigarrillo y rodeada de los papeles que habían caído del escritorio durante la refriega inicial. Se había asegurado de no cerrar la puerta con llave: le gustaba el riesgo de una posible intromisión, preferentemente de la secretaria de George, quien sospechaba que era su competidora. ¿Qué secretaria y cuándo fue eso? Los papeles esparcidos por el suelo eran parte de un plan de absorción empresarial: el grupo Adams. Así es como George

sitúa los diversos episodios con Prue: recordando en qué otros tejemanejes andaba metido en ese momento. Había amasado su fortuna deprisa, y después había amasado más. Resultó mucho más fácil de lo que había imaginado; había sido como arponear peces a la luz de una lámpara. Esa gente era confiada y relajada, y enseguida se avergonzaba ante la menor insinuación de su intolerancia o su falta de hospitalidad con los forasteros. No estaban preparados para George. Él se había sentido feliz como un misionero entre los hawaianos. Bastaba un atisbo de oposición para que exagerara su acento y se refiriera quejumbrosamente a las atrocidades del comunismo. Primero demuestra tu superioridad moral y luego coge lo que puedas.

Tras esa primera cena, pasaron todos al salón, cada uno con su taza de café. También allí había lámparas de queroseno, antiguas, con pantallas esféricas. Prue tomó flagrantemente a George de la mano y le condujo hasta la estantería, que estaba coronada por una colección de conchas y restos de maderos arrastrados a la playa, recogidos durante la infancia de las hermanas. «Aquí está —dijo—. Léelo y llora». Fue a servirse otro café. George abrió el libro, una edición antigua que, como esperaba, tenía un frontispicio de un guerrero de rostro enojado con un hacha de guerra y pintura. A continuación echó un vistazo a los estantes. *De mar a mar. Animales salvajes que he conocido. Poesía completa de Robert Service. La historia de nuestro Imperio. Consejos para sobrevivir en la naturaleza*.

Consejos para sobrevivir en la naturaleza lo desconcertó. Conocía la palabra «naturaleza», pero ¿«consejos»? No estaba seguro de si era un sustantivo o un verbo. Estaban los consejos de ancianos, lo sabía por los libros de historia, y esa tarde, cuando subió a la canoa, Prue le había dicho: «Si me permites el consejo, ve con cuidado. No vayamos a volcar». Quizá fuera otra clase de consejo, como en las columnas «Consejos prácticos para amas de casa felices» de las revistas femeninas que había empezado a leer para mejorar su inglés, porque el vocabulario era bastante sencillo y además llevaban fotografías, lo que era de gran ayuda.

Cuando abrió el libro, vio que su suposición era acertada. *Consejos para sobrevivir en la naturaleza* databa de 1905. Había una foto del autor con una chaqueta de lana a cuadros y un sombrero de fieltro, fumando en pipa y remando en canoa contra un telón de fondo que era más o menos el que se veía desde la ventana: agua, islas, rocas, árboles. El libro explicaba cómo hacer cosas útiles, tales como cazar animales con cepo y comerlos —algo que el propio George había hecho, aunque no en bosques— o encender una hoguera en medio de una tormenta. Entre estas instrucciones se intercalaban pasajes líricos sobre las maravillas de la independencia y el aire libre, y descripciones de escenas de pesca y de puestas de sol. George se llevó el libro a una silla que había junto a una lámpara con pantalla esférica. Quería leer lo que explicaba sobre los cuchillos de desollar, pero Prue regresó con su café y Portia le ofreció un bombón, y él no deseaba correr el riesgo de

contrariar a ninguna de las dos, no tan pronto. Tal vez más adelante.

Ahora George vuelve a entrar en el salón, de nuevo con una taza de café en la mano. A estas alturas ya ha leído todos los libros de la colección del bisabuelo. Es el único que lo ha hecho.

Prue entra detrás de él. Las mujeres han establecido turnos para recoger la mesa y fregar los platos, y esta vez no le toca a ella. La tarea de Roland consiste en cortar la leña. En una ocasión presionaron a George para que ayudara con un trapo de cocina, pero rompió jovialmente tres copas de vino, entre exclamaciones acerca de su propia torpeza, y desde entonces le han dejado en paz.

—¿Quieres más café? —pregunta Prue. Está muy cerca de él, presentándole la camisa abierta, los dos pañuelos. George no está seguro de si le apetece volver a empezar algo, pero deja el café en lo alto de la estantería y le pone la mano en la cadera. Quiere tantear sus opciones, asegurarse de que sigue siendo bienvenido. Prue suspira: es un largo suspiro de deseo o de exasperación, o de ambas cosas.

—Ah, George —dice—. ¿Qué debo hacer contigo?

—Lo que quieras —responde él, y acerca la boca a su oreja—. No soy más que barro en tus manos. —El lóbulo de Prue tiene un diminuto pendiente de plata en forma de concha. George reprime el impulso de mordisquearlo.

—Mi curioso George —dice ella, utilizando uno de los apelativos cariñosos con los que solía llamarle—. Antes tenías los ojos de un chivo. Ojos lascivos.

«Y ahora soy un viejo macho cabrío», piensa George. No puede resistirse, quiere volver a ser joven. Le pasa la mano por debajo de la camisa.

—Después —dice Prue con tono triunfal. Se aparta de él y esboza su sonrisa vacilante. George vuelca su taza de café con el codo.

—*Fene egye meg* —dice, y Prue se ríe. Conoce el significado de esa expresión soez, y también de otras peores.

—Jodido torpe —dice—. Voy a buscar un trapo.

George enciende un cigarrillo y espera a que regrese. Pero es Pamela la que aparece, ceñuda, en el umbral, con una bayeta deteriorada y un cuenco metálico. Seguro que Prue ha encontrado alguna otra cosa urgente que hacer. Probablemente esté en el retrete, hojeando una revista y maquinando, decidiendo cuándo y dónde volverá a tentarlo.

—Buena la has hecho, George —dice Pamela, como si le hablara a un cachorrillo. «Si tuviera un periódico enrollado en la mano, seguro que me golpearía con él en la nariz», piensa George.

—Es verdad. Soy un patán —responde amigablemente—. Pero eso siempre lo has sabido.

Pamela se arrodilla y empieza a pasar la bayeta.

—Si el plural de «zoquete» es «zoquetes», ¿cuál es el plural de «patán»? —dice

—. ¿Por qué no es «patans»? —George se da cuenta de que casi todo lo que Pamela dice no va dirigido a él ni a ningún otro oyente, sino a sí misma. ¿Acaso porque cree que nadie la oye? Ver a Pamela de rodillas le parece sugerente…, hasta excitante. Percibe su olor: escamas de jabón, un toque de algo dulce. ¿Loción de manos? Tiene bonitos el cuello y la nuca. Se pregunta si Pamela ha tenido algún amante y, de ser así, cómo era. Un hombre insensible, sin la menor destreza. Un patán.

—Fumas como una chimenea, George —dice Pamela sin volverse—. Deberías dejarlo o te matará.

George rumia la ambigüedad de la frase. «Fumar como una chimenea». Se ve a sí mismo como un dragón, con humo y llamas rojas brotando de sus voraces fauces. ¿Es esa la imagen que ella tiene de él?

—Eso te alegraría —dice, tras decidir impulsivamente probar con un ataque frontal—. Te gustaría verme seis pies bajo tierra. Nunca te he caído bien.

Pamela deja de fregar y vuelve la cabeza para mirarlo. Luego se levanta y escurre la bayeta en el cuenco.

—Qué infantil y qué indigno por tu parte —dice sin alterarse—. Necesitas hacer más ejercicio. Esta tarde te llevaré a dar un paseo en canoa.

—Sabes que no es lo mío —responde George con sinceridad—. Siempre me estampo contra las rocas. Nunca las veo.

—La geología es el destino —afirma Pamela, como si hablara consigo misma. Mira ceñuda el colimbo disecado bajo la campana de cristal. Está pensando—. Sí —dice por fin—. Este lago está lleno de rocas ocultas. Puede ser peligroso. Pero cuidaré de ti.

¿Está flirteando con él? ¿Puede flirtear un peñasco? George apenas da crédito, pero le sonríe, con el cigarrillo sujeto en el centro de la boca y enseñando los caninos, y por primera vez en la vida de ambos Pamela le devuelve la sonrisa. Su boca es muy diferente con las comisuras hacia arriba; es como si George estuviera viendo a Pamela boca abajo. Le sorprende el encanto de su sonrisa. No es una sonrisa cómplice como la de Prue, ni santurrona como la de Portia. Es la sonrisa de un diablillo, de una niña traviesa, mezclada con algo que nunca habría esperado encontrar en ella. Generosidad, despreocupación, esplendidez. Pamela tiene algo que desea entregarle. ¿Qué será?

Después del almuerzo y de una pausa para la digestión, Roland se pone de nuevo a partir leña junto a la leñera que hay detrás de la cocina. Está cortando madera de abedul, un árbol moribundo que taló hace un año. Los castores habían empezado a ocuparse de él, pero cambiaron de opinión. En cualquier caso, los abedules blancos no viven mucho. Roland utilizó la sierra mecánica, con la que seccionó limpiamente el tronco a lo largo; la hoja atravesaba la madera como un cuchillo la mantequilla, el ruido ahogaba cualquier otro sonido: el viento y las olas, el rugido de los camiones en

la autopista al otro lado del lago. No le gustan los ruidos de las máquinas, pero resultan más tolerables cuando los hace uno mismo, cuando se pueden controlar. Como los disparos.

No es que Roland dispare. Antes sí: salía a cazar ciervos durante la temporada, pero ahora es peligroso: hay demasiados hombres que lo hacen —italianos y quién sabe de qué otras nacionalidades—, y disparan contra todo lo que se mueve. En cualquier caso, ha perdido el gusto por el resultado final, por los cadáveres con sus cornamentas atados al capó de los coches como adornos grotescos, las espléndidas cabezas asesinadas mirando con sus ojos apagados desde lo alto de las furgonetas. Puede entender el interés por la carne de venado, que se mate para comer, pero ¿tener una cabeza cortada en la pared? ¿Qué prueba eso, salvo que un ciervo no puede apretar un gatillo?

Nunca habla de estos sentimientos. Sabe que se los echarían en cara en su lugar de trabajo, que detesta. Se dedica a gestionar dinero ajeno. Sabe que no es un triunfador, al menos lo que su bisabuelo consideraba como tal. El viejo lo mira con desprecio todas las mañanas desde el marco de palisandro del cuarto de baño, mientras él se afeita. Los dos saben lo mismo: si Roland fuera un triunfador, estaría por ahí saqueando, no llevando las cuentas. Tendría a un hombre gris, inofensivo y descontento para que le llevara las cuentas. Un regimiento de individuos así. Un regimiento de hombres como él.

Coge un leño de abedul, lo coloca de pie sobre el tajo, balancea el hacha. Un corte limpio, aunque ha perdido la práctica. Mañana tendrá ampollas. Parará dentro de un rato, se agachará y amontonará, se agachará y amontonará. Ya hay bastante leña, pero le gusta hacer esto. Es una de las pocas cosas que le gustan. Solo se siente vivo aquí.

Ayer llegó en coche desde el centro de la ciudad, pasando por delante de almacenes, fábricas y relucientes torres de cristal, que han surgido, según parece, de la noche a la mañana; de urbanizaciones que juraría que no existían el año pasado, el mes pasado. Acres de tierra sin árboles, de nuevas casas adosadas con pequeños tejados en punta, como tiendas de campaña, como una invasión. Las tiendas de los godos y los vándalos. Las tiendas de los hunos y los magiares. Las tiendas de George.

El hacha cae sobre la cabeza de George, que se parte en dos. Si Roland hubiera sabido que George estaría aquí este fin de semana, no habría venido. Maldita Prue y sus estúpidos pañuelos, su camisa abierta, esos pechos de mediana edad ofrecidos como magdalenas calientes y pecosas junto con las sardinas y el queso, mientras George desliza sobre ella sus untuosos ojos y Portia finge no darse cuenta. Maldito George y sus turbios negocios y sus sobornos a concejales; maldito George y sus millones y ese encanto excesivo y falso. George debería quedarse en la ciudad, ese es su sitio. Cuesta soportarle incluso allí, pero al menos Roland puede zafarse de él. Aquí, en Wacousta Lodge, es intolerable, se pavonea como si fuera el dueño del lugar. Todavía no. Probablemente esperará a que todos estiren la pata para convertirlo en una lucrativa residencia de ancianos para japoneses ricos. Les venderá naturaleza,

con un gran margen de beneficios. Esa es la clase de cosa que haría George.

Roland supo que era más listo que el hambre en cuanto lo vio. ¿Por qué se casó Portia con él? Podría haberse casado con un buen hombre y haber dejado a George para Prue, que lo había sacado de vete a saber dónde y lo paseaba por ahí como si fuera un pez que hubiera ganado un premio. Prue se lo merecía; Portia, no. Pero ¿por qué renunció Prue a él sin presentar batalla? No era propio de ella. Era como si hubiera habido alguna negociación, un acuerdo invisible entre ellos. Portia se había quedado con George, pero ¿qué dio a cambio? ¿A qué tuvo que renunciar?

Portia siempre ha sido su hermana favorita. Era la menor, la pequeña. Prue, que era la siguiente en edad, a menudo se burlaba salvajemente de ella, aunque a Portia le costaba muchísimo echarse a llorar. Se limitaba a mirarla, como si no alcanzara a entender lo que le hacía Prue ni por qué. Luego se marchaba sola. O Roland salía en su defensa y había una pelea, y acusaban a Roland de meterse con su hermana y le decían que no debía comportarse así porque era un niño. No recuerda qué papel desempeña Pamela en todo esto. Pamela era mayor que el resto y tenía su propia agenda, que al parecer no incluía a nadie más. Pamela leía en la mesa durante la cena y salía a dar paseos en canoa. Pamela tenía permiso.

En la ciudad, iban a colegios distintos o a cursos distintos; la casa era grande y cada uno tenía sus propias sendas, sus propias guaridas. Solo aquí los territorios de los hermanos se solapaban. Wacousta Lodge, a pesar de su aspecto tranquilo, es para Roland el receptáculo de las guerras familiares.

¿Qué edad tenía —¿nueve años?, ¿diez?— aquella vez que estuvo a punto de matar a Prue? Fue el verano que quería ser un indio, influido por *Consejos para sobrevivir en la naturaleza*. A menudo sacaba a hurtadillas el libro del estante y se lo llevaba fuera, detrás de la leñera, y pasaba las páginas una y otra vez. *Consejos para sobrevivir en la naturaleza* enseñaba a sobrevivir en los bosques…, algo que deseaba más que nada en el mundo. Cómo construir refugios, confeccionar ropa con piel de animales, encontrar plantas comestibles. Había diagramas e ilustraciones a pluma: de huellas de animales, de hojas y de semillas. Descripciones de los excrementos de diferentes animales. Recuerda la primera vez que encontró caca de oso, fresca, hedionda y teñida de violeta por los arándanos. Se llevó un susto de muerte.

En el libro se explicaban muchas cosas sobre los indios, lo nobles que eran, lo valientes, leales, limpios, reverentes, hospitalarios y honorables. (Hasta estas palabras suenan ahora pasadas de moda, arcaicas. ¿Cuándo fue la última vez que Roland oyó elogiar a alguien por ser honorable?). Solo atacaban en defensa propia, para impedir que les robaran la tierra. Además, caminaban de un modo distinto. En la página 208 había un dibujo de huellas, la de un indio y la de un hombre blanco: el blanco calzaba botas con tachuelas y los dedos apuntaban hacia fuera; el indio llevaba mocasines y sus pies quedaban rectos. Desde entonces Roland se fija en sus pies. Todavía inclina ligeramente los dedos hacia dentro, para contrarrestar lo que, a su entender, deben de ser un andar oscilante genéticamente programado.

Ese verano correteaba por ahí con un trapo de cocina remetido en la parte delantera de la cintura del bañador a modo de taparrabos y la cara decorada con carbón sacado de la chimenea, que alternaba con pintura roja birlada de la caja de pinturas de Prue. Acechaba junto a las ventanas, atento a lo que se decía dentro. En un intento de hacer señales de humo, prendió fuego a la maleza que crecía junto al cobertizo de los botes, pero lo apagó antes de que lo pillaran. Ató una piedra rectangular a un palo con un cordón de cuero que cogió de una bota de su padre; en aquel entonces su padre estaba vivo. Espiaba a Prue, que leía tebeos en el muelle, balanceando las piernas en el agua.

Tenía su hacha de piedra. Podría haberle partido la cabeza. Naturalmente, ella no era Prue: era Custer, era la traición, era el enemigo. Llegó incluso a levantar el hacha y observó la convincente silueta que su sombra dibujaba en el muelle. La piedra se desprendió y le cayó en el pie. Gritó de dolor. Prue se volvió, lo vio, adivinó de inmediato lo que estaba haciendo y casi se murió de la risa. Fue entonces cuando estuvo a punto de matarla. Lo otro, el hacha de piedra, había sido solo un juego.

No había sido más que un juego, pero le dolió tener que dejarlo. Anhelaba creer en esa clase de indios, los que aparecían en el libro. Necesitaba que existieran.

Ayer pasó con el coche junto a tres indios auténticos, que atendían un puesto de venta de arándanos. Vestían vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte, como todo el mundo. Uno tenía un transistor. Junto al puesto había una furgoneta granate, bien cuidada. ¿Qué esperaba?, ¿que llevaran plumas? Todo eso había desaparecido, se había perdido, desbaratado, mucho antes de que él naciera.

Roland sabe que esto es un sinsentido. Al fin y al cabo, es contable; brega con la dura divisa de la realidad. ¿Cómo se puede perder algo que nunca se ha tenido? (Pero sí, sí se puede, porque *Consejos para sobrevivir en la naturaleza* fue suyo en su día, y lo ha perdido. Ha abierto el libro hoy, antes del almuerzo, después de cuarenta años. Ahí estaba ese vocabulario inocente y apolillado que antaño le había inspirado: la Hombría con H mayúscula, el valor, el honor. El Espíritu de la Jungla. Era ingenuo, pomposo, ridículo. Era polvo).

Roland corta con el hacha. El sonido se desplaza entre los árboles, cruza la pequeña ensenada que hay a su izquierda, rebota contra un elevado peñasco y provoca un débil eco. Es un sonido antiguo, un sonido sobrante.

Portia está tendida en la cama, haciendo la siesta, y oye cómo Roland corta leña. Hace la siesta como siempre la hace, sin dormir. Antes su madre la obligaba a echársela. Ahora simplemente se la echa. Cuando era pequeña se tumbaba aquí —a salvo de Prue—, en la cama de matrimonio de sus padres, que ahora es de George y suya. Pensaba en toda suerte de cosas; veía caras y siluetas de animales en los nudos del techo de pino e inventaba historias sobre ellos.

Ahora las únicas historias que inventa son sobre George. Probablemente sean

incluso más irreales que las que él inventa sobre sí mismo, pero Portia no tiene modo de saberlo. Hay quien miente por instinto y quien no, y quien no está a merced de quien sí lo hace.

Prue, por ejemplo, es una mentirosa despreocupada. Siempre lo ha sido; le gusta. Cuando eran niñas le decía: «Anda, tienes un moco enorme en la nariz». Portia corría a mirarse en el espejo del baño. No tenía nada, pero el hecho de que lo hubiera dicho Prue en cierto modo lo volvía real, y ella frotaba y frotaba intentando limpiarse la suciedad invisible, mientras Prue se partía de risa. «No la creas —le advertía Pamela —. No seas mema». (Una de sus palabras favoritas en aquel entonces: la aplicaba a las piruletas, al pescado, a las bocas). Pero a veces lo que Prue decía era cierto, de modo que ¿cómo podía saberlo?

George es igual. La mira a los ojos y miente con tanta ternura, con tanto sentimiento, con tanta tristeza implícita por la necesidad de Portia de creerle, que ella es incapaz de dudar de él. Dudar de él la volvería cínica y dura. Preferiría que la besaran; preferiría que la valoraran. Preferiría creer.

Ni que decir tiene que sabía desde un principio lo de George y Prue. Fue Prue quien trajo a George. Pero al cabo de un tiempo él le juró que lo suyo con Prue no había sido nada serio y, en cualquier caso, se había acabado. Y a Prue no pareció importarle. Según daba a entender, ya había tenido a George. George estaba usado, como un vestido. Si Portia lo quería, a ella le daba igual. «Adelante, todo tuyo —había dicho—. Dios sabe que hay George de sobra».

Portia quería hacer las cosas como Prue; quería ensuciarse las manos. Algo intenso, seguido de una despedida despreocupada. Pero era demasiado joven; no tenía maña. Había salido del lago y le había devuelto a George las gafas de sol, y él la había mirado del modo equivocado: con reverencia, no con pasión; una mirada limpia, sin el menor atisbo de obscenidad. Esa noche, después de la cena, él dijo, con meticulosa cortesía:

—Aquí todo es muy nuevo para mí. Me gustaría que fuera usted mi guía en su maravilloso país.

—¿Yo? —dijo Portia—. No sé… ¿Y qué pasa con Prue? —Ya empezaba a sentirse culpable.

—Prue no entiende de obligaciones —respondió él (cierto: Prue no entendía de obligaciones, y esa muestra de perspicacia por parte de George era impresionante)—. Sin embargo, usted sí las entiende. Yo soy el invitado, usted el huésped.

—Huéspeda —dijo Pamela, que no parecía estar escuchando—. «Huésped» es masculino, y significa también «posadero»[1]. O el ser vivo en el que se alojó un parásito.

—Me parece que tiene usted una hermana muy intelectual —dijo George con una sonrisa, como si esa cualidad de Pamela fuera una curiosidad, o quizá una deformidad. Pamela le lanzó una mirada de puro resentimiento, y desde entonces no ha hecho ningún esfuerzo por acercarse a él. Por lo que a ella respecta, George podría

ser perfectamente un bulto o un leño.

Pero a Portia le trae sin cuidado la indiferencia de Pamela. Es más: la valora. En una época quería ser más como Prue, pero ahora es Pamela. Pamela, a la que consideraban tan excéntrica, peculiar y fea en los años cincuenta, parece ser ahora la única de las tres que ha hecho bien las cosas. La libertad no consiste en tener muchos hombres, no si se piensa que hay que tenerlos. Pamela hace lo que quiere, ni más ni menos.

Es bueno que haya una mujer en el universo capaz de tomar a George o no hacerle ni caso. A Portia le gustaría ser así de fría. Incluso después de treinta y dos años, sigue atrapada en la falta de aliento, en la falta de aire del amor. No es muy diferente de la primera noche, cuando él se inclinó a besarla —junto al cobertizo de los botes, tras un paseo vespertino en canoa— y ella se quedó inmóvil como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, paralizada, mientras algo inmenso e imparable se abalanzaba sobre ella, a la espera del chillido de los frenos, del impacto de la colisión. Pero no fue esa clase de beso: no era sexo lo que George quería de Portia. Quería lo otro: las blusas de algodón blancas de esposa, los moisés. A él le entristece no haber tenido hijos.

En aquel entonces George era un hombre guapo. Había muchos hombres guapos, pero, comparados con él, los demás parecían vacíos, sin nada escrito en ellos. Él es el único al que ha querido. Sin embargo, no puede tenerlo, porque nadie puede. George se tiene a sí mismo, y eso es algo a lo que no piensa renunciar.

Es eso lo que mueve a Prue: quiere hacerse con él finalmente, abrirlo, retorcerlo hasta sacarle alguna suerte de concesión. George es la única persona a la que Prue no ha logrado intimidar, ignorar, decepcionar o reducir. Portia siempre sabe cuándo Prue vuelve al ataque: hay indicios reveladores; hay llamadas telefónicas sin una voz que las acompañe; hay despliegues de mentiras sinceras y melancólicas por parte de George…, una delación de lo más clara. Él sabe que ella lo sabe; la aprecia porque no dice nada, y ella deja que la aprecie.

Sin embargo, no hay nada ahora. No en este momento, no aquí, no en Wacousta Lodge. Prue no se atrevería, y George tampoco. Él sabe dónde pone ella el límite, sabe cuál es el precio de su silencio.

Portia mira el reloj: ha terminado la siesta. Como de costumbre, no ha sido reparadora. Se levanta, va al lavabo y se echa agua en la cara. Se aplica crema delicadamente, masajeándose el contorno de los ojos caídos. La cuestión a su edad es a qué raza de perro no tardará en parecerse. Ella será un beagle; Prue, un terrier. Pamela será un afgano o algo con un aspecto igualmente sobrenatural.

Su bisabuelo la mira en el espejo y, como siempre, muestra su desaprobación hacia ella, a pesar de que llevaba mucho tiempo muerto cuando Portia nació.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —le dice—. Me casé con un hombre como

tú. Un rey de los ladrones.

Jamás admitirá ante él ni ante nadie que quizá fuera un error. (¿Por qué su padre no tiene ningún papel en su vida interior? Porque no estuvo nunca presente, ni siquiera en fotografía. Estaba siempre en la oficina; incluso en verano —especialmente en verano— era una ausencia).

Al otro lado de la ventana, Roland ha dejado de cortar leña y está sentado en el tajo con los brazos sobre las rodillas, las grandes manos colgando, la mirada fija en los árboles. Es el favorito de Portia, el que siempre salía en su defensa. Eso terminó cuando ella se casó con George. Ante Prue, Roland había sido efectivo, pero George lo desconcierta. No es de extrañar. El amor de Portia protege a George, lo amuralla. El estúpido amor de Portia.

¿Dónde está George? Portia da vueltas por la casa, buscándolo. A esta hora del día suele estar en el salón, tumbado en el sofá, dormitando; pero no está ahí. Portia recorre con la mirada la habitación vacía. Todo está como siempre: las raquetas de nieve en la pared, la canoa de madera de abedul con la que siempre quiso jugar pero no pudo porque era un recuerdo, la alfombra de piel de oso, con el pelo mate y cada vez más escaso. El oso era un amigo en su día, tenía incluso nombre, pero Portia lo ha olvidado. Hay una taza de café vacía en la estantería. Es un descuido, un lapsus: no debería estar ahí. Nota los primeros indicios de esa sensación que la embarga cuando sabe que George está con Prue, un entumecimiento que empieza en la base de la columna vertebral. Pero no, Prue está en la hamaca de la galería cubierta, leyendo una revista. No puede haber más de una.

—¿Dónde está George? —pregunta Portia, sabiendo que no debería.

—¿Cómo voy a saberlo? —responde Prue. Su tono es malhumorado, como si se estuviera preguntando lo mismo—. ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a soltarse de la correa? Qué raro, porque por aquí no hay ninguna secretaria buenorra. —A la luz del sol, tiene un aspecto alborotado: el pintalabios, demasiado naranja, se escurre en las diminutas arrugas que circundan su boca; tiene el flequillo desordenado; las cosas se están torciendo.

—No hay necesidad de ser desagradable —dice Portia. Es lo que a menudo su madre le decía a Prue, ante el cuerpo desmembrado de una muñeca, un pueblo de arena arrasado en el parque, un bote de pintaúñas birlado y estampado contra la pared; y en aquel entonces Prue nunca tenía una respuesta. Pero ahora su madre no está aquí para decirlo.

—La hay —replica Prue con vehemencia—. Hay necesidad.

En circunstancias normales, Portia se habría marchado fingiendo no haberla oído. Ahora dice:

—¿Por qué?

—Porque siempre has tenido lo mejor de todo —contesta Prue.

Portia está perpleja. Sin duda ella es la muda, la sombra; ¿no se ha quedado siempre en segundo plano ante la frenética bailarina de Prue?

—¿Qué? ¿Qué dices que he tenido siempre?

—Siempre has sido demasiado buena —dice Prue con rencor—. ¿Por qué sigues con él, si puede saberse? ¿Por su dinero?

—George no tenía un centavo cuando me casé con él —dice Portia con suavidad. Se pregunta si odia o no a Prue. No sabe a ciencia cierta cómo es el verdadero odio. En cualquier caso, Prue está perdiendo ese cuerpo terso y malévolo con el que tanto daño ha hecho, y, ahora que lo está perdiendo, ¿qué le quedará? En cuanto a armas, claro está.

—Cuando él se casó contigo, querrás decir —replica Prue—. Cuando mamá te casó. Tú te quedaste ahí y les dejaste hacer, como la tontita que eras.

Portia se pregunta si eso es cierto. Le gustaría poder retroceder en el tiempo unas cuantas décadas, volver a hacerse mayor. La primera vez, se saltó algo. Se saltó un estadio o pasó por alto alguna información fundamental que otros parecían tener. Esta vez tomaría otras decisiones. Sería menos obediente; no pediría permiso. No diría «hago», sino «soy».

—¿Por qué nunca te defendiste? —dice Prue. Parece sinceramente dolida.

Portia puede ver el sendero que desciende hacia el lago y el muelle. Hay en él una tumbona de lona vacía. Debajo se agitan las hojas del periódico de George; se ha levantado la brisa. Probablemente George se ha olvidado de guardar la tumbona. Qué impropio de él.

—Un segundo —le dice a Prue, como si fueran a darse un breve respiro en esta conversación que han tenido de distintas formas desde hace cincuenta años. Sale por la puerta mosquitera y baja por el sendero. ¿Adónde ha ido George? Seguramente estará en el retrete. La tumbona de lona ondea como una vela.

Se inclina a plegarla y entonces lo oye. Hay alguien en el cobertizo de los botes; oye una refriega, jadeos. ¿Un puercoespín que se está comiendo la sal de los mangos de los remos? No, a plena luz del día no. No, se oye una voz. El agua brilla, las pequeñas olas golpean suavemente contra el muelle. No puede ser Prue. Prue está en la galería. Le parece oír a su madre, a su madre abriendo regalos de cumpleaños: ese suave crescendo de sorpresa y de asombro casi afligido. Oh. Oh. «Oh». Naturalmente, es imposible calcular la edad de una persona en la oscuridad.

Portia pliega la tumbona, la apoya con suavidad contra la pared del cobertizo. Sube por el sendero con el periódico. No tiene sentido dejar que las hojas se esparzan por todo el lago. No tiene sentido que las olas de agua clara se ensucien con noticias rancias, con el correoso sufrimiento humano. Deseo, codicia y espantosas decepciones incluso en las páginas de economía. Aunque haya que leer entre líneas.

No quiere entrar en la casa. La rodea, pasa por detrás de la cocina evitando la leñera, donde se oye el choc, choc de Roland apilando leña, y desciende por el sendero que lleva a la pequeña bahía arenosa donde se bañaban todos cuando eran niños, antes de tener edad suficiente para zambullirse desde el muelle. Se tumba en el suelo y se duerme. Cuando se despierta, tiene agujas de pino clavadas en la mejilla y

le duele la cabeza. El sol está bajo; el viento ha cesado; ya no hay olas. Calma chicha. Se quita la ropa, sin molestarse siquiera en detenerse a escuchar por si se acerca alguna lancha. De todas formas, corren tanto que ella no sería más que una imagen borrosa.

Se mete en el lago, deslizándose en el agua como entre las capas de un espejo: la capa de cristal, la capa de plata. Confluye en el descenso con los dobles de sus piernas y de sus brazos. Flota manteniendo solo la cabeza fuera del agua. Vuelve a ser ella a los quince años, a los doce, a los nueve, a los seis. En la orilla, unidos a sus conocidos reflejos, están la misma roca, el mismo tocón blanco que siempre han estado ahí. El frío silencio del lago es como una larga exhalación de alivio. No hay ningún peligro en tener esa edad, en saber que el tocón es su tocón, que la roca es suya, que nada cambiará.

Se oye una campana, suena débilmente desde la casa lejana. La campana que anuncia la cena. Le toca cocinar a Pamela. ¿Qué cenarán? Algún mejunje extraño. Pamela tiene sus propias ideas sobre la comida.

Mira hacia la orilla, a la línea del agua, donde termina el lago. Ya no es horizontal: parece inclinada, como si hubiera habido un corrimiento en el lecho de roca; como si los árboles, los afloramientos de granito, Wacousta Lodge, la península, el continente entero se deslizaran gradualmente hacia abajo, se sumergieran. Portia piensa en un barco —un barco enorme, un transatlántico de pasajeros— que se inclina, que desciende, con las luces todavía encendidas, la música sonando aún, los pasajeros hablando, ajenos todavía al desastre que ya les ha acometido. Se ve corriendo desnuda por el salón de baile, una figura absurda y perturbadora con el cabello chorreante, agitando los brazos, gritándoles: «¿No lo veis? Se desmorona, todo se desmorona, os estáis hundiendo. ¡Estáis acabados, estáis perdidos, estáis muertos!».

Naturalmente, ella sería invisible. Nadie la oiría. Y, a decir verdad, no ha ocurrido nada que no haya ocurrido antes.

El peso

Estoy aumentando de peso. No he aumentado de volumen, solo me he vuelto más pesada. Las básculas no lo reflejan: en teoría, sigo siendo la misma. La ropa me queda bien, de modo que tampoco es una cuestión de talla, eso que dicen que la grasa ocupa más espacio que los músculos. La pesadez que siento está en la energía que quemo al moverme: caminando por la acera, subiendo por las escaleras, a lo largo del día. Es la presión que noto en los pies. Es la densidad de las células, como si hubiera estado bebiendo metales pesados. No puede medirse, aunque ahí están las prominencias de carne que hay que afirmar, amarrar, quemar mediante el ejercicio. Con esfuerzo. Va a suponer un esfuerzo colosal.

Algunos días creo que no voy a conseguirlo. Tendré un sofoco, un accidente de coche. Me dará un infarto. Me tiraré por la ventana.

Eso estoy pensando mientras miro al hombre. Es un hombre rico, no hace falta decirlo: si no lo fuera, ni él ni yo estaríamos aquí. A él le sobra el dinero y yo intento sacarle una parte. No es para mí; las cosas me van bien, gracias. Para lo que antes llamábamos caridad y ahora, buenas causas. En concreto, una casa de acogida para mujeres maltratadas. Se llama Molly's Place. Lleva el nombre de una abogada a la que su marido asesinó con un martillo. Era la clase de hombre al que se le daban bien las herramientas. Tenía un banco de trabajo en el sótano. El torno, el tornillo de banco, la sierra circular y todo eso.

Me pregunto si este otro hombre que está sentado tan cautelosamente frente a mí al otro lado del mantel tendrá también un banco de trabajo en el sótano. No tiene manos de eso. Ni callos ni pequeños rasguños. No le cuento lo del martillo ni lo de las piernas y los brazos ocultos en varios lugares de la provincia, en alcantarillas, en claros de los bosques, como huevos de Pascua o como las pistas de una grotesca búsqueda del tesoro. Sé con qué facilidad asustan a esta clase de hombres semejantes posibilidades. Sangre de verdad, de esa que te grita desde el suelo.

Ya hemos pedido, lo que ha supuesto el compungido uso de las gafas de lectura por ambas partes para examinar la adornada carta. Al menos tenemos algo en común: estamos perdiendo la vista. Ahora le sonrío mientras jugueteo con el pie de la copa de vino y miento juiciosamente. Le digo que esto no es lo mío. Acabé metida en esto porque me cuesta horrores decir que no. Lo hago por una amiga. Es cierto: Molly era amiga mía.

Él sonríe y se relaja. «Bien», piensa. No soy una de esas mujeres serias que sermonean, abroncan y se abren ellas mismas la puerta del coche. Tiene razón, ese no es mi estilo. Podría haberlo adivinado viendo mis zapatos: las mujeres de esa clase no llevan zapatos como estos. En una palabra, no soy «estridente», y el instinto que le ha impulsado a pedirme que comiéramos juntos ha quedado justificado.

Este hombre tiene un nombre, claro. Se llama Charles. Ya ha dicho: «Llámame Charles». ¿Quién sabe qué otros placeres me esperan? Quizá «Chuck» venga a continuación, o quizá «Charlie». «Charlie, mi cielo». «Chuck el cachas». Creo que me quedaré con Charles.

Llegan los entrantes: sopa de apio para él, y para mí una ensalada de endibias con manzanas y nueces, velada por un aliño bajo en calorías, según dice la carta. «Velada». De novias, nada. El camarero es otro actor sin trabajo, pero su elegancia y encanto no hacen mella en Charles, que no responde cuando le desea que disfrute de la comida.

—Salud —dice Charles levantando la copa. Ya lo ha dicho antes, cuando han traído el vino. Pesado. ¿Qué probabilidades hay de que yo acabe la comida sin que se mencione lo fundamental?

Charles está a punto de contar un chiste. Los síntomas saltan a la vista: el leve sonrojo, la contracción del músculo de la mandíbula, las arrugas alrededor de los ojos.

—¿Qué es marrón y blanco y le sienta bien a un abogado?

Ya lo he oído antes.

—De acuerdo. ¿Qué?

—Un pit bull.

—Ah, qué malo. Ah, eres tremendo.

Charles permite que su boca dibuje una sonrisa semicircular. Luego, con tono de disculpa:

—No iba por las abogadas, por supuesto.

—Yo ya no ejerzo. Soy empresaria, ¿te acuerdas? —Pero quizá iba por Molly.

¿Le habría hecho gracia el chiste a Molly? Probablemente. Al principio, sin duda. Cuando estábamos en la facultad de derecho, quemándonos las pestañas porque sabíamos que teníamos que ser el doble de buenas que los hombres para acabar siendo menos que ellos, a menudo íbamos a tomar un café y nos moríamos de risa inventando significados estúpidos para las cosas que nos llamaban los hombres. O que llamaban a las mujeres en general. Aunque las dos sabíamos que iban por nosotras.

—«Estridente». Una marca de mondadientes medicinal para el tratamiento de la gingivitis.

—¡Muy bien! «Chillona». Como la Gran Chillona. Un ave de pico afilado originaria de las costas de…

—¿California? Sí. ¿«Histeria»?

—Trepadora con flor de olor nauseabundo que cubre las mansiones sureñas. ¿«Avasalladora»?

—Avasalladora. Esa es difícil. ¿Palabra malsonante referida a la anatomía

femenina, pronunciada por los borrachos cuando quieren ligar?

—Demasiado obvio. ¿Qué tal un cojín grande y blando de terciopelo…?

—Rosa o malva…

—Que se utiliza para reclinarse en el suelo mientras…

—Mientras se ven culebrones después de comer —concluí, nada satisfecha. Tenía que haber algo mejor para «avasalladora».

Molly era avasalladora. O se la podría calificar de decidida. Tenía que serlo, porque era bajita. Parecía una pilluela peleona: ojos grandes, flequillo y barbilla pequeña pero fuerte que siempre sacaba cuando se enfadaba. No era de buena familia. Se lo había ganado todo con su cerebro. Yo tampoco era de buena familia y también me lo había ganado todo con mi cerebro, pero eso nos había afectado de forma distinta. Yo, por ejemplo, era ordenada y tenía fobia a la suciedad. Molly tenía una gata llamada Catty; una gata callejera, claro. Vivían en una alegre sordidez. O quizá no fuera sordidez: era desbarajuste. Yo no lo habría soportado, pero en ella me gustaba. Molly creaba el desorden que yo jamás me habría permitido. El caos por poderes.

En aquel entonces Molly y yo teníamos grandes ideas. Íbamos a cambiar las cosas. Íbamos a quebrar las normas, a eludir la trama de amiguismo de los hombres, a demostrar que las mujeres podían lograr lo que fuera. Íbamos a enfrentarnos al sistema, a conseguir mejores sentencias de divorcio, a luchar por la equiparación de los sueldos. Queríamos justicia y juego limpio. Creíamos que para eso servía la ley.

Éramos valientes, pero empezamos al revés. No sabíamos que había que empezar por los jueces.

Molly no odiaba a los hombres. Con los hombres Molly era de las que besaban sapos. Creía que cualquier sapo podía convertirse en príncipe si le besaba lo suficiente. Yo era distinta. Yo sabía que un sapo era un sapo y siempre lo sería. La cuestión era encontrar al sapo más agradable y aprender a valorar sus cualidades. Había que estar atenta a las verrugas.

Yo lo llamaba concesión. Molly, cinismo.

Al otro lado de la mesa, Charles toma otra copa de vino. Creo que está llegando a la conclusión de que soy una buena persona, cualidad muy necesaria en una mujer con la que uno se plantea tener lo que en su día se llamaba una aventura ilícita. Porque de eso se trata en este almuerzo. Es una entrevista mutua, para cubrir vacantes. Podría haber formulado mi petición para obras de caridad en la oficina de Charles y haber sido rechazada breve y dulcemente. Podríamos habernos ceñido a la formalidad.

Charles es guapo, posee el atractivo de esta clase de hombres, aunque si le vieseis en una esquina, sin afeitar y con la mano tendida, quizá cambiaríais de opinión. Estos hombres parecen tener siempre la misma edad. Anhelaban tenerla cuando contaban

veinticinco años y por eso trataban de aparentarla; y cuando la hayan superado volverán a intentar aparentarla. Lo que quieren es el peso de la autoridad, y la juventud suficiente para disfrutarla. Es la plenitud, la edad llamada «de primera», como la ternera. En todos ellos se aprecia cierta cualidad carnosa. Una firmeza cárnica. Todos juegan a algo: empiezan con el squash, pasan al tenis y terminan con el golf. Así se mantienen en forma. Doscientas libras de bistec caliente. Bien lo sé.

Todo ello enfundado en un traje caro de color azul marino, de mil rayas. Una corbata conservadora sobre el pecho, granate con un estampado discreto. Esta tiene caballos.

—¿Te gustan los caballos, Charles?

—¿Qué?

—La corbata.

—Ah. No. No especialmente. Es un regalo de mi esposa.

Pospondré una nueva mención de Molly's Place hasta el postre —no hay que lanzar el ataque definitivo hasta entonces, dice la etiqueta empresarial; es mejor dejar que el individuo ingiera antes unas cuantas proteínas—, aunque, si no me equivoco y también a Charles le preocupa el peso, ambos nos saltaremos el postre y nos conformaremos con un café doble. Mientras tanto, escucho a Charles al tiempo que distribuyo las preguntas principales. Las reglas básicas se establecen discretamente: dos menciones de la esposa, una del hijo que estudia en la universidad, una de la hija adolescente. El mensaje es una familia estable. A juego con la corbata de caballos.

Naturalmente, quien más me interesa es la esposa. Si los hombres como Charles no tuvieran esposa, tendrían que inventársela. Las esposas son de gran utilidad para mantener a raya a las demás mujeres, cuando se acercan demasiado. Si yo fuera hombre, haría eso, inventarme una esposa, crear una a partir de retazos: un anillo de una casa de empeños, un par de fotos arrancadas con disimulo del álbum de otra persona, tres minutos de cantinela sentimental sobre los hijos. Podría fingir llamadas a mí misma; enviarme postales desde las Bermudas o, mejor aún, desde Tortuga. Pero los hombres como Charles no son tan meticulosos en sus engaños. Dirigen sus instintos asesinos en otra dirección. Se enredan en sus propias mentiras o les delata el movimiento nervioso de los ojos. En el fondo, son demasiado sinceros.

Yo, por mi parte, tengo una mente tortuosa y poco sentimiento de culpa. La culpa me la provocan otras cosas.

Ya sospecho cómo debe de ser su esposa: exageradamente bronceada y exagerada también en la práctica del ejercicio, con ojos coriáceos y alertas y demasiados tendones en el cuello. Veo a esas esposas, en manadas, o en parejas o en equipos, trotando por el club con su uniforme blanco de tenis. Arrogantes pero asustadizas. Saben que este es un país polígamo en todo salvo en el nombre. Las pongo nerviosas.

Sin embargo, deberían estarme agradecidas por ayudarlas. ¿Quién si no tiene el tiempo y la destreza suficientes para suavizar el ego de hombres como Charles, escuchar sus chistes, mentirles sobre sus proezas sexuales? Atender a estos hombres

es un arte en declive, como la talla del marfil o la elaboración de rosas de lana para adornar la repisa de la chimenea. Las esposas están demasiado ocupadas y las mujeres más jóvenes no saben hacerlo. Yo sí sé. Aprendí en la vieja escuela, que no era la misma que repartía las corbatas.

A veces, cuando he amasado otro feo reloj de pulsera u otro broche (nunca regalan anillos; si quiero uno, me lo compro), cuando me han dejado plantada un fin de semana para disfrutar de los niños y de la casa de campo de Georgian Bay, pienso en lo que podría contar y me siento poderosa. Pienso en echar al buzón de la esposa en cuestión una notita vengativa y mordaz describiendo lunares estratégicamente situados, apodos, los perversos hábitos del perro familiar. Pruebas de información de primera mano.

Pero sé que perdería mi poder. La información es poder solo mientras se mantenga la boca cerrada.

A ver qué tal esta, Molly: «menopausia». Una pausa mientras reconsideras a los hombres.

Por fin llegan los platos principales, con un destello de dientes y una mirada cautivadora del camarero. Escalopes de ternera para Charles, que evidentemente no ha visto esas sórdidas fotografías de cómo blanquean a los terneros en la oscuridad, y brocheta de marisco para mí. Pienso: «Ahora volverá a decir “Salud” y hará algún comentario acerca de que el marisco es bueno para el apetito sexual. Ya ha tomado suficiente vino. Lo siguiente será preguntarme por qué no estoy casada».

—Salud —dice Charles—. ¿Alguna ostra en la brocheta?

—No —respondo—. Ni una.

—Lástima. Son buenas para cualquier mal que te aflija.

«Habla por ti», pienso. Charles mastica cavilosamente una o dos veces.

—¿Cómo es que no te has casado? Una mujer atractiva como tú…

Encojo las hombreras. ¿Qué le cuento? ¿La historia del novio muerto, robada a la tía abuela de una amiga? No. Demasiado Primera Guerra Mundial. ¿Debería decir: «He sido demasiado exigente»? Quizá eso le asuste: si soy difícil de complacer, ¿cómo conseguirá complacerme él?

No sé exactamente por qué. Tal vez esperaba la gran historia de amor. Tal vez quería el Amor de Verdad, con los sobacos depilados y sin ningún regusto amargo. Tal vez no deseaba descartar ninguna posibilidad. En esa época, tenía la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa.

—Estuve casada una vez —digo, triste, apesadumbrada. Espero haber dado a entender que hice lo correcto pero no funcionó. Un cerdo me defraudó de un modo demasiado terrible para entrar en detalles. Charles es libre de pensar que él lo habría hecho mejor.

Hay algo terminante en el hecho de decir que has estado casada. Es como decir

que has estado muerta. Les cierra la boca.

Es curioso que fuera Molly la que se casó. Cualquiera habría dicho que sería yo. Era yo la que quería los dos hijos, el garaje de dos plazas, la mesa de comedor antigua con el bol de rosas en el centro. Bueno, al menos he conseguido la mesa. Los maridos de otras mujeres se sientan a ella y les sirvo tortillas mientras ellos miran el reloj con disimulo. Sin embargo, si insinúan siquiera la posibilidad de divorciarse de la esposa, les echo a la calle tan deprisa que no se acuerdan de dónde se han dejado los calzoncillos. Nunca he querido contraer el compromiso. O nunca he querido correr el riesgo. Viene a ser lo mismo.

Hubo una época en que mis amigas casadas envidiaban mi soltería, o eso decían. Yo me divertía, hacía lo que se me antojaba, y ellas no. Sin embargo, últimamente su punto de vista ha cambiado. Me dicen que debería viajar, puesto que soy libre para hacerlo. Me dan folletos en los que aparecen palmeras. Lo que tienen en mente es un crucero, un romance a bordo de un barco, una aventura. No se me ocurre nada peor: metida en un barco sobrecalentado con un montón de mujeres arrugadas, todas buscando también tener una aventura. Así pues, guardo los folletos detrás del horno tostador, tan cómodo para las cenas solitarias, donde sin duda uno de estos días arderán.

Ya tengo bastante aventura aquí mismo. Empieza a agotarme.

Hace veinte años acababa de salir de la facultad de derecho; dentro de veinte estaré jubilada y habremos entrado en el siglo XXI, para quien se moleste en llevar la cuenta. Una vez al mes me despierto por la noche empapada de terror. Tengo miedo, no porque haya alguien en la habitación, en la oscuridad, en la cama, sino porque no hay nadie. Me da miedo el vacío, que yace a mi lado como un cadáver.

«¿Qué va a ser de mí? —pienso—. Me quedaré sola. ¿Quién me visitará en la residencia de ancianos?». Pienso en el siguiente hombre como un caballo viejo debe de pensar en un salto. ¿Perderé el coraje? ¿Todavía seré capaz de lograrlo? ¿Debería casarme? ¿Tengo elección?

De día estoy bien. Llevo una vida plena y satisfactoria. Está, naturalmente, mi profesión. Brillo en ella como bronce antiguo. La voy ampliando como una colección de sellos. Me sirve de puntal: una profesión como un sujetador con aros. A veces la odio.

—¿Postre? —pregunta Charles.

—¿Y tú?

Charles se da una palmadita en el estómago.

—Estoy intentando bajar —responde.

—Tomemos un café doble —digo. Consigo que suene como una deliciosa

conspiración.

«Café doble». Una tortura diabólica concebida por la Inquisición española que incluye un saco de tachuelas, un sacabotas de plata y dos curas de trescientas libras de peso cada uno.

Te fallé, Molly. Me agoté muy pronto. No soporté la presión. Quería seguridad. Quizá decidí que la forma más rápida de mejorar la suerte de las mujeres era mejorar la mía.

Molly continuó. Perdió las redondeces de la grasa infantil; su voz adquirió un tinte ronco y empezó a fumar un cigarrillo tras otro. El pelo se le puso mate y tenía la piel como corroída, aunque le traía sin cuidado. Empezó a sermonearme sobre mi falta de seriedad, y también sobre mi ropa, en la que, en su opinión, gastaba demasiado. Empezó a utilizar palabras como «patriarcado». Empezó a resultarme estridente.

—Molly —le decía—, ¿por qué no lo dejas? Estás dándote cabezazos contra una pared. —Me sentía como una traidora diciéndoselo, pero me habría sentido como una traidora si no lo hubiera hecho, porque Molly se estaba dejando la vida, y por nada. Las mujeres a las que representaba nunca tenían dinero.

—Estamos avanzando —decía ella. Su cara comenzaba a adquirir un aspecto pachucho, como la de una misionera—. Estamos consiguiendo algo.

—¿Estamos? —replicaba yo—. No veo que te ayude mucha gente.

—Oh, sí me ayudan —decía ella, sin precisar—. Algunos me ayudan. Hacen lo que buenamente pueden, a su manera. Es un poco como la ofrenda de la viuda de la parábola.

—¿Qué viuda? —preguntaba. Lo sabía, pero estaba exasperada. Molly intentaba que me sintiera culpable—. Deja de aspirar a la santidad, Molly. Basta ya.

Eso fue antes de que se casara con Curtis.

—Y ahora pongamos las cartas sobre la mesa, ¿eh? —dice Charles.

—De acuerdo —digo—. Bien, ya te he explicado la situación a grandes rasgos. En tu despacho.

—Sí —conviene—. Como te he dicho, la empresa ya ha destinado todo su presupuesto para donaciones de caridad.

—Pero podrían hacer una excepción —digo—. Podrían incluirlo en el presupuesto del año que viene.

—Podríamos, si…, bueno, lo fundamental es que nos gusta pensar que recibimos algo a cambio de lo que invertimos. Nada evidente, solo lo que podría llamarse una asociación positiva. Con los corazones y los riñones, por ejemplo, no hay ningún problema.

—¿Y qué tienen de malo las mujeres maltratadas?

—Bueno, estaría el logotipo de la empresa y, justo al lado, esas mujeres maltratadas. El público podría llevarse una idea equivocada.

—¿Quieres decir que podrían pensar que la empresa es la culpable del maltrato?

—En una palabra, sí —responde Charles.

Es como cualquier otra negociación. Muéstrate siempre de acuerdo, y luego atácales desde otro ángulo.

—Entiendo el razonamiento —digo.

«Mujeres machacadas». Me imagino el cartel luminoso, como los de los restaurantes de comida rápida de carretera. «Lléveselas frescas». Como los aros de cebolla y el pollo frito. Qué chiste tan malo. ¿Se habría reído Molly? Sí. No. Sí.

«Machacadas». Cubiertas de babas y sumergidas en el infierno. A fin de cuentas, tampoco es tan inapropiado.

Molly tenía treinta años cuando se casó con Curtis. No era el primer hombre con el que vivía. A menudo me pregunto por qué lo hizo. ¿Por qué él? Probablemente se cansó.

Aun así, fue una elección extraña. Él era muy dependiente. Apenas la perdía de vista. ¿Residía ahí el atractivo? Probablemente no. Molly era una reparadora. Creía que podía reparar cosas rotas. A veces podía. Pero Curtis estaba demasiado roto, incluso para ella. Hasta el punto de que creía que el estado normal del mundo era estar roto. Quizá por eso intentó romper a Molly: para volverla normal. Al ver que no lo conseguía de un modo, lo hizo de otro.

Curtis parecía aceptable, al principio. Era abogado, llevaba los casos apropiados. Podría decir que enseguida me di cuenta de que no estaba del todo cohesionado, pero no sería cierto. No me di cuenta. No me caía demasiado bien, pero no me di cuenta.

Después de la boda, apenas vi a Molly durante un tiempo. Siempre estaba ocupada haciendo esto o lo otro con Curtis, y luego llegaron los niños. Un niño y una niña, lo que yo siempre había deseado tener. A veces, parecía que Molly estuviera llevando la vida que podría haber tenido yo, de no haber sido por mi cautela y por cierta naturaleza quisquillosa. A la hora de la verdad, me desagradan los cercos de suciedad de las bañeras ajenas. Esa es la virtud de los hombres casados: otro se ocupa del mantenimiento.

—¿Está todo bien? —pregunta el camarero por cuarta vez. Charles no contesta. Quizá no lo ha oído. Es de esos hombres para quienes los camareros son una especie de carrito de té de sangre caliente.

—Estupendo —digo.

—¿Por qué esas mujeres maltratadas no se buscan un buen abogado? —pregunta Charles. Está verdaderamente perplejo. No merece la pena decirle que no pueden

permitírselo. Para él, ese no es un concepto.

—Charles —digo—, algunos de esos hombres son buenos abogados.

—No conozco a ninguno —asegura.

—Te llevarías una sorpresa —digo—. Ni que decir tiene que también aceptamos donativos personales.

—¿Qué? —pregunta Charles, que no me ha seguido.

—No solo de empresas. Bill Henry, de ConFrax, donó dos mil dólares. —Bill Henry no tuvo otro remedio. Lo sé todo sobre la útil marca de nacimiento que tiene en la nalga derecha, esa con forma de conejo. Conozco el ritmo de sus ronquidos.

—Ah —dice Charles, pillado por sorpresa. Aun así, no se dejará atrapar sin presentar batalla—. Ya sabes que me gusta invertir mi dinero donde realmente sirva de algo. Esas mujeres…, las ayudáis, pero me han dicho que enseguida regresan y las vuelven a apalizar.

Ya lo he oído otras veces. Son adictas. Nunca se cansan de que les peguen puñetazos en los ojos.

—Dónalo a la Heart Foundation —digo—, y antes o después esos desagradecidos con tres bypasses estirarán la pata. Es como si lo pidieran a gritos.

—*Touché* —dice Charles. Ah, bien. Habla un poco de francés. A diferencia de algunos, no es un completo zoquete—. ¿Qué te parece si te llevo a cenar, digamos —consulta su librito, el que todos llevan en el bolsillo del pecho— el miércoles? Así podrás convencerme.

—Charles —digo—, eso no es justo. Me encantaría cenar contigo, pero no como el precio de tu donativo. Primero da, y así podremos cenar con la conciencia tranquila.

A Charles le gusta la idea de la conciencia tranquila. Sonríe de oreja a oreja y saca el talonario. No quiere parecer más tacaño que Bill Henry. No a estas alturas del partido.

Molly vino a verme al despacho. No me llamó antes. Fue justo después de que dejara mi último trabajo de esbirra de altos vuelos en una empresa y me instalara por mi cuenta. Ahora tenía a mis propios esbirros y luchaba contra el problema del café. Si eres mujer, a las demás mujeres no les gusta traerte el café. A los hombres tampoco.

—¿Qué ocurre, Molly? —pregunté—. ¿Quieres un café?

—Estoy tan nerviosa que sería peor —respondió. Y lo parecía. Tenía bajo los ojos unos semicírculos del tamaño de un par de rodajas de limón—. Es Curtis —dijo—. ¿Podría quedarme esta noche en tu casa? ¿Si lo necesitara?

—¿Qué ha hecho? —pregunté.

—Nada —respondió—. Aún no. No es lo que haya hecho, sino cómo es. Va directo al abismo.

—¿En qué sentido?

—Hace poco empezó a decir que yo tenía aventuras en el trabajo. Creía que tenía una aventura con Maurice, el que tiene el despacho al otro lado del pasillo.

—¡Maurice! —exclamé. Las dos habíamos ido con Maurice a la facultad de derecho—. ¡Pero si Maurice es gay!

—No se trata de un comportamiento racional. Luego empezó a decir que iba a dejarle.

—¿Y era verdad?

—No. Pero ahora no lo sé. Ahora creo que sí. Me está empujando a dejarle.

—Está paranoico —afirmé.

—«Paranoico» —repitió Molly—. Una cámara panorámica para sacar fotos a maníacos. —Apoyó la cabeza sobre los brazos y se rio y se rio.

—Ven a casa esta noche —dije—. No le des más vueltas. Ven.

—No quiero precipitar los acontecimientos —repuso Molly—. Quizá todo se arregle. Quizá le convenza para que pida ayuda. Ha estado sometido a una gran presión. Tengo que pensar en los niños. Es un buen padre.

«Víctima», dijeron en los periódicos. Molly no fue ninguna víctima. No estaba indefensa, ni tampoco desesperada. Estaba llena de esperanza. Fue la esperanza lo que la mató.

La llamé al día siguiente, por la noche. Creí que vendría a casa, pero no lo hizo. Tampoco había llamado.

Respondió Curtis. Dijo que Molly se había ido de viaje.

Le pregunté cuándo volvería. Dijo que no tenía la menor idea. Luego se echó a llorar.

—Me ha dejado —añadió.

«Bien por ella», pensé. Después de todo, lo había hecho.

Una semana más tarde empezaron a aparecer los brazos y las piernas.

La mató mientras dormía, al menos tuvo ese detalle. Ella no se enteró. O eso dijo él cuando empezó a recordar. Al principio afirmaba que tenía amnesia.

«Desmembramiento». El acto de olvidar conscientemente.

Intento no pensar en Molly de ese modo. Intento recordarla entera.

Charles me acompaña hasta la puerta y pasamos junto a un mantel blanco tras otro, cada uno sujeto por al menos cuatro codos de mil rayas. Es como el *Titanic* justo antes del iceberg: el poder y la influencia divirtiéndose, libres de toda preocupación. ¿Qué saben de los siervos que viajan en tercera? Que les den, y que corra el oporto.

Sonrío a la derecha, sonrío a la izquierda. Veo rostros conocidos, marcas de nacimiento conocidas. Charles me toma del codo, en un discreto gesto de posesión. Un contacto ligero, una mano pesada.

Ya no creo que pueda ocurrir cualquier cosa. Ya no quiero pensar así. «Ocurrir» es eso que esperamos, no lo que hacemos, y «cualquier cosa» es una categoría

amplia. No es probable que muera a manos de este hombre, por ejemplo; tampoco es probable que me case con él. Ahora mismo, ni siquiera sé si llegaré a cenar con él el miércoles. Me digo que no tengo por qué, si no quiero. Al menos sigue habiendo algunas opciones. Solo de pensarlo me duelen menos los pies.

Hoy es viernes. Mañana por la mañana iré a practicar marcha rápida al cementerio para fortalecer la cara interna y externa de los muslos. Es uno de los pocos sitios de la ciudad donde podemos hacer deporte sin que nos atropellen. No es el cementerio donde está enterrada Molly, o lo que lograron reunir de ella. Pero eso no importa. Elegiré una lápida en la que pueda practicar los estiramientos de las piernas y fingiré que es la suya.

«Molly —diré—, no estamos de acuerdo en ciertas cosas y sé que no aprobarías mis métodos, pero hago lo que puedo. En el fondo, el dinero es el dinero y nos da de comer».

«“Fondo” —responderá—. El lugar al que llegamos cuando bajamos hasta el final de allí adonde nos dirigimos. Después nos quedamos ahí. O volvemos a subir».

Me inclinaré hacia delante, tocaré el suelo, o me acercaré tanto a él como pueda sin herniarme. Sobre la tumba depositaré una corona de dinero invisible.

Isis en la oscuridad

¿Cómo llegó Selena aquí? Es una pregunta que Richard acostumbra a hacerse cuando se sienta una vez más a su mesa y baraja el mazo de fichas, intentando empezar de nuevo.

Tiene un repertorio de respuestas. A veces la imagina descendiendo sobre los vulgares tejados en un globo gigantesco hecho de sedas de color turquesa y verde esmeralda, o a lomos de un pájaro dorado como los de las tazas de té chinas. Otros días, más oscuros, como este jueves —sabe que el jueves era un día siniestro en el calendario de Selena—, avanza por un largo túnel subterráneo tachonado de joyas rojas como la sangre y de inscripciones arcanas que refulgen a la luz de las antorchas. Camina durante años, arrastrando sus ropajes —ropajes, no ropa—, con los ojos fijos e hipnóticos, pues es de las que cargan con la maldición de una vida eterna; camina hasta que, una noche de luna, llega a la puerta de hierro forjado de la tumba de Petrowski, que es real aunque increíblemente está excavada en la ladera de una colina junto a la entrada del cementerio Mount Pleasant, también real.

(A Selena le encantaría esa intersección de lo ordinario y lo sobrenatural. En una ocasión dijo que el universo era un donut. Nombró la marca).

La cerradura salta. La puerta de hierro se abre de par en par. Ella emerge, levanta los brazos hacia la luna, repentinamente helada. El mundo cambia.

Hay otras tramas. Depende de la mitología que Richard esté plagiando.

Existe una narración objetiva. Selena provenía de la misma clase de barrio del que procedía Richard: el viejo Toronto anterior a la Depresión, que se extendía a orillas del lago al sur de las vías del tranvía de Queen, una región de casitas verticales con la madera descascarillada, porches delanteros destartalados y césped tiñoso y seco. En esa época no era un área pintoresca, ni remodelada ni deseable. El típico gueto de gente blanca reprimida de clase media-baja del que Richard huyó en cuanto pudo, debido a las limitadas y sombrías versiones de sí mismo que le ofrecía. La motivación de Selena quizá fuera la misma. A Richard le gusta pensar que así es.

Incluso habían estudiado en el mismo represivo instituto, aunque Richard nunca se había fijado en ella. Pero ¿por qué iba a fijarse? Era cuatro años mayor que Selena. Cuando ella llegó, una alumna larguirucha y asustada de noveno curso, él estaba a punto de terminar y no veía la hora de salir de allí. No podía imaginársela en el instituto; no podía imaginársela deambulando por los mismos pasillos verdes descoloridos, cerrando de golpe las puertas de las mismas taquillas rayadas o pegando chicles debajo de los mismos pupitres como jaulas.

Selena y el instituto habrían sido dos contrarios destructivos, como la materia y la

antimateria. Cada vez que Richard colocaba la imagen mental que tenía de ella junto a la del instituto, una de las dos explotaba. Normalmente era la del instituto.

Selena no era su verdadero nombre. Simplemente se había apropiado de él, como se había apropiado de cuanto pudiera ayudarla a construir su nueva identidad, la que prefería. Había desechado su antiguo nombre: Marjorie. Richard se ha enterado sin querer, en el curso de sus investigaciones, y ha intentado en vano olvidarlo.

La primera vez que la vio no está consignada en ninguna de sus fichas. Richard solo toma notas de las cosas que, de otro modo, probablemente olvidaría.

Fue en 1960: el final de los años cincuenta o el principio de los sesenta, dependiendo de cómo entendamos el uso del cero. Más adelante, Selena lo llamaría «el luminoso huevo incandescente / del que todo emerge», pero para Richard, que en esa época avanzaba lentamente por *El ser y la nada*, señalaba un punto muerto. Estaba en su primer año de posgrado, con una escuálida beca ganada con gran esfuerzo corrigiendo trabajos de estudiantes universitarios muy mal escritos. Se sentía viejo, hastiado. La senilidad se aproximaba con rapidez. Tenía veintidós años.

La conoció un martes por la noche, en el café. En «el» café, porque, por lo que Richard sabía, no había otro igual en Toronto. Se llamaba The Bohemian Embassy, en referencia a las actividades antiburguesas que supuestamente se producían allí, y que hasta cierto punto tenían lugar. A veces el café recibía cartas de ciudadanos más inocentes que lo habían visto en el listín telefónico y creían que era una auténtica embajada, y que escribían pidiendo visados. Eso era motivo de diversión entre los clientes habituales, grupo al que Richard no pertenecía exactamente.

El café estaba situado en una callejuela adoquinada, en la segunda planta de un almacén abandonado. Se llegaba a él por un traicionero tramo de escaleras de madera sin barandilla. Estaba tenuemente iluminado, lleno de humo, y de vez en cuando el cuerpo de bomberos lo clausuraba. Las paredes estaban pintadas de negro y había mesitas con manteles a cuadros y velas goteantes. Había además una máquina de café, la primera que Richard había visto. La máquina era prácticamente un icono, pues apuntaba a otras culturas, superiores, lejos de Toronto. Pero tenía sus inconvenientes. Mientras leías tu poesía en voz alta, como hacía Richard a veces, detrás de la barra Max encendía la máquina, lo que añadía un efecto sonoro siseante y borboteante, como si estuvieran cocinando a alguien en una olla exprés y ahogándolo.

Los miércoles y los jueves había canciones folk y los viernes había *jazz*. A veces Richard acudía esas noches, pero siempre iba los martes, tanto si leía como si no. Quería ver lo que hacía la competencia. No es que fuera muy numerosa, pero la que había terminaba apareciendo antes o después en The Bohemian Embassy.

La poesía era en aquella época la escapatoria para los jóvenes que querían una salida del lumpen burgués y de las ataduras de un trabajo respetable. Era lo que había sido la pintura a principios de siglo. Richard lo sabe ahora, aunque no lo sabía

entonces. Ignora cuál es el equivalente en la actualidad. Supone que el cine, para los que tienen pretensiones intelectuales. Para los que no las tienen, es tocar la batería en un grupo, un grupo con un nombre asqueroso como Grasa Animal o El Moco Viviente, a juzgar por su hijo de veintisiete años. En cualquier caso, Richard no puede observarlo de cerca, porque el hijo vive con su exmujer. (¡Todavía! ¡A su edad! «¿Por qué no se busca una habitación, un apartamento, un trabajo?», se sorprende pensando Richard con amargura. Ahora entiende la irritación que provocaban en su padre los jerséis de cuello vuelto que él se ponía, sus desaliñados conatos de barba, sus declamaciones, durante la obligada carne con patatas de los almuerzos dominicales, de «La tierra baldía» y, más adelante e incluso de manera más eficaz, del «Aullido» de Ginsberg. Pero al menos a él le interesaba el «sentido», se dice Richard. Al menos le interesaban las palabras).

Se le daban bien las palabras en aquella época. Le habían publicado varios poemas en la revista literaria de la universidad y en otras dos pequeñas revistas, una de ellas no mimeografiada. Ver esos poemas impresos, con su nombre debajo —utilizaba iniciales, como T. S. Eliot, para parecer mayor—, le había producido más satisfacción que nada de lo que hubiera hecho hasta entonces. Pero cometió el error de enseñarle una de las revistas a su padre, que era un encargado de bajo rango en la oficina de correos. Eso mereció poco más que un gruñido y un fruncimiento del ceño, pero cuando se alejaba por el camino con la bolsa de ropa recién lavada, de regreso a su habitación alquilada, oyó a su padre leer uno de sus antisonetos de verso libre a su madre, balbuceando de júbilo, interrumpido por la voz desaprobadora y predecible de su madre: «¡Vamos, John! ¡No seas tan duro con él!».

El antisoneto giraba en torno a Mary Jo, una chica robusta y práctica con el pelo teñido de rubio y cortado al estilo paje que trabajaba en la biblioteca, y con la que Richard casi tenía un lío. «“Me sumerjo en tus ojos” —rugió su padre—. ¡Viejos ojos cenagosos! Demonios, ¿y qué piensa hacer cuando baje hasta las tetas?».

Y su madre, fiel al papel que representaba en la vieja conspiración de ambos: «¡Vamos, John! ¡Por favor! ¡Ese lenguaje!».

Richard se dijo muy serio que le traía sin cuidado. Su padre nunca leía nada aparte del *Reader’s Digest* y de esas noveluchas de tapa blanda sobre la guerra, conque ¿qué iba a saber él?

Al llegar ese martes en concreto, Richard ya había dejado el verso libre. Era demasiado fácil. Quería algo con más rigor, con más estructura. Algo —reconoce ahora— que no pudiera hacer cualquiera.

Leyó sus propios textos durante la primera parte de la noche, un grupo de cinco sextinas seguidas de una villanela. Sus poemas eran elegantes, elaborados; estaba satisfecho de ellos. La máquina de café se encendió durante el último —empezaba a sospechar que Max lo hacía a modo de sabotaje—, pero varias personas dijeron:

«Chist». Cuando terminó, recibió un aplauso cortés. Richard volvió a sentarse en su rincón, rascándose el cuello con disimulo. El suéter negro de cuello vuelto estaba provocándole un sarpullido. Como su madre no dejaba de decir a quien quisiera escucharla, Richard tenía la piel delicada.

Después le tocó a una poeta de pelo pajizo de la costa Oeste, mayor que él, quien leyó un largo poema en el que describía cómo el viento le subía entre los muslos. El poema contenía revelaciones desenfadadas, procacidades espontáneas; nada que no pudiera encontrarse en la obra de Allen Ginsberg, pero Richard se sonrojó. Tras la lectura, la mujer se acercó y se sentó a su lado. Le apretó el brazo y susurró: «Sus poemas eran bonitos». Luego, mirándole a los ojos, se levantó la falda por encima de los muslos. El gesto quedó oculto al resto de la sala por el mantel de cuadros y por la penumbra general llena de humo. Pero era una clara invitación. Le estaba retando a echar un vistazo al horror carcomido por las polillas que tenía escondido ahí.

Richard fue presa de una ira helada. Se esperaba que salivara y se tirara a la mujer en las escaleras como un mono demente. Odiaba esa clase de ideas preconcebidas sobre los hombres, sobre el sexo de mete y saca y la excitación babosa y descerebrada. Tuvo ganas de darle un puñetazo. La mujer debía de tener al menos cincuenta años.

La edad que tiene él ahora, observa Richard alicaído. Esa es una de las cosas a las que ha escapado Selena. Richard lo ve como una huida.

Hubo un intermedio musical, como todos los martes. Una chica de pelo moreno, largo y liso con la raya en medio se sentó en un taburete alto, con una cítara sobre las rodillas, y cantó unas lúgubres canciones folk con voz aguda y clara. A Richard le preocupaba cómo apartar de su brazo la mano de la poeta sin mostrarse más descortés de lo que pretendía. (Ella era mayor, había publicado libros, conocía a gente). Pensó que podía disculparse e ir al baño, pero el baño era tan solo un cubículo que daba directamente a la sala del café. No tenía pestillo y Max solía abrir la puerta cuando estabas dentro. A menos que apagaras la luz y mearas a oscuras, lo más probable era que acabaras a la vista de todos, profusamente iluminado como un pesebre de Navidad, mientras te manoseabas la bragueta.

Le puso en el pecho un cuchillo
cuando en sus brazos ella se dejó envolver,

cantaba la chica. «Podría largarme sin más», pensó Richard. Pero no quería hacerlo.

Oh, Willy, Willy, no me mates,

no estoy preparada para la eternidad.

Sexo y violencia, piensa ahora Richard. Muchas canciones hablaban de eso. Ni siquiera nos dábamos cuenta. Creíamos que era arte.

Inmediatamente después apareció Selena. Richard no la había visto antes en la sala. Era como si hubiera surgido de la nada, sobre el escenario, bajo el único foco.

Era menuda, casi delgada. Como la cantante, tenía el pelo moreno y largo con la raya en medio. Se había perfilado los ojos de negro, siguiendo la moda que empezaba a imponerse. Llevaba un vestido negro de cuello alto y manga larga, sobre el que se había echado un chal con libélulas azules y verdes bordadas.

Córcholis, pensó Richard, que, como su padre, seguía utilizando las blasfemias edulcoradas de patio de colegio. Otra poeta peñazo. Supongo que nos tocará otra ración de partes pudendas, añadió, echando mano de su vocabulario de estudiante de posgrado.

Y entonces le llegó la voz. Era una voz cálida y matizada, oscuramente especiada, como canela, y demasiado inmensa para provenir de una persona tan pequeña. Era una voz seductora, pero no tenía nada de descarado. Lo que ofrecía era una entrada al asombro, a un secreto compartido y cosquilleante; a esplendores. Pero también había en ella una corriente subterránea de diversión, como si fueras un idiota por haberte dejado engañar por su voluptuosidad; como si hubiera en perspectiva una broma cósmica, una broma simple y misteriosa, como las de los niños.

La mujer leyó una serie de breves poemas líricos relacionados entre sí. «Isis en la oscuridad». La Reina Egipcia del Cielo y de la Tierra vagaba por el Inframundo recogiendo los fragmentos del cuerpo asesinado y desmembrado de su amante, Osiris. Al mismo tiempo, era su propio cuerpo el que recomponía, y también el universo físico. Estaba creando el universo mediante un acto de amor.

Todo esto no ocurría en el antiguo Imperio Medio de los egipcios, sino en el llano y sucio Toronto, cerca de Spadina Avenue, de noche, entre los oscuros talleres de confección, tiendas de exquisiteces, bares y casas de empeño. Era un lamento y una celebración. Richard jamás había oído nada semejante.

Se recostó en la silla y, mesándose la barba rala, puso todo su empeño en encontrar vulgares, exageradas y pretenciosas tanto a la chica como su poesía. Pero no lo consiguió. Era brillante, y él estaba asustado. Sintió que su cauteloso talento se encogía hasta quedar reducido al tamaño de una alubia seca.

La máquina de café no se disparó ni una sola vez. Cuando la chica terminó de leer hubo un silencio antes del aplauso. El silencio se debía a que el público no sabía cómo interpretar, cómo tomarse eso —fuera lo que fuese— que acababan de hacerles. Durante un instante la chica había transformado la realidad, y tardaron un suspiro en recuperarla.

Richard apartó las piernas desnudas de la poeta y se levantó. Ya no le importaba a quién pudiera conocer. Se acercó a donde Selena acababa de sentarse con una taza de café que le había servido Max.

—Me han gustado tus poemas —consiguió decir.

—¿Gustado? ¿Gustado? —Richard creyó que se burlaba de él, aunque ella no sonreía—. «Gustado» suena a margarina. ¿Qué tal «maravillado»?

—Muy bien. Me han maravillado —dijo, y se sintió doblemente idiota: por haber dicho «gustado» para empezar, y por haber pasado por el aro en segundo lugar. Pero obtuvo su recompensa. Ella le invitó a sentarse.

De cerca, tenía los ojos turquesa, con el iris circundado de un anillo oscuro como los gatos. Llevaba unos pendientes verde azulado con forma de escarabajo. Tenía la cara acorazonada, la tez clara; a Richard, que se había asomado a los simbolistas franceses, le evocaba la palabra «lila». El chal, los ojos perfilados de negro, los pendientes…, pocas se habrían atrevido con algo así. Pero la chica se comportaba como si fuera lo más normal. Lo que se pondría un día cualquiera para viajar por el Nilo, cinco mil años atrás.

Formaba parte de su representación: extravagante pero realizada con confianza. Perfectamente conseguida. Lo peor era que solo tenía dieciocho años.

—Qué chal más bonito —comentó Richard. Sentía la lengua como si fuera un sándwich de carne.

—No es un chal, es un mantel —respondió ella. Miró la tela y la acarició. Luego se rio un poco—. Bueno, ahora sí es un chal.

Richard no sabía si debía atreverse a preguntar… ¿qué? ¿Si podía acompañarla a casa? ¿Tenía ella algo tan ordinario como una casa? Pero ¿y si contestaba que no? Mientras deliberaba, Max, el empleado de la cabeza ovalada, se acercó y puso una mano posesiva en el hombro de la chica, y ella le sonrió. Richard no esperó a ver si el gesto significaba algo. Se disculpó y se marchó.

Regresó a la habitación alquilada y compuso una sextina a la chica. Fue un intento lamentable; no captaba nada de ella. Hizo lo que jamás había hecho con ninguno de sus poemas. Lo quemó.

Durante las semanas siguientes Richard fue conociéndola mejor. O al menos eso creía. Cuando entraba en el café los martes por la noche, ella le saludaba con una inclinación de la cabeza y una sonrisa. Él se acercaba y se sentaba, y charlaban. Ella nunca hablaba de sí misma, de su vida. En cambio le trataba como si fuera un colega de profesión, un iniciado, como ella. Hablaba de las revistas que habían aceptado sus poemas, de los proyectos que había empezado. Estaba escribiendo una obra de teatro en verso para la radio; iban a pagarle por ella. Al parecer, creía que era solo cuestión de tiempo que ganara el dinero suficiente para vivir, aunque no tenía mucha idea de cuánto era «suficiente». No decía de qué vivía en ese momento.

Richard la encontraba ingenua. Él había optado por el camino sensato: con un posgrado siempre podía ganarse un sueldo en el aburrido y cerrado mundo académico. Pero ¿quién iba a pagar un salario de subsistencia por la poesía, sobre todo por la clase de poesía que ella escribía? No seguía el estilo de nadie, no sonaba como ninguna otra cosa. Era demasiado excéntrica.

Selena era como una niña que caminara dormida por la cornisa de un edificio de diez plantas. Richard temía gritarle para advertirla, por si se despertaba y se caía.

Mary Jo, la bibliotecaria, le había llamado por teléfono en varias ocasiones. Richard le había dado largas con vagos barboteos sobre el exceso de trabajo. Los contados domingos que todavía iba a casa de sus padres para lavarse la ropa y comer lo que su padre llamaba una comida decente para variar, debía soportar el escrutinio preocupado de su madre, que tenía la teoría de que Richard forzaba demasiado la mente, lo que podía provocarle anemia. De hecho Richard apenas trabajaba. Su habitación estaba encenagada de exámenes por corregir que ya tendría que haber entregado; no había escrito ningún otro poema, ningún verso. En cambio salía a tomar sándwiches de huevo gomosos o jarras de cerveza en la taberna del barrio, o al cine por las tardes, sesiones dobles de películas cutres sobre mujeres con dos cabezas u hombres que se convertían en moscas. Pasaba las noches en el café. Ya no estaba hastiado. Estaba desesperado.

El motivo de su desesperación era Selena, pero Richard no sabía por qué. En parte deseaba entrar en ella, encontrar esa cueva recóndita donde ocultaba su talento. Pero Selena mantenía las distancias. Con él y, en cierto modo, con todos los demás.

Selena leyó varias veces. Los poemas fueron de nuevo asombrosos, de nuevo únicos. Nada sobre su abuela, sobre la nieve ni sobre la niñez; nada sobre perros moribundos ni sobre ninguna clase de parientes. Había en cambio mujeres regias y taimadas, hombres mágicos de formas cambiantes, en los que, sin embargo, Richard creía reconocer los rasgos transpuestos de algunos habituales de The Bohemian Embassy. ¿Era esa la cabeza ovalada, de pelo rubio casi blanco, de Max? ¿Sus ojos azul claro de párpados entornados? Había otro hombre, un individuo vehemente y flaco con bigote y un provocador aspecto español que a Richard le daba grima. Una noche anunció a toda la mesa que había pillado una tremenda cantidad de ladillas y había tenido que afeitarse la entrepierna y pintársela de azul. ¿Podía ser ese su torso, provisto de alas en llamas? Richard no lo sabía, y le estaba volviendo loco.

(Pero nunca era Richard. Nunca sus rasgos regordetes, su pelo pardusco, sus ojos de color avellana. Jamás un solo verso sobre él).

Recobró la serenidad, corrigió los exámenes, terminó un ensayo sobre la imaginería del mecanismo en Herrick que necesitaba para pasar sin problemas de ese

curso académico al siguiente. Llevó a Mary Jo a una de las veladas poéticas de los martes. Creía que así neutralizaría a Selena, del mismo modo que un ácido neutraliza a un álcali; que se la quitaría de la cabeza. Mary Jo no se mostró impresionada.

—¿De dónde saca esa ropa vieja y deshilachada? —dijo.

—Es una poeta brillante —respondió Richard.

—Me da igual. Esa cosa parece un mantel. ¿Y por qué se perfila los ojos de ese modo tan ridículo?

Richard sintió el comentario como un corte, como una herida personal.

No quería casarse con Selena. No podía imaginarse el matrimonio con ella. No conseguía situarla en el tedioso y reconfortante escenario de la domesticidad: una esposa que le lavara la ropa, una esposa que le preparara las comidas, una esposa que le sirviera el té. Solo quería un mes, una semana, una noche. No en una habitación de motel ni en el asiento trasero de un coche; los lugares sórdidos de su desmañada juventud no servirían. Tendría que ser otro sitio, un lugar más oscuro e infinitamente más extraño. Imaginaba una cripta, con jeroglíficos; como el último acto de *Aida*. La misma desesperación, la misma exultación, la misma aniquilación. De una experiencia así se salía renacido o no se salía.

No era deseo. Deseo era lo que le inspiraba Marilyn Monroe, o a veces las chicas que hacían *striptease* en el Victory Burlesque. (Selena tenía un poema sobre el Victory Burlesque. Para ella, las chicas que hacían *striptease* no eran un puñado de furcias gordas de carnes flácidas y salpicadas de hoyuelos. Eran diáfanas; eran mariposas surrealistas que emergían de capullos de luz; eran espléndidas).

Richard no deseaba su cuerpo como tal. Deseaba verse transformado por ella, en alguien que no era.

Ya era verano y la universidad y el café estaban cerrados. Los días de lluvia, Richard se quedaba tumbado en la cama, en su habitación húmeda y sofocante, oyendo los truenos. Los soleados, que eran igualmente húmedos, iba de árbol en árbol, se mantenía en la sombra. Evitaba la biblioteca. Otra sesión de casi sexo pegajoso con Mary Jo, con sus besos húmedos y las manipulaciones como de enfermera a que sometía su cuerpo, y sobre todo el modo en que se detenía justo antes de cualquier final, le dejaría con una cojera permanente.

«No querrás dejarme preñada», decía ella, y tenía razón, Richard no quería. Siendo una chica que trabajaba entre libros, era asombrosamente prosaica. Claro que su fuerte era la catalogación.

Richard sabía que era una chica sana con una mentalidad normal. Sería buena para él. Al menos esa era la opinión de su madre, expresada después de que cometiera el error —solo una vez— de llevar a Mary Jo al almuerzo de los domingos. Mary Jo era carne en conserva, requesón, aceite de hígado de bacalao. Era como la leche.

Un día compró una botella de vino tinto italiano y fue en el transbordador a la isla Wards. Sabía que Selena vivía allí. O al menos eso decían sus poemas.

No sabía qué pretendía hacer. Quería verla, estrecharla entre sus brazos, acostarse con ella. No sabía cómo pasaría del primer paso al último. No le importaban las consecuencias. Era su deseo.

Bajó del transbordador y recorrió de arriba abajo las pequeñas calles de la isla, donde jamás había estado. Las casas eran de veraneo, baratas e insustanciales, de tablillas blancas o de colores pastel, o recubiertas de ladrillo falso. Los coches estaban prohibidos. Había niños en bicicleta, mujeres rechonchas en bañador tomando el sol en el césped de sus jardines. Sonaban radios portátiles. No era lo que a Richard le venía a la mente cuando imaginaba el entorno de Selena. Pensó en preguntar a alguien dónde vivía —sin duda lo sabrían, Selena debía de destacar en aquel lugar—, pero no quería hacer notoria su presencia. Se planteó dar media vuelta y tomar el siguiente transbordador de regreso.

Entonces, al final de una calle, vio una diminuta casa de una sola planta, a la sombra de dos grandes sauces. Había sauces en los poemas. Al menos podía probar.

La puerta estaba abierta. Era la casa de Selena, porque ella estaba dentro. No le sorprendió en absoluto ver a Richard.

—Estaba preparando sándwiches de mantequilla de cacahuete para que pudiéramos ir de pícnic —dijo. Llevaba unos pantalones anchos de algodón negro, de corte oriental, y una camiseta sin mangas también negra. Tenía los brazos delgados y blancos. Calzaba sandalias; Richard miró los largos dedos de sus pies, con las uñas pintadas de un tono rosa melocotón claro. Se le encogió el corazón al ver que el esmalte estaba descascarillado.

—¿De mantequilla de cacahuete? —preguntó tontamente. Selena hablaba como si hubiera estado esperándolo.

—Y de mermelada de fresa —dijo—. A menos que no te guste la mermelada. —Todavía esa distancia cortés.

Richard le tendió la botella de vino.

—Gracias —dijo Selena—, pero tendrás que bebértela tú solo.

—¿Por qué? —preguntó él. Había previsto que sucediera de otro modo. Un reconocimiento. Un abrazo sin palabras.

—Porque si empiezo no puedo parar. Mi padre era alcohólico —añadió ella muy seria—. Y ahora está en otro sitio por culpa de eso.

—¿En el Inframundo? —dijo él, en lo que esperaba fuera una elegante alusión a su poesía.

Ella se encogió de hombros.

—O donde sea.

Richard se sintió como un idiota. Ella siguió untando el pan con mantequilla de cacahuete en la diminuta mesa de la cocina. Richard, que se había quedado sin conversación, miró en derredor. Tan solo había esa habitación, con muy pocos

muebles. Era casi como una celda religiosa, o la idea que tenía de ellas. En un rincón había una mesa con una vieja máquina de escribir negra, y una estantería construida con tablones y ladrillos. La cama era estrecha y estaba cubierta con una tela de algodón indio de un fuerte tono violeta, pues hacía las veces de sofá. Había un lavabo minúsculo, una cocina también minúscula. Un sillón comprado en algún rastrillo. Una alfombra trenzada descolorida. No había cuadros en las paredes.

—No los necesito —dijo Selena. Había metido los sándwiches en una bolsa de papel arrugada y le estaba indicando que saliera.

Lo condujo a una escollera con vistas al lago y se sentaron a comer los sándwiches. Ella llevaba limonada en una botella de leche; se la fueron pasando. Era como un ritual, como una comunión; Selena le permitía participar. Estaba sentada con las piernas cruzadas, llevaba puestas las gafas de sol. Pasaron dos personas en una canoa. El agua del lago se rizó, despidió destellos de luz. Richard se sintió absurdo, y feliz.

—No podemos ser amantes —le dijo ella al cabo de un rato. Se estaba lamiendo la mermelada de los dedos. Richard despertó de golpe. Jamás lo habían calado de forma tan abrupta. Fue como una travesura; se sintió incómodo.

Podría haber fingido que no sabía de lo que hablaba. Sin embargo, preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque te consumirías —respondió ella—. Y después ya no estarías.

Eso quería Richard: consumirse. Arder en incendio divino. Al mismo tiempo, era consciente de que no podía sentir ningún deseo carnal por esa mujer; por esa chica sentada a su lado en la escollera, de brazos flacos y pechos mínimos, que ahora balanceaba las piernas como una niña de nueve años.

—¿Después? —preguntó. ¿Le estaba diciendo que era demasiado bueno para desperdiciarse así? ¿Era un cumplido, o no?

—Cuando te necesitara —contestó ella. Estaba metiendo el papel parafinado de los sándwiches en la bolsa de papel—. Te acompañaré al transbordador.

Richard se sintió burlado, superado; también espiado. Quizá fuera un libro abierto y un bobo, pero Selena no tenía por qué restregárselo por la cara. Mientras caminaban, se descubrió cada vez más enfadado. Agarraba con fuerza la botella de vino, que no había sacado de la bolsa de la licorería.

En el muelle del transbordador Selena le tomó la mano y se la estrechó en un gesto formal.

—Gracias por venir —dijo. Luego se levantó las gafas de sol hasta el pelo y le concedió toda la fuerza de sus ojos turquesa—. La luz solo brilla para algunos —dijo con tono cariñoso y triste—. Y ni siquiera para ellos brilla siempre. El resto del tiempo estamos solos.

Pero Richard ya había oído suficientes aforismos ese día. «Zorra teatrera», se dijo en el transbordador.

Regresó a su cuarto y se bebió casi toda la botella de vino. Luego telefoneó a Mary Jo. Cuando ella logró como de costumbre zafarse de la chismosa casera en la planta baja y llegó de puntillas a su puerta, Richard la metió en la habitación de un tirón y la inclinó hacia atrás en un abrazo guasón y achispado. Ella se echó a reír, pero él la besó muy serio y la empujó sobre la cama. Si no podía tener lo que quería, al menos tendría algo. El vello duro de las piernas afeitadas de Mary Jo le raspaba; el aliento le olía a chicle con sabor a uva. Cuando ella empezó a quejarse, a advertirle del riesgo de un embarazo, él dijo que no le importaba. Ella lo consideró una proposición de matrimonio. De hecho, resultó serlo.

Con la llegada del bebé, la labor académica dejó de ser algo que realizaba con desdén, a regañadientes, para convertirse en una necesidad vital. Necesitaba el dinero, y luego necesitó más dinero. Trabajó en la tesis doctoral sobre la imaginería cartográfica en John Donne, interrumpido por los chillidos del niño y el aullido estridente de la aspiradora y las tazas de té que Mary Jo le llevaba en los momentos más inoportunos. Ella le decía que era un gruñón, pero, como ese era más o menos el comportamiento que esperaba de los maridos, no parecía importarle. Le pasó la tesis a máquina, se encargó de las notas a pie de página y alardeó de él ante su familia, de él y de su nuevo título. Richard consiguió un trabajo de profesor de redacción y gramática para los alumnos de veterinaria de la facultad de agronomía de Guelph.

No volvió a escribir poesía. Algunos días apenas pensaba en ello. Era como un tercer brazo, o un tercer ojo, que se hubiera atrofiado. Había sido un auténtico monstruo cuando lo tenía.

Sin embargo, alguna que otra vez echaba una cana al aire. Se colaba en librerías o bibliotecas, husmeaba en las estanterías donde estaban las revistas minoritarias; a veces compraba una. Aunque se dedicaba a los poetas muertos, su vicio eran los vivos. La mayor parte de lo que leía era basura, y lo sabía. Aun así, le producía una extraña satisfacción. Además, en ocasiones se topaba con un poema de verdad, y entonces se quedaba sin aliento. Ninguna otra cosa lograba precipitarle al espacio de ese modo y luego cogerle; ninguna otra cosa lograba desnudarlo así.

A veces esos poemas eran de Selena. Richard los leía, y una parte de él —una parte pequeña y reprimida— esperaba encontrar un lapsus, algún signo de declive; pero Selena era cada vez mejor. Esas noches, tumbado en la cama al borde del sueño, se acordaba de ella o ella se le aparecía, nunca estaba seguro de si era lo uno o lo otro: una mujer morena con los brazos extendidos, vestida con una larga túnica de color azul y oro mate, o de plumas, o de lino blanco. Los disfraces variaban, pero ella era siempre la misma. Selena era algo suyo que había perdido.

No volvió a verla hasta 1970, otro año terminado en cero. Había conseguido que volvieran a contratarlo en Toronto, donde enseñaba teoría literaria puritana a estudiantes de posgrado y lengua a alumnos de primero en una nueva sede

universitaria de las afueras. Todavía no tenía plaza fija: en la era de «publicar o morir», solo había publicado dos artículos, uno sobre la brujería como metáfora sexual y el otro sobre *El progreso del peregrino* y arquitectura. Ahora que su hijo iba al colegio, Mary Jo había retomado su tarea de catalogación, y con los ahorros habían pagado la entrada de una casa victoriana pareada en el barrio de Annex. Tenía en la parte trasera una pequeña extensión de césped, que Richard cortaba. Hablaban a menudo de construir un jardín, pero nunca tuvieron la energía suficiente.

En esa época Richard estaba bajo de ánimo, aunque Mary Jo sostenía que siempre estaba bajo de ánimo. Le daba pastillas de vitaminas e insistía en que fuera a ver a un psiquiatra para ser más asertivo, pese a que, cuando él se mostraba asertivo con ella, le acusaba de imponer su peso patriarcal. A esas alturas Richard se había dado cuenta de que siempre podía confiar en que ella se comportara con arreglo a las convenciones sociales. En ese momento Mary Jo formaba parte de un grupo de mujeres que luchaban por concienciar a la sociedad y (probablemente) tenía una aventura con un lingüista pálido de pelo rubio rojizo de la universidad llamado Johanson. Tanto si así era como si no, a Richard en cierto modo la aventura le venía bien: le permitía pensar mal de Mary Jo.

Era abril. Mary Jo estaba en una reunión del grupo de mujeres o tirándose a Johanson, o ambas cosas; era una mujer eficiente, podía hacer muchas cosas en una sola tarde. Su hijo se quedaba a dormir en casa de un amigo. Supuestamente él debía trabajar en su libro, el que iba a cambiarle la vida, a darle un nombre, a conseguirle una plaza fija: *Carnalidad espiritual: Marvell y Vaughan y el siglo* XVII. Había dudado entre «espiritualidad carnal» y «carnalidad espiritual», pero esta última tenía más gancho. El libro no iba demasiado bien. Tenía un problema de enfoque. En vez de reescribir el segundo capítulo, bajó a coger una cerveza de la nevera.

«Y que nuestros placeres se desgarren / con los punzantes hierros de la vida, ¡olé!», cantó, con la melodía de «Hernando’s Hideaway». Sacó dos cervezas y llenó de patatas fritas un bol de cereales. Luego fue al salón y se instaló en la butaca para sorber y masticar mientras zapeaba en busca del programa más idiota y burdo que pudiera encontrar. Necesitaba desesperadamente algo de lo que despotricar.

Entonces sonó el timbre. Cuando vio quién era, se alegró de haber tenido el buen tino de apagar el programa que estaba viendo, una exhibición de culos y tetas que se vendía como una serie de detectives.

Era Selena, con un sombrero negro de ala ancha, un abrigo largo de punto también negro y, en la mano, una maleta desvencijada.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Richard, perplejo y un poco atemorizado, y de pronto también complacido, se apartó para dejarla pasar. Había olvidado lo que era el placer. En los últimos años había renunciado incluso a las revistas y optado por el entumecimiento.

No le preguntó qué hacía en su casa ni cómo lo había localizado, sino:

—¿Te apetece una copa?

—No —respondió ella—. No bebo, ¿no te acuerdas?

Richard lo recordó entonces; recordó la casa diminuta de la isla con todo detalle: el estampado de pequeños leones dorados de la colcha violeta, las conchas y las piedras redondas en el alféizar de la ventana, las margaritas en un bote de mermelada. Recordó los largos dedos de sus pies. Aquel día había hecho el ridículo, pero, ahora que ella estaba allí, eso no importaba. Deseaba rodearla con los brazos, estrecharla contra su cuerpo; rescatarla, ser rescatado.

—Pero no me vendría mal un café —dijo ella, y Richard la llevó a la cocina y se lo preparó. Selena no se quitó el abrigo. Tenía las mangas raídas; Richard veía las partes en que había remendado con lana los bordes deshilachados. Ella le sonreía con la misma aprobación que siempre había mostrado hacia él, dando por hecho que era un amigo y un igual, y él se avergonzó del modo en que había pasado los últimos diez años. Debía de resultar absurdo a los ojos de ella; lo era para sí mismo. Tenía barriga y una hipoteca, un matrimonio enlodado; cortaba el césped, tenía chaquetas deportivas, a regañadientes rastrillaba las hojas en otoño y paleaba la nieve en invierno. Se refocilaba en su propia desgana. Tendría que estar viviendo en una buhardilla, comiendo pan y queso agusanado, lavándose por la noche la única camisa que tenía, con la cabeza incandescente de palabras.

Selena no parecía haber envejecido. Si acaso estaba más delgada. Richard vio lo que le creyó que era la sombra descolorida de un cardenal sobre su pómulo derecho, aunque bien podría ser un efecto de la luz. Ella tomó unos sorbos de café, jugueteó con la cucharilla. De pronto parecía distante, perdida en otra parte.

—¿Escribes mucho? —le preguntó Richard, tocando un tema con el que sabía que captaría su interés.

—Oh, sí —respondió ella animada, regresando a su cuerpo—. Pronto publicaré otro libro. —¿Cómo había podido perderse el primero?—. ¿Y tú?

Richard se encogió de hombros.

—Hace tiempo que no.

—Qué lástima —dijo ella—. Eso es terrible. —Y realmente lo sentía así. Era como si él le hubiera dicho que había muerto alguien que conocía, y eso lo emocionó. Selena no se lamentaba por sus poemas, a menos que tuviera un gusto deleznable. No eran buenos, Richard lo sabía ahora y sin duda ella también lo sabía. Eran los otros, los que podía haber escrito si… ¿Si qué?

—¿Puedo quedarme? —preguntó ella, dejando la taza sobre la mesa.

Richard se quedó de una pieza. Así que lo de la maleta iba en serio. Se dijo que nada le habría gustado más, pero tenía que pensar en Mary Jo.

—Por supuesto —respondió, y confió en que no se le hubiera notado el titubeo.

—Gracias —dijo ella—. No tengo ningún otro sitio. Ningún sitio seguro.

No le pidió que se explicara. La voz de Selena era la misma, sonora y tentadora,

al borde de la perdición; tenía en él el mismo efecto devastador de antaño.

—Puedes dormir en la sala de juegos —dijo—. Hay un sofá cama.

—Muy bien. —Ella suspiró—. Es jueves. —Richard se acordó de que el jueves era un día importante en la poesía de Selena, aunque en ese momento no recordaba si era bueno o malo. Ahora lo sabe. Ahora tiene tres fichas llenas exclusivamente de jueves.

Cuando Mary Jo llegó a casa, enérgica y a la defensiva como, según había concluido Richard, se mostraba siempre después del sexo furtivo, seguían sentados en la cocina. Selena tomaba otra taza de café, Richard otra cerveza. El sombrero y el abrigo remendado de Selena estaban encima de la maleta. Mary Jo los vio y frunció el ceño.

—Mary Jo, ¿te acuerdas de Selena? —dijo Richard—. ¿Del Embassy?

—Sí —respondió Mary Jo—. ¿Has sacado la basura?

—Ya lo haré —dijo Richard—. Se queda a dormir.

—Entonces la sacaré yo —replicó Mary Jo, y se alejó con paso firme hacia el porche acristalado de atrás, donde tenían los cubos de la basura. Richard la siguió y discutieron, al principio en voz muy baja.

—¿Qué demonios hace en mi casa? —siseó Mary Jo.

—No es solo tu casa, también es la mía. No tiene dónde ir.

—Eso dicen todas. ¿Qué le pasa? ¿Le ha dado una paliza el novio?

—No se lo he preguntado. Es una vieja amiga.

—Mira, si quieres acostarte con esa rarita puedes irte a otro sitio.

—¿Como haces tú? —replicó Richard, con lo que esperaba fuera amarga dignidad.

—¿De qué demonios hablas? ¿Me estás acusando de algo? —dijo Mary Jo. Tenía los ojos desencajados, como siempre que estaba enfadada de verdad y no se limitaba a actuar—. Ah, eso te encantaría, ¿verdad? Espolearía tu vena voyeurista.

—En cualquier caso, no voy a acostarme con ella —dijo Richard, recordando a Mary Jo que era ella quien había lanzado la primera acusación falsa.

—¿Por qué no? —dijo Mary Jo—. Llevas diez años babeando por esa mujer. Te he visto extasiarte con esas estúpidas revistas de poesía. *Los jueves eres un plátano* —declamó, en una imitación despiadada de la voz más grave de Selena—. ¿Por qué no te la tiras de una vez?

—Lo haría si pudiera —respondió Richard. Esa verdad lo entristeció.

—Vaya, ¿así que se te resiste? Eso jode. Hazme un favor: viólala en la sala de juegos y olvídate de ella.

—Vaya, vaya —dijo Richard—. La hermandad femenina es poderosa. —En cuanto lo hubo dicho, supo que había ido demasiado lejos.

—¿Cómo te atreves a utilizar mi feminismo contra mí? —saltó Mary Jo, elevando una octava la voz—. ¡Qué rastrero! ¡Siempre has sido un pobre desgraciado!

Selena estaba de pie en la puerta, mirándolos.

—Richard —dijo—. Creo que será mejor que me vaya.

—Oh, no —replicó Mary Jo, en una alegre parodia de hospitalidad—. ¡Quédate! ¡No es ninguna molestia! ¡Quédate una semana! ¡Quédate un mes! ¡Considéranos tu hotel!

Richard acompañó a Selena a la puerta.

—¿Adónde irás? —preguntó.

—Bueno, siempre hay alguna parte —respondió ella. Estaba debajo de la luz del porche, mirando a la calle. En efecto, era un cardenal—. Pero no tengo dinero.

Richard sacó la cartera y la vació. Lamentó que no hubiera más.

—Te lo devolveré —dijo ella.

Si tiene que fecharlo, Richard señala ese jueves como el día en que su matrimonio tocó definitivamente a su fin. Aunque Mary Jo y él pasaron por la formalidad de las disculpas, aunque se tomaron más de unas cuantas copas, se fumaron un porro y tuvieron unas relaciones sexuales desquiciadas e impersonales, no solucionaron nada. Mary Jo le dejó poco después, en busca de la identidad que, según dijo, necesitaba encontrar. Se llevó a su hijo. Richard, que nunca había prestado demasiada atención al chico, tuvo que conformarse con pasar interminables fines de semana nostálgicos con él. Lo intentó con otras mujeres, pero no logró concentrarse en ellas.

Buscó a Selena, pero había desaparecido. El director de una revista le dijo que se había ido al oeste. Richard pensaba que le había fallado. No había sido capaz de ser un refugio para ella.

Diez años más tarde volvió a verla. Era 1980, otro año de la nada, o del huevo incandescente. Se fija en esta coincidencia ahora, mientras extiende las fichas como una pitonisa sobre la superficie del escritorio de conglomerado.

Acababa de bajar del coche, después de regresar entre el tráfico cada vez más denso de la universidad, donde seguía conservando su puesto por los pelos. Era mediados de marzo y estaban en pleno deshielo primaveral, una época del año irritante y fastidiosa. Fango, lluvia y restos de basura que había dejado tras de sí el invierno. Richard estaba de un humor parecido. Una editorial le había devuelto hacía poco el manuscrito de *Carnalidad espiritual*, el cuarto rechazo. La carta que lo acompañaba le informaba de que no había logrado plantear suficientes cuestiones sobre los textos. En la página donde figuraba el título, alguien había escrito con lápiz tenue y medio borrado: «de un romanticismo fatuo». Sospechaba de Johanson, uno de los lectores de la editorial, quien se la tenía jurada desde que Mary Jo se había marchado. Tras un breve período de orgullosa soltería, Mary Jo se había mudado a casa de Johanson y habían vivido juntos durante seis meses de guerra relámpago. Luego ella había intentado sacarle la mitad del valor de la casa. Desde entonces

Johanson culpaba a Richard.

En eso pensaba, y también en el montón de trabajos de alumnos que llevaba en el maletín: James Joyce desde una perspectiva marxista, o el enrevesado estructuralismo que se filtraba desde Francia para diluir aún más el cerebro de los estudiantes. Los trabajos tenían que estar corregidos al día siguiente. Acariciaba la satisfactoria fantasía de dejarlos en la calle llena de fango y pasar con el coche por encima. Diría que había sido un accidente.

Caminaba hacia él una mujer baja y un poco rechoncha con una trenca negra. Llevaba una gran bolsa de tela marrón. Parecía mirar los números de las casas, o quizá los copos de nieve y los azafranes de los jardines. Richard no se dio cuenta de que era Selena hasta que ella casi le hubo dejado atrás.

—Selena —dijo, tocándole el brazo.

Ella volvió hacia él un rostro inexpresivo, apagados los ojos turquesa.

—No —dijo—. Ese no es mi nombre. —Luego lo miró más atentamente—. Richard. ¿Eres tú? —O bien fingía alegría, o realmente la sentía. Una vez más, él experimentó una punzada de júbilo desacostumbrado.

Siguió donde estaba, incómodo. No era de extrañar que a ella le hubiera costado reconocerle. Había encanecido prematuramente, estaba gordo. Mary Jo le había dicho, en la última y desagradable ocasión que la había visto, que tenía color de babosa.

—No sabía que seguías aquí —dijo—. Creía que te habías ido al oeste.

—Viajé —repuso ella—. Eso terminó. —Había en su voz un dejo que él jamás había oído.

—¿Y tu obra? —preguntó. Era la pregunta obligada con ella.

—¿Qué obra? —dijo Selena, y se rio.

—Tu poesía. —Empezaba a alarmarse. Selena se mostraba más pragmática de lo que él jamás la había visto, pero en cierto modo eso le pareció una locura.

—La poesía —dijo ella con desprecio—. Odio la poesía. Solo hay esto. Esto es lo único que hay. Esta estúpida ciudad.

Se quedó helado de puro espanto. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué había hecho Selena? Era casi una blasfemia, era casi un acto de profanación. Sin embargo, ¿cómo podía esperar que ella hubiera mantenido la fe en algo que él mismo había abandonado descaradamente?

Selena lo miraba ceñuda, pero de pronto aparecieron en su rostro arrugas de ansiedad. Apoyó la mano en el brazo de Richard, se puso de puntillas.

—Richard —susurró—, ¿qué nos ha pasado? ¿Adónde se han ido todos? —Con ella llegó también la neblina, un olor. Richard reconoció el olor a vino dulzón, un tufillo a gato.

Quiso zarandearla, envolverla, llevarla a un lugar seguro, dondequiera que fuera.

—Hemos cambiado, eso es todo —dijo afectuosamente—. Hemos envejecido.

—Hay cambio y decrepitud allí donde miro —dijo ella, con una sonrisa que a

Richard no le gustó—. No estoy preparada para la eternidad.

Solo cuando Selena se hubo alejado —tras rechazar una taza de té, tras marcharse apresuradamente como si deseara haberlo visto por última vez—, Richard se dio cuenta de que había citado los versos de una canción folk. Era la que había oído cantar al son de la cítara en el café la primera noche que la vio, bajo el único foco con su chal de libélulas.

Esa canción y un himno. Se preguntó si se habría vuelto eso que sus alumnos llamaban «religiosa».

Meses más tarde se enteró de que había muerto. Luego apareció una noticia en el periódico. Los detalles eran imprecisos. Fue la fotografía lo que le llamó la atención: una foto de hacía mucho tiempo, sacada de la solapa de uno de sus libros. Ta vez no hubiera nada más reciente, porque Selena no publicaba desde hacía años. Incluso su muerte perteneció a una época anterior; incluso los del pequeño y cerrado mundo de la poesía la habían olvidado en gran medida.

Ahora que está muerta, sin embargo, se ha vuelto respetable de nuevo. En varias revistas trimestrales se ha vapuleado al país por su indiferencia hacia ella, por haberle negado el reconocimiento en vida. Se han dado pasos para poner su nombre a un parquecillo, o a una beca, y los académicos pululan como moscardones. Ha aparecido un librito con ensayos sobre su obra, una auténtica chapuza en opinión de Richard, superficial e inconsistente; se rumorea que pronto saldrá otro.

No obstante, ese no es el motivo por el que Richard escribe sobre ella. Tampoco pretende cubrirse las espaldas en el aspecto profesional: de todos modos van a echarle de la universidad, hay nuevos recortes, él no es profesor titular, está en la picota. Sencillamente, Selena es lo único que él todavía valora, o lo único sobre lo que quiere escribir. Ella es su última esperanza.

«*Isis en la oscuridad* —escribe—. *La Génesis*». Se exalta con solo formar las palabras. Existirá para ella por fin, será creado por ella, ocupará un lugar en su mitología después de todo. No será lo que quiso antaño: no será Osiris, no será un dios de ojos azules con alas en llamas. Las metáforas de Richard son más humildes. Él será simplemente el arqueólogo; no parte de la historia principal, sino el que se tropieza con ella más tarde, el que se abre paso por la jungla movido por sus oscuras y maltrechas razones, sube montañas, cruza el desierto, hasta que por fin descubre el templo abandonado y saqueado. En el santuario en ruinas, a la luz de la luna, encontrará a la Reina del Cielo y de la Tierra y del Inframundo tendida en el resquebrajado mármol blanco del suelo. Él es quien cribará los escombros en busca de la forma del pasado. Él es quien dirá que tiene sentido. Eso es también una llamada, también eso puede ser un destino.

Coge una ficha, añade una breve nota al texto con su delicada caligrafía y vuelve a colocarla en el mosaico de papel que está formando sobre el escritorio. Le duelen

los ojos. Los cierra y apoya la frente sobre los puños cerrados, se arma de la poca sabiduría y pericia que todavía le queda, se arrodilla en la oscuridad junto a Selena, encaja sus fragmentos rotos.

Un hallazgo extraordinario

Mis padres tienen algo que decirme: algo que se aparta de los temas habituales de conversación. Lo adivino por la forma en que se sientan, ambos en la misma butaca, mi madre sobre un brazo, y ladean la cabeza un poco, mirándome con sus ojos de un azul intensísimo.

Conforme han envejecido, sus ojos se han vuelto cada vez más claros y cada vez más brillantes, como si el tiempo se llevara la oscuridad, como si la experiencia los aclarara hasta que alcancen la transparencia de las aguas de un arroyo. Quizá sea una ilusión óptica provocada por el encanecimiento del cabello. En todo caso, sus ojos son ahora redondos y brillantes, como los ojos de vidrio de los animales disecados. Pienso, no por primera vez, que tal vez no nací de un parto, como las demás personas, sino que salí de un huevo. El desaliento que en ocasiones mostraban mis padres hacia mí no era como el de otros padres. Era más perplejidad que desaliento, el desconcierto de dos pájaros que han encontrado una niña humana en su nido y no saben qué hacer con ella.

Mi padre coge del escritorio una carpeta de cuero negro. Ambos dan la impresión de emoción refrenada, como niños que esperan a un amigo adulto para que abra el regalo que han envuelto, y que contiene un objeto de broma.

—Hoy hemos ido al centro para comprar nuestras urnas —dice mi padre.

—¿Vuestras qué? —digo pasmada. A mis padres no les pasa nada. Gozan de excelente salud. Yo, en cambio, estoy acatarrada.

—Es mejor estar preparados —interviene mi madre—. También hemos mirado panteones, pero son muy caros.

—Ocupan demasiado espacio —afirma mi padre, siempre consciente del mal uso que, en su opinión, se hace de la tierra. Cuando era niña, la conversación en la mesa giraba más de una vez en torno a cuántas semanas tardarían dos moscas de la fruta, reproduciéndose sin control, en cubrir la tierra con una capa de treinta y dos pies de espesor. No muchas, según creo recordar. Piensa de la misma forma con respecto a los cadáveres.

—Va incluido un pequeño nicho —apunta mi madre.

—Todo está aquí —dice mi padre señalando la carpeta, como si estuviera obligada a acordarme de todo y ocuparme de ello a su debido tiempo. Estoy atónita: ¿al final me van a dejar algo?

—Queríamos que dispersaran nuestras cenizas —dice mi madre—, pero resulta que ahora es ilegal.

—Eso es ridículo —digo—. ¿Por qué no puede hacerse si es vuestra voluntad?

—La presión de las funerarias —dice mi padre, conocido por su cinismo respecto a las decisiones gubernamentales. Mi madre reconoce que habría demasiado polvo si

todo el mundo quisiera esparcir sus cenizas.

—Yo las dispersaré —afirmo con valentía—, no os preocupéis.

Es una decisión precipitada y la he tomado sin pensar, como tomo todas las decisiones precipitadas. Pero tengo la intención de llevarla hasta el final, aunque eso signifique acción, algo que evito siempre que es posible. Con la excusa de una visita piadosa, sacaré a mis padres del nicho, sustituyéndolos por arena si es preciso, y los esconderé. Lo relativo a las cenizas no me molesta, de hecho lo apruebo. Es mucho mejor que esperar, como los cristianos, a que Dios los resucite en un periquete a partir de los huesos, encerrados entretanto con la cara embadurnada de colorete, embalsamados y recorridos por alambres, las venas llenas de formaldehído, en cámaras de cemento y bronce, presas del moho y de bacterias anaerobias. Si Dios quiere crear de nuevo a mis padres, las moléculas encajarán otra vez a la perfección, igual que antes. No es una cuestión de materia, que se modifica por completo cada siete años más o menos, sino de forma.

Nos quedamos callados durante un minuto, reflexionando sobre las implicaciones. Estamos más allá de los funerales y duelos, o tal vez nos los hayamos saltado. Pienso en la persecución y en el arresto y en cómo burlaré a las autoridades: ya estoy urdiendo ficciones. Mi padre piensa en abonos, del mismo modo que otros piensan en la unión con el infinito. Mi madre piensa en el viento.

Las fotografías nunca han hecho justicia a mi madre. Esto se debe a que detienen el tiempo; para reflejarla con autenticidad tendrían que mostrarla como una figura borrosa. Cuando pienso en ella suelo verla con esquís. La única ambición cierta de su niñez era la de volar, y dedicó gran parte de su vida posterior a varios intentos de alzar el vuelo. Los relatos de su juventud incluyen escenas en árboles y tejados de graneros, peligrosas cabalgadas a lomos de caballos desbocados que chorreaban espuma por la boca, carreras de patinaje y, de mayor, escaladas desde ventanas hasta escaleras de incendios prohibidas, realizadas más por la altura y el riesgo que por el resultado final, citas de madrugada en la universidad con jóvenes a los que dejaba aturdidos, a veces literalmente, pues mi madre, a pesar de sus escalofriantes hazañas atléticas y su escaso interés por las faldas de volantes, estaba muy solicitada. Es posible que los hombres la considerasen un desafío: debía de ser un logro que se detuviese un momento para prestarles algo de atención.

Mi padre la vio por primera vez deslizándose por un pasamanos —imagino que allá en los años veinte debía de hacerlo a la mujeriega— y decidió en aquel momento casarse con ella, aunque le costó una barbaridad perseguirla, acecharla de árbol en árbol, agazapado tras los matorrales, con la red para cazar mariposas preparada. Es una metáfora, desde luego, pero no carece de justificación.

Una vecina me paró no hace mucho para compadecerse de ella.

—Tu pobre madre —me dijo—, mira que casarse con tu padre.

—¿Por qué? —le pregunté.

—El otro día la vi llevando a rastras la compra del supermercado —me respondió. (Es cierto que mi madre lo hace. Tiene un carrito con el que pasa zumbando por la acera, el cabello al viento, la bufanda ondeante, agotando a cualquiera lo bastante temerario para acompañarla; me refiero a mí, por ejemplo.)—. Tu padre ni siquiera se digna llevarla en coche.

Cuando se lo conté a mi madre, se echó a reír.

Mi padre comentó que la desdichada mujer no sabía lo que decía.

En los últimos años, mi madre se ha entusiasmado con un nuevo deporte de invierno. Dos veces por semana practica el patinaje artístico, al son de valses, tangos y foxtrots. Los martes y los jueves por la mañana se la puede ver en la pista local dando vueltas mientras suena «A Bicycle Built for Two» en los chirriantes altavoces, sin disminuir en ningún momento la velocidad, con mitones que no van a juego con la falda, siguiendo el ritmo a la perfección.

Mi padre hizo lo que hizo porque le permite hacer lo que hace. Allá va, entre los árboles, con un raído sombrero de fieltro gris —con un par de cebos para truchas en el cinto, dependiendo del año al que me refiera— en la cabeza para evitar que le caigan cosas en el pelo, cosas invisibles para los demás pero que él sabe perfectamente que acechan entre las hojas de aspecto inocente, seguido por uno, dos o un montón de niños de todas las edades, sus hijos, sus nietos o chiquillos atraídos por casualidad, como un desfile atrae espectadores, como el sol atrae meteoros, con los ojos cada vez más abiertos a medida que les es revelada una maravilla tras otra: una sagrada larva blanca que se convertirá en crisálida y no volará hasta al cabo de siete años, un milagroso escarabajo que come madera, un gusano hermafrodita, un hongo que repta. Ningún monstruo de feria admite comparación con las explicaciones de mi padre sobre la naturaleza.

No deja piedra sin volver, pero, una vez que le ha dado la vuelta para ver lo que hay debajo —y en este punto no se permiten chillidos ni expresiones de repugnancia, so pena de caer en desgracia—, coloca de nuevo, con exquisito cuidado, todo en su sitio: el gorgojo en su agujero, la carcoma bajo su corteza podrida, el gusano en su escondrijo, a menos que lo necesite para pescar. No es un sentimental.

Ahora extiende una lona bajo un árbol que parece adecuado, digamos un arce de Pensilvania, y golpea el tronco con el mango del hacha. El cielo le recompensa con una lluvia de orugas verdes, que recoge tiernamente para llevárselas a casa y alimentarlas con ramas frondosas de la clase apropiada metidas en botes de agua. Se olvidará de cambiarlas, y las orugas no tardarán en subir por nuestras paredes y techo en busca de comida, para caer como a propósito dentro de la sopa. Mi madre ya se ha acostumbrado y no piensa en ello.

Entretanto, los niños le siguen hasta el siguiente árbol: mi padre es mejor que un

mago, porque lo explica todo. De hecho este es uno de sus propósitos: explicar cuanto le sea posible. Quiere ver, quiere saber, solo ver y saber. No ignoro que esta mentalidad, esta curiosidad, es la responsable de la bomba de hidrógeno y del inminente fin de la civilización, y que estaríamos mejor si aún siguiéramos en la fase del culto a las piedras. Sin embargo, no hay que culpar a esta inofensiva curiosidad.

Mirad, mi padre ha desenterrado una maravilla; ¿una babosa quizá, una culebra, una araña con su bolsa de huevos? En cualquier caso, algo educativo. No podemos verlo desde aquí: solo vemos las nucas de los niños que contemplan embelesados sus manos ahuecadas.

Mis padres no tienen casas, como otra gente, sino madrigueras. Parecen casas, pero no están pensadas exactamente como tales. Son como apeaderos, guaridas de temporada, oasis en alguna ruta de caravanas que ellos siempre están siguiendo o a punto de seguir, o acaban de seguir. Mi madre se pasa gran parte del tiempo empaquetando y desempaquetando.

Al abrir la puerta de una de estas madrigueras —y, al contrario que los zorros, se deshacen de los huesos quemándolos, no enterrándolos, pues el lugar se llenaría de mofetas—, me doy primero de bruces con la oscuridad, luego con una profusión de objetos amontonados en apariencia al azar, pero que siguen cierto orden arcano: pilas de leña, botes de limpiadores de brochas con brochas empapadas en su interior, algunas secas, rígidas o adheridas a los botes por culpa de los residuos pegajosos que quedan de la evaporación, cajas de clavos de cuatro pulgadas, cestas enormes repletas de un surtido de tornillos, bisagras, grapas, clavos para techar, rollos de material para techos, hachas, sierras, berbiquíes y barrenas, niveles, azuelas, escarpias, taladros, palas, zapapicos y alzaprimas. (Todas estas cosas no están en el mismo lugar al mismo tiempo: son un recuerdo colectivo). Conozco la utilidad de cada herramienta y es posible que las haya empleado en alguna ocasión, lo que explicaría en parte mi pereza adulta. El olor es el olor de mi niñez: madera, lienzo, brea, queroseno, estiércol.

Esta es la parte de la casa de mi padre. En la de mi madre las cosas están colocadas, en colgadores y estanterías, en un orden inviolable: tazas, ollas, platos, sartenes. No es porque mi madre adore las tareas domésticas, sino porque detesta perder el tiempo. Todas sus recetas favoritas empiezan con la palabra «rápida». Menos es más, en lo que a ella concierne, y eso significa que todo debe estar en su sitio. Nunca le ha interesado, por suerte, el decorado de la casa, pero insiste en la comodidad.

Su espacio está atestado. No desea que cambie. Antes le regalábamos cacharros de cocina por Navidad, hasta que descubrimos que prefería otras cosas.

A mi padre le gustan los proyectos. A mi madre le gusta que se ejecuten. Por eso siempre se la ve, con unos gruesos guantes de trabajo, llevando en una carretilla

bloques de cemento, de uno en uno, o haces de leña, de un sitio a otro, arrastrando maleza que mi padre ha cortado, transportando cubos de grava y vaciándolos, todo para ayudar a la fiebre constructora de mi padre.

Ahora mismo están cavando un gran agujero en la tierra. Con el tiempo llegará a ser otra madriguera. Mi madre ya ha traído una carga de bloques de cemento para revestirlo; por las mañanas va a ver qué huellas de animales encuentra en la tierra fresca y a rescatar tal vez sapos y ratones que hayan caído dentro.

Aunque mi padre nunca da nada por terminado, hay proyectos que llegan a buen fin. El verano pasado apareció de repente un escalón en la puerta trasera de nuestra casa de troncos, en el norte. Durante veinte años mi madre y yo habíamos saltado al vacío cuando queríamos llegar al tendedero y recurrido a los bíceps y a la buena suerte para subir de nuevo y entrar. Ahora bajamos con toda normalidad. Y hay un fregadero en la cocina, de modo que ya no tenemos que ir colina abajo cargados con el agua sucia de lavar los platos en un balde esmaltado, dando traspiés, para verterla en el huerto. Ahora sale por un desagüe como es debido. Mi madre le ha dado el toque final: un pequeño letrero pegado con cinta adhesiva que reza:

NO TIREN GRASA AL FREGADERO

Al lado hay un tarro con bacterias secas: echamos una cucharada de vez en cuando, para que devoren las hojas de té que hayan podido caer. Así evitamos que se obstruya el desagüe.

Entretanto mi padre no para de trabajar: levanta paredes con troncos de cedro para el nuevo retrete, que tendrá un inodoro químico, al contrario que el anterior. También está construyendo una chimenea con guijarros de granito rosa seleccionados, con los que mi madre tropieza al barrer las hojas del suelo.

¿Cuándo acabará todo esto? Lo ignoro. De niña escribía libros breves que empezaban con la palabra «Fin». Necesitaba saber que el final estaba garantizado.

En cuanto a mi casa, está dividida en dos: una habitación llena de papel, en cambio constante, donde rigen el proceso, el organicismo y la fermentación y se multiplican las bolas de pelusa, y otra habitación, de diseño formal, rígida en el contenido, inmaculadamente limpia, a la que nunca se añade nada.

Por lo que a mí respecta, sin duda moriré de inercia. Aunque testigo de la exuberante vitalidad de mis padres, pasé la niñez aprendiendo a equiparar bondad e inmovilidad. Cuando iba sentada en el fondo de canoas que se inclinaban si alguien se movía, cuando me acuclillaba en tiendas que nos empapaban si las tocábamos durante las tormentas, cuando me utilizaban como lastre en las lanchas motoras llenas hasta los topes de madera, me decían que me estuviera quieta y así lo hacía. Pensaban que me portaba de maravilla.

De vez en cuando mi padre metía a la familia y las provisiones necesarias en el coche que tuviéramos en aquel momento (Studebaker es un nombre que recuerdo) e iniciaba un peregrinaje, unos miles de millas por aquí, unos miles de millas por allá. En ocasiones íbamos en busca de moscas de sierra; en otras, de abuelos. Circulábamos durante tanto tiempo como podíamos por las autopistas casi vacías de la posguerra, a través de pequeñas ciudades melancólicas de Quebec o del norte de Ontario, o bajábamos a Estados Unidos, donde había más vallas publicitarias junto a la carretera. Bien entrada la noche, mucho después de los discretos ocasos, cuando incluso las gasolineras de la cadena White Rose habían cerrado, buscábamos un motel, por aquellos tiempos una simple fila de casitas sencillas junto a un letrero en el que se leía FOLDED WINGS o, más sombríamente, VALHALLA, y la diminuta oficina de tablillas adornada con luces de árbol de Navidad. Desde entonces, «vacante» es una palabra mágica para mí; significa que hay sitio. Si no encontrábamos habitación, mi padre salía de la carretera en algún lugar que pareciera agradable y montaba una tienda. Había pocos *campings*, no existían las bandas de motoristas; había mucho más espacio vacío que ahora. Las tiendas no eran tan fáciles de transportar; eran pesadas y de lona, y los sacos de dormir eran fríos y estaban rellenos de guata. Todo era gris o caqui.

Durante esos viajes mi padre conducía a la mayor velocidad posible, y parecía que impulsara el coche por pura fuerza de voluntad, perseguido por todas las malas hierbas no arrancadas de sus huertos, todas las orugas no recogidas en los bosques, todos los clavos que era preciso clavar, todos los montones de tierra que debían ser transportados de un sitio a otro. Yo, entretanto, estaba tumbada sobre las maletas cuidadosamente apiladas en el asiento trasero, encajada en el pequeño espacio que quedaba bajo el techo. Podía mirar por la ventanilla, y contemplaba el paisaje, que se componía de muchos árboles oscuros, postes telefónicos y sus curvas de cable, que parecían oscilar arriba y abajo. Quizá fuera entonces cuando empecé a traducir el mundo en palabras. Podía hacerlo sin necesidad de moverme.

A veces, cuando nos instalábamos provisionalmente, sujetaba los extremos de los troncos mientras mi padre los serraba, o arrancaba las malas hierbas que me indicaban, pero la mayor parte del tiempo llevaba una vida contemplativa. A la primera oportunidad me escapaba a los bosques para leer libros y evadirme de las tareas, cargada con provisiones hurtadas del bote de uvas pasas y del alijo de galletas saladas de mi madre. En teoría sé hacer casi de todo; me han explicado cómo. En la práctica hago lo menos posible. Me engaño diciendo que sería feliz en una cueva de ermitaño, comiendo gachas, siempre y cuando alguien preparase las gachas. Las gachas, como tantas otras cosas, están fuera de mi alcance.

¿Cuál es el secreto de mi madre? Porque desde luego ha de tener uno. Nadie puede llevar una vida en apariencia tan dichosa, tan falta de avalanchas y pantanos, sin tener

también un secreto. Por «secreto» me refiero al precio que ha tenido que pagar. ¿Cuál fue el pacto que firmó con el Diablo para obtener esta diáfana serenidad?

Afirma que antes tenía mal genio, pero nadie sabe adónde ha ido a parar. Cuando la obligaron a tomar clases de piano, como parte de la educación de una joven dama, se aprendió las piezas de memoria y las tocaba mientras leía novelas que ocultaba en el regazo. «Más sentimiento», le decía el profesor. Las fotos de cuando tenía cuatro años la muestran como una criatura con bucles y aspecto tímido, engalanada con los vestidos de encajes como pantallas de lámparas que se infligían a las niñas antes de la Primera Guerra Mundial, pero de hecho era curiosa, llena de inventiva, y siempre se metía en líos. Uno de sus primeros recuerdos es el de deslizarse por un terraplén de arcilla roja con sus delicados pololos posvictorianos. Se acuerda del castigo, desde luego, pero se acuerda mejor de la agradable sensación del barro.

Su matrimonio fue una huida de las opciones que tenía a su alcance. En lugar de convertirse en la esposa de un profesional provinciano y establecerse en un barrio adecuado de las afueras, de hacer obras de caridad para la iglesia como correspondía a su posición social, se casó con mi padre y se marchó en una canoa río Saint John abajo, sin haber dormido jamás en una tienda, excepto una vez, justo antes de contraer matrimonio, cuando ella y sus hermanas pasaron un fin de semana practicando. Mi padre sabía encender fuego bajo la lluvia y maniobrar en los rápidos, que alarmaban a las amigas de mi madre. Algunas pensaron que la habían raptado y conducido a tierras salvajes, donde se hallaba prisionera y se veía obligada a vivir sin electricidad ni agua corriente, rodeada por manadas de osos voraces. Ella, por su parte, creía que había sido rescatada de un destino peor que la muerte: antimacasares para los sillones.

Incluso cuando vivíamos en casas de verdad era como si estuviéramos acampados. La forma de cocinar de mi madre parecía improvisada, como si no comprase los ingredientes, sino que los robara: la comida dependía de lo que hubiera a mano. Elaboraba cosas con otras cosas y nunca tiraba nada. Aunque no le gustaba la suciedad, jamás se tomaba la limpieza de la casa como un fin en sí mismo. Sacaba brillo al suelo de madera arrastrando por él a sus hijos en una vieja manta de franela. Parece divertido hasta que reflexiono: eran demasiado pobres para permitirse abrillantadores de suelos, sirvientas o niñeras.

Después de mi nacimiento le salieron verrugas en las manos. Lo achacó al amoníaco: entonces no había pañales desechables. En aquellos tiempos los bebés llevaban jerséis de lana, patucos de lana, gorritos de lana y pantaloncitos de lana, en los que debían de asarse como pollos. Mis padres no tenían lavadora; mi madre lo lavaba todo a mano. Durante aquella época no tuvo muchos ratos de ocio. En las fotografías siempre se la ve con un trineo o un cochecito de niño y una o dos criaturas de aspecto receloso. Nunca está sola.

Es posible que las verrugas le salieran por no poder moverse de casa, y en particular por mi culpa. Ser responsable de las verrugas de mi madre es una carga,

pero, ya que carecí de los complejos de culpa habituales, me parece bien. Las verrugas apuntan hacia el secreto de mi madre, pero no lo revelan. En cualquier caso, desaparecieron.

Mi madre vivió durante dos años en el barrio rojo de Montreal sin saber qué era. Una mujer de edad avanzada le informó tiempo después, y le dijo que no debería haberlo hecho. «No veo por qué», replicó mi madre. Ese es su secreto.

Mi padre estudia historia. Los polacos le han dicho que sabe más historia de Polonia que la mayoría de los polacos, los griegos le han dicho que sabe más historia de Grecia que la mayoría de los griegos, y los españoles le han dicho que sabe más historia de España que la mayoría de los españoles. Teniendo en cuenta la suma global de conocimiento mundial per cápita, es probable que sea cierto. Fue la única persona de mi entorno que predijo la guerra de Afganistán, para lo cual se basó en ejemplos del pasado. ¿Quién más prestaba atención al tema?

Sostiene que tanto Hiroshima como el descubrimiento de América fueron acontecimientos entomológicos (la pista es el gusano de seda), y que las moscas han sido responsables de más matanzas y disminuciones de la población que las religiones (la pista es la peste bubónica). Sus opiniones causan muchos reparos, se apresura a señalar, pero están basadas en hechos. El despilfarro, la estupidez, la arrogancia, la avaricia y la brutalidad se despliegan en tecnicolor a lo largo de la mesa mientras mi padre trincha el asado afablemente.

Si la civilización, tal como la conocemos, se autodestruye, nos informa al tiempo que sirve la salsa con el cucharón —y es probable que así sea, añade—, no podrá reconstruirse jamás en su forma presente, puesto que todos los metales de la superficie se agotaron hace mucho tiempo y la extracción de los que se hallan a mayor profundidad requiere tecnologías avanzadas, que, como recordaréis, habrán desaparecido. No habrá una segunda edad del hierro, una segunda edad del bronce; tendremos que contentarnos —en caso de que quede alguien, cosa que duda— con huesos y piedras, no aptos para aviones y ordenadores.

Manifiesta escaso interés en vivir hasta el siglo XXI. Sabe que será horroroso. Cualquier persona con sentido común estará de acuerdo con él (y si cometéis el error de considerarle un excéntrico, permitidme recordaros que mucha gente comparte su opinión).

En cambio, mi madre, mientras sirve el té y olvida, como siempre, quién lo toma con leche, dice que quiere vivir tanto tiempo como sea posible. Quiere ver qué ocurrirá.

Mi padre piensa que es una ingenua, pero deja el tema y se pone a hablar de la situación en Polonia. Nos refresca la memoria —siempre hace a sus oyentes el cumplido de fingir que les recuerda algo que ya saben perfectamente— sobre la carga de la caballería polaca contra los carros de combate alemanes durante la Segunda

Guerra Mundial: necedad y valor. Necedad, desde luego; pero también valor. Se sirve más puré de patata y menea asombrado la cabeza. Después cambia de tema y se permite uno de esos juegos de palabras complicados y censurables que se le dan tan bien.

¿Cómo conciliar su sombría visión de la vida en la tierra con su alegría de vivir? Ambas posturas son auténticas, no hay pose. No consigo recordar —aunque mi padre, sin el menor género de duda, rebuscaría en sus libros hasta localizar la referencia exacta— qué santo fue el que, al preguntarle qué haría si el fin del mundo fuera a suceder al día siguiente, contestó que seguiría cultivando su huerto. El objeto de estudio característico de la humanidad puede que sea el hombre, pero la actividad característica es cavar.

Mis padres tienen tres huertos: uno en la ciudad, que produce frambuesas, berenjenas, lirios y judías; otro camino del norte, especializado en guisantes, patatas, calabazas, cebollas, remolachas, zanahorias, brócolis y coliflores, y el del norte, pequeño pero mimado con todo cariño, formado por tierra, abono y porciones de estiércol de oveja y caballo distribuidas cuidadosamente, en el que crecen coles, espinacas, lechugas, ruibarbos y acelgas, productos que aguantan las temperaturas bajas.

Mis padres se pasan la primavera y el verano botando de huerto en huerto, cubriendo las plantas con estiércol y paja, regando y arrancando malas hierbas, «hasta que me doblo como una percha», según dice mi madre. En otoño cosechan, por lo general mucho más de lo que podrán consumir. Conservan, almacenan, enfrían y congelan. Regalan el excedente a los amigos y a la familia y a algún que otro desconocido que mi padre considera que lo merece. Se trata a veces de mujeres que trabajan en librerías y han demostrado su discernimiento e inteligencia al conocer los títulos de los libros que él pide. Es posible que las obsequie con una col de gran tamaño y exquisito sabor, con una cesta de tomates selectos o, si es otoño y ha estado cortando y serrando leña, con una elegante talla de madera.

En invierno mis padres mastican los productos finales de su labor estival, pues sería una vergüenza desperdiciar algo. En primavera, con el refuerzo de variedades de semillas más nuevas, fértiles y resistentes, empiezan de nuevo.

Me duele la espalda solo de pensar en ellos mientras me arrastro hasta algún local de comida rápida o telefoneo al Pizza Pizza. Pero en verdad lo importante de toda esta horticultura no es la ingestión de vitaminas, el autoabastecimiento o la producción de alimentos, aunque no sean aspectos desdeñables. La horticultura no es un acto racional. Lo que importa es el contacto directo de las manos con la tierra, esa antiquísima ceremonia de la que el Papa besando el asfalto de la pista de aterrizaje no es sino un pálido vestigio residual.

En primavera, cuando finaliza el día, hueles a tierra.

He aquí un tema idóneo para la meditación: el embarcadero. Yo lo utilizo, naturalmente, para tumbarme. Desde él veo el perfil de la costa, que actúa para mí como un acicate para el recuerdo. De noche me siento, en una oscuridad incomparable, a mirar las estrellas, si las hay. Al anochecer se ven murciélagos; por las mañanas, patos. Debajo hay sanguijuelas, pececillos y algún cangrejo de río. Este embarcadero, como la naturaleza, no cesa de desmoronarse y siempre es el mismo.

Está construido con troncos que descansan sobre pesadas piedras de granito, mucho más fáciles de mover bajo el agua que en tierra. Con ese fin mi padre se sumergió en el lago, a pesar de que prefiere no hacerlo. No es de extrañar; ni siquiera en los mejores días de pleno verano puede calificarse el agua de caliente. Las cicatrices se vuelven moradas; los pies, blancos; los labios, azules. El lago es una de las incontables depresiones que dejaron los glaciares al retirarse, tras erosionar y empujar hacia el sur todo el mantillo vegetal. Solo queda el lecho de roca, y cuando te sumerges en este lago sabes que si permaneces bastante o mucho tiempo no tardarás en descender a los orígenes.

Mi padre examina el embarcadero —sus ojos se estrechan evaluando, sus dedos se agitan— y ve que necesita reparaciones. El hielo del invierno, el sol y la lluvia lo han deteriorado; está cuarteado y es traicionero, la podredumbre lo devora. Mi padre empuñará de un momento a otro la alzaprima, arrancará las tablas carcomidas y peligrosas y los troncos acribillados de nidos de avispas, y lo reconstruirá.

Para mi madre es un lugar desde el que partir en canoa y donde depositar la toalla y el jabón cuando, hacia las tres de la tarde, en el intervalo que media entre lavar los platos de la comida y reavivar el fuego para la cena, va a nadar. Entra en el agua gélida, capaz de parar el corazón, pisando las hojas de pino ennegrecidas que yacen sobre la arena, las ramas empapadas, las conchas de almeja y los caparazones de cangrejo de río, se moja los brazos y por fin se zambulle y nada a toda velocidad, de espaldas; el cuello sobresale del agua como el de una nutria, y la cabeza, con un gorro de baño blanco, está rodeada de una aureola de moscas negras, mientras avanza dejando tras de sí una fina estela y gritando: «¡Qué refrescante! ¡Qué refrescante!».

Hoy me desembarazo de mi entropía y llevo a dos niños en fila india por el bosque. No buscamos nada. Por el camino recogemos pedazos de corteza de abedul y los metemos en bolsas de papel tras sacudirlos para desprender las arañas. Servirán para encender el fuego. Hablamos de fogatas y de dónde no deben encenderse. Hay troncos con un costado carbonizado diseminados por el bosque, *mementi mori* de un antiguo incendio.

El sendero que seguimos es antiguo. Lo señalizó mi hermano cuando le dio por abrir caminos hace treinta años y desde entonces lo desbroza con asiduidad. Las marcas están grises y casi borradas por la intemperie, ribeteadas de sangre de árbol seca. Enseño a los niños a mirar a ambos lados de los árboles, a darse la vuelta de vez

en cuando y observar por dónde han venido; de esta forma sabrán regresar. Se detienen bajo los gigantescos árboles, con sus impermeables, rodeados por el eco silencioso del espacio; un tema tradicional de los cuentos populares: niños potencialmente perdidos en el bosque. Ellos lo intuyen y callan.

Eso lo hicieron los indios, digo señalando un viejo árbol arqueado cuando era joven; lo cual, como la mayor parte de la historia, puede que no sea cierto.

¿Indios de verdad?, preguntan.

De verdad, respondo.

¿Existieron?, dicen.

Seguimos adelante, subimos por una colina, entre rocas, saltamos un tronco caído, desgarrado por un oso que buscaba gorgojos. Reciben más órdenes: han de mantener los ojos abiertos para localizar setas, en especial bejines, que incluso a ellos les gustan. En esta zona no hay nada parecido a una senda. Siento que los genes se apoderan de mí: de un momento a otro empezaré a dar la vuelta a las piedras, y de hecho no tardo en ponerme a gatas para liberar a un gigantesco sapo apresado bajo un cedro caído, tan viejo que es prácticamente polvo, de color naranja oscuro. Comentamos que los sapos no provocan verrugas, pero se te mean encima cuando están asustados. Así lo hace el sapo, lo que demuestra mis conocimientos. Por su propio bien me lo guardo en el bolsillo y la expedición prosigue su camino.

Hay un sendero perpendicular, más estrecho. Es reciente y no está señalado con marcas, sino con ramitas partidas y tiras de cinta rosa fluorescente atadas a los arbustos. Conduce a un abedul amarillo derribado por el viento —lo delatan las raíces, todavía cubiertas de mantillo y moho—, que alguien ha serrado; los pedazos están apilados, listos para ser troceados.

De regreso, circundamos la hoguera apagada, el huerto, con el mayor sigilo posible. El truco —susurro— consiste en ver las cosas antes de que ellas te vean a ti. Tengo la sensación, y no por primera vez, de que este lugar está encantado, habitado por los fantasmas de aquellos que todavía no han muerto, el mío incluido.

Nada dura eternamente. Tarde o temprano tendré que renunciar a mi inmovilidad, abandonar esos hábitos de contemplación, especulación y letargo que me ayudan a subsistir. Tendré que enfrentarme al mundo real, que no se compone de palabras, lo sé, sino de tubos de desagüe, hoyos en la tierra, malas hierbas que se multiplican rabiosamente, piedras de granito y pilas de materiales más o menos pesados que han de trasladarse de un lugar a otro, por lo general cuesta arriba.

¿Cómo me las apañaré? Solo el tiempo, que en modo alguno lo revela todo, lo dirá.

Otra noche, avanzado el año. Mis padres han regresado una vez más del norte. Es

otoño, la estación de cierre. Como el sol, mis padres tienen sus ritmos anuales, que, pensándolo bien, no están desvinculados de este símil. Es la época en que se marchitan las últimas judías, escasean las coles y hay que arrancar de la tierra la última zanahoria, dura, ahorquillada y peluda como una mandrágora; la época en que mis padres levantan grandes altares de basura, viejas cajas y hueveras de cartón, ramas caídas de los árboles…, y les prenden fuego para saludar al sol declinante.

Ya lo han hecho, y el viaje ha transcurrido sin contratiempos. Tienen otra revelación que hacer: algo portentoso, algo trascendental. Ha sucedido algo que no pasa todos los días.

—Estaba subida en el tejado, barriendo las hojas… —dice mi madre.

—Como cada otoño —añade mi padre.

No me alarma imaginar a mi madre, con sus setenta y tres años, encaramándose ágilmente a un tejado tan inclinado que yo me subiría con suma precaución, las manos y los pies pegados a su superficie como si fuera una rana arbórea, el cielo brumoso por la adrenalina, a través del cual me veo precipitándome hacia tierra tras un momento de descuido, un paso en falso, uno de esos incontables deslices de la mente, y por lo tanto del cuerpo, que debería controlar mejor. Mi madre siempre hace cosas de ese estilo. Nunca se ha caído. Nunca se caerá.

—Si no, crecerían árboles en el tejado —explica mi madre.

—¿Y a que no adivinas lo que encontró? —dice mi padre.

Intento adivinarlo, pero me rindo. ¿Qué habrá encontrado mi madre en el tejado? Desde luego, ni piñas ni hongos ni pájaros muertos. Debe de ser algo que ninguna otra persona encontraría en un tejado.

Resulta que es una deyección. Ahora debo adivinar de qué tipo.

—De una ardilla voladora —aventuro sin convicción.

No, no. Demasiado corriente.

—Era así de grande —dice mi padre, indicando la longitud y la circunferencia.

Por lo tanto, no es de un búho.

—¿Marrón? —pregunto, para ganar tiempo.

—Negra —afirma mi padre.

Ambos me miran, con la cabeza un poco ladeada, los ojos destellantes por el placer de resucitar este antiguo juego, el juego de las adivinanzas, de difícil resolución.

—Y tenía pelos enganchados —añade mi padre, como si fuera a hacerse la luz en mí y tuviera que adivinarlo.

Pero no tengo la menor idea.

—Demasiado grande para ser de una marta corriente —explica mi padre para darme otra pista. Espera. Luego baja un poco la voz y anuncia—: Era de una marta pescadora.

—¿De veras? —digo.

—Seguro —afirma mi padre, y guardamos silencio para saborear la singularidad

del acontecimiento. No quedan muchas martas pescadoras, esos hermosos y voraces depredadores arbóreos, y nunca hemos hallado el rastro de ninguna en nuestra zona. Para mi padre, esa deyección constituye un fenómeno biológico muy interesante. Lo ha anotado y archivado entre los demás datos fascinantes que anota y archiva.

Sin embargo, para mi madre es algo más. Para ella, esa deyección —larga como una mano, de dos dedos de espesor, negra y peluda—, esa deposición de mierda animal, para decirlo sin ambages, es una señal milagrosa, un símbolo de la gracia divina, como si su vulgar y conocido tejado lleno de parches, que aun así tiene goteras, hubiera sido visitado e iluminado por un dios desconocido pero de ninguna manera menor.

Nota del traductor

[1] Juego de palabras de difícil traducción. *Host* es, además de «anfitrión» y «posadero», la «hostia sagrada» en misa. <<